

Asesinato Desenterrado

ANITA
WALLER



UN ASESINATO DESENTERRADO

LOS MISTERIOS DEL ASESINATO DEL GATO Y EL RATÓN

ANITA WALLER



ÍNDICE

1. [Capítulo Uno](#)
2. [Capítulo Dos](#)
3. [Capítulo Tres](#)
4. [Capítulo Cuatro](#)
5. [Capítulo Cinco](#)
6. [Capítulo Seis](#)
7. [Capítulo Siete](#)
8. [Capítulo ocho](#)
9. [Capítulo Nueve](#)
10. [Capítulo Diez](#)
11. [Capítulo Once](#)
12. [Capítulo doce](#)
13. [Capítulo Trece](#)
14. [Capítulo Catorce](#)
15. [Capítulo Quince](#)
16. [Capítulo Dieciséis](#)
17. [Capítulo Diecisiete](#)
18. [Capítulo Dieciocho](#)
19. [Capítulo Diecinueve](#)
20. [Capítulo Veinte](#)
21. [Capítulo Veintiuno](#)
22. [Capítulo Veintidós](#)
23. [Capítulo veintitrés](#)
24. [Capítulo Veinticuatro](#)
25. [Capítulo Veinticinco](#)
26. [Capítulo Veintiséis](#)
27. [Capítulo Veintisiete](#)
28. [Capítulo Veintiocho](#)
29. [Capítulo Veintinueve](#)
30. [Capítulo Treinta](#)
31. [Capítulo Treinta y Uno](#)
32. [Capítulo Treinta y dos](#)
33. [Capítulo Treinta y Tres](#)
34. [Capítulo Treinta y Cuatro](#)
35. [Capítulo treinta y cinco](#)
36. [Capítulo Treinta y seis](#)
37. [Capítulo Treinta y Siete](#)
38. [Capítulo Treinta y ocho](#)
39. [Capítulo Treinta y Nueve](#)
40. [Capítulo Cuarenta](#)
41. [Capítulo Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Copyright © 2019 Anita Waller

Anita Waller ha reivindicado su derecho a ser identificada como la autora de esta obra de acuerdo con la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988.

Primera publicación en 2019 por Bloodhound Books

Aparte de cualquier uso permitido bajo la ley de derechos de autor del Reino Unido, esta publicación solo puede ser reproducida, almacenada o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio, con el permiso previo por escrito del editor o, en el caso de reproducción reprográfica, de acuerdo con los términos de las licencias emitidas por la Agencia de Licencias de Derechos de Autor.

Todos los personajes de esta publicación son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

www.bloodhoundbooks.com

*Para Janet y Peter Stubbs, viejos amigos que han
apoyado mi trabajo desde el principio.*

Es aterrador lo fácil que es cometer un asesinato en Estados Unidos. Sólo un trago de más. Puedo verme haciéndolo. En Inglaterra uno siente que todas las restricciones sociales lo frenan. Pero aquí puede pasar cualquier cosa.

W.H.Auden

CAPÍTULO UNO

La lluvia caía con fuerza, convirtiendo el suelo del cementerio de Eyam en un lodazal. Sus botas de agua se hundían en el barro más allá de los tobillos, y levantar la pala suponía un esfuerzo por el peso del barro pegado a ella.

Apenas podía ver nada; una noche sin luna, aunque dificultaba su propia visión, también obstaculizaba la de los demás residentes de la zona, y eso, sumado a que era la noche más gélida del invierno hasta el momento, mantenía a todo el mundo en casa. Tenía los dedos entumecidos por el frío, pero cuando salió al principio de la noche no tenía ni idea de que acabaría cavando la tierra de una tumba para meter un nuevo cuerpo junto al ocupante actual. No había traído guantes. Y nunca antes había matado a nadie, así que desconocía la rutina del asesinato. Si hubiera sabido que implicaba hacer estas cosas, quizás habría reconsiderado sus acciones. Lo único que ella tenía que hacer era decir que sí.

Cavó hasta que le dolió cada miembro y los ojos le escocían por el agua de lluvia. Calculó que había bajado unos noventa centímetros y echó un vistazo cauteloso al agujero. ¿Y si veía partes de un esqueleto sobresaliendo de la tierra?

—Menudo idiota —pensó—. Está demasiado oscuro para ver nada.

Pero decidió que ya era suficiente, no más excavación por si encontraba huesos. Eso sí que le pondría los pelos de punta.

El cuerpo de ella yacía a un lado de donde había estado cavando, y tiró de sus pies para arrastrarla hacia el agujero. La bota se le salió al tirar y la soltó asustado. No estaba hecho para esto. Volvió a coger sus piernas y la deslizó por el montón de barro, equilibrándola precariamente antes de darle el empujón final que la hizo caer en la tumba ya empapada de agua en el fondo. Echó la tierra de vuelta con la pala.

Podía oír las palabras de su padre resonando en su cabeza.

—Siempre lleva una pala y tus botas de agua en el maletero del coche entre octubre y abril, hijo. Nunca sabes cuándo las necesitarás viviendo aquí en los Picos . Había sido el único consejo que su padre le había dado cuando llegó corriendo a casa con el certificado de aprobado del examen de conducir; quizás su padre debería haberle dicho que si una chica dice que no, no la matas por ello. Estaba agotado.

Aplanó el montículo todo lo que pudo, luego lo pisoteó para compactarlo más antes de dar un paso atrás y mirarlo fijamente.

—Estúpida —gruñó . Me obligaste a hacer esto —. Vio la bota que se había caído. La recogió y se la metió  dentro de la chaqueta. La tiraría en el cubo de basura de alguien cuando llegara a casa.

La zona parecía un desastre, con barro evidente por todas partes en las zonas de hierba

circundantes, y caminó pesadamente de vuelta al coche, con la pala al hombro. Abrió el maletero, tiró la pesada pala y decidió no volver a ponerse los zapatos. Tendría que asegurarse de limpiar la zona de los pies antes de que su padre la viera. Se pondría furioso por el barro en todos los rincones.

Esperaba que Eyam estuviera lo suficientemente lejos de donde vivía en Calver como para que la policía no pensara que él tenía algo que ver; tendría que mantener un perfil bajo durante un tiempo, nada de beber, nada de salir por la noche, hasta que el barro hubiera desaparecido y nadie sospechara que había un nuevo cuerpo en el cementerio.

No miró atrás mientras se alejaba conduciendo. No había llegado a conocerla: una primera cita. No había hablado mucho, una chica callada, dijo que vivía con su madre en Castleton.

Escudriñó la noche sombría mientras conducía, deseando haber hecho algo con el faro que ya no funcionaba. Menos mal que era pasada la medianoche y no había mucho tráfico. Se desabrochó el cinturón de seguridad para poder inclinarse hacia delante. No veía nada. Manióbró con cuidado; los limpiaparabrisas eran casi inútiles y eso, combinado con el faro que faltaba, estaba resultando ser un fastidio. Pisó el acelerador y se dirigió hacia Stoney Middleton.

No vio al hombre con el enorme pastor alemán hasta el último momento y dio un volantazo para esquivarlos. Hizo aquaplaning en el agua que corría por la superficie desde las colinas y se estrelló contra un muro de piedra. Su coche se detuvo sin usar los frenos, y su cabeza atravesó el parabrisas. Quedó sobre el muro, con humo saliendo del motor.

El hombre con el perro marcó el 999, explicó dónde estaba y corrió hacia la carretera. Arrastró lo que pudo ver que era un tipo bastante joven fuera del muro e intentó alejarlo del coche. No le gustaba el aspecto del humo.

Cuando llegó la ambulancia, lo encontraron sentado en la acera, con su perro a su lado, y un joven muerto en sus brazos.

—Sí —murmuró—, se ha ido.

CAPÍTULO DOS

Doris Lester miró a su alrededor en la casita y sonrió. Por fin había encontrado el lugar que llevaba buscando para comprar desde que vendió su casa en Sheffield y se mudó con su nieta, Mouse.

La muerte de Alice Small había hecho que esta preciosa casita saliera al mercado y parecía tan sencillo; el testamento de Alice estipulaba que debía venderse, subastar el contenido y repartir los beneficios entre la investigación del cáncer y su iglesia, St. Barnabas en Bradwell. Doris había sido una compradora al contado, y había dicho que la retiraran del mercado y que pagaría el precio que pedían ese mismo día. Los albaceas del testamento habían aceptado de inmediato.

Y ahí estaba ella, de pie en su nuevo salón, con las llaves apretadas en la mano.

—Abuela —llamó Mouse desde la puerta principal—, si encuentro la caja con las cosas de la tetera, ¿la pondrás?

—Por supuesto que sí —echó un último vistazo al salón y se dirigió hacia el pasillo. Los objetos que había guardado cuando dejó Sheffield no llegarían hasta el día siguiente, pero las cosas que había ido recopilando estaban repartidas entre sus tres coches, y Kat y Mouse habían dicho que descargarían todo. Ella debía tomárselo con calma.

La habían obligado a "tomárselo con calma" durante varias semanas después de una caída que le había causado daños en el hombro, y no veía la hora de que "tómalo con calma" dejara de ser la orden del día.

Subió al piso de arriba. El dormitorio delantero daba al pueblo y, a pesar de la lluvia, las vistas eran espectaculares. Entendía por qué a Alice le había gustado tanto. Doris se quedó un momento en la ventana observando cómo Kat y Mouse se partían de risa. Decidió que era mejor no preguntar qué les había hecho tanta gracia. La lluvia no parecía tan torrencial, y se sintió agradecida. Sus cajas de cartón podrían entrar sin empaparse.

Entrar en el dormitorio trasero le produjo el mayor placer. Esta habitación era para Martha. No tenía intención de perder nada del placer que obtenía cuidando a la bebé de seis meses de Kat. Martha podría quedarse a dormir de vez en cuando y tener su propia habitación en casa de la abuela Doris durante todo el tiempo que la necesitara.

Alice había utilizado la habitación para sus manualidades; Doris la había visto cuando vino a ver la casa, pero todo lo que había en la casita había sido retirado; las antigüedades raras, los objetos de colección y los hermosos artículos que la propia Alice había hecho, vendidos según lo estipulado en el testamento. Mouse había asistido a la subasta y había eliminado toda oposición al comprar la tabla de pan de Robert Thompson; nunca admitió cuánto había pagado por ella, simplemente dijo "lo justo".

Ocupaba un lugar de honor en la cocina de Mouse en el piso.

Doris decidió que el dormitorio trasero debía ser blanco, con bonitos accesorios florales acordes con el estilo rústico del lugar, pero lo suficientemente dulce como para ser para un bebé pequeño. Pensó que su propio dormitorio acabaría siendo así algún día, pero por el momento permanecería como Alice lo había decorado, melocotón y crema.



—La tetera está en la cocina, abuela —gritó Mouse desde las escaleras, y luego se dirigió a la puerta para traer más cajas. Había una pequeña segunda sala de estar, y todo se estaba apilando allí.

Nada podía borrar la sonrisa de la cara de Doris. Esta mudanza se sentía tan bien. No conocía Bradwell y sus alrededores antes de ir a ver la casita; realmente solo había sido un nombre en el mapa. Había disfrutado explorando las diferentes partes, y era realmente encantador. Había investigado un poco sobre la historia a través de Internet, y sabía que iba a ser feliz aquí.

Llenó la tetera y la puso a hervir, luego tiró el agua y la volvió a llenar. Eso tendría que bastar para eliminar cualquier resto de polvo de fabricación en el interior del nuevo electrodoméstico, sus chicas tendrían sed. Hizo el té y llevó las bebidas al salón. Kat le había traído una silla plegable de jardín de su casa, haciendo un guiño a la edad de Doris, pero Kat y Mouse estaban sentadas en el suelo, con la espalda apoyada en la pared para sostenerse.

—Bueno, abuela, ya está todo dentro —dijo Kat—. Tienes que dejarlo todo como está. Queremos que te lo tomes con calma.

—No puedo tomármelo con calma para siempre, ¿sabes? —dijo Doris con suavidad—. En algún momento dejaré de tomármelo con calma y empezaré a daros guerra de nuevo.

Sonó un golpe en la puerta y todos se sobresaltaron. Mouse se levantó de un salto, dejó su taza en el alféizar de la ventana y se inclinó para ver la puerta principal.

—Es Tessa —dijo, y fue a abrirle.

El pelo castaño normalmente rebelde de la inspectora Tessa Marsden estaba aplastado por la lluvia. Se pasó los dedos por él y luego lo sacudió. Las gotas volaron por todas partes.

—Gracias, Tessa —dijo Kat—. Es como tener un perro.

—Estoy chorreando.

—Ya lo vemos.

—¿Por qué? —preguntó Doris, dándose cuenta de repente de que esto no era humedad por venir de un coche, era humedad de verdad por haber estado bajo la lluvia durante bastante tiempo.

—He estado en una escena.

—¿Una escena del crimen?

Tessa dudó♦♦.

—No lo sé. Por eso fui. Hubo un accidente de tráfico en la carretera de Stoney Middleton cuando sales hacia Calver, en la madrugada de hoy. Un chico joven estrelló su coche contra un muro de piedra, sin cinturón de seguridad. Debió morir al instante. Hubo un testigo que intentó ayudar, pero el chico salió disparado por el parabrisas, y viajaba bastante rápido. El testigo dijo que estaba muerto cuando lo sacó del muro. Pensó que el coche podría incendiarse, había mucho humo, y quería apartarlo de eso. Pero dijo que era obvio que estaba muerto. Cuando llegaron los primeros en responder, el testigo estaba sentado en la acera sosteniéndolo. Parecía sencillo. Muerte accidental, mal tiempo, velocidad demasiado alta, conductor joven, y el testigo dijo que

Esperaron. Obviamente había algo más.

—Yo no estaba involucrada en este punto, los accidentes de tráfico no me llegan, pero entonces recibí una llamada del forense. Aún no ha hecho la autopsia completa, pero había un par de cosas que le preocupaban, de ahí que me precipitara a la escena para echar un vistazo. No esperaba encontrar nada allí, obviamente, pero necesitaba verlo.

—Tessa, espera un momento con el resto y deja que te traiga algo para secarte el pelo y una bebida caliente. Te sentirás más como una persona después.

Tessa cogió el trapo de cocina que Kat le tendió y se secó el pelo, luego se limpió la cara. Una vez más, pasó los dedos por su cabello en un intento de peinarse, y luego aceptó agradecida la taza de té que Kat le ofrecía.

—Dejad que os cuente una curiosidad sobre Bradwell. Samuel Fox nació aquí. Inventó el mecanismo del paraguas con estructura de acero, usó seda al principio, pero luego, cuando el nylon estuvo disponible, lo utilizó. Al final se mudó a Stocksbridge para abrir una fábrica mucho más grande, y esa sigue allí hoy en día.

—Sí, estaba preocupado. La víctima, un tal Jacob Thorne, estaba cubierto casi de pies a cabeza de barro. Estaba empapado por la lluvia, así que fuera lo que fuera que había estado haciendo, era una actividad al aire libre, y cuando le cortaron el abrigo encontraron, metida dentro, una bota de mujer. Talla 36. Obviamente no de una mujer grande. El forense me envió una foto de la bota, y no es una que llevaría ninguna señora mayor.

—Estoy segura. Pero, ¿¿¿? haciendo qué? ¿Dónde? ¿Y dónde está la persona a la que pertenece esa bota? Habría sido un paseo frío y húmedo sin esa bota en el pie izquierdo. Y Jacob Thorne definitivamente no estaba haciendo jardinería con ese tiempo. Sus padres sabían que había salido, al parecer, pero no sabían dónde ni qué había estado haciendo.

—Así que por eso Carl ha pedido un par de días libres, ¿no?

—Necesitamos sus brazos para cargar sofás y cosas así —dijo Kat sonriendo. Llevaba un poco más de cuatro meses saliendo con Carl, y rápidamente se habían convertido en pareja.

Mouse y Doris habían convocado una "charla alrededor del escritorio" con Kat una vez que le hicieron saber que sabían que tenía un nuevo amor en su vida, y sugirieron mudarse de su casa donde habían estado viviendo desde antes del nacimiento de Martha.

La reunión había terminado con carcajadas, y Kat se dio cuenta de que su vida estaba entrando en una nueva fase. Doris y Mouse pusieron condiciones antes de mudarse; debían ser consideradas las primeras para cualquier necesidad de canguro, y se encargarían de las futuras habilidades informáticas de Martha. No podían dejar cosas importantes como esas a su madre.

Y ahora, sentadas en un suelo de madera en una casa casi vacía, el trío se había convertido de nuevo en tres individuos separados, como lo había sido antes de que Leon Rowe, el difunto marido de Kat, creara el caos en sus vidas.

Pero era un trío unido por Connection, su próspero negocio de investigación privada. Y fue con su mentalidad de Connection que Kat planteó la siguiente pregunta.

—Y suponiendo que recibes un informe de persona desaparecida, ¿dónde, en todo Derbyshire, empiezas a buscar un pequeño lugar donde se haya estado cavando?

—Ay, Kat, no me deprimas aún más. La respuesta corta a eso es que no tengo ni idea.



El informe de persona desaparecida llegó cuando Tessa Marsden estaba llevando su taza a la cocina, antes de volver a Chesterfield. Respondió a la llamada con aprensión, después de ver que era de la comisaría; no se habrían puesto en contacto con ella a menos que fuera relacionado con el caso actual.

Escuchó durante un minuto, luego dijo:

—Espera —Sacando su libreta y bolígrafo del bolsillo, los colocó sobre la encimera de la cocina.

—Vale, adelante —Anotó los detalles que le dictaban por teléfono, luego confirmó que iría a ver a la madre inmediatamente. Estaba a cinco minutos en coche.

—Una desaparecida, recién reportada —dijo cuando se unió a las demás.

—¡Vaya!

—Me temo que sí. Mirad, puede que le esté dando más importancia de la que debería, pero ya sabéis cuando tienes ese... hormigueo, esa sensación de que algo va mal —Tessa negó con la cabeza—. Es una chica de dieciocho años de Castleton, así que realmente espero estar equivocada. Me voy a ver a su madre, a averiguar exactamente qué sabemos, conseguir una foto, ese tipo de cosas —Se volvió hacia Doris—. Es una casa preciosa, con un ambiente encantador, Doris. Buena suerte con la mudanza mañana, y por favor devuélvenos a Carl de una pieza —Sonrió y salió por la puerta.

CAPÍTULO TRES

La casa unifamiliar en Castleton era sorprendentemente pequeña, y mientras Marsden subía por el camino de entrada, vio a una mujer de pie en la ventana. Saludó con la mano y mostró su placa, luego esperó en la puerta hasta que se abrió.

—Pasa —dijo la mujer—, sal de la lluvia. —No comprobó la identidad de Tessa, simplemente la hizo pasar por la puerta principal.

Tessa la siguió hasta el salón, la habitación en la que la mujer había estado de pie cuando Tessa llegó.

—Por favor, siéntate.

Tessa asintió. —Gracias. Soy la inspectora Tessa Marsden. ¿Es usted la señora Harrison?

—Así es. Marnie Harrison. Mi marido, Andy, está en el trabajo pero viene de camino. Trabaja en Manchester. —La mujer estaba nerviosa y hablaba atropelladamente. Era una señora alta, y no dejaba de apartarse el pelo castaño oscuro y rizado de la frente, como si le reconfortara, pero sus ojos marrones reflejaban el dolor y la preocupación que sentía por dentro—. ¿Quieres tomar algo?

—Señora Harrison, por favor, siéntese. Estoy bien, gracias. Hábleme de su hija.

Marnie Harrison se sentó en el sillón, callada por un momento.

Luego se levantó y cogió un marco de fotos de la repisa de la chimenea. —Esta es Orla. Esta foto se tomó el año pasado. En Rodas. En la ciudad vieja.

La joven era preciosa. Delgada, con el pelo largo y rubio liso, la cara bronceada por el sol griego y un toque de pintalabios rosa, definitivamente hermosa.

Marsden estudió la foto, luego preguntó si podía quedársela. —Prometo devolvérsela, necesito hacer algunas copias. ¿De qué color son sus ojos? No puedo distinguirlo bien en esta foto.

—Marrones. Sus ojos son marrones. Por supuesto. Haga lo que necesite. —Marnie se retorció las manos—. Por favor... encuéntrela y tráigala a casa.

Tessa sonrió. —Hábleme de Orla.

Marnie ordenó sus pensamientos. —Se llama Orla French. Estuve casada anteriormente, pero mi marido murió en Afganistán hace diez años. De ahí el apellido diferente. Conocí a Andy hace tres años y nos casamos el año pasado. Esa foto de Orla se tomó en nuestra luna de miel.

—¿Llevaron a su hija en su luna de miel? —La sorpresa de Marsden era evidente.

Marnie soltó una pequeña risa. —Sé que suena raro, pero habíamos reservado las vacaciones, luego decidimos casarnos y usarlas como luna de miel. Orla ya estaba apuntada para venir con nosotros y no se nos ocurrió no llevarla. Andy es un padre maravilloso para ella, por eso está de camino. Le llamé para decirle que Orla no había vuelto a casa, y terminó la reuni

inmediato.

—Entonces, ¿cuándo se dio cuenta de que su hija había desaparecido?

—La vi por última vez ayer sobre la una de la tarde. Trabaja en una de las casas de té del pueblo y pasé a tomar algo. En esta época del año, cierran alrededor de las cuatro. Dijo que iba a casa de su amiga a pasar la noche, y que me vería esta tarde.

—¿Y su amiga es?

—Emily Carr. Tendré que buscar su dirección para ti, está en Hope. Orla dijo que iba a ir andando después de terminar el trabajo —es solo el pueblo de al lado—, pero le pedí que viniera a casa primero y esperara a Andy, él la habría llevado en coche a casa de Emily, estaba lloviendo a cántaros. Dijo que estaría bien, y yo volví a casa. Llegué sobre las dos.

—¿Y no llamó para decir que había llegado bien?

—No, y eso en sí mismo es bastante extraño. Somos muy cercanas, como hermanas realmente, y siempre me mantiene informada de lo que hace, incluso si va a llegar media hora tarde a casa del trabajo si están muy ocupados, se asegura de llamar para que no me preocupe.

—¿Y usted no la llamó?

—No. Intento no hacerlo. Es casi como controlarla y ya tiene dieciocho años. En algún momento tienes que dejarles ir, y guardar tus preocupaciones para ti. Andy llegó a casa alrededor de las siete, cenamos y luego nos acostamos temprano. —Hubo una ligera sonrisa, pero luego desapareció—. ¿Dónde puede estar?

—No lo sé, señora Harrison. Entonces, ¿qué le hizo darse cuenta de que había desaparecido? Y necesito saber qué llevaba puesto cuando salió del trabajo para ir andando a Hope.

—La llamé sobre la una de hoy para ver si quería ir de compras. Es su día libre, de ahí la noche en casa de Emily. No contestó. Lo intenté tres veces, luego llamé a Emily.

El rostro de Marnie Harrison se nubló. —Fue entonces cuando supe que algo iba mal. Emily trabaja en un bufete de abogados en Baslow y contestó en un susurro, diciendo que estaba en el trabajo. Le dije que lo sentía y colgué, luego le envié un mensaje preguntando si Orla seguía en su casa.

Marnie le entregó su móvil a Tessa. —Esta es la respuesta.

Orla no está conmigo. No la he visto desde el domingo. ¿Está bien?

Marsden sacó su propio teléfono y fotografió el mensaje. —¿Y entonces nos llamó?

—Sí. Algo va mal, lo sé. Os llamé, luego llamé a Andy. Ah, y cuando salió para el trabajo ayer por la mañana, llevaba un abrigo rojo largo, uno acolchado, impermeable. Llevaba una mochila Nike, y probablemente tendría puestos sus auriculares conectados a su teléfono móvil. Definitivamente llevaba botas negras hasta la rodilla, porque me las pidió prestadas. Recuerdo que dijo... —hubo un ligero sonido de ahogo mientras su memoria se activaba—, dijo que sus botas se calaban con la lluvia intensa, así que si podía coger las mías. Encuéntrala por mí, por favor, inspectora Marsden.

—Haremos todo lo posible, como sabe, señora Harrison. ¿Sabe dónde se encontró con Emily el domingo?

—Sí, van a la iglesia, lo han hecho desde que tenían unos doce o trece años. Iban juntas al colegio, solían ir una semana a la iglesia de Hope, y la siguiente a la de St Edmunds al otro lado de la calle, pero decidieron que preferían esta, así que la convirtieron en su servicio dominical habitual.

Se oyó un golpe cuando se abrió la puerta principal y Marnie Harrison se puso de pie, con el rostro rígido. —¿Orla...?

—Soy yo, cariño —se oyó el tono profundo de quien Tessa supuso que era el marido.

Entró en el salón aún llevando su maletín, y estrechó la mano de Tessa. —Andrew Harrison —dijo—. ¿Alguna novedad?

CAPÍTULO CUATRO

Tessa levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Todavía no, señor Harrison. Acabamos de recibir el informe. Por suerte estaba en Bradwell, así que pude llegar aquí rápidamente. ¿Esto es inusual en Orla? ¿No suele ausentarse y desaparecer?

Andy Harrison negó con la cabeza.

—No, nunca lo ha hecho en los tres años que la conozco. Es una joven muy sensata, del tipo que es madura y no lo es. Quiero decir... nunca contestaría mal ni llamaría la atención, nunca sería una adolescente típica, y sin embargo era un poco ingenua. Por ejemplo, caminar hasta Hope con esa lluvia intensa, en la oscuridad —su frente se arrugó mientras lo pensaba. Cuanto más hablaba y analizaba la situación, más preocupación mostraba. Se pasó los dedos por su corto cabello gris; sus ojos azules se nublaron cuando la realidad y la gravedad de la situación parecieron golpearlo de repente.

—¿Tiene novio?

—No —fue la respuesta tajante de Andy.

—Más o menos —fue la respuesta más reveladora de su esposa.

—Cuénteme más —dijo Tessa.

—Creo que no es nada importante —dijo Marnie—. Dijo que vive por aquí cerca, pero no me quiso decir su nombre. Me dijo que ya habr♦♦♦♦a tiempo para eso si la cosa iba en serio. No tengo ni idea de qui♦♦♦♦n es, pero quizás se lo habría contado a Emily.

Marnie cruzó la habitación y se puso al lado de Andy. Le rodeó la cintura con el brazo y lo abrazó.

—Vamos a ponernos la ropa de andar y a buscarla —dijo suavemente—. Vamos a encontrar a nuestra Orla —Marnie se frotó los ojos, unos ojos que amenazaban con derramar lágrimas de nuevo.

—No, señora Harrison. ¿Les parece bien si les llamo Marnie y Andy? —Asintieron al unísono, y Andy dijo:

—Por supuesto.

—Necesito que uno de ustedes se quede aquí, y creo que deberías ser tú, Marnie. Si está herida o en problemas y logra volver a casa, querrá ver a su madre —Tessa miró hacia fuera—. Está bastante oscuro por el tiempo, pero haré que venga un equipo y haremos una búsqueda preliminar. Si no ha llegado a casa mañana por la mañana, podremos empezar al amanecer con perros y un equipo grande. También se les asignará un agente de enlace familiar. Estará aquí si lo necesitan. No se entrometen, pero les mantendrán informados de cualquier actividad. Marnie, ve a poner la tetera, yo iré un momento al coche para hacer los preparativos.

La lluvia casi había cesado, y Tessa se hundió en el asiento de su coche, sacó el teléfono del bolso y se quedó un momento pensando cómo proceder. Realmente estaba oscureciendo por momentos; las nubes no se habían levantado durante el día y estaba segura de que el diluvio de antes no había parado definitivamente.

Su tono de llamada sonó y miró la pantalla. La comisaría de Chesterfield, eso le ahorra tener que llamarles.

—Inspectora Marsden.

—Tessa, soy Harry —la voz del sargento de guardia sonaba inusualmente apagada.

—Hola, Harry. Estaba a punto de llamarte. Necesito un equipo de búsqueda de nivel medio en Castleton. ¿Puedes organizarlo, por favor?

—Puedo, pero tenemos más noticias sobre esa zona. Nos ha llegado otro aviso de desaparición hace unos minutos.

—¿Qué? —Tessa sintió un escalofrío recorrerla.

—Otra chica joven de Castleton. Tiene diecinueve años. No volvió a casa anoche. Fuera de lo normal. Muy parecido al caso en el que estás ahora.

—Espera, dame los detalles.

—Amanda Williamson, su madre la llama Mandy. Es pequeña, pelo largo castaño oscuro, ojos marrones, normalmente estaría en la Universidad de Manchester pero ha tenido neumonía así que está en casa con su madre para recuperarse. Se suponía que volvería a Manchester el próximo lunes —le dictó la dirección y Tessa la anotó rápidamente en su libreta—. Su madre suena bastante angustiada —le advirtió—, no hay padre, solo están ellas dos. Bien, ¿puedo anotar que vas a verla? Mientras tanto, organizaré esta búsqueda. Encontremos a estas chicas. Enviaré el equipo de búsqueda a la dirección de Orla French, pero le diré a Hannah que coordine, puede que tú aún estés con la madre de Mandy Williamson.

—Gracias, Harry. Dile a Hannah que me llame cuando llegue. Haz que todo ocurra hace dos horas, Harry, ¿puedes? Hace un tiempo horrible, y si alguna de estas chicas está herida o algo, no quiero que pasen una segunda noche fuera.

—Entendido, Tessa, me quedará un rato más esta noche, por si acaso.

¿Por si acaso? ¿Por si acaso qué? ¿Por si llega una tercera llamada con otra chica desaparecida? Tessa volvió a estremecerse. Salió del coche y regresó con Marnie y Andy. La situación empezaba a parecer mucho más siniestra, especialmente si las dos chicas se conocían o tenían alguna otra conexión.

Marnie la encontró en el pasillo.

—He hecho té.

—Gracias. ¿Podéis venir al salón? Necesito haceros un par de preguntas.

El rostro de Marnie se quedó en blanco, pero siguió a Tessa, esperando hasta que estuvieron sentados antes de susurrar:

—¿Qué ocurre?

—En primer lugar, hay un equipo de búsqueda en camino. Mi sargento, la sargento detective Hannah Granger, coordinará todo.

—¿Tú no estarás aquí? —preguntó Andy. Sonó más como un reproche que como una pregunta.

—Posiblemente más tarde. Eso es lo otro que tengo que deciros. Tenemos una segunda chica desaparecida, también de este pueblo —hizo una pausa para que asimilaran la información.

Marnie y Andy se miraron y se agarraron de las manos.

—¿Quién? ¿La conocemos?

—Se llama Mandy Williamson...

—¿La hija de Zoe? ¡Oh, no! —los ojos de Marnie Harrison se agrandaron—. ¿Qué está pasando? ¿Dónde están nuestras chicas?

—Habrá un equipo de búsqueda aquí en breve. Andy, voy a pedirte que te quedes con tu mujer. Está oscuro, y el equipo sabe lo que hace. Podrías entorpecerles. Tengo que dejaros, para ir a hablar con la señora Williamson. Nadie ha ido a verla todavía, llamó a Chesterfield para informar de la desaparición de Mandy. Cuando llegue la sargento detective Granger, probablemente querrá echar un vistazo a la habitación de Orla. Por favor, permitidlo. Puede que haya algo allí que pueda ser una pista sobre d~~o~~nde está.

Se levantó y se dirigió a la puerta principal.

—Volveré más tarde.

Se encontró con Hannah en el camino de entrada, así que volvió a la puerta principal y la presentó a los padres, luego se marchó para visitar la casa de los Williamson.

Zoe Williamson salió a esperar en el camino de entrada en cuanto vio el coche de Tessa aparcar fuera. No dijo nada, simplemente mantuvo la puerta abierta para que Tessa entrara.

Tessa y Zoe se sentaron frente a frente en sendos sillones, y Tessa sacó su libreta.

—Dígame algunos detalles sobre su hija, por favor, señora Williamson.

—Lláname Zoe —dijo ella. Su pelo corto y oscuro estaba pegado a la cabeza, mojado por la lluvia. Era evidente que había estado fuera un buen rato esperando que su hija apareciera por la calle, llegara a casa en taxi o se bajara del autobús; cualquier cosa, con tal de que volviera a casa. Los ojos verdes de Zoe estaban llenos de lágrimas.

Marsden asintió y esperó.

—Es una chica encantadora, nunca me ha dado un minuto de preocupación hasta ahora, por eso estoy tan angustiada. Apenas sale, salvo para ir a la iglesia, pero anoche dijo que había quedado con alguien. Le pregunté con quién, pero me dedicó esa sonrisa suya y me dijo: «Te diré quién es si decido que me gusta» —Zoe le pasó una fotografía a Tessa—. Esta es Mandy.

Una chica guapa, de aspecto más bien serio, le devolvió la mirada a Tessa. Tenía el pelo castaño oscuro recogido en una coleta alta en la nuca. Sus ojos marrones miraban directamente a la cámara.

—¿Puedo quedármela? —preguntó Tessa—. Me gustaría sacar algunas copias.

—Puedes quedártela. Mand~~o~~ hacer una más grande, así que tenía esta pequeña en un cajón. Por favor... encuéntrala.

—Haremos todo lo posible, Zoe. ¿Conoce Mandy a otra chica del pueblo llamada Orla French?

—Se conocen de la iglesia, creo, pero no creo que vaya más allá. ¿Por qué?

—Orla también ha desaparecido. Mantenemos una mente abierta en estas primeras etapas, pero ¿existe alguna posibilidad de que estén juntas?

—No lo creo —dijo Zoe frunciendo el ceño—. Nunca ha mencionado a Orla.

Tessa esperó, pero no hubo nada más. Cerró su libreta.

—Si se le ocurre alguna amiga que Mandy pudiera tener, debe llamarlas para ver si está con ellas. Ya tenemos un equipo de búsqueda en Castleton, pero el mal tiempo y la oscuridad nos están dificultando las cosas. Mañana por la mañana, al amanecer, habrá un contingente mucho mayor aquí. Y un agente de enlace familiar estará con usted, manteniéndola al día de todo. Quédese en casa. No salga a buscarla usted misma. Si Mandy vuelve, querrá que haya alguien aquí, y esa debe ser usted. Tengo que irme, para comprobar cómo va todo, pero volveré.

Mientras Tessa se alejaba, pudo ver a Zoe Williamson en la ventana mirando hacia la

oscuridad, y Tessa ni siquiera podía empezar a imaginar cómo debía sentirse.

CAPÍTULO CINCO

Los instaladores de moqueta ya estaban esperando cuando Doris llegó a la cabaña. Se alegró de que por fin hubiera dejado de llover, pero el aire aún se sentía húmedo y todo parecía gris.

Saludó con la mano a los dos hombres en la furgoneta y abrió la puerta principal. Hacía frío, pero sabía que no podía encender la calefacción; los hombres no se lo agradecerían. Había elegido una moqueta lisa de color gris claro para instalar en ambos dormitorios, el pasillo, las escaleras, el rellano y la sala principal de abajo. Había hecho un arreglo especial con ellos para que volvieran en una semana a terminar la segunda sala de estar más pequeña, una vez que hubiera sacado todo lo que estaba almacenado allí.

Comenzaron a trabajar de inmediato, rechazando su oferta de una bebida, diciendo que necesitaban darse prisa si querían terminar antes de que llegaran los repartidores con sus muebles. A medida que completaban cada habitación, ella cubría la moqueta con sábanas viejas; definitivamente no era el clima adecuado para que los transportistas de muebles pisotearan moquetas nuevas.

Cuando se marcharon, una furgoneta mucho más grande se detuvo con todas sus pertenencias en la parte trasera. Kat, Mouse y Carl habían llegado; Martha se había ido a pasar el día con la abuela Enid y el abuelo Victor.

Carl organizó todo, y pareció que en poco tiempo la furgoneta desapareció, los hombres satisfechos con té y bollos.

Doris tenía su cabaña.

El equipo de búsqueda encontró un cuerpo a las once en punto.

Nadine Bond, la oficial de enlace familiar asignada a los Harrison, contuvo la respiración cuando vio a Marsden subir por el camino hacia la puerta principal. Había estado en esta situación demasiadas veces como para no reconocer la expresión en el rostro del inspector y se movió para sentarse junto a Marnie.

—Marnie, Andy, lo siento. Son malas noticias. Hemos encontrado el cuerpo de Orla en el Peakshole Water, bastante cerca de Peak Cavern —dijo.

Marnie se desmoronó y cayó contra su marido. Él intentó sentarla erguida, pero su esposa estaba inconsciente, en un desmayo profundo.

En Bradwell, la vida se sentía bien. Los muebles encajaban milagrosamente, las sábanas para el polvo se habían quitado de las moquetas y estaba empezando a parecer el hogar que Doris sabía que se convertiría.

Carl se paró a su lado y miró alrededor de la acogedora salita.

—Vale, abuela, ¿hay algo más que quieras que ponga en un lugar diferente? No quiero que muevas nada tú sola. Kat dice que debes tomártelo con calma.

—Bah. Tomármelo con calma... Estoy harta de oír eso.

Él sonrió.

—No me culpes, estoy repitiendo lo que me han dicho. Si prometes no mover nada tú sola, subiré y ayudaré a Kat a montar esa cuna.

—Por supuesto que no moveré nada. Como si me atreviera —dijo Doris, manteniendo los dedos firmemente cruzados.

Carl subió las escaleras de dos en dos y encontró a Kat y Mouse sentadas en el suelo del pequeño dormitorio tratando de entender las instrucciones.

—Pensé que ya lo tendríais hecho, y Martha dormida en ella —bromeó.

Ambos pares de ojos se volvieron hacia él. No había sonrisas.

—No tiene ningún sentido —dijo Kat—. Monté la otra yo sola, pero esta parece tener muchas más piezas que la mía.

—Vale —dijo Carl—. Hagamos un trato. Yo montaré la cuna si tú nos haces una taza de té. Creo que la abuela podría necesitar una, para evitar que mueva su sofá a la otra sala de estar. Si esa moqueta estuviera puesta, creo que lo estaré haciendo mientras hablamos. Me temo que está pensando en un estilo más de cabaña para la sala principal.

—Se supone que debe tomárselo con calma —Kat se levantó de un salto y se dirigió a las escaleras.

—Kat, un consejo —dijo Carl—. No menciones lo de tomárselo con calma a la abuela. No sería buena idea —Tomó la llave Allen de ella y recogió el folleto de instrucciones.

—Mujeres —murmuró—. Inútiles —Mouse le golpeó con la gran caja en la que había venido la cuna y él le sonrió—. ¿Te diste cuenta de que no dije eso mientras Kat estaba en la habitación?

Marnie se enterró en los brazos de Andy. Se sentía tan mareada y enferma, y se notaba en su cara. Andy la acercó todo lo que pudo, y miraron a Tessa, luego a Nadine, deseando que dijeran que había sido un horrible error y que no era Orla.

El silencio en la habitación, la sensación de desesperanza, les dijo que era cierto, y que nada devolvería a Orla con ellos.

Siân Dawson, la oficial de enlace familiar de los Williamson, abrió la puerta principal y condujo a Tessa hasta la sala de estar.

—Está aguantando —dijo—. No he dicho nada todavía sobre que han encontrado a Orla French. Zoe se va a derrumbar cuando lo oiga.

Tessa asintió y tocó ligeramente el brazo de la oficial.

—Lo sé, pero tengo que decírselo antes de que se entere por otra persona.

Tessa se quedó en la puerta y miró a Zoe. Tenía los ojos cerrados pero no estaba dormida. Estaba entrelazando sus dedos, obviamente sumida en sus pensamientos.

—¿Zoe? —dijo Tessa suavemente.

Los ojos de Zoe se abrieron de golpe.

—¿Tienes noticias?

—De cierto tipo —dijo Tessa—, aunque no de Mandy. Han encontrado a Orla French.

Zoe se puso de pie.

—¿Está bien?

—Me temo que no. El equipo de búsqueda encontró su cuerpo en el Peakshole Water.

—Oh Dios mío, no. ¿Y Mandy...?

—Ningún rastro. El equipo de búsqueda ha continuado con su operación planificada, cubriendo mucho terreno. No pierdas la esperanza, Zoe.

—¿Y cómo están su madre y su padre?

—Padrastro. Están devastados. Y enfadados.

Siân entró de la cocina con tres tazas de té.

—Ya había hecho una tetera. Parece que necesitas una, jefa.

Tessa sonrió agradecida.

—Sí. No ha sido un buen día, como puedes imaginar.

Las tres se sentaron, pero Zoe simplemente sostuvo su taza, como si buscara consuelo en su calor en las manos.

—¿Cómo murió? —preguntó Zoe.

—Aún no lo sabemos. La han llevado a la morgue, esperando que se realice la autopsia. Nadie está especulando, ni siquiera el patólogo. Orla fue encontrada en el río, que estaba, y aún está, corriendo muy rápido. Hemos tenido mucha lluvia. Podría haberse resbalado fácilmente.

Tessa Marsden no creía una palabra de lo que estaba diciendo. Sentía que deberían estar buscando un segundo cuerpo, que tal vez un asesino en serie había descendido sobre Castleton y se había llevado a dos mujeres jóvenes, pero su trabajo en ese momento era evitar que Zoe Williamson pensara en esas líneas.

CAPÍTULO SEIS

—Por supuesto. Le espero mañana por la mañana, señor Barker. Para empezar le atenderá Katerina, pero más adelante tendremos que incluir a nuestra compañera de informática, Bethan. Nos vemos a las diez en punto mañana.

Doris colgó el teléfono con una sonrisa. Haber desviado las llamadas de trabajo a su teléfono de casa durante la mudanza había sido una idea genial, pero ya era hora de reabrir la oficina. Había esperado que la llamada fuera de Tessa Marsden, quien había aprendido a confiar en que todo lo que dijera a los colegas de Connection se quedaba entre ellos, y sabía que Tessa acabaría viniendo para hablar las cosas y confirmar lo que pensaba.

Pero en su lugar había sido alguien llamado Ewan Barker, que había perdido el contacto con su hijo y quería que lo encontraran. Mouse estaba enfrascada comprobando los antecedentes de los candidatos a puestos directivos en una de las principales empresas del Reino Unido, así que Kat era la opción lógica para empezar con el señor Barker.

Doris se dejó caer en el sofá, lo reclinó y echó la cabeza hacia atrás. Esta casita era perfecta; no era de extrañar que la difunta Alice Small la hubiera querido tanto. Doris alargó distraídamente la mano hacia un lado para coger el correo que habían entregado ese día y que había dejado en la mesita auxiliar, y lo hojeó. Había cuatro cartas basura, todas dirigidas a Alice Small en Little Mouse Cottage.

Little Mouse Cottage, claramente un nombre que Alice había dejado de usar, prefiriendo usar su número en lugar del nombre, y un nombre que sería resucitado cuanto antes, en lo que a Doris concernía. Era perfecto. Acercó su portátil y cinco minutos después había encargado una placa para la pared exterior, con un ratoncito pintado a mano al lado del nombre.

—La guinda del pastel —murmuró para sí misma, y luego cambió de página web para mirar muebles de estilo rústico. Esta habitación, lo sabía, necesitaba un conjunto de estilo cottage. El actual estaría bien en la segunda sala. Sonrió y cogió la copita de jerez—. Por mí y mi ratoncito —dijo, y levantó la copa.

La mañana vio la última alfombra colocada a las ocho en punto. Doris salió hacia la oficina. Sabía que los instaladores de alfombras no habían querido particularmente empezar a trabajar a las siete de la mañana, pero la promesa de bocadillos de bacon había inclinado la balanza. Por fin su casita se sentía suya, y podía ponerse a hacer las cosas que quería hacer en ella.

Era una mañana fría y helada, y encendió la calefacción y la cafetera, poniendo sus prioridades en orden. Lo tendría agradable y calentito para cuando llegaran sus chicas —y el nuevo cliente, el señor Ewan Barker.

Kat llegó primero.

—Mamá ha recogido a Martha esta mañana. No he tenido que ir a su casa. Al parecer van a

una aventura, así que he dejado a Carl cargando el lavavajillas y he venido temprano. ¿Sabemos algo del señor Barker?

—No mucho. Vive en Grindleford y está buscando a un hijo con el que ha perdido el contacto. Cuando llamé tomé su nombre, dirección y número de teléfono, así que haz que rellene un formulario de cliente, ¿vale?

Kat asintió.

—Lo haré. ¿No hay señales de Mouse?

—No, ayer estaba muy mocosa con ese maldito resfriado, y hoy no tiene citas, así que la dejo dormir. Si no baja aquí para las diez, subiré cuando estés en tu despacho con Ewan Barker, y comprobaré que esté bien.

—¿Quieres un café, abuela?

—No quería, hasta que he empezado a oler el café que he puesto, así que sí. —Sonrió—. Ya estoy llena de café y bocadillos de bacon. Convencí a los de la alfombra para que la pusieran en la segunda sala, de ahora en adelante conocida como el cuarto acogedor, sobornándoles con bocadillos de bacon. Ya está todo hecho, así que los muebles pueden moverse a donde corresponden. Voy a poner la televisión en el cuarto acogedor, así que el salón será una zona libre de tele, pero mis libros estarán en el salón. Voy a poner allí un conjunto de estilo rústico, y el viejo conjunto cómodo irá al cuarto acogedor. Ah, ¿y sabías que la casita tenía nombre? Alice debió usarlo cuando se mudó allí por primera vez, porque está en su correo, pero no hay nada en la pared exterior que muestre que siguió usándolo. He encargado una nueva placa. Se llama Little Mouse Cottage. Me encantó, así que se queda.

—Eso es precioso. Y Mouse estará encantada.

—Bueno, algún día heredará el lugar, así que será aún más relevante.

Kat se rió.

—Ella apenas es un ratoncito. ¿Cuánto mide? ¿Un metro setenta y cinco, ochenta?

La campanilla de la tienda sonó y Mouse entró entre las risas.

—Eh, espero que no os estéis riendo de mí —dijo, y estornudó.

—Como si lo hiciéramos —se rió Kat—. Pregúntale a tu abuela cómo se llama su casita, y entenderás por qué nos reímos.

—Gracias, Kat —dijo Doris—. Méteme en líos, ¿por qué no? La casita se llamaba Little Mouse Cottage. Parece que Alice dejó de usar el nombre, pero yo lo estoy resucitando.

—Oh, eso es encantador —dijo Mouse—. Realmente dulce.

—Espero que sientas lo mismo cuando heredes el lugar —respondió Doris, sonriendo a Mouse mientras volvía a estornudar—. ¿Y crees que deberías estar aquí? ¿Por qué no vuelves a la cama con algo de medicación y te quedas allí hasta que te sientas mejor?

—Estaré bien —dijo Mouse—. He tomado una cosa caliente de limón, con un sabor asqueroso. Más le vale funcionar. ¿Queda más de ese café?

—Sí. —La abuela le sirvió uno y se lo dio—. ¿Estás trabajando en lo de la contratación?

—Sí. Pero avisadme si me necesitáis para tu cliente, Kat. Abuela, no hace falta que te quedes aquí si tienes cosas que arreglar en casa, ya sabes. No es como si te pagáramos. —Se rió.

—Me quedo. Vosotras dos estaréis en vuestros despachos, así que yo me ocuparé de la recepción. Tengo algo de trabajo que hacer en ese curso que estoy haciendo, y casi he terminado, así que con suerte después de hoy puedo olvidarme de ello y esperar los resultados que digan que he aprobado.

—La semana pasada dijiste que habías suspendido estrepitosamente. —Kat sonrió—. ¿Qué ha cambiado?

—Repasé lo que había hecho y decidí que no estaba tan mal como pensaba. Ya es hora de que vosotras dos lo empecéis. Tenemos una buena colección de certificados en la pared, pero nos estamos dirigiendo hacia los de más nivel.

Kat y Mouse gimieron al unísono.

—Matadme ahora —dijo Kat. Cogió su café y se dirigió a su despacho—. Haced pasar al señor Barker cuando llegue, y prometo acordarme de que rellene la ficha de cliente.

—Antes de que te vayas —dijo Mouse—, ¿habéis sabido algo de Tessa?

—Ni una palabra. Supongo que eso significa que hay novedades. Espero que hayan encontrado a la chica desaparecida con vida.

—¿Inspectora Marsden? He dado prioridad a esta joven. Estaba muerta antes de entrar en el agua, y murió por estrangulamiento. Su hueso hioides estaba fracturado. No había agua en sus pulmones. Tiene una contusión masiva en la cabeza, así que probablemente la dejaron inconsciente antes de estrangularla. Y la hora de la muerte fue entre las cuatro y las seis de la tarde.

—Mierda —suspiró Tessa al teléfono—. Esperaba que pudieras decirme que fue accidental. Que se había resbalado en el barro o algo así —Hizo una pausa—. En fin, será mejor que vaya a contárselo a sus padres y convierta esto oficialmente en una investigación por asesinato.

—No he terminado —Esta vez hubo una vacilación al otro lado del teléfono—. Estaba embarazada de aproximadamente catorce semanas. He tomado ADN del feto.

—Vaya por Dios —La cabeza de Tessa daba vueltas. La situación empeoraba por momentos—. ¿Eso es todo?

—Por el momento. Hasta que tengamos resultados, al menos.

—Gracias. Hazme un favor y compara el ADN del feto con el de la víctima del accidente de tráfico, Jacob Thorne, ¿vale? Hablamos pronto —Y guardó el teléfono en su bolso.

Contárselo a Marnie y Andy Harrison fue difícil. Ninguno de los dos podía hablar. Como Tessa, habían esperado que fuera un accidente causado por el mal tiempo. Que les dijeran que era un asesinato era, para ellos, impensable. Marnie se había mantenido entera hasta que Tessa le habló del embarazo, y entonces simplemente se derrumbó.

Andy abrazó a su mujer, que sollozaba desconsoladamente.

Andy miró a Tessa con el rostro demacrado.

—¿Podemos hacer algo?

—No, necesitáis estar juntos. Nadine se quedará con vosotros y os transmitirá cualquier cosa que descubramos. Está aquí para ayudaros en estos momentos tan terribles, y siento mucho haber tenido que traeros las peores noticias.

Nadine asintió.

—¿Quiere un vaso de agua, Marnie? Le ayudará a calmarse. No mejorará las cosas, pero necesita ser fuerte.

—Gracias —susurró Marnie—. ¿Qué sucede ahora?

—Voy a ver a Emily Carr, para intentar encontrar a ese novio.

Tessa no hizo ninguna llamada previa. El rostro de Emily reflejó conmoción cuando Marsden le mostró su identificación, pero pidió tranquilamente a otro miembro del personal si podía cubrirla en recepción durante unos minutos.

Emily la condujo por un pasillo hasta una habitación vacía, y se sentaron frente a frente a ambos lados de un escritorio.

—¿Esto es sobre Orla? —preguntó Emily.

—Así es. Como sabes, se ha encontrado su cuerpo, bastante cerca de Peaks Cavern, que

definitivamente no está en la ruta hacia Hope desde su casa, está en la dirección opuesta. Sin embargo, han llegado a nuestro conocimiento cosas que nos obligan a investigar mucho más a fondo. No fue una muerte accidental; Orla murió por estrangulamiento.

Emily palideció visiblemente.

—Pero...

—¿Pero qué, Emily? ¿Hay algo que sepas?

—No. Iba a decir que simplemente venía a pasar la noche en mi casa. ¿Qué ha salido tan mal para que esté muerta? —Se secó una lágrima—. No puedo creer que esto esté pasando. Es mi mejor amiga.

—Y como tu mejor amiga, ¿te contó con qué chico estaba saliendo?

—No necesitaba contármelo. Había salido a tomar café un par de veces con mi hermano. Empezaban a ponerse un poco serios, pero nada demasiado intenso. Iba a venir esa noche para pasar tiempo con Paul y conmigo. Íbamos a ver una película, tomar una cerveza, y luego se quedaría a dormir conmigo. No con Paul.

Emily sonaba enfadada, como si desafiara a Marsden a sugerir que hubiera algo inapropiado en la relación entre Paul y Orla.

—¿No habían dormido juntos?

—Definitivamente no. Solo se habían visto unas tres veces, y la primera fue por casualidad. Se encontraron en Bakewell, y Paul le invitó a un café. Se llevaron muy bien, y Paul me preguntó si sabía cómo se sentiría Orla si la invitaba a salir. Le dije que lo averiguara él mismo, y el resultado fueron un par de cafés más. Estaba en las primeras etapas, te lo aseguro. Ni siquiera mamá lo sabía. Orla ha pasado mucho tiempo en nuestra casa, y a mamá no se le ocurriría que la razón estuviera cambiando.

Marsden bajó la mirada.

—¿Y no había definitivamente nadie más en la vida de Orla?

Durante un momento, Emily pareció preocupada.

—N... no —dijo.

—Pareces insegura.

—Es que Orla cambió. Siempre había sido la segura de sí misma, la que nunca dejaba que las cosas le afectasen. Era nuestra organizadora juvenil en la iglesia, siempre dispuesta a ayudar a cualquiera. Pero entonces empezó a cambiar. Un día se echó a llorar, lo achacó a que los dolores menstruales la tenían un poco deprimida, pero nunca antes la había oído quejarse de ellos. No pude sacarle nada más, y me pidió si podía quedarse en nuestra casa esa noche. Esto fue mucho antes de que empezara a quedar con Paul.

—¿Crees que estaba viendo a alguien?

—No lo sé, de verdad. Pero lo que sí puedo decirte es que Paul, mi madre y yo estábamos en casa aquella horrible noche lluviosa cuando Orla desapareció. Paul estaba disgustado, había estado esperando ese momento porque quería formalizar las cosas pidiéndole que fuera su novia.

—¿Y no llamaste a Marnie para averiguar dónde estaba Orla cuando no apareció?

—No, porque lo había hecho una vez antes y Orla me regañó. Dijo que la tenían muy controlada, que no quería que supieran nada. Sí llamé al móvil de Orla, pero estaba apagado. Sin buzón de voz, nada. Cuando Marnie me mandó un mensaje al día siguiente, supe que tenía que ser sincera y decir que no había estado en nuestra casa, porque me había pasado toda la mañana en el trabajo preocupada por lo que le habría pasado y por qu❖❖ no respondía al teléfono.

Marsden asintió.

—Entonces, ¿no sabías que estaba embarazada?

Esta vez el impacto fue evidente. La joven guardó un silencio absoluto.

—¿Emily?

—¿Embarazada? Pero... ¿de quién?

—Aún no lo sabemos. Estaba de unas catorce semanas. ¿Sería eso antes de que empezara a salir con Paul?

—Estoy segura. La primera vez que quedó con él en Bakewell fue hace unas cinco, quizás seis semanas.

—Entonces Paul no tiene nada de qué preocuparse. Necesitaremos una muestra de ADN suya, pero será para descartarle. ¿Estás segura de que no se te ocurre nadie más con quien pudiera haber tenido relaciones? ¿Ya sea por voluntad propia o forzada?

—¿Forzada? —Los ojos de Emily se abrieron de par en par, como si intentara asimilar todo lo que Marsden estaba diciendo—. ¿Te refieres a una violación?

—O alguien prohibido, quizás un hombre casado, con quien tuviera relaciones porque ella quisiera.

—Pero estamos hablando de Orla —dijo Emily angustiada—. Era cristiana, no haría algo así. Ay, Dios —dijo y dejó caer la cabeza sobre sus brazos en el escritorio—, ayúdame.

Paul Carr trabajaba en un taller de neumáticos no muy lejos del bufete de abogados que Tessa había dejado recientemente. Se mostró cooperativo, educado y ligeramente molesto porque Marsden hubiera entrevistado a su hermana, haciéndola disgustarse.

Confirmó todo lo que Emily había dicho y accedió a visitar una comisaría local al día siguiente para dar una muestra de ADN.

Tessa no le vio golpear la pared y enjugarse las lágrimas. Ya estaba conduciendo hacia la siguiente parte de la investigación.

CAPÍTULO SIETE

Sonó la campanilla de la tienda mientras Doris repasaba sus apuntes. Al levantar la mirada, vio a un hombre de estatura media, de pelo cano y con una gruesa chaqueta azul de la marca The North Face que hacía juego con sus ojos.

—Hola —dijo—. Soy Ewan Barker. Tengo una cita...

—Bienvenido, señor Barker. Me llamo Doris Lester. Hablé con usted por teléfono.

—Doris, encantado de conocerte. Y por favor, llámame Ewan.

Doris sonrió.

—Es un placer conocerte, Ewan. Te he reservado con Katerina, aunque prefiere que la llamen Kat. ¿Te apetece un café?

—Gracias, me vendría bien. Hace un frío que pela ahí fuera.

—Entonces, déjame que te lleve al despacho de Kat y te traeré uno de su máquina.

Se dirigió hacia la puerta del despacho de Kat y Ewan la siguió. Llamó y esperó hasta que Kat les dijo que pasaran; entonces abrió la puerta. Kat los recibió con una sonrisa.

—Adelante, señor Barker. ¿Café?

—Ya se lo traigo yo, Kat —dijo Doris, y se acercó a la mesa auxiliar. Rápidamente sirvió una taza y se la entregó al cliente, que se había quitado el abrigo.

—Puede que haga un frío que pela ahí fuera —dijo él—, pero aquí dentro hace demasiado calor para esta chaqueta.

—Que aproveche —dijo Doris, y lo dejó al cuidado de Kat.

—Bien, señor Barker, necesito tomar algunos datos antes de que entremos en materia —dijo Kat. Le acercó un formulario y un bolígrafo, y le pidió que lo rellenara.

Dos minutos después, él se lo devolvió con una sonrisa.

—Ya está —dijo—. Y llámame Ewan, por favor.

—Gracias, Ewan —dijo ella. Abrió el cajón superior. ¿Te importa si grabamos nuestra conversación? Es mucho más fácil que tomar notas y así me aseguro de no perderme nada.

—En absoluto.

—Gracias —encendió la pequeña grabadora y la colocó entre ambos—. Bien, empieza por el principio y cuéntame cómo podemos ayudarte. Necesitaremos una provisión de fondos antes de empezar cualquier trabajo, como has visto en el formulario, pero no alargamos las cosas, nos ponemos manos a la obra y terminamos lo antes posible.

—Lo sé —dijo él, dirigiendo sus ojos azules hacia ella—. Me han hablado muy bien de vosotros.

Se tomó un momento para pensar antes de empezar a hablar.

—Mi hijo, o eso me dijeron hace muchos años, se llama Michael, y durante el embarazo se

comentó que si era niño, se llamaría Michael Ewan. Su madre era Helen Fairfax. Helen no quería hablar de casarnos, y estaba bastante disgustada porque parecía que se vería obligada a esa situación por el embarazo, pero yo siempre la tranquilizaba diciéndole que podíamos tener al bebé y luego decidir nuestro futuro. Al final llegó a aceptarlo. El bebé tenía que nacer en noviembre de 1968, y en septiembre ella se marchó. Estaba de siete meses y simplemente desapareció. Vivíamos en las afueras de Sheffield por aquel entonces, y ella tenía muchos amigos. Trabajaba en unos grandes almacenes, Atkinsons, y había un grupo bastante numeroso con el que salía. Cuando lo pensé más tarde, después de que se fuera, me di cuenta de que no era el matrimonio lo que no quería, creo que era el bebé. Le impedía lo que ella consideraba su vida.

Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos.

—¿Cómo te enteraste de que había tenido al niño? —preguntó Kat.

—Me encontré con una de sus amigas en un pub una noche, y me dijo que no me diría dónde estaba Helen, pero que había visto al bebé y que se llamaba Michael. Carla, la amiga, me dio su nombre, dirección y número de teléfono, y la llamé con bastante regularidad durante cerca de un año, pero noté que se estaba cansando un poco de mis llamadas, así que dejé de hacerlo. Nunca he visto a Michael, pero sé que Carla tenía una foto suya porque había cogido al bebé cuando fue a ver a Helen. Dijo que se parecía a mí. Hace poco me hicieron un triple bypass. Algo así te hace reflexionar, y realmente me gustaría verlo. Al final sí me casé, pero Jean y yo nunca tuvimos hijos. Ella murió hace cinco años, así que pensé que era hora de poner en orden mi vida. Espero que puedas ayudarme, Kat, porque no tengo ni idea de por dónde empezar.

—Entonces empecemos por lo que sí sabemos. ¿Tienes por casualidad todavía el nombre de la amiga a la que solías llamar?

Sacó su cartera.

—Sí —dijo y le entregó un pequeño trozo de cartón que claramente había empezado su vida como un posavasos de cerveza—. Pero necesito dejar claro que no es a Helen a quien busco. Es a Michael. Helen tiene mi misma edad, setenta años, nacida el 10 de octubre de 1948, compartíamos cumpleaños. De hecho, nos conocimos el día que cumplimos dieciocho, los celebramos en el mismo pub. Fuimos inseparables hasta el día que desapareció. Me dejó una nota, que arrugué y tiré, así que lo siento, no la tengo para enseñártela. Decía algo así como que no quería compromiso y que se pondría en contacto cuando naciera el bebé. Eso, por supuesto, nunca ocurrió —hurgó más en su cartera—. Esta es la única foto que tengo de Helen. Por favor, cuídala.

—La fotocopiaré y podrás volver a guardarla en tu cartera. No puedo garantizarte, Ewan, que lo encontraremos. A veces, cuando la gente quiere desaparecer, lo hace de manera efectiva. Puede que se fuera del país, llevándose a su hijo con ella, y aunque probablemente podríamos rastrear eso, una vez que alguien está en un país diferente, simplemente desaparece del radar.

—Lo entiendo, de verdad que sí. Pero tengo que intentarlo. No soy un hombre rico, Kat, pero tampoco soy pobre. Michael debería heredar lo que le corresponde por derecho, pero ni siquiera se trata de eso. Simplemente quiero verlo, averiguar qué clase de hombre es. En mi cabeza lo veo no muy alto, ambos padres somos de estatura media, y con el pelo claro. Helen y yo éramos rubios.

Kat sonrió.

—Ewan, te prometo que haremos todo lo posible. Usaremos Twitter y Facebook para ayudar, si te parece bien, pero si dices que no a las redes sociales, utilizaremos otros medios. No usaremos tu nombre, solo el de Helen y Michael. ¿Qué te parece?

—Kat, no puedo pedirte ayuda para encontrar a Michael y luego poner restricciones. Haced

lo que sea necesario, confío en que actuaréis pensando en mi mejor interés.

—Te mantendremos completamente informado en todo momento, así que si quieres detener algo, avísanos enseguida. Esta es nuestra tarjeta de visita con los tres números móviles, para que puedas contactarnos en cualquier momento —deslizó la pequeña tarjeta sobre la mesa hacia él—. Empezaremos a trabajar en esto inmediatamente, así que por favor revisa tus correos electrónicos todos los días por si tenemos preguntas. Para cualquier cosa urgente, por supuesto te llamaremos. ¿Pagarás la provisión de fondos con tarjeta o cheque?

—Con tarjeta. ¿Está bien?

—Perfectamente. Tendrás que arreglarlo con Doris antes de irte. Ella se encarga de las finanzas —Kat se puso de pie—. Gracias por confiar en nosotros, Ewan. Espero que podamos resolver esto por ti, de verdad —le tendió la mano y   él se levantó y se la estrechó.

—Gracias, Kat. Iré a ver a esa encantadora señora de recepción. Tiene una sonrisa preciosa.

Kat se rio.

—Deberías verla cuando está entrenando kárate. Entonces la sonrisa desaparece. Pero tienes razón, es encantadora. Y antes de que te vayas necesito presentarte a Beth, mi socia y nieta de Doris, porque también trabajará en este caso, y si tiene que llamarte, necesitas saber quién es. Beth y Doris son nuestras expertas en tecnología. Yo soy la pensadora, según dicen.

Cogió su teléfono y habló con Beth.

Segundos después, Beth y su nariz enrojecida entraron por la puerta contigua y estrecharon la mano de su nuevo cliente.

—Encantada de conocerte, Ewan, pero no te acerques más. Estaba pensando en irme a casa a la cama y quedarme allí una semana hasta que esto pase.

—Whisky y limón —dijo Ewan—. Venga, vete a casa.

—Dios mío —dijo Beth—. Suena como mi abuela.

—Beth, vete a casa —dijo Kat—. No puedes trabajar así. Apuesto cualquier cosa a que estás recostada en tu silla con los ojos cerrados, sintiéndote fatal.

—No he hecho nada desde que llegué —confesó—. Estaré en la cama si alguien me necesita —Se dio la vuelta y volvió a su propia oficina.

Kat fotocopió la pequeña foto de Helen Fairfax y le devolvió el original a Ewan. Lo llevó a recepción y lo dejó con Doris para que pagara su provisión de fondos.

Doris introdujo la información relevante en la máquina y se la pasó a Ewan para que insertara su tarjeta. Con la transacción completada, él le sonrió.

—No habrá otra taza de café por ahí, ¿verdad?

—Por supuesto. Y una galleta —respondió ella con una risa. Sacó una silla que estaba metida bajo su escritorio en la parte trasera de la recepción y cerró la tapa del portátil, antes de empujar el ordenador hacia el borde de la mesa.

—Por favor, siéntate, Ewan. Traeré nuestras bebidas. Supongo que Kat pudo ofrecerte algo de esperanza.

Ewan se sentó.

—Me ofreció una oportunidad, que nunca antes había sentido que tenía. El hecho de que alguien esté intentando encontrar a mi hijo es algo enorme para mí. Incluso si Helen, la madre del niño, consiguió llevárselo definitivamente, al menos sabré que lo intenté.

Doris asintió. Le entregó el café y abrió su caja de galletas.

—Sírvelo tú mismo —dijo, y se sentó en la otra silla—. Vives en Grindleford, tengo entendido.

—Así es. Me encanta allí. Antes vivía en Bradwell, pero me di cuenta de que necesitaba un

jardín más grande. Esto fue antes de mi triple bypass cardíaco —dijo con una sonrisa—. Ahora necesito uno más pequeño.

—Yo vivo en Bradwell —dijo Doris.

—Me fui en el 2000, cuando mi mujer aún vivía. Ella no quería irse, le encantaba nuestra casa allí, pero reconocía sus limitaciones. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo allí? No te recuerdo.

—Dos días —dijo Doris con otra risa—. He comprado una casita cerca del Bowling Green Inn. Un pequeño jardín delantero, pero uno trasero mucho más grande.

Mouse salió de su oficina y se acercó al escritorio de Doris. Se inclinó y besó a su abuela en la coronilla.

—Me voy a la cama. Este maldito resfriado se me ha instalado en la cabeza y necesita estar sobre una almohada. Por favor, no me molestéis a menos que haya un cadáver o algo emocionante.

Doris se levantó y abrazó a su nieta.

—Pasaré a verte antes de irme a casa. No te despertaré si estás dormida.

Mouse salió de la tienda y Ewan se puso de pie.

—¿Necesita que la lleven? Tiene un aspecto horrible.

—No, está bien. Vive arriba. La puerta blanca al lado de esta tienda es su puerta de entrada. Estará en la cama en treinta segundos.

—¿Cadáver? Supongo que está bromeando.

Doris pensó por un momento.

—No realmente. Hemos tenido uno o dos que tratar como parte de investigaciones pasadas. Y Mouse... Beth... casi fue uno ella misma.

—¿Mouse? ¿La llamáis Mouse?

Su sonrisa era contagiosa.

—Sí. Cuando nació era diminuta, como un ratoncito, y el nombre se le ha quedado toda la vida. Kat la conoce desde hace un par de años y también la llama Mouse. Le va bien.

—¿Sois cercanas?

—Mucho. Perdió a sus padres cuando tenía dieciséis años y yo intervine. Pero somos más amigas que otra cosa. Yo la mantengo en el buen camino, o al menos lo intento, y ella dice "Ay, abuela" repetidamente. Es una buena relación. Y tenemos a Kat. Ella también me llama abuela, así que esta asociación empresarial es mucho más que simplemente eso.

—Qué maravilla —dijo Ewan, y alargó la mano para coger un segundo garibaldi—. No puedo resistirme a estas malditas galletas. Es por eso que no las compro.

Charlaron durante cinco minutos más y luego Ewan se levantó y se puso el abrigo.

—Gracias por esto, Doris. Ha sido encantador pasar tiempo contigo. ¿Podría invitarte a tomar algo alguna vez? ¿Quizás en el Bowling Green?

Doris sintió que sus mejillas se sonrojaban.

—Oh... eh... sí. Sí, eso sería encantador.

—¿Mañana por la noche? Puedo recogerte, o podemos quedar en el pub.

Doris se sintió nerviosa.

—Podemos quedar en el pub. Está a solo dos minutos. ¿A las ocho?

—Estupendo. Lo esperaré con ganas. Y si surge algo que lo impida, tenemos los datos de contacto el uno del otro. Entiendo que tienes una ocupación inusual, así que los planes pueden tener que cambiar. Gracias por hoy, Doris. Esto ha resultado ser mucho mejor de lo que podría haber imaginado.

CAPÍTULO OCHO

Marsden estaba sentada en su escritorio en Chesterfield cuando sonó un aviso de correo electrónico. Lo leyó y después se recostó con un suspiro. Así que no había relación entre el feto en el vientre de Orla French y la víctima del accidente, Jacob Thorne.

Giró su silla para mirar por la ventana y se echó el pelo hacia atrás. Sabía que algo no cuadraba en todo el asunto de Jacob Thorne; dos personas desaparecidas, pero solo se había encontrado un cuerpo. Su instinto le decía que Jacob, cubierto de barro, estaba involucrado en la segunda desaparición, pero no habían aparecido más cuerpos en Castleton.

Era consciente de que sus colegas ya consideraban que se trataba de dos muertes a manos de la misma persona, pero ella no estaba convencida. Si pudiera apostar, diría que la trágica muerte de Orla French estaba relacionada con su embarazo; la segunda persona desaparecida, Tessa, estaría relacionada con Jacob Thorne. Esperaba que en este caso solo fuera una desaparición y no una muerte.

Se levantó de repente, decidiendo que era hora de volver a Castleton.

—Hannah —llamó, y la sargento detective Granger asomó la cabeza por la puerta abierta del despacho de Marsden.

—¿Jefa?

—Venga, nos vamos. Necesito volver a Castleton cuanto antes. No quiero que Zoe Williamson piense que nos hemos rendido. Y trae algunos kits de ADN. Tenemos que descartar a gente de la lista de sospechosos sobre este bebé.

Nadine Bond abrió la puerta a Tessa y Hannah, y habló en voz baja:

—Ambos siguen en la cama. No se acostaron hasta las tres de la madrugada, así que les estoy dejando recuperar el sueño. Creo que los dos lo necesitan. ¿Quiere que los despierte?

Tessa negó con la cabeza.

—No, iremos primero a ver a Zoe Williamson, a ver cómo está. Y no creo ni por un momento que esté durmiendo.

Zoe sentía como si no hubiera dormido en meses. Su pelo, sin cepillar, le caía suelto alrededor de la cara, y tenía los ojos enrojecidos por una combinación de lágrimas constantes y falta de sueño.

Levantó la mirada cuando Siân Dawson condujo a Tessa y Hannah a la cocina. Estaba sentada a la mesa, con las manos alrededor de una taza de té. Las miró sin esperanza, como si su mente ya hubiera aceptado que no volvería a ver a su hija.

—No tenemos noticias —dijo Marsden, manteniendo un tono suave—. Quería ver cómo estaba, para que sepa que la búsqueda no se ha ralentizado, simplemente hemos tenido que ampliarla. Hemos tenido grupos de agentes por todo Castleton, y nos hemos extendido hacia la

zona de Hope, y subiendo a las colinas alrededor de Winnat's Pass.

Observó cómo temblaba el labio inferior de Zoe.

—¿Cree que la encontrarán con vida?

—No lo sé —Marsden volvió a hablar en voz baja—. Ha hecho mucho frío por las noches, y lleva desaparecida dos de ellas...

Vio cómo Zoe bajaba la cabeza en señal de reconocimiento.

—¿No ha tenido más ideas sobre quién podría ser el hombre? ¿El que iba a encontrarse con ella?

—No, lo siento. Le he dado vueltas una y otra vez, pero Mandy era... es... una chica muy reservada. No me lo habría contado hasta que prácticamente estuvieran comprometidos. No era de las que traía amigos a casa del colegio, ni siquiera hablaba de lo que pasaba en el colegio. Vivía su vida tranquilamente, organizándola a su manera. No era ambiciosa, estaba muy a gusto en Castleton, nunca anheló las luces brillantes de las ciudades, era una niña feliz y una adulta conforme.

Zoe se levantó y se acercó a la ventana, como si esperara ver a Mandy subiendo por el sendero del jardín trasero.

—La echo de menos, echo de menos su tranquilidad. Se siente tan raro aquí sin ella —Sacó un pañuelo que tenía guardado en la manga y se secó los ojos. Se dio la vuelta—. ¿Es el mismo hombre que mató a Orla? ¿También se ha llevado a mi Mandy?

Los Williamson y los Harrison vivían a solo tres calles de distancia; el dolor era palpable en ambos hogares. Marsden condujo desde la casa de Zoe hasta la de Andy y Marnie, sintiendo como si llevara el peso del universo sobre sus hombros.

Andy y Marnie estaban sentados en el salón, sin hablar, ambos mirando fijamente el montón de cartas que les habían enviado personas que querían expresar sus condolencias. Su pequeño jardín delantero, bordeado por un muro de piedra, estaba cubierto de ramos de flores, con velas parpadeando valientemente en el viento durante unos minutos antes de ser apagadas por una ráfaga más fuerte.

Andy levantó la mirada hacia Tessa, con la desolación grabada en las líneas de su rostro.

—Inspectora Marsden —dijo—. ¿Alguna noticia?

—Nada aún, Andy —Tessa se volvió hacia Hannah, que le entregó un tubo sellado—. Necesito una muestra de ADN, para fines de exclusión, Andy, por favor.

Él pareció sorprendido.

—¿Para excluirme de qué? Yo estaba en Manchester cuando Orla... cuando ella fue... —Se detuvo, como si fuera incapaz de decir las palabras.

—Lo sé —De nuevo, la suavidad era evidente en la voz de Marsden—. Estamos tomando muestras de tantos hombres del pueblo como podamos localizar. Alguien fue el padre del bebé de su hijastra, y es muy posible que quien lo hiciera, la matara porque no quería que ese embarazo siguiera adelante. Tomar muestras de ADN siempre es más para excluir que para incluir. Así que, si puede abrir la boca, señor, le tacharemos de nuestra lista de residentes masculinos.

Ella no le dio opción, ni oportunidad de discutir lo que estaban haciendo. Él abrió la boca y ella raspó células del interior de sus mejillas antes de volver a meter el bastoncillo en el tubo. Hannah escribió su nombre en la etiqueta.

—Gracias, Andy. Te lo agradezco mucho. Hemos tomado el edificio prefabricado del patio de la escuela como centro de control y hemos repartido folletos en Castleton y todos los pueblos de alrededor, pidiendo a los hombres que se hagan pruebas de ADN voluntariamente. Hemos

tenido un flujo constante todo el día. A quien no se presente voluntariamente, le haremos una visita.

Marnie tomó la mano de Andy como para tranquilizarle, consolarle, pero no dijo nada. Era como si hubiera perdido la voz, el sentido, junto con su hija.

—No perdéis el tiempo, ¿eh? —la voz de Andy reflejaba tristeza y dolor.

—No podemos, Andy. Aún tenemos otra chica desaparecida, y vosotros necesitáis cerrar esto.

Su teléfono interrumpió cualquier conversación adicional, y se dirigió al salón para atender la llamada. Escuchó, respondió con un simple gracias y colgó.

—Hannah, tenemos que irnos. Marnie, Andy, si se os ocurre algo, cualquier cosa, por favor llamadme o decídselo a Nadine. Ella está aquí para ser el enlace entre nosotros.

Dejaron las tazas de té a medio beber y salieron por la puerta.

Se sentaron en el coche antes de seguir hablando. Hannah fue la primera en hablar.

—¿Jefa?

Tessa suspiró.

—Odio tener razón cuando no es algo bueno. ¿Sabes a qué me refiero?

Hannah se volvió hacia ella.

—¿Qué ocurre?

—Los de la Científica recogieron un vaso de la mesita de noche de Mandy para muestras de ADN y huellas dactilares. Obtuvieron ambas. Las huellas también se han encontrado dentro del coche que se estrelló con Jacob Thorne al volante. Mandy Williamson salió con él esa noche, me juego la pensión.

Hannah miró fijamente el parabrisas, con las manos apoyadas en el volante. Los engranajes de su cerebro parecían girar a toda velocidad.

—Puede que no esté muerta.

El rostro de Tessa era sombrío mientras asentía.

—De todos modos, tenemos que asumir que está viva, hasta que aparezca un cuerpo. ¿Crees que podría haberla atado en algún sitio? ¿Guardándola para más tarde? ¿Por dónde demonios empezamos a buscar?

—¿Está mi preciosa mujer, Nan? —dijo Carl al tiempo que sonaba el timbre de la puerta.

—Pues claro. Tienes suerte de que nos hayas pillado, estábamos a punto de cerrar. Kat quiere llevar unas flores al cementerio y yo necesito ver cómo está Mouse antes de irme a casa.

—¿No está mejor?

—No, la mandamos a la cama. Iré a asegurarme de que está bien medicada.

—Vete tú —dijo él—. Nosotros cerraremos. ¿Para quién son las flores?

—Para el joven que fue la primera víctima de asesinato de Leon. Ella cuida su tumba, le lleva flores de vez en cuando. Su madre vive en Bakewell, así que Kat dijo que se encargaría de cuidarla.

—Es una mujer especial, nuestra Kat —reflexionó.

—Muy especial. Y nunca la subestimes. Tiene la fuerza mental de diez hombres.

Él levantó las manos riendo.

—Créeme, ¡nunca subestimaría a ninguna de las tres, y menos a Kat! Todas me dais miedo.

—Bien. Así es como debe ser —Doris intentó mantener la cara seria pero fracasó estrepitosamente—. Kat está en su despacho. Ve a buscarla. Yo cogeré mis cosas y subiré a ver a Mouse. Dile que la veré mañana.

Carl le dio un beso en la cabeza al pasar junto a su silla y abrió la puerta del despacho de Kat.

Ella se estaba poniendo el abrigo.

—Nan va a medicar a Mouse. Dice que te verá mañana. Así que, ¿vamos a visitar una tumba?

—Craig Adams. Fue la primera víctima de asesinato de Leon, o al menos la primera que conocimos. Cuido su tumba porque su madre no vive en el pueblo, y porque... porque quiero —dijo en tono desafiante.

—Eh —Carl la atrajo hacia sus brazos—. No esperaré menos de mi Kat. Y estoy encantado de ir donde tú me lleves. Incluso llevaré las flores.

Ella apagó la lámpara del escritorio, y Carl esperó fuera del edificio mientras ella activaba la alarma, cerraba y bajaba las persianas.

Eyam parecía sombrío bajo el cielo gris de la tarde de finales de noviembre. Empezaba a llover, y se apresuraron a cruzar la puerta de la iglesia. Kat se subió la capucha para protegerse el pelo, y Carl la siguió mientras serpenteaba entre las lápidas. Le señaló un par de ellas al pasar, explicándole quiénes eran y por qué les llevaba flores. Cuando le mostró la tumba de Danny McLoughlin cubierta de flores como siempre, él sonrió.

—Sin duda era querido —dijo Carl.

—Por todo el pueblo. Son sus amigos además de su familia los que traen las flores, porque era jardinero de todo el pueblo. Trabajaba en muchos de los jardines, no solo en el mío. Era tan encantador, Carl. Le echo de menos.

Rodearon el borde de la tumba y se dirigieron hacia una pequeña pendiente hasta la pequeña lápida de Craig Adams. Carl se quedó a un lado, esperando hasta que Kat se arrodilló y colocó las flores, y luego rezó una pequeña oración por Craig. Permaneció con la cabeza inclinada un momento, y luego él le ofreció la mano cuando se dispuso a levantarse.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué demonios ha pasado allí? Mira los montones de tierra.

Carl miró al otro lado. —Tal vez deberías hablar con quien abrió la tumba. Han dejado un desastre después de rellenarla. Seguro que los familiares del nuevo ocupante no estarán muy contentos.

Kat dudó. —Estoy casi segura de que no hay ningún nuevo ocupante —le apretó la mano—. Ven conmigo. Vamos a comprobarlo. Yo hago todas las visitas funerarias y oficio la mayoría de los funerales, como sabes, y no he realizado ningún entierro ni bendición de cenizas allí. Vamos a revisar el registro para asegurarnos de que nadie más lo ha hecho.

Llovía con fuerza y corrieron de la mano hasta la iglesia. Se detuvieron en el pórtico para recuperar el aliento y luego entraron para ir donde se guardaban los registros.

Kat pasó el dedo por la lista de cinco personas que habían sido enterradas o incineradas en los últimos dos meses, y todas estaban en el lado oeste del cementerio, no en el norte. Miró a Carl.

—Tengo que volver. Tengo que examinar esa tumba.

—Tenemos que volver —dijo él—. Claramente crees que algo va mal, y puede que tenga que hacer valer mi rango aquí. Soy subinspector en mi otra vida, Kat Rowe.

—Vaya. A veces, cuando te paseas desnudo por mi casa, se me olvida —su sonrisa iluminó su rostro mientras su mente divagaba.

Él le volvió a poner la capucha sobre la cabeza y le tomó la mano una vez más. —Eres incorregible.

—Deletréalo.

—No puedo.

Salieron al diluvio que caía de las oscuras nubes grises y volvieron a correr por el cementerio. Al observar más de cerca, quedó claro que la tumba había sido alterada, con una cantidad considerable de tierra dejada al lado y detrás de la lápida.

—No se ha dejado la tierra así desde el siglo XIX —comentó Carl con sorna—. Tengo que tomar una decisión. ¿Llamo a Tessa? ¿O me ensucio las manos y empiezo a cavar yo mismo?

A pesar de la incomodidad de la lluvia que le caía por la cara, Kat sonrió. —No toques nada. Estoy aquí, y Tessa solo me echará la bronca si altero la escena. ¿Crees que podría ser la mascota de alguien?

—No realmente. Es una posibilidad, claro, pero aún hay una chica desaparecida... y a menos que sea un lobero irlandés, esta tumba es un poco grande para un perro.

—Lo sé. ¿La llamo yo o lo haces tú?

—Tú. Dile que he vuelto al coche a por cinta de la escena del crimen. Siempre podemos quitarla si resulta ser un perro, pero tengo un mal presentimiento sobre esto. Pregúntale si quiere que hagamos algo más mientras esperamos. Si está en Chesterfield, tardará casi media hora en llegar, y para entonces yo ya lo habré acordonado —besó a Kat y se dirigió de vuelta al camino principal de la iglesia, antes de echar a correr hacia donde había dejado su coche frente a la oficina de Connection.

Kat sacó su teléfono y en segundos estaba explicándole a Tessa el extraño aspecto del lugar de enterramiento, la copiosa cantidad de tierra que rodeaba la antigua tumba y el hecho de que estaba prácticamente oculta a la vista a menos que tuvieras motivos para visitar esta pequeña sección norte del cementerio.

—¿Está Carl ahí?

—Ha ido a su coche a por cinta de la escena del crimen. No quiere correr riesgos. Puede que sea la mascota de alguien que querían enterrar en suelo consagrado, o podría ser un cuerpo. La cinta estará puesta cuando llegues.

—Estaré allí en diez minutos. Estoy en Castleton. Me estoy poniendo en contacto con los forenses, ellos necesitan hacer la excavación, no yo. Si Carl tiene una bolsa de pruebas, pídele que tome una muestra de la tierra de la superficie antes de que se altere. ¿Recuerdas a la víctima del accidente de tráfico? ¿La que estaba cubierta de barro?

—Ya había relacionado las dos cosas —dijo Kat—. Y este barro destaca a kilómetros. Creo que quien haya hecho esto estaba a oscuras y no pudo ver el desastre que dejaba atrás.

—Vale, gracias, Kat. ¿No te dije específicamente que no me encontraras más cadáveres?

—Sabía que sacarías eso a relucir.

Kat escuchó una risita. —No toques nada. En la próxima media hora estarás rodeada de gente.

—De acuerdo, Tessa. Ah... necesitarás uno de los paraguas de Samuel Fox. Está diluviando.

De nuevo escuchó la risita. —Requisaré el paraguas de Hannah. Nos vemos en unos diez minutos.

Kat colgó y observó cómo el coche de Carl aparecía al final del camino de la iglesia. Lo aparcó a un lado y luego corrió hacia ella.

—Antes de que hagas nada —dijo ella—, ¿tienes una bolsa de pruebas para tomar una muestra de la superficie del barro? Tessa la quiere para compararla con el joven que murió en el accidente de tráfico hace un par de noches.

—Por supuesto —dijo él, y sacó una de su bolsillo. Usó una ramita para raspar algo de tierra en la bolsa, y luego colocó la cinta de la escena del crimen. Aún estaba desenrollándola cuando el coche de Marsden apareció, aparcando detrás del suyo. Kat bajó por el camino para recibir a

Tessa y Hannah, y las gui❖❖ de vuelta a donde la cinta azul y blanca ondeaba con el viento.

CAPÍTULO NUEVE

Doris estaba de pie junto a la ventana del salón de Mouse, mirando hacia la húmeda penumbra de la tarde. La lluvia era más intensa que antes y se alegraba de haber decidido pasar la noche en el piso de Mouse en lugar de aventurarse bajo ese aguacero que cala hasta los huesos en cuestión de segundos.

Alzó la mano para cerrar las cortinas y vio un coche de policía que bajaba la colina a toda velocidad, sin sirenas pero con las luces azules parpadeando. Lo observó subir la cuesta y detenerse frente a la iglesia. Iglesia. Kat. Un escalofrío recorrió a Doris y las cortinas quedaron abiertas. Un segundo coche lo siguió al cabo de un minuto, también con las luces azules iluminando las calles inundadas con un efecto navideño. Se detuvo detrás del primero y un temor acerado comenzó a invadir a Doris.

Dejó la ventana con las cortinas aún abiertas y fue a buscar su teléfono. Tenía que asegurarse de que Kat estuviera a salvo.

Cuando Kat contestó, las piernas de Doris flaquearon y se sentó en una silla de la cocina.

—Gracias a Dios que estás bien —dijo—. Sabía que habías llevado flores al cementerio, y ahora parece estar lleno de policías.

—Aún estoy aquí —dijo Kat—. Voy a dejar que Carl haga su trabajo, pero bajaré a la oficina, mi coche está allí. Subiré al piso y te contaré todo lo que sé. Tengo que decirle a Tessa dónde estoy. Tardaré unos diez minutos.

—¿Tessa? ¿Tessa está ahí?

—Sí. Y ya han llegado un par de periodistas, así que no diré nada que puedan malinterpretar. Si Mouse está despierta, dile que se mantenga así. Nos vemos en unos minutos.

Kat estaba en el pasillo del piso, se quitó el abrigo y lo colgó en el radiador. Se estremeció cuando Doris entró.

—Dios mío, estás empapada. Ve a darte una ducha. Te traeré un pijama de repuesto y una bata, tenemos que calentarte. Podremos hablar cuando estés tomando un chocolate caliente.

Kat dejó toda su ropa excepto la ropa interior en un montón en el suelo del pasillo. Entró lentamente al baño y se puso bajo la ducha, dejando que el agua caliente se llevara el barro, la lluvia y el dolor de haber encontrado otro cadáver. Otro vínculo con otra muerte. Sabía que Tessa creía que era la chica desaparecida de Castleton, y el corazón de Kat se encogía. Sus lágrimas se mezclaron con el agua de la ducha que caía sobre ella, y finalmente la cerró. Era hora de informar a Doris y Mouse.

Mouse estaba acurrucada en el sofá, con la cabeza apoyada en un cojín, sin parecer en absoluto ella misma.

—Oye, esa es mi bata.

—Y tu pijama —sonrió Kat—. ¿Así que estás viva?

—Apenas. Id a la cama, dijisteis las dos, id a la cama y quedaos ahí hasta que estéis mejor. No dijisteis id a la cama hasta que encontremos otro cadáver.

—Aún no sabemos si lo es —dijo Kat—. El equipo forense no había confirmado nada cuando me fui. Tessa dijo que llamaría cuando supieran más. Sé lo que piensa, pero pensar no es confirmar.

—Ahora sí lo es —dijo Doris en voz baja—. Tessa llamó mientras te duchabas: parece ser una chica joven, cuya descripción coincide con la de Mandy Williamson. Eso es todo lo que Tessa quiso decir por teléfono, pero pasará por aquí más tarde antes de irse a casa, para ponernos al día. Iba de camino a Castleton para decírselo primero a la madre de la chica, para advertirle que parecía ser su hija. No la envidio por tener que hacer eso. Me quedaré aquí esta noche, así que me aseguraré de que Mouse duerma bien. ¿Puedes quedarte hasta que llegue Tessa, Kat?

—Puedo. Se lo haré saber a Carl, y le pediré a mamá que se quede con Martha esta noche.

Tessa llegó media hora después que Carl, y Doris les dio de comer queso y tostadas, la única comida disponible en la escasa despensa de Mouse. Mouse no se disculpó más allá de decir "Soy como soy", e incluso eso lo dijo con voz ronca.

—Es definitivamente nuestra desaparecida, Mandy Williamson. Y no creo que tengamos que buscar más allá de Jacob Thorne como su asesino. La bota que encontramos con él coincide con la bota de nuestro cadáver, y estoy segura de que podremos relacionar el barro de la tumba con el barro que cubría el interior y exterior de su coche, y que estaba espeso en las suelas de sus botas de agua. También podemos vincular a Mandy con su coche por las huellas dactilares recuperadas del lado del pasajero. Se la han llevado, y me han prometido una autopsia para mañana por la mañana. Zoe Williamson está devastada, obviamente. Es un trabajo de mierda a veces, este —Marsden se pasó los dedos por el pelo mojado y luego dio un sorbo a su chocolate caliente—. Estoy helada, cansada hasta el punto de que duele, y harta de no poder dar nunca buenas noticias a la gente. Y mañana se espera que me enfrente a la prensa y no muestre lo afectada que estoy por el descubrimiento del cuerpo de una joven que tenía toda la vida por delante.

Mouse, Doris, Kat y Carl la miraron fijamente. Tessa normalmente no mostraba tanto sus sentimientos.

Kat se inclinó y le pasó el brazo por los hombros a Tessa.

—Quédate en nuestra casa esta noche. No vayas a esa casa vacía, solo te sentirás peor. Puedes levantarte temprano mañana y luego ir a casa a cambiarte para el trabajo. Si quieres hablar de algo, estaremos ahí para ti. ¿Por favor?

Tessa la miró y luego se secó una lágrima.

—Gracias. Lo haré. Ha sido un día tan duro, joder.

Kat sonrió.

—Bien. Terminaremos nuestro banquete, beberemos el néctar que es el chocolate caliente, e iremos a casa. Tibby pensará que me he ido de todos modos, así que ten cuidado de que no intente matarte cuando entremos. Intenta hacer tropezar a los visitantes enredándose entre sus tobillos, quedas advertida.

En los laboratorios de Chesterfield, las pruebas de ADN empezaban a producir resultados; las primeras cuarenta no mostraron coincidencias con el ADN fetal, y eso incluía la proporcionada por Paul Carr.

CAPÍTULO DIEZ

A nadie le resultó fácil conciliar el sueño excepto a Mouse. Tenía tanta medicación para dormir en su cuerpo que quedó inconsciente hacia la medianoche y se despertó alrededor de las diez. Como resultado, se sentía mucho mejor.

Doris se había quedado en el piso para asegurarse de que su nieta no necesitara ayuda profesional adicional, y se sorprendió gratamente al ver aparecer su cabello despeinado por el marco de la puerta.

—¿Habrás una taza de café por ahí? —La voz de Mouse aún estaba ronca, pero daba toda la apariencia de estar viva.

—¿Quieres unas tostadas para acompañarlo?

—No, gracias. Aún no me apetece comer, pero tengo sed. Aunque me siento mucho mejor. ¿Alguna novedad?

—No realmente. Tessa se quedó en casa de Kat anoche, pero Kat dijo que se había ido a las siete, quería empezar temprano en el trabajo.

—¿Kat está hoy?

—Sí, y está haciendo vagas amenazas sobre buscar en Internet al hijo desaparecido de Ewan.

Las dos mujeres se sonrieron, sabiendo que en media hora de usar su ordenador, Kat estaría diciendo que había estropeado Internet... otra vez.

—Tengo mi portátil conmigo —dijo Mouse—. No voy a bajar hoy, porque sospecho que seguiré quedándome dormida y no tengo intención de luchar contra eso, así que empezaré a hacer búsquedas, a ver qué puedo encontrar. Dile a Kat que deje de preocuparse, puedo trabajar pero lo haré desde aquí arriba. ¿Te quedas esta noche, abuela?

Doris se sonrojó. —Eh... No. Ya tengo algo reservado.

La cabeza de Mouse se alzó de golpe. —¿Algo reservado? ¿Qué significa eso?

—Voy a salir.

—¿Tienes una cita? —El rostro de Mouse mostraba sorpresa.

—No realmente. Más o menos. No, no lo creo.

—¿Es con un hombre de tu edad?

—Lo es.

—Entonces es una cita y necesito saber más. ¿Tengo que examinarlo?

—Vete a dormir, Mouse. Vuelves a parecer cansada.

—Llamaré a Kat. Ella me dirá qué estás haciendo.

—Ella no lo sabe.

—¿Estarás a salvo?

Doris mantuvo deliberadamente su rostro inexpresivo. —No te preocupes, tengo suficientes

preservativos.

—¿Qué? —La palabra salió como un chillido agudo, y la conmoción ante la declaración irónica de su abuela era evidente en la voz de Mouse, su expresión y la forma en que se levantó de un salto del sofá que acababa de ocupar.

—¿Algo va mal, Mouse? —preguntó Doris, provocando deliberadamente a su nieta y disfrutándolo—. ¿Crees que los septuagenarios no tienen sexo? Te lo contaré mañana. Voy a prepararnos esa taza de té. —Se dirigió hacia la zona de la cocina, luchando por contener la risa, dando la espalda a Mouse.

La siguiente conversación entre Kat y Mouse hizo que a Doris le costara aún más contener la risa. Parecía que las dos chicas tenían la intención de hablar con ella, y ambas definitivamente querían saber la identidad de este seductor con quien aparentemente había hecho planes que implicaban compartir una cama.

Le entregó la taza de té a Mouse, y Mouse dijo —Hablaré con ella de nuevo —antes de colgar.

Mouse dejó a Doris y su amante en un segundo plano temporal, mientras comenzaba la investigación que esperaba que finalmente los llevara a Michael Fairfax, si ese era su nombre.

Introdujo Helen Fairfax junto con su fecha de nacimiento, 10 de octubre de 1948. Muy rápidamente encontró un resultado para ella, anotando la dirección en Holmesfield que aparecía en su certificado de nacimiento. Pidió una copia del certificado, luego introdujo Michael Fairfax, con la fecha de nacimiento que Ewan les había dado, transmitida a él por Carla Blake. Mouse no pudo encontrar ningún rastro lógico; había dos entradas con ese nombre, un Michael Ian Fairfax y un Michael Adrian Fairfax. Michael Ian había nacido en Scarborough, y Michael Adrian en Inverness.

No descartó a ninguno de los dos, aceptando que Helen podría haber viajado a cualquier parte del mundo para tener a su bebé, pero el niño nació en 1968 y los viajes en ese momento eran más por negocios que por cualquier otra razón. Comenzaría con el más cercano, geográficamente, cuando se sintiera capaz de abordarlo. Sería Scarborough.

Mouse apartó el portátil con un suspiro.

—¿Beechams? —preguntó Doris.

—Creo que sí. Me siento fatal. Tomaré el limón caliente y luego dormiré un poco. No creas que te has librado, tenemos que hablar, pero necesito dormir de nuevo ahora mismo.

Doris le preparó la bebida y se la entregó sin decir palabra.

Mouse se quedó dormida muy rápidamente después de la bebida medicada, y Doris bajó las escaleras para comprobar que Kat se las arreglaba sola.

—Vas a salir con Ewan, ¿verdad? —dijo Kat, en cuanto Doris cruzó la puerta.

—Así es.

—Eso hace las cosas un poco incómodas. Es un cliente.

—No es mi cliente. No soy una empleada, ni copropietaria ni nada.

—¿Debería callarme?

—Creo que sí.

—De acuerdo. ¿Tendrás cuidado? No le conoces.

—Kat, voy a tomar una copa con él en el Bowling Green. Está a dos minutos como mucho de mi casa. No me estoy fugando, no quiero un hombre en mi vida, pero simplemente pensé que podría ser agradable hacer algo normal como salir a tomar una copa.

—Y lo será. Agradable, quiero decir. Tema cerrado.

—Bien. ¿Todo bien por aquí abajo?

—Sí. Casi he terminado ese curso de medicina forense que dijiste que sería aburrido pero útil. La verdad es que no ha sido nada aburrido, sino bastante interesante.

Doris miró a su alrededor.

—Vamos a necesitar oficinas más grandes para colgar todos estos títulos que no paramos de conseguir.

—¿Mouse está durmiendo?

—Sí. Está algo mejor que anoche, así que la he mandado a la cama. Ha empezado a buscar al hijo de Ewan. Supongo que seguirá cuando se despierte. ¿Has sabido algo de Tessa?

—Todavía no. Parece muy extraño que dos chicas del mismo pueblo, prácticamente de la misma edad, fueran asesinadas por personas distintas probablemente la misma noche.

—Nos lo contará cuando necesite poner en orden sus ideas.

Marsden estaba sentada en su escritorio, con la pantalla encendida que le mostraba que la autopsia de Amanda Williamson estaba programada para las once. Quería cambiar el nombre a Mandy; su cerebro no paraba de repetir "es Mandy, es Mandy".

Había sido difícil decirle a Zoe Williamson que creían haber encontrado a su hija. Se derrumbó al instante; la noticia era lo que Zoe había temido. Resultó aún más duro decir dónde la habían encontrado, arrojada a una tumba ya existente y cubierta de barro.

La hora en la pantalla de Tessa le indicaba que debía dirigirse a la sala de autopsias, y exhaló un gran suspiro. Odiaba asistir a ellas, y cuando se trataba de una persona joven lo hacía el doble de difícil. Salió de su despacho sintiéndose agotada y abatida.

Marsden se sentó en su silla y echó la cabeza hacia atrás. Cerró los ojos durante un minuto, reflexionando sobre todo lo que había oído y presenciado.

Había evidencia de violación, arañazos, hematomas post mortem que afloraban a la superficie de su piel, y restos bajo sus uñas que, junto con la evidencia de semen, esperaba que los llevaran directamente al asesino.

Tessa sentía en su interior que había sido Jacob Thorne; le había dolido en el alma cuando se enteró de que Mandy había sido virgen antes de su muerte en aquella fría noche lluviosa.

Parecía evidente que el asesinato de Orla French no estaba relacionado, y sin embargo Marsden sabía que sería poco profesional por su parte tomar esa decisión. Dos chicas desaparecidas la misma noche en el mismo pueblo... ¿coincidencia? Encendió la pantalla y se desplazó por los informes. Necesitaba atar cabos sueltos sobre la muerte de Mandy Williamson; Zoe Williamson había sido acompañada por Siân Dawson para identificar formalmente a su hija; el informe del agente de enlace familiar mostraba que Zoe había estado bastante tranquila, casi aceptando la muerte de su hija hasta que salieron al aparcamiento después de la identificación. Entonces se había derrumbado, y Dawson había optado por quedarse con Zoe todo el tiempo que necesitara. Tessa leyó otros informes casi mecánicamente; solo faltaba uno, el de ADN sobre los rastros de semen y los raspados de las uñas.

Hizo clic en el archivo de Orla French y estaba leyéndolo cuando llegó un correo electrónico del laboratorio de patología. Lo abrió, luego se reclinó y cerró los ojos una vez más. Permaneció así un par de minutos, luego acercó hacia sí el expediente físico del caso de Orla, cerrando temporalmente la pantalla. No quería distracciones mientras leía esta declaración en particular.

La sargento detective Hannah Granger estaba sentada en su propio escritorio repitiendo las acciones de Marsden. Leer todos los informes a veces señalaba inconsistencias, o incluso consistencias, y se había tomado su tiempo, comprobando cada palabra cuidadosamente. Las coartadas eran lo más importante. Cada minuto tenía que ser comprobado y vuelto a comprobar, y había pasado la mañana haciendo eso. De nuevo. Por tercera vez.

Un movimiento la distrajo y se dio cuenta de que Tessa le estaba haciendo señas con el brazo. Hannah empujó su silla hacia atrás y se dirigió al despacho situado en la esquina de la gran sala.

—Coge tus cosas, Hannah. Vamos a charlar con alguien que no ha sido del todo sincero —dijo Tessa deslizando el informe de ADN sobre el escritorio hacia Hannah, y esperó mientras lo asimilaba cuidadosamente.

—Joder.

—¿Te sorprende? A mí sí.

—Estoy alucinada, más bien. ¿Cómo va a salir de esta?

—Vamos a averiguarlo, ¿te parece?

CAPÍTULO ONCE

Hannah conducía mientras se dirigían hacia el Peak District, cada una sumida en sus propios pensamientos. Dos chicas muertas, y los resultados de ADN parecían ser lo único que las conectaba; sus asesinos serían condenados principalmente por esa prueba. Quizás.

Tessa dio un gran suspiro. Se volvió para mirar a Hannah.

—¿Disfrutas de tu trabajo, Hannah?

—Me gusta la parte en la que nos traen donuts, y cuando salimos a tomar algo después de terminar el día. Y me gusta ver que alguien cae por un delito grave, pero en general no lo "disfruto".

Tessa miró fijamente sus dedos.

—Yo tampoco. Cuando me hice inspectora, decidí que quería ser una inspectora de campo, no una atada al escritorio, y me he mantenido así. No busco un ascenso, porque eso sin duda me mantendría en la oficina, pero estos dos casos me están poniendo a prueba, desde luego. Aún no le doy muchas vueltas al caso de Mandy Williamson, porque en el fondo estoy segura de que fue el chico Thorne. Podemos situarla en su coche, tenía su bota metida en su chaqueta, y el barro coincide con el del lugar donde la enterraron. Pero este caso, el de Orla, es un poco desconcertante.

Hannah asintió levemente en señal de acuerdo.

—La coartada de Andy Harrison es sólida. Siempre está con otras personas. Trabaja en una oficina diáfana, así que todos pueden verse entre sí. Está confirmado que no se fue hasta las seis, exactamente igual que todos los días. Diez personas han confirmado que estaba en una reunión con ellos cuando su mujer llamó para decir que Orla había desaparecido y hasta ese momento se comportaba con total normalidad. El forense dice que la mataron entre las cuatro y las seis de la tarde anterior, y él estaba sin duda en Manchester.

—Y ahora hemos visto el resultado del ADN de él y del feto...

—Exacto. No puede ser el que la mató, pero esto podría haber resultado muy bien para él. Si no hubiéramos tomado su muestra de ADN, Marnie Harrison nunca habría sabido que se estaba acostando con su hija además de con ella.

Tessa frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué murió?

—¿Qué?

—¿Por qué murió? Para mí, parece que Andy Harrison era la única persona que necesitaba deshacerse de ella. Llevaba a su bebé; claramente nadie más lo sabía porque ni siquiera hemos tenido una pista de que estuviera embarazada de nadie entrevistado hasta ahora. ¿Cuál es el motivo?

Hubo silencio por parte de la sargento.

Tessa fue implacable.

—¿Y por qué allí? Se suponía que iba a Hope, a casa de Emily Carr. Peakshole Water, donde la encontraron, está en la dirección opuesta. No hay manera de que estuviera allí si la intención era caminar hacia Hope. ¿Podría haber quedado con alguien sin mencionárselo a nadie? Paul Carr, el posible nuevo novio, estaba en casa de su madre, junto con su madre y Emily, esperando su llegada, y había viajado a casa con Emily, después de recogerla del trabajo. Las coartadas de ambos son tan sólidas como la de Andy Harrison. Entonces, ¿por qué, por qué, por qué estaba en Peakshole Water, y en una noche tan horrible? No vayas directamente a casa de los Harrison, Hannah, vamos al pub.

Hannah aparcó en el estacionamiento del pub y salieron, Hannah agarrando su paraguas ya que la lluvia se había intensificado en los últimos cinco minutos. Corrieron, Hannah deteniéndose en la entrada para cerrar el paraguas, y luego siguió a su jefa al interior del pub. Llevaron sus zumos de naranja a una mesa cerca del calor de la chimenea de leña y estudiaron el menú.

—Tenemos como una hora para matar —dijo Tessa, tratando de decidir entre el pastel de carne y patatas o un filete de jamón—, porque calculo que si Harrison ha ido a trabajar, ese es más o menos el tiempo que tardará en llegar a casa. Si sigue en casa con Marnie, estará allí ahora y no se irá a ninguna parte. Necesitamos comer.

—Vale, olvida lo que dije sobre no gustarme mi trabajo —dijo Hannah, poniendo un tono serio—. El pastel de carne y patatas lo ha cambiado todo. Adoro mi trabajo.

—Yo también —dijo Tessa—. Entonces, pastel para dos. ??? Se acercó a la barra, hizo el pedido y volvió a la mesa.

—¿No quieres pillar a Marnie a solas entonces? —Hannah hizo la pregunta, porque sabía que dadas las mismas circunstancias, ella habría ido directamente a casa de los Harrison y habría afrontado la situación tal como estuviera.

—No. Acabaríamos teniendo que contárselo antes de que él llegara. No es lo que quiero. Quiero ver su cara cuando se entere de que él engendró a su nieto.

Hannah suspiró. Cada día una lección; aprendía tanto de esta mujer.

El pastel de carne y patatas estaba verdaderamente delicioso y llenaba tanto que ambas rechazaron el postre.

—Creo —dijo Hannah sin sonreír— que es la primera vez que rechazo un pudín de melaza.

—Yo también —dijo Tessa—. Pero piensa en las calorías que no hemos comido.

Miró su reloj.

—Esperaremos otros diez minutos y luego nos iremos. ¿Quieres otro zumo de naranja?

—No, gracias. Quiero acabar con esto. Probablemente estemos a punto de destruir el matrimonio de alguien, y eso no es un buen pensamiento porque está claro que ella le quiere, pero también vamos a decirle a la pobre mujer que él se ha estado acostando con su hija y no sabemos si fue una violación o si ella lo consentía. Él, por supuesto, va a decir que ella lo consentía, nunca va a admitir que la forzó, ¿verdad? Y ella no está aquí para decirnos la verdad.

Tessa sonrió a Hannah y extendió la mano para tocarla.

—Podrían haber sido mis palabras, Hannah. Habría dicho exactamente lo mismo, y tienes razón en todo. Va a ser difícil, pero necesitare que vigiles a Marnie con mucho cuidado, yo me concentraré en Andy Harrison.

—Sin problema, jefa —dijo Hannah cogiendo su abrigo, ya seco y calentito—. Vamos a acabar con esto.

—¿Le has dicho a David que vas a llegar tarde?

Hubo un breve momento de duda mientras Hannah se ponía el abrigo.

—No.

—¿Necesitas avisarle?

—En realidad no. Ya no estamos juntos.

—Pero...

—Pero no te lo dije. Ya lo sé. Aún duele un poco. Era nuestro aniversario el día que detuvimos a Leon Rowe, y me perdí la cena que David había organizado. Para fastidiarme, llamó a su secretaria y la llevó a ella. Fue el principio del fin. Ahora están juntos, él se mudó con ella y yo me quedé con nuestro piso.

—Dios mío, Hannah. Este maldito trabajo no es bueno para ningún matrimonio. Los únicos que aguantan son aquellos en los que ambos están en el cuerpo. Siento mucho que hayas pasado por esto.

Hannah sonrió.

—La próxima vez elegiré a alguien que ya sea policía. Quizás el Jefe de Policía.

—Buena idea —se rio Tessa—. Yo seré tu dama de honor. Vamos a terminar con esto. Conduce hasta su casa, pero asegúrate de aparcar bloqueando su entrada.

Hannah levantó el pulgar y salieron del pub, despidiéndose del dueño que estaba absorto en su crucigrama.

El BMW negro de Andy Harrison estaba en la entrada, aparcado casi tocando el parachoques trasero del Aygo color crema mucho más pequeño de su mujer.

Hannah aparcó en la calle, bloqueando la salida por si alguien decidía huir de la casa de los Harrison.

Las dos mujeres se quedaron un momento observando la escena. Había luz en un dormitorio y en el salón. El coche delante del de Hannah era el Micra azul de Nadine Bond, y Tessa sintió un leve alivio. Nadine era una excelente agente, plenamente formada para atender a familias en duelo, y tenerla allí cuando se enfrentara a Harrison sobre sus tejemanejes con su hijastra era una ventaja. Tessa sospechaba que Marnie iba a necesitar apoyo extra en cualquier momento.

—¿Estás lista? —dijo Tessa.

—Qué va —dijo Hannah.

—Yo tampoco. Venga, vamos a por ese cabrón.

Salieron del coche y subieron por la entrada. Tessa notó el movimiento de la cortina del dormitorio y supo que Andy Harrison las había visto. También se dio cuenta de que él debía saber que su muestra de ADN, tomada casi por sorpresa, revelaría que era el padre del bebé de su hijastra.

—Hannah —dijo con urgencia en la voz—. Nos ha visto. Puerta trasera.

Vio cómo Hannah corría hacia la esquina de la casa, luego Tessa esperó un minuto antes de llamar a la puerta principal.

Andy Harrison abrió y Tessa sintió que la invadía el alivio. No estaba huyendo, al menos no todavía.

—Señor Harrison —dijo—. Me gustaría hablar con usted.

Él dudó un momento y luego abrió la puerta del todo para dejarla entrar. Nadine estaba en el pasillo.

—Nadine, ¿puedes abrir la puerta trasera y dejar entrar a la sargento detective Granger, por favor?

La cara de Harrison mostró sorpresa, pero simplemente la guio hasta el salón.

—Marnie está echando una siesta —dijo—. ¿La necesitan?

—Sí, por favor. Estoy segura de que Nadine puede ir a buscarla.

Nadine, que escoltaba a Hannah al salón, asintió con la cabeza y subió las escaleras.

Marnie Harrison tenía un aspecto terrible. Su pelo colgaba en mechones grasientos alrededor de su cara, sus ojos apagados en sus cuencas. No reconoció su presencia, simplemente se sentó en el sofá. Su marido se acomodó a su lado y le cogió la mano.

Nadine permaneció de pie junto a la puerta, y Hannah se quedó junto al sillón que Tessa había ocupado.

Tessa abrió su bolso y sacó una carpeta.

CAPÍTULO DOCE

Doris se miró en el espejo de cuerpo entero del armario con ojo crítico. Aunque seguía siendo tan delgada como siempre, su pelo estaba mucho más canoso de lo que le hubiera gustado. Aun así, sabía que aparentaba bastantes menos años de los casi setenta que tenía.

—Bueno, Doris Lester —murmuró—, estás presentable.

Bajó las escaleras y se sirvió una pequeña copa de vino.

Reconoció que era lo que era: un refuerzo de valor.

Dudó entre ponerse una chaqueta o un abrigo más largo, y al final se decidió por este último. Aunque solo fuera un paseo de dos minutos hasta el Bowling Green, hacía un frío terrible. Se calzó las botas y salió del calor de su casa para dar el corto paseo a la vuelta de la esquina. Ewan la esperaba en el aparcamiento. Se acercó a ella y sonrió.

—Me alegro mucho de que hayas podido venir —dijo, y se inclinó para darle un suave beso en la mejilla.

—Tenía ganas —admitió ella—. Mis compañías habituales son Kat y Beth. Verte esta noche es un cambio muy agradable.

—Entonces entremos en el pub antes de que nos congelemos —dijo él. Le pasó el brazo por los hombros y la guió hacia la puerta.

—Señor Harrison —comenzó Tessa—. Parece que no ha sido del todo sincero con nosotros.

Andy la miró pero no dijo nada. Su mujer actuó de manera similar, pero no parecía estar asimilando nada.

—¿Andy? —insistió Tessa.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. Has hablado con mis compañeros de trabajo, sabes a qué hora salí del trabajo. No me paré a matar a mi hijastra, no tuve tiempo, joder —su voz fue subiendo de volumen a medida que hablaba.

Marnie Harrison permaneció sentada, cogiendo la mano de su marido, inexpresiva. Tessa supuso que estaba tomando algún tipo de antidepresivo, recetado para ayudarla a superar los horribles días tras la muerte de su hija.

Tessa abrió la carpeta y sacó la copia del correo electrónico con los resultados del ADN.

—Entonces, si no quiere hablar voluntariamente sobre el tema, señor Harrison, tengo que preguntarle si Orla le contó sobre su embarazo y le pidió ayuda.

Su rostro se endureció.

—Ninguno de los dos lo sabíamos. Fue una sorpresa total cuando nos lo dijisteis. Ya lo sabes —soltó la mano de Marnie, le pasó el brazo por los hombros y la acercó hacia sí.

Vale, pensó Tessa, juega a hacerte el inocente. Vamos a ver cómo reaccionas en un segundo.

—Señor Harrison, tengo los resultados de su prueba de ADN, más los resultados del ADN

fetal, y coinciden. Usted es el padre del bebé de su hijastra.

La cabeza de Marnie Harrison se movió ligeramente para mirar a su marido. Su rostro estaba desprovisto de color, y su mano se alzó con cierta rapidez, golpeándole con fuerza en la mejilla.

—Cabrón —gruñó—. Maldito cabrón.

Los antidepresivos ya no funcionan, entonces, se dijo Tessa.

Nadine se acercó para separar al marido y a la mujer, y Andy seguía sin decir nada.

—¿No se dio cuenta cuando le tomamos la muestra de ADN que este sería el resultado final?

Su rostro seguía inexpresivo y ella se preguntó si esto era lo último que esperaba oír, o si era un actor excelente.

—¿Andy? —su tono más suave pareció sacarlo de su trance—. Una vez —dijo—. Solo una vez. No pensé ni por un momento...

Las lágrimas corrían por el rostro de Marnie, y Nadine la ayudó a levantarse y la llevó a la mesa del comedor al otro extremo de la habitación. Marnie se sentó y hundió la cabeza entre los brazos sobre la mesa. Nadine salió a buscarle un poco de agua.

Tessa miró fijamente a Andy.

—Cuéntemelo todo, señor Harrison.

Él emitió un sonido gutural, casi un gruñido.

—Fue hace meses, o al menos eso creía. Por eso no se me ocurrió que pudiera ser el padre. Marnie fue al teatro en Sheffield con una amiga y se quedaron a dormir, en lugar de volver conduciendo, lo convirtieron en una especie de mini vacaciones. Yo estaba sentado viendo la televisión aquí y Orla entró con una toalla alrededor. Dijo que se había duchado.

Hizo una pausa, su mente volviendo a aquel momento. Tessa esperó.

—Me dio un cepillo y me pidió que le desenredara el pelo mojado. Se sentó en el suelo delante de mí. No pensé nada de ello. Siempre lo he hecho. Terminé, le devolví el cepillo y ella se levantó, pero dejó la toalla en el suelo. Me agaché para recogerla, intentando no mirarla. Cuando se la estaba dando, ella se inclinó para besarme.

Bajó la cabeza y miró al suelo. A Tessa se le ocurrió que probablemente estaba sentado exactamente en el mismo lugar que aquella noche.

—Continúe —le animó.

Él se encogió de hombros.

—Era hermosa. Increíblemente hermosa. Y se inclinaba sobre mí, desnuda, empujándome hacia el sofá. Dijo que necesitaba que le enseñaran a hacer el amor, y que confiaba en mí.

Se oyó un gemido de Marnie y se levantó de la silla.

Nadine le puso una mano en el hombro y la hizo sentarse de nuevo.

Tessa continuó.

—¿Así que tuvo sexo con ella?

Él asintió.

—Lo hice, para mi absoluta vergüenza.

—¿Dónde? ¿En su cama? ¿En vuestra cama? —Tessa fue implacable. Vio por el rabillo del ojo que Hannah estaba tomando notas y esperaba que no se perdiera nada.

—No, aquí. En el sofá.

El ruido que salió de la garganta de Marnie fue como el de alguien siendo estrangulado.

—¿Por qué, Andy? ¿Por qué necesitaba que le enseñaran? —Tessa se quedó sin aliento, como si estuviera al borde de algo.

—Dijo que había alguien en la iglesia que le interesaba y que pensaba que iban a llegar hasta el final, como ella lo expresó, antes de mucho tiempo. No dijo quién era, y yo no estaba en

condiciones de preguntárselo. Al día siguiente le mandé un mensaje a Marnie, que seguía en Sheffield, diciéndole que tenía que ir a un congreso de tres días. Me alojé en el Hilton de Mánchester el tiempo que necesité para asimilar lo que había pasado.

—¿Qué ocurrió cuando volvió a casa?

—Nada. Actuó con normalidad, nunca lo volvió a mencionar, y yo intenté olvidarlo.

—¿Y esa persona de la iglesia?

—No sé nada de quién es. Dijiste que estaba empezando una relación con Paul Carr, pero él no va a la iglesia, así que no podía ser él.

—¿No se le ocurrió que tal vez debería haber usado protección?

—No. Tenía a una chica guapísima de dieciocho años insinuándoseme, completamente desnuda. Crees que tuve tiempo de pensar en anticonceptivos?

—De acuerdo —dijo Tessa—. Ahora le llevo de vuelta a comisaría. Necesitamos una declaración. Se quedará detenido esta noche, pero veo que Marnie necesita tiempo lejos de usted de todos modos —guardó la carpeta, y cinco minutos después él estaba en la parte trasera del coche, con las dos policías delante.

Marnie se quedó con Nadine; incapaz de contener las lágrimas, incapaz de perdonarle.

Doris esperó fuera de su casa con Ewan hasta que llegó su taxi. Él le dio un rápido beso en la mejilla y subió al asiento trasero.

—Te llamo mañana —dijo, y el taxi se marchó.

Ella se quedó un momento mirando cómo desaparecían las luces traseras, luego se dio la vuelta y entró rápidamente en casa, sintiendo de repente el frío. Cerró la puerta con llave, luego puso otro tronco en la estufa de leña, esperando que no se hubiera apagado demasiado, antes de dirigirse a la cocina.

Agarró una taza de chocolate caliente y deambuló hacia el salón. Recordar su noche fuera le producía un gran placer; él había sido una compañía maravillosa, culto, divertido, y ni una sola vez mencionó su búsqueda de su hijo. Doris lo agradeció. No había sido una noche para hablar de trabajo, sino para disfrutar.

Cogiendo su libro, Doris se acomodó para media hora de lectura, pero ni siquiera Daphne du Maurier podía mantener la mente de Doris alejada del hombre de hermoso cabello blanco y ojos azul mediterráneo. Al final se rindió, volvió a deslizar el marcapáginas en el libro y simplemente se sentó a mirar las llamas.

Desde el fondo de su bolso, su teléfono sonó, y ella rebuscó en el fondo para encontrarlo.

—Gracias por esta noche, espero que la hayas disfrutado tanto como yo. x

Mirar fijamente el teléfono no ayudó a evitar el rubor en su rostro, y se tocó la mejilla con la mano. Esto era una tontería, tenía casi setenta años y estaba sonriendo como una boba porque había recibido un mensaje de un hombre. Respondió al mensaje y dejó el teléfono, luego lo volvió a coger.

¿Debería llamar a Mouse? ¿Comprobar cómo estaba? Doris dejó el teléfono a su lado una vez más. Mejor no llamar a su nieta, solo habría una avalancha de preguntas.

El teléfono sonó. Miró la pantalla. Kat. Doris estuvo tentada de ignorarlo, pero sabía que Kat seguiría intentándolo hasta obtener una respuesta.

—Hola, Kat.

—Abuela, soy yo.

—Lo sé. Lo ponía en mi pantalla.

—Ah... perdona, estoy funcionando con mi cabeza de mamá en este momento, así que mi cerebro está colapsado. Tengo una niña sobre mi hombro izquierdo.

Doris se incorporó.

—¿Está todo bien?

—Está bien. Está un poco gruñona con este resfriado. Te llamaba para decirte que no llames a Mouse, se fue a la cama sobre las nueve con media farmacia dentro, porque dice que va a ir a trabajar mañana. Creo que esta noche es matar o curar para ella —se rio.

—Vale, gracias. Me estaba preguntando si llamar o no. Me alegro de no haberlo hecho. ¿Nos vemos mañana?

—Eh... un segundo. No has dicho cómo fue tu noche.

—Estuvo bien.

—¿Y eso es todo?

—Eso es todo lo que os concierne a ti y a Mouse —la risa de Doris resonó en el oído de Kat.

—Vaya. Es solo porque te queremos, ¿sabes?

—Kat, tengo setenta...

—Sesenta y nueve...

—Vale, sesenta y nueve, y sé moverme en esta vida. Deja de preocuparte por mí. No voy a hacer como Henry y Clara y fugarme a Peak Forest. He salido a tomar una copa con él. Bueno, quizás tres.

—¿Quiénes son Henry y Clara?

—Los amantes que fueron asesinados en Winnats Pass. En la década de 1760, creo. Se estaban fugando a Peak Forest porque su padre no le dejaba casarse con Henry. Cinco mineros los mataron. ¿Recuerdas?

—¡Ah! Vagamente. ¿Aún se puede casar sin permiso en Peak Forest entonces?

—Creo que sí.

—Así que ¿no serviría de nada que Mouse y yo te negáramos el permiso para casarte con él?

—No serviría de nada. Soy mayor de edad.

—Vale, lo tomaré como una razón suficiente. Pero ¿has disfrutado de tu noche?

—Ha sido encantadora. Es un hombre realmente agradable. Ve a acostar a esa niña. Estoy a salvo y en casa, y mi chocolate caliente se está convirtiendo en chocolate frío.

Kat se rio, se despidieron y Doris colgó.

CAPÍTULO TRECE

Andy Harrison se sentía devastado. ¿Cómo podía haberse derrumbado toda su vida en cuatro meses? Aquella noche en que Orla se le había entregado parecía casi una fantasía, algo en lo que nunca había pensado antes. Ella era una niña, la hija de Marnie.

Embarazada de su hijo.

Lo habían sacado de la celda y lo habían llevado a una sala de interrogatorios. Se sentía enfermo. Era obvio que asumirían que él había asesinado a Orla, pero ni siquiera había estado en el maldito Castleton, joder, había estado en Manchester.

Su barbilla casi tocó su pecho mientras pensaba en lo que todo esto significaría. Perdería a Marnie, seguro, y no estaba convencido de poder soportarlo. Ella era la mujer que había esperado desde su divorcio de Catherine.

¿Y el trabajo? ¿Qué significaría para su empleo? Como mínimo sería suspendido, pendiente de la conclusión de la investigación. Y siempre sería una sombra que lo perseguiría, sin importar quién fuera condenado por el asesinato de Orla.

Porque sabía que la paternidad del bebé sería un factor en el juicio.

Levantó la mirada cuando se abrió la puerta.

Tessa Marsden cumplió con los requisitos de la grabación y luego abrió su expediente. No creía ni por un momento que este hombre fuera directamente culpable del asesinato de su hijastra; su coartada era sólida hasta el punto de ser inamovible. Eso no significaba que fuera inocente.

—Hábleme de sus amigos, Andy —dijo Tessa.

—¿Qué? —La pregunta claramente lo tomó por sorpresa.

—Sus amigos. La gente con la que usted y Marnie salís, a quienes llamáis cuando tenéis un problema.

Pareció aún más desconcertado. —Realmente no tenemos ninguno. Rara vez salimos, y si lo hacemos, somos solo nosotros dos. Solíamos llevar a Orla, pero eso dejó de ocurrir cuando cumplió dieciséis. Ella prefería quedarse en casa y leer... —Su voz tembló—. Lo siento, es difícil asimilarlo.

—¿Ningún amigo en absoluto? —insistió Tessa.

—No. Tengo amigos en el trabajo, obviamente, pero son más bien compañeros que amigos. Salimos una vez al año con ellos para la cena de Navidad, pero ninguno de nosotros parece necesitar a nadie más —Y entonces se cerró en banda—. ¿Cree que pagué a alguien para matarla? Dios mío, inspectora Marsden, no tendría su trabajo ni por todo el oro del mundo. Qué mente tan malvada y desagradable debe tener que soportar cada minuto de su vida.

—Hay mucha gente malvada y desagradable en este mundo que lo ha hecho así —respondió

Tessa, manteniendo su voz plana.

—Bueno —la voz de Andy era áspera—, quizás le sorprenda saber que no suelo relacionarme con asesinos, ni en mi vida privada, ni en mi vida laboral, ni en ninguna otra vida. Revise mi móvil, mi teléfono de casa... revise mi maldita extensión en el trabajo, descubrirá que soy la persona más aburrida del planeta.

—Ya estamos en proceso de revisarlos, señor Harrison —intervino Hannah.

Él se volvió para mirarla fijamente. —Entonces buena suerte con eso, Hannah. Rara vez llamo a alguien que no sea mi mujer. No os llevará mucho tiempo hacer ese trabajo, no tanto como os está llevando encontrar al asesino de Orla, de todos modos.

Marsden pasó una hoja de papel. —Sigamos adelante. La noche en que tuvo relaciones sexuales con Orla... repasémoslo una vez más.

—¿Por qué? ¿Le excita?

—No, señor Harrison. Me da asco. Pero bueno, es mi trabajo. Empezé por el principio, por favor.

Harrison suspiró y se reclinó en su silla. —Estaba sentado en el sofá... no, no lo estaba, para ser sincero estaba tumbado en el sofá, leyendo mi libro.

—Anoche dijo que estaba viendo la televisión, sentado viendo la televisión.

—Y lo estaba. Tenía la televisión encendida, pero estaba leyendo al mismo tiempo. Y estaba tumbado, antes de que Orla entrara, envuelta en una toalla. Entonces me senté porque me pidió que le cepillara el pelo para desenredarlo. Se sentó en el suelo, entre mis rodillas, y trabajé en su pelo durante unos cinco o seis minutos. Le entregué el cepillo, y ella se puso de pie. La toalla quedó en el suelo. Recuerdo que me incliné hacia adelante para recoger la toalla, pero ella se inclinó hacia mí y me besó.

Hizo una pausa y sacudió la cabeza. —Pero nada de esto tiene sentido. ¿Murió porque la dejé embarazada? Eso no puede ser la razón, seguramente. No me dijo nada, nada a Marnie. Tal vez no se le ocurrió que el bebé era mío. Tal vez este chico de la iglesia del que me habló piensa que es el padre, y ella pensaba lo mismo. ¿Y si es un hombre casado? Eso sería un motivo, uno bastante importante, ¿no?

—Deje la investigación para nosotros, señor Harrison. Continúe con su historia. Cuando termine, Hannah escribirá su declaración para que la firme, así que no se deje nada. Se le dará la oportunidad de modificarla antes de firmarla, por supuesto.

Harrison la miró fijamente. Era tan fría, tan insensible... —Como dije, me besó. Yo seguía sentado, y mientras me besaba, me empujó hacia atrás y entonces quedé tumbado, con los pies aún en el suelo. Entre besos me dijo que necesitaba aprender a hacer el amor, cuánto confiaba en mí y me quería, y que me había elegido para que le enseñara. Sé que esto suena estúpido viniendo de un hombre de cuarenta y tantos años, pero estaba en un estado lamentable. No sabía cómo manejar la situación, y sabía en el fondo que si intentaba detener lo que estaba haciendo tendría que tocarla, poner mis manos en su cuerpo desnudo, y estaría perdido. Así que ella bajó la cremallera de mis vaqueros.

Bajó la cabeza y luego se llevó una mano a los ojos.

—Lo siento, eso fue mi perdición, y ella lo sabía. Al final acabó debajo de mí, y fui yo quien le quitó la virginidad. No estoy orgulloso de ello.

—¿Y cómo se comportó contigo después de eso?

—Volvió a ser exactamente la misma que había sido antes de esa noche. Sabía que no había conexión romántica entre nosotros, yo era alguien a quien había utilizado calculadamente para no ser una completa novata cuando fuera con ese hombre, y de paso se quitaba la virginidad.

Me aseguré de no estar nunca a solas con ella, pero sinceramente no creo que hubiera supuesto ninguna diferencia. Necesitaba esa primera vez para saber qué le pasaba a su cuerpo. A mí me afectó mucho más. Empecé a trabajar hasta más tarde, así que Marnie empezó a mosquearse un poco por eso, y dejé de llevar a Orla a ningún sitio. Marnie usaba su cochecito si Orla quería salir. Todo cambió en mi cabeza, pero parece que en la de Orla no.

—¿Y estás completamente seguro de que no sabes quién es el hombre de la iglesia?

—No. Nunca dijo una palabra. Y, por supuesto, Marnie tampoco sabía nada de él. No era con ella con quien Orla hablaba de él, ¿verdad? —Había amargura en su tono de voz—. Fui yo el elegido para ese honor.

—Cuando te dijimos que habían encontrado a Orla, ¿qué pensaste?

—¿Al principio? Que se había caído al río. La lluvia era torrencial. Incluso cuando dijisteis que había muerto antes de caer al agua, nunca se me ocurrió que tuviera relación con aquella noche. Incluso cuando dijisteis que estaba embarazada, supuse que era del tipo de la iglesia. No podía decíroslo, por cómo me había enterado de él, pero pensé que al final lo localizaríais. Nunca se me pasó por la cabeza ni por un momento que fuera a mí a quien localizarais como el padre.

Tessa cerró su carpeta.

—Señor Harrison, puede marcharse a casa una vez que haya firmado su declaración. Si se le ocurre algo mientras tanto que pueda llevarnos a este hombre del que hablaba Orla, por favor, póngase en contacto con nosotros de inmediato. Le dejaré en esta sala hasta que Hannah vuelva con usted, y haré que le traigan café. Gracias por su colaboración. ¿Se irá a casa?

Su breve risa seca lo decía todo.

—No tengo ni idea, inspectora Marsden. Si no puedo quedarme allí, le informaré de mi paradero.

Mouse entró en la tienda, seguida de cerca por Doris.

—Buenos días a las dos —dijo Kat sonriendo—. ¿Te encuentras mejor, Mouse?

—Mucho mejor, aunque todavía estoy ronca como un león. Si me quedo dormida, dejadme. Ya me despertaré.

—Entonces, ¿cuál es el plan? Necesito un par de horas para terminar el papeleo de ese curso forense, y luego, si necesitáis que introduzca datos o algo, contad conmigo —dijo Kat con demasiado entusiasmo, y tanto Doris como Mouse la miraron fijamente.

—¿Qué pasa? Son solo las nueve y estás que no paras. Ni siquiera hablas hasta las diez. ¿Cuánto café has tomado?

—Probablemente sea el champán de anoche.

—¿Champán? Tú bebes rosado barato o, como mucho, blanco aún más barato. ¿Carl ha conseguido un ascenso?

—Dos.

—¿Dos ascensos? Dios mío, ¿es por el trabajo que ha hecho para Pam Bird? —dijo Mouse. Mencionar el nombre de Pam trajo recuerdos a todas sobre la investigación para encontrarla a principios de año y la recuperación de parte del dinero que le habían robado.

—Esa es la primera parte, sí. Le han ascendido a inspector. El segundo ascenso es a futuro marido.

Hubo un silencio en la sala mientras Doris y Mouse procesaban sus palabras.

Mouse habló primero.

—¿Quieres decir...?

Kat extendió su mano izquierda. El solitario de diamante era un destello de fuego, proyectando destellos alrededor de la hermosa piedra.

—No tenía ni idea —dijo—. Sabía que lo de inspector era una posibilidad real, y me dio esa noticia primero. Luego sacó esto y me pidió que me casara con él.

—Creo que toca abrazo de grupo —dijo Doris con una sonrisa. Se abrazaron, saboreando el momento.

—Entonces, ¿dónde está nuestro guapo inspector?

—En el trabajo. Dice que la gente sigue estafando a otra gente, así que tiene que quedarse a hacer su trabajo. Es justo —dijo Kat con una risa—. Pero el domingo, si las dos estáis libres, nos gustaría llevaros a vosotras dos y a mamá y papá a comer para celebrarlo. Hoy es jueves, Mouse, así que tienes tres días para ponerte mejor.

—No te preocupes por eso, si hay comida de por medio, estaré en plena forma.

Doris cogió la mano de Kat e inspeccionó el anillo.

—Es precioso, Kat. Muchas felicidades, cariño, que seáis muy felices con nuestro Carl. ¿Un café para celebrarlo? —Y se movió para empezar su jueves.

CAPÍTULO CATORCE

Mouse miró el monitor, luego se giró hacia su segunda pantalla y buscó en Google. Abrió el documento guardado en OneDrive y se quedó mirando los dos nombres.

Michael George Fairfax, nacido en Inverness, y Michael Ian Fairfax, nacido en Scarborough. Los dos bebés nacidos el día correcto y con los nombres correctos, pero con segundos nombres diferentes.

Le había llevado una hora averiguar que Helen Fairfax se había casado y se había convertido en Helen North, pero que no había durado —divorciada tres años después— y había vuelto a apellidarse Fairfax.

El lugar de nacimiento de Helen era Holmesfield, un barrio en los límites de Sheffield y el Distrito de Peak, según su certificado de nacimiento.

El niño nacido en Scarborough de repente parecía una posibilidad razonable, aunque Helen Fairfax claramente no había cumplido su promesa de usar Ewan como segundo nombre. Ian era lo más parecido posible, si uno sentía la necesidad de calmar su conciencia...

Mouse echó la cabeza hacia atrás y se frotó la frente. Aunque se sentía mucho mejor que antes, no se veía con fuerzas para buscar y tener que ser cuidadosa para no ser descubierta.

Actualizó sus archivos con la información que podía añadir y luego cerró los ojos por un segundo.

Doris abrió la puerta del despacho de Mouse.

—Mouse, Tessa está aquí. ¿Quieres... ¡oh!

Mouse dio un respingo, miró alrededor con pánico y luego se frotó los ojos.

—¡Me he quedado dormida! He echado una cabezada. ¿Me he vuelto de repente una anciana?

Doris sonrió a su nieta, que intentaba frenéticamente recuperar el sentido.

—Deja de ponerte nerviosa, Mouse. No eres vieja, estás enferma. ¿Nos quedamos aquí o vamos al despacho de Kat?

—¿Tiene Kat café?

—Seguramente. Kat nunca está sin café.

—Iremos allí —Mouse se puso de pie y sintió dolor en lo que parecía ser todo su cuerpo—. No me dejes volver a quedarme dormida en una silla, ¿vale? —dijo con pesar, frotándose los brazos y las piernas en un intento de que su circulación volviera a funcionar.

Tessa y Hannah estaban en recepción, y ambas miraron a Mouse con compasión.

—Tienes mala cara —dijo Tessa.

—Gracias. Anima a una chica, ¿quieres?... No es ningún consuelo que me sienta tan mal como me veo, pero honestamente, tendrías que haberme visto ayer. Hoy, esto es la perfección.

—El café ya está servido —llamó Kat desde su despacho más grande.

Incluso en el despacho de Kat, estaba abarrotado con cinco personas sentadas alrededor del único escritorio.

—¿Todo bien? —preguntó Kat—. ¿Cómo va progresando el caso de Amanda Williamson?

—Ha progresado —dijo Tessa—. Esta mañana he tenido confirmación de que los restos de semen coinciden con el ADN de Jacob Thorne, así que oficialmente no estamos buscando a nadie más en relación con ese asesinato. Mi inspector jefe fue a notificárselo a la familia de Thorne esta mañana. No puedo imaginar cómo deben sentirse. He ido a decírselo a Zoe Williamson, pero creo que sintió alivio por tener algún tipo de cierre. Vamos a entregar el cuerpo de Mandy esta tarde, para que Zoe pueda darle un entierro apropiado y pasar el resto de su vida asimilándolo, probablemente.

—¿Cómo crees que se sentiría si fuera a verla? —preguntó Kat.

—Estoy segura de que te recibiría bien —dijo Tessa—. Tienes un toque muy tranquilo y reconfortante, Kat, y sospecho que es lo que necesita en este momento. No lo sé con certeza, pero creo que es una asistente regular a la iglesia, al igual que Mandy.

—Entonces la llamaré, no me presentaré en su puerta sin avisar.

—Bien —dijo Tessa—. Estamos progresando de una manera extraña con el asesinato de Orla French. Sabemos quién es el padre del bebé, pero estoy cien por cien segura de que no es su asesino. Tiene una coartada que nadie podría romper.

—Así que estáis descartando en lugar de implicando.

—Así es. Sin embargo, antes de seguir adelante con eso, ¿quién se ha llevado al verdadero sargento detective Carl Heaton y nos ha enviado uno nuevo? Para empezar, se ha presentado como inspector Heaton, pero hay algo más. Está dando brincos por todas partes, contando chistes, cantando... ¡cantando! Simplemente no es él. Así que ¿qué habéis hecho con nuestro Carl y por qué nos habéis enviado un sustituto?

Kat sintió que el rubor empezaba a extenderse y colocó su mano izquierda en medio de la mesa.

Hannah y Tessa se levantaron a la vez y se inclinaron para inspeccionar el anillo. Igualmente al unísono, dijeron:

—¡Vaya!

—Anoche —dijo Kat—. Después de que me contara su ascenso.

—Enhorabuena, Kat. Eso es maravilloso —dijo Tessa—. Me alegro mucho por los dos.

—Vale, ya está bien de sentimentalismos —dijo Doris. No quería que ninguna charla semi-romántica se dirigiera hacia ella, y pensó que era conveniente centrarse en el escenario del crimen en Derbyshire—. Volvamos a Orla French.

—No hay mucho a lo que volver —Tessa frunció el ceño—. Parece que Orla quería tomar sus primeras lecciones sexuales con su padrastro porque confiaba en él, y estaba planeando tener relaciones sexuales con alguien de la iglesia. Desafortunadamente para nosotros, no dijo quién era. Y honestamente creo que el pene de Andy Harrison gobernaba todo, ni siquiera se le habría ocurrido preguntarle a quién planeaba seducir. Así que, en cierto modo tenemos un sospechoso, simplemente no sabemos quiénes es. Mañana iremos a la iglesia. Y si no obtenemos respuestas por la mañana, volveremos el domingo cuando toda la congregación esté allí. Si es necesario, cerraremos las puertas hasta que hayamos hablado con todos y cada uno de ellos.

—¿Había marcas de defensa en ella? ¿Se defendió? —Doris parecía preocupada, imaginando lo asustada que habría estado la joven.

—Parece que no. Fue noqueada antes de ser estrangulada. Definitivamente estaba muerta

antes de entrar en el agua, pero no tenemos forma de saber si ese fue el lugar donde murió, o si la mataron en otro sitio y luego la llevaron en un vehículo para tirarla al agua. Corría muy rápido debido a la lluvia, así que podría haber sido arrojada más arriba. Estaba atrapada entre la orilla y el puente.

—¿Hombre o mujer? ¿Alguna impresión al respecto? —preguntó Kat.

—No realmente. Era una chica muy delgada, sin nada especial, así que podría haber sido fácilmente cualquiera de los dos. El estrangulamiento no suele ser un método elegido por las mujeres para matar a la gente. En realidad, es bastante difícil someter a alguien lo suficiente como para estrangularlo, pero la golpearon en la cabeza con algo para dejarla inconsciente, así que eso nos dice que podría ser de cualquier sexo. Sería fácil estrangularla si no se movía.

—Podría ser una mujer muy enfadada —dijo Kat—. Me pregunto si este hombre de la iglesia está casado...

Marsden sonrió de oreja a oreja.

—Por esto me gusta venir aquí. Siempre me dais una perspectiva diferente. Una cosa está clara: tengo que averiguar quién es este hombre. Espero que alguien de esa congregación haya visto algo o se sienta incómodo por algún motivo.

Mouse cerró por el día, con gesto pensativo. Necesitaba hablar con Ewan, averiguar exactamente qué recordaba sobre los primeros años de Helen, antes de lanzarse de cabeza. Si alguna vez necesitaban contactar con Helen, no querían que estuviera sobre aviso. El factor sorpresa era importante en la mayoría de los casos. Si Ewan podía ayudar, sería una ventaja para ellos.

Le llamaría para concertar una cita, ya fuera en su casa o pidiéndole que se pasara para charlar en general.

Se despidió de Kat y Doris, y luego subió pesadamente las escaleras hasta su piso. Lo notaba frío, así que encendió la calefacción, puso agua a hervir y se preparó un limón caliente. Odiaba el sabor, pero parecía que le sentaba bien, así que aguantó el regusto del limón mezclado con el extraño sabor de la medicación y se sentó en el sofá envuelta en una manta de forro polar, viendo las noticias.

Mientras se acurrucaba en el forro polar, llamó a Ewan, le explicó que necesitaba hablar con él, ya que no lo conocía realmente y necesitaba su opinión sobre un par de cosas, y él dijo que se pasaría por la oficina al día siguiente. Le dio las gracias, dijo que esperaba no contagiarle, y colgó.

En cinco minutos se quedó dormida y no se despertó hasta medianoche. Sentía el estómago vacío y sabía que no podría dormir sin comer algo.

Dos rebanadas de pan tostado la hicieron sentir mejor y se fue a la cama, con la mente lo suficientemente despierta como para divagar en varias direcciones. Arregló el mundo en aproximadamente media hora y durmió el resto de la noche sin despertarse.

Y así terminó el jueves; un ligero progreso en muchos frentes para todos los investigadores, y el comienzo de una Mouse recién revigorizada para el viernes por la mañana.

CAPÍTULO QUINCE

La iglesia era un lugar cálido y acogedor; nada más entrar, las recibió una señora alta, de unos sesenta años, que echó un vistazo al carnet de Tessa y se ofreció enseguida a ir a buscar al vicario a la vicaría.

—¿Es sobre el asesinato de Orla? —preguntó, con el rostro serio y tenso—. Lo es, ¿verdad? ¿La conocíais?

—Sí. Bastante bien, de hecho. Dirijo el coro, y tanto Orla como Emily, su amiga, son miembros. Nos ha afectado mucho a todos, la echaremos de menos. Al principio pensamos que fue un accidente, pero parece que la mataron. Eso, claro está, lo hace mil veces peor —extendió su mano—. Me llamo Annabel Knight, señora, y si puedo hacer algo para ayudar...

—Gracias, señora Knight. Tenemos entendido que Orla estaba saliendo con alguien de la iglesia, una relación bastante reciente. ¿Sabría usted quién era?

—¿Saliendo con alguien? ¿Un novio? —Annabel dudó, y fue evidente—. Que yo sepa no, pero era una chica muy guapa. Aunque no creo que sea nadie de aquí.

—¿Ningún joven mostrando un interés especial en ella? —preguntó Hannah.

La mujer mayor se rió, un poco incómoda.

—No, no es eso, es más bien que solo hay hombres mayores. Creo que el miembro masculino más joven de nuestra iglesia es el vicario, y tiene treinta y cinco años. El más mayor es Tommy Landers y cumplió noventa hace unos meses. Todos los demás hombres están entre esas dos edades. Los chicos jóvenes no parecen interesados en los asuntos de la iglesia, no en estos tiempos.

Tessa esbozó una breve sonrisa.

—Gracias. ¿Cree que podría traer al vicario, por favor? ¿O sería más fácil que fuéramos nosotras a la vicaría?

—Iré a buscarlo. Su esposa Ruby está bastante enferma, y lo está pasando mal en este momento. Os lo enviaré, y me quedaré con Ruby hasta que él regrese —Annabel asintió como si estuviera de acuerdo consigo misma.

—¿Está gravemente enferma? —preguntó Tessa.

—Le diagnosticaron esclerosis múltiple poco después de casarse, hace diez años. Parece ser bastante agresiva, y está especialmente mal en este momento. Iré rápidamente a la vicaría y enviaré a Steve aquí.

Annabel salió por una puerta lateral, y Tessa y Hannah pasearon por la iglesia, leyendo placas en la pared, el suelo, incluso en el púlpito. Eran las únicas personas que quedaban cuando Steve Barksworth se unió a ellas. Se acercó, les tendió la mano y se presentó.

—Imaginé que vendrían en algún momento —dijo—. Orla era una miembro muy activa de

nuestra iglesia, hacía mucho en la comunidad también. Mucha gente la echará de menos, además de su familia inmediata. Fui a ver a Marnie y Andy esta mañana. Andy no estaba, pero Marnie parece enferma. Le pediré a Annabel que vaya mañana, puede que Marnie responda mejor a una mujer.

Tessa dudaba que Marnie respondiera a alguien. Así que Andy Harrison no estaba en casa... Tessa esperaba que hubiera dejado dicho en la comisaría dónde se alojaba.

Tessa se sentía un poco culpable porque podía ver ambos lados del asunto: Andy Harrison no había perseguido a Orla, Orla lo había perseguido a él. Marnie había reaccionado de una manera en la que quizás cualquier mujer reaccionaría, se había alejado de su marido.

Tessa no creía que fuera permanente; pensaba que eventualmente hablarían, y que Marnie vería la situación como debería verse. Necesitaban encontrar a este hombre que Orla estaba decidida a seducir, poner toda la situación en perspectiva.

—Reverendo Barksworth —comenzó Tessa.

—Por favor, llámame Steve. Me haces sentir viejo dándome mi título completo.

—De acuerdo, Steve, gracias. No te retendremos mucho tiempo. Entiendo que tu esposa está enferma.

Él inclinó la cabeza, luego la miró.

—En efecto, lo está, pero ella querría que os ayudara si puedo.

—Creemos que Orla estaba saliendo con alguien de la iglesia. ¿Sabes quién podría ser?

Hizo una pausa antes de hablar.

—Que yo sepa, no era nadie de la iglesia. Pensé que se había encontrado con el hermano de Emily Carr... Paul, creo que se llama, pero él no asiste a la iglesia.

—No —insistió Tessa—. No era Paul, definitivamente era alguien de la iglesia. Se lo dijo a su padrastro, pero no dijo quién era.

Steve Barksworth frunció el ceño.

—Pero no tenemos hombres jóvenes de la edad de Orla que asistan a la iglesia. ¿Podría ser de una iglesia diferente? Tal vez sea alguien que asiste a Hope, o Bradwell. Todas están a unos tres o cinco kilómetros de distancia entre sí, así que quizás necesitéis ampliar la búsqueda. Honestamente, no se me ocurre nadie de aquí.

—Las investigaremos, por supuesto. ¿Asistía ella a alguna de esas iglesias?

—Ocasionalmente iba a Hope, y sé que fue a Bradwell para instrucción cuando se confirmó, porque estaban impartiendo el curso allí para la zona. Así que sí tenía vínculos con ellas, pero no un apego tan grande como aquí.

—De acuerdo, gracias, Steve. Te dejaré volver con tu esposa, y liberaré a la señora Knight para que regrese aquí. Nos veremos el domingo.

—¿El domingo?

—Sí. Tal vez podrías decirle a tu congregación durante los avisos que necesitaremos hablar con todos ellos antes de que se vayan a casa.

Pareció sorprendido, pero luego su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Por supuesto que puedo, pero tendréis que lidiar vosotras con Clarice Travers, no yo. Sale disparada de esta iglesia tan rápido cuando termina el servicio, que es como un tren de alta velocidad pasando. Tiene que llegar a casa para hacer la comida del domingo de su Ernie, ¿sabes?

Tessa se rió.

—Pondré a un agente en la puerta para detenerla. ¿Aproximadamente cuántos asisten, Steve?

—En un buen día, entre treinta y cuarenta personas, incluyendo a los pequeños. En un mal

día, cuando el tiempo es malo, alrededor de diez.

—De acuerdo, estaremos aquí sobre las nueve y media, quizás tengamos la oportunidad de hablar con algunas personas antes de que comience el servicio.

—No.

—¿No?

—Definitivamente no. Cuando la gente llega temprano, es porque lo necesita, ya sea para tener un momento de paz con Dios o para pedir Su ayuda. No hablaréis con nadie antes del servicio. Después es un momento de socialización. Tenemos café, pasteles y galletas en el salón de la iglesia y entonces la gente os responderá. Lo digo en serio, inspectora Marsden, dejad vuestra llegada para cinco minutos más o menos antes del inicio del servicio de las diez.

Tessa tragó saliva. Debería haber escuchado más a Kat, ella habría sabido que el tiempo previo al servicio era sagrado. Tessa haría bien en comprobar que no pisaría ninguna otra mina el domingo, antes de llegar allí. Kat se lo diría.

Tessa estrechó la mano de Steve, le agradeció su tiempo y volvieron al coche.

—Estaba nervioso, ¿no? —dijo Hannah.

—Y yo he metido la pata hasta el fondo, ¿verdad? —Tessa suspiró.

—Bah, no te preocupes. Los párrocos no guardan rencor. Pórtate bien el domingo y todo irá sobre ruedas.

—Bueno, tú también tendrás que portarte bien —dijo Tessa.

—¡Es mi día libre!

—Ya no lo es. Te enseñaré a no reírte de mis errores, jovencita. Y además, tú conducirás.

Hannah puso el coche en marcha, se volvió hacia Tessa y le hizo un saludo burlón.

—De acuerdo, jefa, pero ¿acaso no conduzco yo siempre?

Ewan llegó a la oficina y, con Mouse de pie junto a Doris, las saludó a ambas con un circunspecto «Buenos días». Cuando Mouse se alejó, le guiñó un ojo a Doris y le lanzó un beso.

Ella no pudo evitar sonreír, ni quería hacerlo.

Él siguió a Mouse hasta su despacho, y se sentaron frente a frente al escritorio. Ella colocó su grabadora de voz en el centro y le pidió permiso para usarla.

—Como quieras —dijo él, haciendo un gesto con el brazo para indicar que siguiera adelante.

—Gracias, Ewan. No te entretendré mucho. Hemos encontrado información que puede ser útil, y por favor no preguntes qué es. No damos información a cuentagotas, esperamos hasta tener pruebas concretas de algo antes de revelar hechos verídicos. Lo que necesitamos saber es cualquier cosa que puedas contarnos sobre los primeros años de Helen. Sabemos que nació en Holmesfield, pero ¿siempre vivió allí?

—No, no lo hizo. Vivió en la costa hasta los once años, luego volvió a esta zona para poder ir al colegio que sus padres querían para ella.

—¿Dónde en la costa?

—En Scarborough, creo. ¿Por qué?

Mouse ignoró su pregunta. —¿Tenía parientes allí?

—Estoy bastante seguro de que sí, pero me estás pidiendo que recuerde algo de hace muchos años, ¿sabes? Creo que por eso se mudaron de Holmesfield a Scarborough, creo que la madre de Helen tenía una hermana que vivía allí.

—Gracias. ¿Y puedes pensar en algo más de sus primeros años?

Frunció el ceño, como si estuviera pensando profundamente. —Creo que no. Dijo que no podía recordar Holmesfield, solo tenía unos dos años cuando se mudaron a Scarborough, y ya estaban de vuelta en Hope Valley cuando tenía once. Lo siento, no puedo decirte más.

—No te preocupes —dijo Mouse con una sonrisa—. Has confirmado lo que necesitábamos saber. Tan pronto como tengamos noticias, nos pondremos en contacto.

Él cogió su café. —Entonces, si has terminado conmigo, iré a ligar con esa guapa señorita de recepción.

—Adelante —dijo Mouse, y apagó la grabadora—. Si le haces daño, te mato.

Él se rió. —¿Crees que no lo sé? Y te prometo que nunca le haré daño, de ninguna manera.

CAPÍTULO DIECISÉIS

A Mouse no le costó mucho conseguir la dirección de Michael Fairfax; aún vivía en Scarborough, aunque en las afueras.

Introdujo la información en su móvil y dejó caer la cabeza sobre sus brazos, que hacían las veces de almohada sobre el escritorio. Sabía que no estaba lo suficientemente bien para trabajar, quería dormir, y sin embargo sentía un anhelo interior por hacer lo que había llegado a amar, la parte investigativa del trabajo en Connection.

Cerró los ojos durante cinco minutos y luego se movió para aliviar su espalda. El dolor de cabeza aún persistía, pero no era ni de lejos tan fuerte como tres días antes.

Rebuscó en su bolso y sacó una tira de paracetamol, extrajo dos pastillas de sus blísteres y se las tragó con los restos de su café.

Abrió un mapa de Scarborough en su pantalla y comprobó la dirección de Michael. Parecía estar en un callejón sin salida, el segundo edificio a la izquierda. Era una vivienda independiente, aunque no podía distinguir si tenía una o dos plantas. Anotó el código postal en su móvil y volvió a recostarse. Sus dolores y molestias estaban disminuyendo ligeramente, y se le ocurrió que podría ser buena idea salir a dar un corto paseo, para despejarse un poco.

Salió de su oficina y encontró a Ewan en plena conversación con Doris.

—Abuela, voy arriba a por un abrigo y luego saldré a dar un pequeño paseo. Pasaré por el Co-op a comprar algo de comida. ¿Necesitas algo?

Ewan sacó su cartera y extrajo un billete de cinco libras.

—¿Puedes traer un par de paquetes de galletas Garibaldi, por favor? —dijo riendo—. Parece que me he comido la mayoría de tus provisiones.

—¿Estarás bien? —Doris no pudo ocultar su preocupación. Nunca había visto a Mouse tan enferma.

—Estaré bien. Solo serán diez minutos, siento que necesito algo de aire fresco. Me tomaré un café cuando vuelva.

Salió por la puerta y la puerta de la oficina de Kat se abrió.

—Esto parece una comedia de los Keystone Cops —comentó Doris—. Puertas abriéndose, puertas cerrándose, otra puerta abriéndose, me siento bastante mareada.

Kat sonrió.

—Tenemos una reunión en cinco minutos, abuela. Viene la inspectora Marsden.

Ewan se puso de pie.

—Entonces me marchó. Gracias por vuestra hospitalidad, señoras. Te llamaré más tarde, Doris.

Doris vio cómo el coche de Ewan se alejaba y se volvió hacia Kat.

—¿Sabemos por qué viene Tessa?

—Creo que tiene algunas preguntas sobre el protocolo de la iglesia, porque va a ir a la iglesia de Castleton el domingo para entrevistar a la congregación. Y probablemente quiera un café, hace un frío que pela hoy. ¿Está bien Mouse?

—Ha salido. Dijo que necesitaba aire fresco.

—Vale. Iremos a mi despacho, ¿de acuerdo? Prepararé café fresco. Espero que Tessa no haya metido la pata esta mañana, sé que iba a ver a Steve Barksworth. Quizás debería haber ido con ella.

—¿Llamaste a Zoe Williamson?

—Sí. Voy a verla mañana por la mañana. Yo dirijo el servicio el domingo, así que no podía hacerlo entonces, y no quería dejarlo hasta el lunes. Parecía agradecida de que quisiera visitarla, dijo que su vicario tiene a su mujer muy enferma y no quería molestarle. Me daban ganas de llorar por ella. Ha perdido a su único hijo en circunstancias horribles, y no quiere pedirle ayuda a su propio vicario porque su mujer está enferma. Iré a las diez, así que le pediré a mi madre que se quede con Martha.

—¡Eh, creía que teníamos un acuerdo sobre Martha! ¿No me toca a mí quedármela?

—Pero si solo llevas un par de días mudada. Pensé que tendrías cosas que hacer.

—Tiene que probar su nueva cuna. Por favor, Kat, tráemela. ¿O tendré que secuestrarla?

Kat levantó las manos.

—Te la llevaré sobre las nueve y media. ¿Te parece bien?

Doris sonrió radiante.

—Es maravilloso. La echo de menos. Y no tengas prisa en volver.

—¿Así que estará bien si voy de compras después de haber estado en Castleton?

—Por supuesto. Martha y yo estaremos bien.

—Gracias —dijo Kat, y se inclinó para besar a Doris—. Eres una estrella. Y no olvides que te llevamos a cenar el domingo por la noche. Iremos en el coche de Carl, podemos ir los seis, y ahora tiene una silla para niños como accesorio permanente.

—¿Martha viene con nosotros?

—Sí. No puedo dejarla fuera de las celebraciones del compromiso de mamá, ¿verdad?

La puerta se abrió y entraron Mouse, Tessa y Hannah, esta última cargando bolsas de la compra. Las dejó detrás del mostrador de recepción.

—No está lo suficientemente bien para cargarlas —dijo, mirando acusadoramente a Doris y Kat.

—Eh, en nuestra defensa —dijo Doris—, no sabíamos que iba a hacer la compra del mes. La enviamos a por dos paquetes de galletas Garibaldi y algo de queso para reponer su nevera.

—Bueno, te las subiré antes de irme, Mouse —Hannah ayudó a Mouse a quitarse el abrigo, y Mouse sonrió débilmente. Más bien una mueca.

—Esto me ha dejado agotada —dijo—. Necesito cafeína.

Se sentaron alrededor del escritorio, con el café delante, y Tessa terminó de contar su historia sobre el encuentro con Steve Barksworth.

—Fue muy amable, pero casi me salta a la yugular cuando le dije que iría antes de que empezara el servicio del domingo para interrogar a los que llegaron temprano.

—¡Dios mío! —dijo Kat—. ¡No puedes hacer eso! Probablemente se caería la torre de la iglesia. Ese tiempo antes del servicio se usa para preparar las cosas o para la contemplación silenciosa y la oración privada. Apuesto a que es una congregación principalmente de ancianos, y harán lo que han hecho toda su vida: tener media hora de paz con Dios antes de que comience el

servicio.

—Ahora lo sé —dijo Tessa—. Barksworth dijo un "No" muy rotundo cuando hice mi sugerencia. Y luego me explicó todo lo que has dicho. Me sentí como si hubiera cometido un pecado imperdonable.

—Lo habías hecho —Kat intentó no sonreír.

—No te cortes, Kat —dijo Tessa, algo molesta—. ¿Hay algo más que deba saber?

—Sí. Supongo que Steve les comentará que necesitas hablar con ellos mientras da los avisos. Dile que debe recalcar que nadie puede irse hasta que hayas hablado con ellos, porque siempre hay un par de personas que salen pitando.

—Ya me han advertido sobre una de ellas, Clarice no sé qu❖❖, creo que dijo. La cogeré primero, así podrá irse. Aunque tendré un policía en la puerta, necesito hablar con todos. Puede que sea una anciana tranquila la que haya notado algo, o pueda dar con un nombre. Es muy importante que los vea a todos, y lo ideal sería conseguir una lista de los asiduos que, por una razón u otra, no estén allí.

Tessa se inclinó hacia adelante y cogió su café.

—¿Algo emocionante por aquí?

—Tenemos mucho trabajo, principalmente comprobación de antecedentes de personas que quieren puestos importantes, pero me voy a Scarborough el lunes —dijo Mouse.

Doris pareció sorprendida.

—Y yo iré con ella para conducir.

—Estaré bien, abuela —dijo Mouse—. Seguro que estaré mejor para entonces.

—No quiero que vayas sola a una casa desconocida. Supongo que es para ver a este Michael Fairfax, ¿no?

—Así es. No he tenido realmente la oportunidad de comentarlo con vosotras dos todavía, hace poco que confirmé dónde vive. No iré hasta media tarde, para pillarlo cuando vuelva del trabajo.

—¿No le vas a avisar de que vas? —preguntó Tessa.

Mouse negó con la cabeza.

—No, no quiero darle la oportunidad de decir que no quiere saber nada. No sabemos qué le ha estado contando su madre todos estos años sobre su padre. Necesito hablar con él, para exponer la versión de nuestro cliente.

—Probablemente tengas razón —Tessa suspiró—. Olvido que no puedes irrumpir y exigir que hable contigo. Yo podría, pero no es aconsejable que tú lo hagas —terminó con una sonrisa—. Despacio y buena letra. Pero tu abuela tiene razón. No vayas sola. No conoces a este hombre, no sabes nada de su vida...

La sonrisa en la cara de Mouse decía mucho.

—Vale, quizás lo sepas todo sobre él, pero no puedes saber por un ordenador si es un psicópata o no.

—Entiendo tu punto —dijo Mouse—. Te estaba tomando el pelo. Por supuesto que llevaré a la abuela. Es agradable que te lleven. Y ser❖❖ honesta, si sigo sintiéndome como hoy, lo pospondré hasta que esté bien. Esto ha sido una gripe, y ha sido horrible. Estoy segura de que nuestro cliente lo entenderá.

—Yo me quedaré en la oficina —dijo Kat—. Martha puede venir conmigo para hacerme compañía. De todos modos, solo serán un par de horas, si no vais hasta media tarde. Pero tomaremos todas las decisiones el lunes por la mañana cuando veamos cómo se siente Mouse.

—¿Algo más que esté pasando en Castleton, Tessa? —preguntó Mouse.

—S♦♦—intervino Hannah—, supuestamente estoy trabajando el domingo.

Hubo una risa general alrededor de la mesa ante la respuesta rápida y disgustada de Hannah.

—Yo también —añadió Tessa—. Trae tu Biblia, podrías necesitarla para entrar.

—¿Steve no pudo ayudarte con ningún nombre? —Kat sentía curiosidad. Le caía bien Steve Barksworth, lo había conocido en un par de conferencias, e incluso había dado dos servicios en su iglesia cuando él se había visto obligado a faltar debido a la enfermedad de su esposa. Estaba segura de que si hubiera podido aportar algo, lo habría hecho.

—No, básicamente dijo que todos son hombres mayores en la congregación. Mencionó que Orla tenía conexiones con las iglesias de Hope y Bradwell, pero que era una chica callada que no hablaba mucho con nadie excepto Emily. Y Orla claramente no hablaba mucho con su mejor amiga porque el único nombre que Emily pudo dar fue el de su hermano, Paul.

—Lo que en realidad hace que suene bastante improbable que pudiera estar pensando en seducir a alguien en la iglesia. Más bien suena como una mojigata, ¿no? —La cara de Kat estaba pensativa.

—Tienes toda la razón, Kat —reconoció Tessa—. Lo que hace aún más difícil descubrir quién es el hombre. Nadie sabe nada porque se lo guardó todo para sí misma, excepto por la pequeña información que le dio a Andy Harrison cuando realmente tuvo que decir por qué quería aprender a hacer el amor.

—Menudo lío —Doris se levantó para coger la cafetera y rellenar sus tazas—. ¿Y cómo está llevando todo Marnie Harrison?

—No lo está llevando. Según Nadine, su oficial de enlace familiar, está destrozada. Andy no está allí, así que claramente no es capaz ni de mirarlo, aunque sabe que no es él quien mató a su hija. Es por lo del sexo, supongo. Pero realmente espero que lo superen, era obvio cuánto la amaba él, y ella a él.

CAPÍTULO DIECISIETE

Andy Harrison no se sentía querido. De hecho, llegaría a decir que estaba experimentando una profunda carencia de afecto, si es que esa expresión existía. Y si no existía, debería. Describía exactamente su estado de ánimo actual.

Su habitación de hotel no era particularmente espaciosa, pero sí bastante barata. Había notificado a la comisaría de Chesterfield su cambio de dirección, diciendo que era temporal hasta que las cosas se resolvieran, y luego había informado a Nadine Bond de su paradero, por si Marnie necesitaba ponerse en contacto con él.

Se tumbó en la cama y cerró los ojos. También había comunicado a su empresa que necesitaba una excedencia hasta que todo se solucionara, y notó que su jefe se había mostrado un poco molesto al respecto.

—¿Solo es una hijastra, no? —había sido su primer comentario.

—¿Has estado metiendo la pata donde no debías? —había sido otra pregunta, y él había terminado la llamada lo más rápido que pudo.

Le preocupaba que tal vez eso fuera lo que todos en el trabajo estaban pensando, y no podía hacer nada para refutar ninguna de las acusaciones. Cuando se supiera lo del embarazo en el juicio, y sabía que Tessa Marsden se aseguraría de que hubiera un juicio, tendría que buscar otro trabajo de todos modos. No sería capaz de enfrentarse a sus compañeros.

Suspiró y se dio la vuelta, esperando quedarse dormido. Había estado despierto, luego dormido, luego despierto, luego dormido toda la noche; necesitaba una hora para refrescarse, pero más para dar a su cerebro el vacío que anhelaba. Quería dejar de pensar, dejar de sentirse arrepentido por lo que había pasado entre Orla y él, desear no haberse dejado llevar por su miembro, y más por su cabeza. Debería haber salido de esa habitación, encerrarse en el baño si fuera necesario, pero no podría haberse quedado allí toda la noche. En algún momento habría tenido que enfrentarse a Orla. Joder, debería haber dicho que no.

Estaba casi a punto de dormirse cuando escuchó el pitido de su teléfono. Gruñó y rebuscó detrás de él en la cama sin abrir los ojos. Lo localizó y luego miró lo que decía el mensaje abriendo el ojo derecho. Era de Marnie.

—¿Podemos hablar? x

Doris metió la cazuela en el horno y luego se dirigió al salón. El nuevo libro de Stephen King estaba resultando irresistible, y se acomodó en el sofá. Cubriéndose las piernas con una manta de forro polar azul claro deliciosamente suave, cogió el libro.

Cinco minutos después, dejó el libro sobre la mesa de centro. Si seguía leyendo, sabía que tendría que volver atrás y releerlo. Algo le rondaba por la cabeza y no sabía qué era. Dejó que sus pensamientos divagaran por todo lo que había sucedido durante el día, y aun así nada se hizo

evidente.

Cogiendo su teléfono, marcó el número de Mouse.

—Hola cariño. ¿Cómo estás?

—Me estoy recuperando, abuela, de verdad. Ya he pasado lo peor. Seguiré con la medicación mañana, y luego veremos cómo me va el domingo sin tomar nada. Si no necesito ni siquiera un paracetamol, nos iremos a la costa el lunes.

Y entonces Doris supo por qué se sentía inquieta.

—Cuando localizaste a Michael Fairfax, ¿también localizaste a Helen Fairfax?

—No. No la estamos buscando. Podría haberlo hecho si Michael hubiera sido difícil de encontrar, pero no lo fue. Ewan específicamente dijo que no quería encontrar a Helen, simplemente necesitaba conocer a su hijo.

—Vale, esto es lo que va a pasar. Voy a buscarla. Me siento intranquila. ¿Y si Michael aún vive con ella? Llegamos allí preparados para hablar con él sobre su padre y posibles cuestiones de herencia, y Helen podría estar escuchando cada palabra.

Mouse guardó silencio.

—Ya ves, abuela —dijo Mouse finalmente—, por esto te necesito trabajando conmigo. ¿Por qué no pensé en eso? Si sigue viviendo en Scarborough, lo más probable es que su madre también.

Doris se rió.

—En circunstancias normales lo habrías pensado. No olvidemos lo mal que has estado esta semana, ¿vale? Voy a empezar a buscarla. Te enviaré un mensaje en lugar de llamarte, por si te has quedado dormida. Te quiero.

Doris acercó su portátil y buscó la información que necesitaba.

Treinta minutos después, le envió un mensaje a Mouse.

—Vive al lado.

Rápidamente se organizó una llamada en conferencia entre los tres miembros de Connection, y siguieron las discusiones sobre cómo abordar el asunto sin que Helen Fairfax se enterara de nada.

Que un coche se detuviera frente a la casa de su hijo y dos señoras salieran podría alertarla de que algo fuera de lo común estaba sucediendo, y era muy probable que se acercara a la casa de su hijo, queriendo saber qué estaba pasando.

Hablaron sobre la posibilidad de llamarle antes de la visita, pero si se lo contaba a su madre, probablemente ella insistiría en estar presente. Su lealtad era para con su cliente, Ewan Barker, no Helen Fairfax. Que ella supiera que estaban allí podría resultar contraproducente.

—¿Qué tal si aparcamos cerca y vamos andando hasta su casa? —sugirió Mouse—. Al menos no habrá un coche que la alerte.

—Eso sería ciertamente mejor que aparcar enfrente, pero ¿y si tiene esposa? Si ella está allí, es muy probable que llame a Helen. Realmente nos vendría bien saber dónde trabaja, y ver si es posible hablar con él allí —dijo Doris pensativa.

—Déjame a mí —dijo Mouse—. Investigaré más a fondo. Lo dejaré para mañana, pero para entonces sabremos todo sobre él. Que Helen viva al lado lo ha hecho mucho más difícil, pero no es insuperable. Idos a la cama, vosotras dos. Y buena suerte con tu visita a Zoe mañana, Kat.

Cerraron sus portátiles, Kat sonriendo tontamente por haber sobrevivido a una llamada en conferencia, su segunda, sin conseguir desconectar a los otros dos participantes.

El sábado por la mañana fue otro día sombrío, frío, gris oscuro y con la amenaza constante de

lluvia. Kat caminó por el sendero hacia la casa de Zoe y usó la aldaba para anunciar su llegada.

Zoe Williamson parecía enferma. Su pelo, con mechones grises, estaba recogido en la cabeza en un moño desordenado, y parecía como si no hubiera dormido en semanas.

—Pase, reverenda Rowe —dijo—. No estoy muy presentable, no parezco capaz de hacer nada...

—Lláname Kat, y por favor no te preocupes. Estoy aquí para verte a ti, no tu casa. Venga, vamos a hablar de Mandy.

Zoe asintió sin hablar y condujo a Kat hasta el salón.

—Nos sentaremos aquí, está más ordenado que la cocina —una leve sonrisa cruzó brevemente su rostro—. ¿Quieres una taza de té?

—Sería estupendo, gracias.

Zoe desapareció por el pasillo, y Kat se movió por la habitación, cogiendo una o dos de las muchas fotografías esparcidas por allí. La mayoría eran de Mandy, algunas de Mandy y Zoe.

Mandy ciertamente había sido una chica guapa, con una sonrisa que denotaba timidez. Las fotografías mostraban cómo había crecido y madurado, desde ser un bebé diminuto en brazos de su madre hasta la gracia de cervatillo de alrededor de los dieciocho, lista para enfrentarse al mundo.

Zoe regresó con las bebidas y se sentaron juntas en el sofá.

—Mandy era preciosa —dijo Kat—. Tenía tus ojos, tu complexión, todo en ella eras realmente tú. Lo siento mucho, Zoe, no puedo ni imaginar cómo te sientes.

—Creo que sí puedes, Kat. Creo que sabes exactamente cómo me siento. No podrías hacer tu trabajo si no reconocieras el dolor, y cuando se trata de un asesinato es doblemente duro. Nunca volveré a ver a mi niña, y nunca veré a su asesino castigado. Doy gracias a Dios cada día porque ese Jacob Thorne no fuera de Castleton. Al menos no tengo que soportar ver a su familia por aquí —las lágrimas rodaban por sus mejillas, aunque parecía no darse cuenta.

—¿Te gustaría tomar la comunión?  preguntó Kat—. ¿Ayudaría?

Zoe negó con la cabeza.

—Todavía no. Aún estoy en el punto de preguntarme por qué Dios permitiría que esto sucediera. Y no me vengas con el viejo tópico de que Dios nunca nos da más de lo que podemos soportar, porque esta vez sí lo ha hecho.

Kat rodeó los hombros de Zoe con su brazo y la abrazó.

—Zoe, voy a dejarte mi tarjeta. En cualquier momento, en cualquier lugar, si necesitas hablar, llámame. No luches sola. ¿Vendrás a la iglesia mañana?

Zoe negó con la cabeza.

—No estoy segura de que vuelva a entrar en una iglesia.

—Normalmente no diría esto, pero es bueno que no vayas a estar allí. La inspectora Marsden y su equipo van a interrogar a la congregación sobre el asesinato de Orla French, y tú no estás preparada para enfrentarte a eso.

—Gracias por avisarme —dijo Zoe con un suspiro, y luego se inclinó para coger su taza—. ¿Está bien Marnie? ¿Está recibiendo la ayuda que necesita? Sé que no la está recibiendo de él.

—¿Quién es él? ¿Su marido? Parecían una pareja muy cariñosa.

—No, no me refiero a Andy, es un buen tipo. Se adaptó bien cuando empezaron a estar juntos, aunque, como yo, no se relacionan mucho. Me refería a... —Vaciló.

Kat contuvo la respiración.

—El vicario, Steve Barksworth —Kat volvió a esperar.

—Hay algo en él. Sé que tiene una esposa enferma, y que la cuida, pero siempre he sentido

que había algo en él... La forma en que era con Orla, siguiéndola a todas partes, destacándola para elogiarla, empujándola a llevar su fe a otro nivel con los cursos individuales que diseñaba, siempre sentí que no era bueno para la chica.

—¿Le has contado algo de esto a la inspectora Marsden?

—No, no soy una cotilla, Kat. Y realmente, ¿sacaría ella el tema del asesinato de Orla en mi presencia? Es una buena mujer, la inspectora Marsden, y no creo que fuera tan insensible, ¿verdad?

—No, estoy segura de que no lo sería. Pero le contaré lo que me has dicho, así que probablemente se pase pronto para obtener más detalles.

—¿Crees que es importante? —Zoe pareció sobresaltada.

—Podría serlo, pero si me preguntas si creo que Steve Barksworth es un asesino, la respuesta es no —sonrió a Zoe—. Ahora, hablemos de Mandy. ¿Era una buena niña?

Por fin apareció una sonrisa genuina.

—Era brillante. Una niña fácil, no me dio preocupaciones. Sus profesores básicamente siempre decían los mismos comentarios durante toda su vida escolar. Mandy se desenvuelve bien en todas las asignaturas, participa en las actividades de clase y tiene una sonrisa preciosa. Solía llamar a su padre para darle el informe cada vez que iba a una reunión de padres, y siempre nos hacía reír.

—¿Tenía padre?

—Sí —respondió Zoe con tono seco—. Ya sabes que la historia de la inmaculada concepción solo fue cierta en un caso. Mandy tenía padre. Estaba casado, así que cuando le dije que estaba embarazada, también le pedí que me olvidara y volviera con su mujer. Lo hizo, pero mantuve el contacto por Mandy. Ella no lo sabía, creía que había muerto antes de que naciera. Y luego murió de verdad. Hace dos años sufrió un infarto. Aguantó un tiempo, luego tuvo otro mucho más grave y se fue.

Kat apretó la mano de Zoe en señal de apoyo, y se quedaron sentadas hablando en voz baja sobre los momentos cruciales en la vida de Mandy, las risas y la alegría que había compartido con su madre, y las preocupaciones de Zoe de que los sueños de Mandy de tener una vida plena se hubieran truncado porque no quería dejar la casa familiar, y por tanto, dejar a su madre a una vida solitaria.

Kat se detuvo en la puerta al salir y se volvió hacia Zoe.

—Puede que aún no estés preparada para oraciones de sanación, pero estarás firmemente en las mías, Zoe. Que Dios te bendiga, y como te dije, ten en cuenta que es probable que la inspectora Marsden te visite después de que hable con ella.

Zoe asintió.

—Gracias por lo de hoy, Kat. Me siento mucho mejor.

Kat bajó por el sendero, subió a su coche y salió del pueblo antes de detenerse, sacar su móvil y llamar a Tessa.

—Tengo noticias para ti.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Resultó que Michael Fairfax era el director general de una empresa manufacturera de tamaño medio, situada a media hora en coche de su casa, que fabricaba maletas, bolsos y otros objetos de cuero. Mouse pensó que sería mejor opción hablar con él en su trabajo, en lugar de ir a su casa; una simple llamada telefónica confirmaría su presencia en la oficina.

Sería lógico salir temprano por la mañana para el viaje a la costa, en lugar de hacerlo por la tarde, pero antes de consultar con Doris, Mouse lo añadió a la lista de las pocas cosas que había descubierto. Sabía muy poco sobre Michael Fairfax; no tenía cuenta de Facebook, y su empresa trabajaba con Lloyds. No indagó en ese aspecto, decidiendo que realmente no le importaba lo rico que fuera, y de todos modos era irrelevante.

Sin embargo, no tenían autoridad para entrar en su lugar de trabajo y esperar verle allí mismo, necesitarían una cita que potencialmente podría llevarle a comentarlo con Helen. Mouse suspiró. No importaba a quién demonios se lo contara después de que hubieran hablado con él, pero quería que la conversación inicial fuera una sorpresa total.

Decisión tomada. Irían a su lugar de trabajo y se colarían. Sin cita, simplemente una joven vestida con poder y su abuela. ¿Qué podría salir mal?

Las puertas de la iglesia estaban cerradas para mantener el calor, pero se abrieron fácilmente cuando se presionó el gran tirador de hierro. Tessa había indicado a Ray Charlton y Fiona Ainsworth que permanecieran en su coche hasta que les enviara un mensaje de texto hacia el final del servicio para que se colocaran en posición fuera de las puertas.

Tessa y Hannah, "Hannah la gruñona", como su jefa la había llamado entre risas, se sentaron en el banco y simplemente se quedaron allí, absorbiendo todo lo que podían, observando a la gente mientras los feligreses entraban, charlaban con otros y luego se dirigían a sus bancos favoritos.

A Tessa se le ocurrió que posiblemente podrían estar sentadas en el asiento de toda la vida de alguien. Esperaba que no y había elegido deliberadamente el del fondo de la hermosa iglesia, para poder observar a todos los presentes.

Steve Barksworth reconoció su presencia con un gesto y una sonrisa; no se intercambiaron palabras.

A Tessa le pareció que era muy diferente estar en una iglesia simplemente para un servicio dominical, que para un entierro, normalmente la única vez que pisaba una iglesia. Sin duda, las dos chicas que el pueblo había perdido recientemente por asesinato tendrían sus servicios en esta iglesia, y una vez más ella estaría sentada en este mismo banco para esos funerales. El pensamiento la entristeció y fortaleció su determinación al mismo tiempo.

El asesino de Orla French sería encontrado, y pronto.

Tessa y Hannah se encontraron cantando los himnos y ambas escucharon realmente el sermón de Steve. No fueron los setenta y cinco minutos desagradables que esperaban, y cuando Steve dio la bendición final, Tessa activó el mensaje de texto pre-escrito para Ray Charlton.

La congregación volvió a sentarse, después de haber sido informada de la presencia policial por Steve durante la lectura de los avisos. Solo una señora se movió, y lo hizo rápidamente. Tessa supuso que era Clarice, y sonrió ante la idea de que esta mujer diminuta fuera bloqueada por la corpulencia de Ray. No apostaría por quién ganaría el encuentro.

Tessa y Hannah se movieron entre la congregación llevando hojas de preguntas preparadas en portapapeles, y trabajaron con las veintidós personas que habían asistido al servicio.

Al final del interrogatorio, que solo duró cuarenta y cinco minutos, no tenían nada concreto que examinar. Y Clarice no había vuelto. Tanto Hannah como Tessa habían dado a cada persona su tarjeta de visita con instrucciones de mostrarla al agente en la puerta y él les dejaría irse a casa, pero si se les ocurría algo, cualquier cosa por pequeña que fuera, podían llamar al número de la tarjeta.

Steve hizo pasar a Ray y Fiona y preparó una bebida caliente para todos.

—¿Ha ido bien? —preguntó Steve.

—Sí, pero parece que nadie sabe nada —dijo Tessa pensativa—. Entonces, ¿qué pasó con Clarice?

—Se fue a casa. Parece que no se apresura a cocinar el almuerzo dominical de su marido, él está en silla de ruedas, muy enfermo, y ella lo deja durante una hora y media todos los domingos pero tiene que volver inmediatamente —Ray le entregó a Tessa un trozo de papel—. Esta es su dirección, jefa. Dijo que pueden llamar en cualquier momento, siempre está en casa excepto los domingos por la mañana.

—Entonces pasaremos más tarde, démosle tiempo para que lo atienda. Voy a ir a casa de Zoe Williamson después de salir de aquí. Ray, Fiona, podéis volver cuando hayáis almorzado. Hannah, ¿quieres volver con ellos?

Hannah negó con la cabeza.

—Ni hablar. Quiero conocer a esta mujer que ha conseguido ignorar todo y seguir su propio camino. Creo que probablemente aspiro a ser como ella —se rio.

Hannah y Tessa pasaron media hora con Zoe, pero no obtuvieron nada más allá de lo que Kat había transmitido: que Steve Barksworth favorecía a Orla por encima de cualquier otra persona, y sus ojos la seguían constantemente.

Zoe también elogió a Kat, diciendo lo mucho mejor que se sentía por haber hablado con ella. No había visto nada de su propio vicario, "Steve el baboso", como ella lo llamaba.

Los dos agentes se quedaron en el coche después de salir de la casa de Zoe y repasaron su mañana.

—¿Te pareció que el vicario era un poco escurridizo? —preguntó Tessa.

—Un poco. Estaba muy interesado en no llevarnos la contraria. Me pareció bien que mencionara a las familias de ambas chicas en las oraciones, pero en el fondo de mi mente estaba la información que nos había dado Zoe Williamson y eso influyó en cómo lo vi.

—Mañana tenemos que revisar estos formularios y examinarlos a fondo. Puede que haya algún detallito que se nos haya escapado y que nos pueda decir con quién se veía Orla. No creo que fuera el vicario, sería demasiado fácil. Y tiene una esposa muy enferma. Orla lo habría sabido.

Hannah soltó un gran suspiro.

—¿Por qué no puede alguien confesar y acabar con esto? Así podríamos hacer cosas

normales como comer, en lugar de tener que hacer cosas raras como ir a la iglesia.

—¿Tienes hambre? —Tessa sonó sorprendida—. Yo sí. Desayuné antes de las siete.

—Vale. Venga, vamos a esa tetería del pueblo, donde solía trabajar Orla. Cuando entrevisté al personal, me pareció que tenía buena pinta. Vamos a tomar algo allí antes de ir a ver a Clarice.

Cerraron el coche y bajaron la colina hacia la calle principal que atravesaba Castleton. La tetería estaba casi en la curva, sin ningún aparcamiento, pero aun así estaba llena. Se apretujaron en un pequeño espacio que tenía una mesa para dos personas delgadas y pidieron la comida casi de inmediato.

Tessa no reconoció a la camarera; había hablado con todo el personal, así que supuso que esta chica había reemplazado a Orla.

—¿Eres nueva? —preguntó Tessa con naturalidad.

Las palabras provocaron una sonrisa en el rostro de la camarera.

—No realmente; casi tres años.

Tessa sacó su placa y se la mostró a la chica.

—Antes de irme, ¿puedo hablar contigo un momento, por favor?

La chica asintió.

—Lucie Davison. ¿En qué puedo ayudarle?

—Así que conocías a Orla French.

—Sí. Fue bastante impactante volver a casa y enterarme de esa noticia.

—¿Has estado fuera?

—Volví ayer de Cornualles. Mi madre ha estado enferma, así que fui unos días y, por lo visto, todo ocurrió el día que me fui.

—Eso explica por qué no te he visto antes —dijo Tessa—. Por favor, no te vayas a casa. Necesito hablar contigo.

—Estoy aquí hasta las cinco —dijo Lucie, y se dio la vuelta para seguir tomando pedidos.

Clarice no pudo decirles nada, pero su marido fue bastante mordaz sobre Steve Barksworth.

—Nunca ha venido a verme ni una sola vez —dijo—. Todos estos años que mi Clarice ha ido a la iglesia, y él nunca ha puesto un pie en esta casa.

Clarice sonrió en señal de acuerdo.

—Sé que todos piensan que me voy corriendo porque Ernie exige que su comida del domingo esté a tiempo, pero no comemos hasta que empieza Countryfile en la tele ese día. Me apresuro a casa porque no puedo confiar en que este tonto no se salga de su silla de ruedas. Cuando lo hace, se cae y no puede levantarse. Pero nadie lo sabe, así que guardáoslo para vosotros. Es asunto nuestro, no de ellos.

Hannah anotó todo lo que la pareja dijo, y las dos agentes volvieron al coche.

Aparcaron frente a la casa de Zoe por segunda vez ese día, y una vez más caminaron hacia la cafetería.

Con la llegada de la oscuridad, el café estaba mucho más tranquilo. Los turistas se habían marchado a casa y Lucie se acercó inmediatamente para unirse a Tessa y Hannah.

—Me alegro de que hayáis vuelto —dijo—. Puedo irme a casa en cuanto hable con vosotras, ya ha bajado el ritmo.

—Gracias por esperar —dijo Tessa, y Hannah sacó su libreta.

Las tres se sentaron, y la dueña del café les hizo señas para preguntar si querían algo de beber. Un gesto negativo con la cabeza de Tessa le indicó que no, y ambas miraron a Lucie.

—¿Conocías bien a Orla?

—Sí, tanto como se podía conocer a Orla. Era callada, como un ratoncillo. No me

relacionaba con ella fuera del trabajo, excepto en Navidad. Me gusta ir al servicio de Christingle en la iglesia, y siempre hay queso y vino y demás después del servicio. Es un poco un evento social para los del pueblo. Orla y yo, junto con Emily Carr, siempre pasamos la velada juntas. Sin duda la echaremos de menos este año.

—¿Hablabais mucho en el trabajo?

—No mucho. Me contó que había quedado con el hermano de Emily, Paul, un par de veces y que le gustaba. De hecho, la última vez que hablamos fue la noche que desapareció. Fue un día horrible de lluvia, y muy tranquilo aquí, así que Orla preguntó si podía irse antes, tenía algo importante que hacer. Y antes de que preguntes —Lucie levantó una mano—, no tengo ni idea de qué era. Se fue de aquí alrededor de las cuatro, aunque puede que no sea exacto. Yo me fui a casa sobre las cinco y cerramos.

Hannah continuó tomando notas. Parecía bastante obvio que Lucie probablemente había sido la última persona en ver a Orla con vida, antes de que se encontrara con la persona que había acabado con su vida.

—¿Y no supiste nada más de ella?

—Nada. Salí de aquí a las cinco de la mañana siguiente, y he estado en Cornualles desde entonces. Este es mi primer día de vuelta al trabajo. Realmente sé muy poco. Si has estado en Cornualles sabrás cómo es conseguir cobertura allí, así que lo mantuve apagado la mayor parte del tiempo. La voy a echar de menos, trabajábamos bien juntas, teníamos una especie de rutina cuando una estaba más ocupada que la otra. Y era... maja. Suena a poco, ¿verdad? Pero maja es la palabra adecuada. No haría daño a nadie, siempre educada, y muy inteligente. Era una pena tenerla aquí, pero tenía una relación muy estrecha con su madre y creo que no quería irse de casa para ir a la universidad ni nada.

—Muchas gracias por esperarnos, Lucie. Hannah va a redactar tu declaración con todo lo que has dicho hoy, así que si puedes esperar y firmarla, te ahorrarás tener que ir a la central a hacerlo.

Mientras Hannah se ocupaba de Lucie, Tessa se escabulló al servicio de señoras y se miró en el espejo. Orla debía de haberse mirado en este espejo cientos de veces, y simplemente se quedaba de pie dejando vagar sus pensamientos. ¿Un nuevo amor en el horizonte? ¿Un amor ilícito? ¿O un amor perfectamente razonable que enriquecería su vida con su presencia?

Suspiró, se aplicó un poco de pintalabios solo por hacerlo, y fue a reunirse con su colega. Lucie estaba firmando cuando llegó hasta ellas.

Tessa le entregó su tarjeta. —Gracias por tu cooperación, Lucie. Si se te ocurre algo más, por favor, llámame.

Lucie se guardó la tarjeta en el bolsillo superior de su blusa blanca y se puso de pie. —Espero que encuentren rápidamente a la persona asquerosa que la mató. Hace que todo el mundo tenga miedo, saber que hay alguien por ahí capaz de hacer estas cosas. Nuestro pueblo perdió a dos chicas la misma noche, y la sensación general es que si les puede pasar a ellas, le puede pasar a cualquiera. Eso te hace sentir incómoda.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Mouse y Doris salieron temprano el lunes por la mañana. A las nueve en punto, Mouse llamó para concertar una cita con Michael Fairfax, pero le dijeron que estaba completamente ocupado todo el día.

—Entonces, ¿podría consultarlo con  ? Es un asunto personal para el señor Fairfax y es importante que lo veamos hoy. Muy personal —añadió.

—Lo intentaré —dijo la voz suave al otro lado del teléfono, y Mouse se recostó para esperar. ¿Quién podría resistirse a una reunión sobre algo personal?

—¿Hola? El señor Fairfax tiene un pequeño hueco a las diez. Tiene otra reunión a las diez y media. ¿Será suficiente tiempo para concluir su asunto?

—Estoy segura de que sí —dijo Mouse—. Gracias por su colaboración.

Colgó y se volvió hacia Doris.

—Tenemos que estar allí a las diez. Al parecer tiene otra reunión a y media, así que podríamos estar chapoteando en la playa de Scarborough a las once.

Doris miró el cielo gris.

—Chapotearás tú sola, Mouse. Y recuerda, mientras te mojas los pies, lo mal que has estado. Si estornudas una sola vez de camino a casa, te haré volver andando.

Mouse se acomodó en su asiento.

—Vale, sabia anciana, quizás no chapotee. ¿Puedo tomar fish and chips?

—Puedes contar con ello —dijo Doris—. Pensé que era por eso que habíamos venido.

El vestíbulo de Fairfax era elegante, moderno y cálido. Había vitrinas que mostraban un bolso por estante, y Doris escuchó a Mouse jadear.

Se acercaron al mostrador de recepción, y Mouse entregó su identificación.

—Venimos a ver al señor Fairfax —explicó—. Esta es mi colega, la señora Lester.

Doris entregó su identificación a la empleada desconcertada.

Inclinó la cabeza para revisar una agenda.

—No tienen cita para hoy.

—Llamé hace una hora y hablé con la secretaria. Nos dio cita. Nos sentaremos aquí mientras lo comprueba.

Doris y Mouse se dirigieron a un sofá y se sentaron.

—Abuela —susurró Mouse—. ¡Estos bolsos son Ciao! No tenía ni idea. Cuando lo investigué, decía que era el director ejecutivo de Fairfax Ltd, fabricantes de bolsos y maletas finos. No decía nada de que esos bolsos finos fueran Ciao. Están en la estratosfera en cuanto a precio, sin duda tan caros como Prada y similares, e igualmente codiciados. Pujé por uno de segunda mano en un sitio de subastas y me retiré en las cuatrocientas libras.

—Dios mío —dijo Doris—. ¿Crees que nos dará una muestra gratis?

La recepcionista se acercó a ellas y señaló el extremo opuesto del área de recepción.

—Si me siguen al ascensor, las enviaré al piso correcto y Julia las recibirá. Lamento la confusión, la reserva fue tan reciente que nadie pensó en anotarla en mi agenda.

Mouse sonrió a la joven, que parecía un poco molesta porque su sistema se había visto comprometido.

—No se preocupe. Estas cosas pasan.

Doris y Mouse la siguieron hasta un pequeño ascensor en la parte trasera del vestíbulo, y la recepcionista las envió al tercer piso.

Julia era delgada, y cualquiera la habría clasificado automáticamente como secretaria. Su cabello estaba pulcramente recogido en un moño, su maquillaje era perfecto y sus uñas brillaban, aunque sin color.

—Buenos días —las saludó—. El señor Fairfax las está esperando.

Las condujo por una oficina exterior que claramente era la suya, y llamó a una puerta que daba al sanctasanctórum de Michael Fairfax.

Doris sintió que Mouse se tensaba, y se acercaron al hombre que habían investigado. A Doris se le ocurrió que era una lástima que no hubieran sido más minuciosas en esa investigación. Se habían concentrado en localizarlo, y sin embargo parecía que tenían al Michael Fairfax equivocado. Ambas esperaban ver a un hombre de estatura media, posiblemente con el pelo rubio, ya que sus padres habían sido bendecidos con cabello rubio; no esperaban a un hombre alto, de pelo negro, ojos marrones y una piel de un hermoso color café. Un hombre notablemente guapo.

Este hombre no podía ser posiblemente el hijo de Helen Fairfax y Ewan Barker.

A Mouse se le revolvió el estómago.

Extendió la mano y estrechó la suya.

—Señor Fairfax, me llamo Bethan Walters, y esta es mi compañera, Doris Lester. Somos investigadoras privadas, y nuestro cliente nos ha pedido que encontremos a su hijo.

Fairfax asintió e indicó las dos sillas frente a su escritorio.

—Por favor, sentaos. ¿Os apetece un té? ¿Un café?

—No, gracias, estamos bien. ¿Le importa si tomo notas? —dijo agitando su iPad—. Aunque, me temo que podríamos estar haciendo perder su tiempo...

—¿Ah, sí? ¿Creíais que yo era el hijo? —Sonrió—. Probablemente lo sea. Nunca he visto a mi padre, y mi madre me asegura que tuve uno.

—¿Su madre es Helen Fairfax?

—Lo es. Así que es un comienzo, ¿no?

—Lo es. ¿Alguna vez menciona a su padre? —Doris continuó valientemente con el interrogatorio.

—La verdad es que no. Siempre he entendido que se quedó embarazada pero no quería casarse, así que se marchó de Sheffield, donde vivía en ese momento. Se mudó a Scarborough para tenerme. Tenemos muchos parientes aquí, y la ayudaron a ponerse en pie después del parto.

—¿Así que nunca lo conoció? —insistió Doris.

—Nunca he visto ni siquiera una fotografía suya. Mamá siempre decía que no tenía ninguna, y yo lo acepté. Yo... em... me siento un poco conmovido por esto. No sé muy bien cómo manejarlo. Mamá aún vive, y no quisiera hacerle daño teniendo algún tipo de relación con mi padre. ¿Cómo me habéis encontrado?

—Nuestro cliente creía que su nombre era Michael Fairfax. Parece que su madre y nuestro

cliente hablaron de que usted tuviera su nombre de pila como segundo nombre, aunque no es el caso. Localizamos a dos bebés nacidos el mismo día, un Michael Adrian Fairfax que vive en Aberdeen, y usted, que vive en Scarborough. Nuestro cliente recordaba que su madre tenía parientes aquí, así que hicimos de este nuestro primer destino.

—Todo encaja, ¿verdad? Creo que me siento bastante contento —dijo Fairfax—. ¿Tenéis una foto de él, de ese hombre? ¿Mi padre?

Mouse se removió incómoda en su asiento. Se sentía verdaderamente agradecida de que Doris hubiera venido con ella, había llevado la entrevista admirablemente. ¿Qué haría ahora?

—La tengo —dijo Doris despacio—. Es una pequeña en mi móvil. Sin embargo, hay algo que debería saber. ¿Puedo comprobar algo con usted primero... su madre es británica caucásica?

—Lo es. Yo heredaré el color de piel de mi padre.

—Entonces me temo que no puedo enseñarle esta foto. Violaría las leyes de protección de datos. Nuestro cliente es británico caucásico, señor Fairfax, y por lo tanto no puede ser su padre.

Parecía aturdido.

—La verdad es que he soñado con este día durante muchísimos años. Cuando mi secretaria me dijo que queríais verme por algo personal, lo supe. Y me estáis diciendo que os habéis equivocado.

—Señor Fairfax —dijo Doris con suavidad—, creo que usted es el hijo que estamos buscando. Creo que todo lo que su madre dice que le pasó, realmente ocurrió. Excepto que también creo que ella sabía que el bebé no pertenecía a nuestro cliente. No podía casarse con él, como él quería, porque habría sido obvio en el nacimiento que él no podía ser su padre. Lo siento mucho. Si realmente quiere conocer a su padre, tendrá que sacarle la verdad a su madre.

Él negó con la cabeza.

—Entonces el secreto se irá a la tumba con ella. Le quedan de cuatro a seis meses de vida, tiene cáncer. No puedo preguntarle sobre esto, no ahora.

Doris se puso de pie y Mouse siguió su ejemplo.

—Gracias por recibirnos, señor Fairfax. Lamento que no hayamos podido reunirlo con su padre. Informaremos a nuestro cliente, y en lo que a nosotras respecta, este será el fin del asunto.

Él asintió sin hablar, y salieron del despacho, Mouse colocando cuidadosamente el iPad mientras se levantaba y tomando una fotografía de Fairfax. La fotografía que tomó no reflejaba la sonrisa en su rostro que apareció cuando salieron del despacho.

CAPÍTULO VEINTE

Tessa y Hannah habían dirigido la reunión informativa, poniendo a todos al día sobre los resultados del día anterior, que eran insignificantes.

Se sentaron en sus respectivos escritorios, revisando cada formulario recogido en la iglesia. Nadie tenía nada bueno que decir sobre el vicario, pero tampoco nadie había dicho nada perjudicial excepto Ernie Travers, el marido gruñón de Clarice.

De hecho, Tessa se estaba dando cuenta de que probablemente habría que entrevistar a cada persona fuera de ese entorno. ¿Quién, en toda esa congregación, habría tenido el valor de decir que pensaban que su vicario era un poco pervertido? Absolutamente nadie, no mientras él estuviera a unos dos metros de ellos. Como había estado. Ofreciéndoles su apoyo. Asegurándose de que supieran que estaba allí.

Steve Barksworth les había dado una lista corta de siete personas que normalmente asistían con regularidad, aunque no habían estado allí el día de las entrevistas. La mayoría vivían en Castleton, con un par que viajaban desde el pueblo cercano de Hope. Una de las personas que no asistieron y vivía en Hope era Emily Carr.

En retrospectiva, Tessa reflexionó que tal vez no había sido una idea tan brillante entrevistar en la iglesia; deberían haber obtenido la lista del vicario y haberlos visitado en sus casas, donde habrían estado más relajados. Y tal vez más comunicativos.

—Hannah —llamó a través de la habitación—, vamos a hablar con algunas personas. Empezando por un vicario.

Las tres mujeres —y Martha— estaban encerradas en el despacho de Kat, con las persianas exteriores bajadas temporalmente, anunciando que estaban cerrados. Los ojos de Martha vagaban entre Kat, Winnie the Pooh, Tigger y Eeyore, y finalmente se posaron en Eeyore, la diminuta criatura colgante atada a la capucha de su cochecito. Empezó a comérselo.

—Martha se está comiendo a Eeyore —dijo Mouse—. ¿Importa?

—Depende de lo bien que sepa —dijo Kat—. Si notas que está llegando a los huesos, avísame.

Doris colocó la foto de Michael Fairfax sobre el escritorio. La investigación adicional de Mouse en la cafetería de fish and chips no había revelado nada sobre el CEO de Fairfax. Había mucha otra información en línea sobre sus productos que no había descubierto antes, considerándola irrelevante. Había estado investigando al hombre, pero ahora absorbía la exclusividad de su gama, la marca Ciao. Todos los artículos y la publicidad se centraban en los productos y la ética del negocio, no en las personas. Mouse había suspirado aliviada mientras giraba su iPad para mostrarle a Doris la fotografía que había tomado. Al menos tenían esto y podían mostrárselo a Ewan.

Kat acercó la imagen hacia ella y miró fijamente al hombre que Ewan creía que era su hijo.

—Tenemos que mostrarle esta foto —dijo, trazando con un dedo el rostro que la miraba—. Es nuestro cliente, y tenemos que pasarle toda la información. Creo que la historia terminará ahí, sin embargo. Helen Fairfax lo dejó porque no sabía quién era el padre de su bebé, no porque no quisiera casarse. ¿Qué apuestas a que si el bebé hubiera sido blanco, habría vuelto y habría dicho que había cambiado de opinión y quería estar con Ewan?

—Eso es cínico por tu parte, Kat —dijo Doris—. Aunque —añadió con un suspiro—, sospecho que tienes razón. Y estoy segura de que Ewan lo verá de esa manera también. Ha creído que tenía un hijo durante todos estos años, y vamos a borrarlo.

—¿Entonces qué hacemos? —Mouse habló con el ceño fruncido—. Es un hombre tan agradable, y vamos a darle un informe final que destruye cualquier esperanza de tener un descendiente. No olvidéis que tenía un plan. Quería asegurarse de contactar a su hijo para poder dejarle todo cuando muriera. Le hemos quitado eso.

—No se lo hemos quitado. Helen Fairfax hizo eso al no ser honesta con él —Doris tocó la mano de Mouse—. Él tiene la libertad de arreglar sus asuntos, de dejar su dinero a cualquier organización benéfica que pueda apoyar, y luego disfrutar el resto de su vida. Sí, será un shock ver sus creencias destrozadas, pero una vez que acepte que no tiene descendencia, se recuperará y seguirá adelante con su vida, estoy segura de ello.

—Haré el informe, pero me gustaría que ambas lo revisarais. Tenemos que tener cuidado de no revelar nada sobre Michael. ¿Qué hacemos cuando pregunte si rastreamos a Helen? —Kat esperó, sabiendo que tendrían que considerar sus respuestas.

Mouse habló primero.

—Me inclino a decir que sabemos dónde vive y dejarlo así. Si quiere contactar con ella, podemos ser los intermediarios, como tuvimos que hacer con Pamela Bird. No podemos simplemente darle la dirección de Helen sin su permiso, pero entonces tenemos el problema de su enfermedad. ¿Le contamos sobre eso?

—Creo que tenemos que hacerlo —dijo Kat—. Una vez que le demos la noticia sobre Michael, Ewan podría simplemente decir que usemos el dinero restante para encontrar a Helen. Quizás no insista en ello si sabe lo cerca que está del final de su vida.

Hubo un silencio alrededor de la mesa mientras las tres reflexionaban sobre todo.

Finalmente, Doris habló.

—Necesitamos que Ewan venga para una conversación. Podemos darle el informe final, no decir nada sobre el paradero de Helen y tratarlo si él la menciona. Pero necesita saber nuestros hallazgos de este viaje. Lo veré esta noche, así que le pediré que venga mañana. ¿A las diez está bien para todas?

Asintieron, y Kat recogió los papeles de la mesa.

—Me pondré a hacerlo ahora. ¿Es un buen hombre?

—¿Michael? Parecía ser realmente agradable. Como le habíamos dicho que nuestra cita era personal, se había hecho a la idea de que podría tratarse de su padre, y obviamente se decepcionó cuando le dijimos que nuestro cliente no podía ser esa persona. Me pregunto cómo será la conversación entre él y Helen, o si simplemente lo dejará pasar.

—Quién sabe. Me cae bien, parecía un hombre amable y considerado, pero esto es enorme, ¿verdad? —dijo Doris♦♦. Kat, haz el informe, mantenlo bastante clínico, y veremos cómo va mañana.

Steve Barksworth se sorprendió al ver a las dos mujeres de vuelta en su iglesia. Cruzó los dedos esperando que lo que quisieran no llevara mucho tiempo; había dejado a su esposa en

fisioterapia y sabía que no tenía mucho tiempo antes de que tuviera que volver a la vicaría.

Caminaron por el pasillo hacia él y forzó una sonrisa en su rostro.

—¿En qué puedo ayudarlas, señoras?

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar en privado?

—Sí, por supuesto, pero solo tengo diez minutos antes de tener que estar en casa.

—No, vicario —la inspectora Marsden era la inspectora Marsden, ya no Tessa que había estado en su iglesia el domingo—. Tomará el tiempo que sea necesario. Si lo prefiere, podemos esperar hasta que haya arreglado lo de su esposa, y hacerlo oficial en Chesterfield. Hoy.

Sin decir una palabra más, las condujo a la sacristía.

Una vez dentro, señaló el sofá indicando que se sentaran. Él se movió detrás de su pequeño escritorio.

—Gracias, reverendo Barksworth. Hemos obtenido información tras nuestra investigación sobre la muerte de Orla French —dijo Tessa.

Hannah observaba su rostro cuidadosamente y vio cómo palidecía.

—¿Puede contarnos sobre la relación entre usted y Orla, por favor? —preguntó Hannah.

—Es miembro de nuestra iglesia, de nuestro grupo de recaudación de fondos y de nuestro coro. Por lo tanto, coincido con ella con bastante frecuencia.

—¿Aquí? —Tessa señaló los confines de la sacristía con un gesto de la mano.

—No, no lo creo.

Hannah escribía rápidamente, tomando nota de sus palabras, pero también de su lenguaje corporal. Estaba nervioso.

Tessa asintió y dejó temporalmente de lado el asunto de la sacristía.

—Entonces, ¿dónde la veía?

—En la iglesia y en el salón parroquial.

—¿Estaba sola o con otros? ¿Emily quizás?

—A veces sola, pero generalmente con Emily o cualquiera de los miembros del coro.

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Usted no tiene nada que ver con el coro. ¿No es esa la responsabilidad de Annabel Knight? Cuando hablé con ella, me indicó que ella entrenaba al coro.

—Siempre tengo algo que hacer aquí —dijo—. Y me agrada escucharlos. Es mejor hacer el papeleo con un coro cantando de fondo.

—Reverendo Barksworth, ¿fue a nuestro cuartel general móvil en la escuela y dio una muestra de ADN? —preguntó Tessa.

Pareció sobresaltado.

—No, no lo hice. ¿Por qué lo haría? No he hecho nada malo.

—No importa, tomaremos una ahora.

Intentó protestar, pero Hannah estaba esperando pacientemente a que abriera la boca para acceder al interior de su mejilla.

—Gracias, vicario —dijo Tessa—. Las pruebas se utilizan para descartar sospechosos.

Miró su reloj y luego a Marsden.

—Inspectora Marsden, realmente tengo que volver con mi esposa.

—Casi hemos terminado, vicario. De hecho, creo que solo tengo una pregunta más. Espero que la responda con sinceridad, pero teniendo en cuenta su vocación, estoy segura de que será honesto. ¿Alguna vez ha mantenido relaciones sexuales con Orla French?

Bien hecho, jefa, pensó Hannah, directa al grano. Observó cómo el rostro de Steve

Barksworth enrojecía, luego se puso de pie y les dio la espalda mientras miraba por la ventana de la sacristía.

Hubo silencio, y Tessa levantó una mano para indicar que no quería que Hannah hablara.

Esperaron.

Parecía una eternidad mientras observaban al hombre de Dios luchar con su conciencia; ambas mujeres sabían que eso estaba sucediendo. Su rostro lo había delatado.

Finalmente se volvió para mirarlas.

—Sí —dijo.

Los ojos de Marsden nunca lo abandonaron. Era consciente de que Hannah estaba tomando notas, consciente del absoluto silencio en la habitación tras la única palabra que Steve había pronunciado, sin embargo, Tessa se contuvo, esperando para ver si diría algo más.

Cuando pareció que no iba a ampliar lo que había dicho, Tessa habló.

—¿La mató?

Se hundió en su silla y se cubrió el rostro con las manos.

—Por supuesto que no la maté —sus palabras sonaron ahogadas—. La amaba.

Le pidió a Annabel Knight que fuera y se sentara con su esposa mientras él iba a la comisaría de Chesterfield. Explicó que tenía que prestar declaración, pero no dio más detalles.

Annabel observó cómo el coche de policía se alejaba y esbozó una leve sonrisa antes de dirigirse hacia la vicaría. ¿Realmente pensaba que podía engañarla? Tenía suerte de que esa policía no le hubiera preguntado directamente si su vicario se acostaba con la guapa corista rubia, porque podría haberse visto obligada a responder con sinceridad.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Steve Barksworth regresó a la vicaría y encontró a Annabel viendo un episodio antiguo de Silent Witness.

—Gracias, Annabel —dijo con la voz cargada de emoción—. ¿Has dicho algo?

—¿A tu mujer? —preguntó ella.

—No, pero me preguntó adónde habías desaparecido. Le dije que era un asunto parroquial. No te han detenido, entonces.

—Evidentemente no —espetó él—. No he cometido ningún delito.

—Legalmente, supongo que tienes razón —dijo ella, con su propia ira aflorando a la superficie y reflejándose en su voz. Podría haber pasado la noche en casa con su marido—. Pero moralmente, éticamente, eso es harina de otro costal, ¿no? Tienes una esposa, Steve. Os he visto a ti y a Orla juntos...

La expresión de alarma en su rostro lo decía todo.

—Ah, no te preocupes, no he dicho nada. Pero obviamente alguien lo ha hecho, así que no puedo ser la única que lo sabe. Y cuando la policía me pregunte directamente, responderé con honestidad. Esa chica era virgen, Steve, y te aprovechaste de ella.

Él se desplomó en el sofá y se quedó mirando la pantalla del televisor sin verla realmente. Cuando el inspector Marsden resolviera esto, se convertiría en un caso judicial. Le llamarían como testigo y todo este lío sórdido saldría a la luz pública. Dudaba que pudiera conservar su trabajo; esperaba poder conservar a Ruby.

A ojos de todos, él sería el culpable, eso era obvio. Era mayor que Orla, le doblaba la edad. Pero ¿nadie había visto sus miradas, los guiños cuando decía algo escandaloso, las sonrisas coquetas, las camisetas escotadas que llevaba todo el verano? Él sí las había visto, y había respondido.

Su mente volvió a la primera vez que hicieron el amor, aquella noche en la sacristía cuando todos se habían ido a casa. Ella había dado el primer paso, casi como si lo hubiera planeado cuidadosamente. Él había intentado explicarle que estaba fuera de lugar, pero su sonrisa iluminó la habitación cuando dijo que iba a suceder.

Y sucedió.

Hablaron después, y ella le confesó que no era virgen, pero que solo lo había hecho una vez, y eso fue para saber qué estaba haciendo cuando llegara el momento de hacer el amor con él. Le encantaba su actitud abierta, su franca honestidad.

Steve se dio cuenta vagamente de que Annabel se había puesto el abrigo, y cuando se despidió, se detuvo en la puerta.

—Ve con Ruby, Steve. Seguro que aún estará despierta. Cuéntaselo o no, es tu decisión, pero

me imagino que en algún momento todo el mundo lo sabrá.

Él se levantó y la siguió fuera de la habitación.

—Gracias por lo de esta noche, Annabel. Voy a tener que contárselo a Ruby, lo sé.

Ella le deseó buenas noches y salió de la vicaría, reflexionando sobre lo mucho más fácil que había sido la vida en los tiempos del reverendo Brewster, cuando todo lo que hacía era officiar la misa del domingo y enterrar a la gente.

Steve se sirvió un coñac y lo saboreó, temiendo el momento en que se acabara. Sostuvo la copa de cristal tallado a contraluz, vio que aún quedaban posos y se los echó a la boca. Llevó la copa a la cocina y luego abrió la puerta del dormitorio.

—¿Estás despierta? —susurró.

—Pues claro —respondió Ruby—. ¿De verdad creías que estaría dormida con mi marido Dios sabe dónde?

Se le cayó el alma a los pies.

—Bueno, ya estoy en casa, cariño. ¿Necesitas algo?

—A ti.

Él vaciló.

—Y yo te necesito a ti, mi amor, pero hay algo que tengo que contarte.

—Orla French —dijo ella en voz baja—. ¿Lo sabías?

—Es mi cuerpo el que me está fallando, Steve, no mi cerebro. Tuve que rezar para que no la hubieras matado. Parece que mis oraciones han sido escuchadas, ya que estás aquí conmigo. Has estado con la policía, supongo.

—Sí. Querían saber cuál era mi relación con ella y si la había matado o no.

Ruby volvió los ojos hacia   l.

—Orla desapareció, y presumiblemente murió, la noche que fuiste a la Catedral de Sheffield a reunirte con el nuevo obispo. Ya lo había deducido. Es por eso que sigues aquí, Steve. Si no tuvieras una coartada tan sólida —y qué más sólida puede ser que un obispo responda por ti— le habría contado todo a ese inspector. Sé que no mataste a Orla, pero también sé que te acostaste con ella. No lo niegues, no es propio de un hombre de Dios mentir.

—No habrá más mentiras —reconoció él—. Sí que tuvimos relaciones, varias veces, y en cierto modo la amaba. Pero no era nada parecido a cómo te amo a ti, era más bien disfrutar de estar con ella. Lo siento mucho, Ruby, y si ya no quieres estar conmigo, lo entenderé. No seré feliz, pero lo que pase a partir de ahora depende de ti.

Ella se dio la vuelta en la cama, claramente con dolor, y se quedó de espaldas a él.

—Esa es una decisión muy importante, Steve, pero por ahora planea dormir en la habitación de invitados. —Alargó la mano y apagó la lámpara.

Steve la miró fijamente por un momento, luego salió de la habitación, cerrando suavemente la puerta tras él.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Ewan aparcó frente a la oficina de Connection, observado por tres pares de ojos. No era consciente de ello; su mente estaba en la noche anterior. La cena con Doris había sido especial. Tenían muchos intereses en común y rieron y hablaron sin parar. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no hacer preguntas sobre su viaje. Ahora esperaba obtener respuestas.

Cerró el coche y se dirigió a la puerta. Doris se la abrió.

—Gracias —dijo él, haciendo una reverencia burlona—. Este es el tipo de servicio que las mujeres deberían ofrecer.

—Oh, y lo hacemos, en todo momento —dijo Mouse—. Está en nuestros genes.

Kat estalló en carcajadas.

—Bien dicho, Mouse, bien dicho. Es una pena que nadie te crea. Ewan, ¿quieres pasar a mi despacho? Estamos listas para ti.

Doris había decidido no participar en la conversación y se dirigió a su propio escritorio en recepción. Ewan pareció un poco sorprendido, pero no hizo ningún comentario.

Siguió a Kat y Mouse hasta el despacho, y Kat preparó café para todos. Sabía que estaba retrasando el momento en el que tendrían que destruir sus esperanzas.

Finalmente se acomodaron, y Mouse habló:

—El lunes, Doris y yo fuimos a ver a un hombre que creíamos que era el mejor candidato de los dos posibles para ser tu hijo. Hicimos una breve investigación sobre el segundo, pero no había ninguna conexión contigo. El primero, sin embargo, tenía una madre llamada Helen, nació en la fecha que nos diste y vivía en Scarborough, otra conexión.

Ewan sonrió.

Mouse tomó aire profundamente.

—Fuimos a verle al trabajo, después de decidir que podría ser mejor mantenerlo alejado de su vida familiar hasta que él dijera que estaba bien. Es director general de una empresa manufacturera, y tuvimos suerte de conseguir una cita, pero lo logramos. Aquí viene la parte difícil, Ewan.

El rostro de Ewan cambió. El optimismo desapareció rápidamente, junto con su sonrisa.

—¿No quiere saber nada?

—No, no es eso. No puede ser tu hijo. Sí, es el bebé que Helen llevaba cuando estabais juntos, pero tú no eres su padre. Probablemente por esto ella se fue; no porque no quisiera casarse, sino porque no sabía si el bebé era tuyo o de este otro hombre. Creo que si el bebé hubiera sido indiscutiblemente tuyo, ella habría vuelto contigo, pero el bebé era mestizo.

Empujó la foto de Michael Fairfax sobre el escritorio y esperó.

Él la miró fijamente, luego la cogió. Finalmente habló:

—Esto no tiene sentido. ¿Recuerdas a la amiga de Helen? ¿Carla Blake? Cuando el bebé tenía un par de meses, fue a ver a Helen. La siguiente vez que la llamé me lo contó, dijo que el bebé era mi vivo retrato, que tenía un precioso pelo rubio. No hay manera de que este hombre haya tenido alguna vez el pelo rubio. De ninguna manera. De hecho, ella tenía una fotografía, una en la que ella sostenía al bebé, que Helen le envió. Nunca la vi, pero quizás aún la conserve. ¿Hablasteis con este hombre? —Dio unos golpecitos a la foto sobre el escritorio.

—Lo hicimos. Y admitió ser el hijo de Helen, y que siempre había esperado que su padre fuera a buscarle. Creo que se decepcionó al saber que nuestro cliente era británico blanco y, por lo tanto, no podía ser posiblemente el hombre que esperaba conocer.

Se hizo el silencio en el despacho. Ewan estaba claramente pensando en todo aquello.

—¿Dijo si su madre seguía viva?

—Lo está. —Mouse dudó, pero no dijo nada más.

—¿Podéis localizarla? Y tal vez Carla Blake a💎💎n tenga esa foto, no solemos destruir las fotos, ¿verdad? No quiero que esto sea el final, porque hay algo que no encaja aquí. ¿Por qué Carla me diría que el bebé era blanco si era mestizo? Me habría quitado de encima, no más llamadas, si realmente hubiera sido el bebé de otra persona, pero ella vio claramente que era mío. Por favor... no os detengáis. Hay algo que no cuadra en todo esto.

—Por supuesto que intentaremos localizar a Carla. ¿Vivía en Sheffield?

—Sí. Aunque no sé en qué parte de la ciudad. Su novio se llamaba Luke, y sé que estaban prometidos, pero no tengo ni idea de si se casaron. Me pidió que dejara de llamar, así que lo hice. El número de teléfono que os di era el de su madre, vivía en casa entonces. Y eso es más o menos todo lo que sé.

Mouse asintió.

—Haremos lo que podamos, Ewan. Carla tiene más o menos tu edad, y no hay garantía de que siga viva, pero intentaremos encontrarla. Sin embargo, esto plantea la pregunta: si ese hombre que vimos no es Michael Fairfax, ¿quién es? Hasta que no tengamos pruebas de que el bebé no era mestizo, realmente no podemos investigar eso, pero créeme, lo haremos si podemos conseguir esa foto.

—¿No vais a contactar con Helen?

—No. Sería moralmente incorrecto, ¿no crees? Sé que ella sabrá cosas que nosotros no sabemos, pero parece que vivió una vida llena de secretos. Tienes que prepararte para la posibilidad, Ewan, de que quizás nunca sepamos la historia completa. Pero ten por seguro que, si este hombre es Michael Fairfax, no tiene ningún vínculo genético contigo.

Ewan se levantó.

—Confío en vosotras. Lo dejo en vuestras manos. ¿Os importa si me voy? Creo que necesito tiempo para asimilarlo.

Desapareció por la puerta, le oyeron intercambiar unas suaves palabras con Doris, y luego el timbre de la puerta sonó cuando salió.

Doris se unió a ellas.

—¿No se lo ha tomado bien?

—Algo no encaja, abuela —dijo Mouse—. Ewan dice que hay una foto de Michael de bebé y que claramente no es mestizo. Entonces, ¿a quién conocimos el lunes? Necesitamos una sesión de lluvia de ideas seguida de una sesión de ordenador portátil.

Kat sonrió💎💎.

—Me apunto a la primera parte, contad conmigo para la segunda. ¿Necesitamos donuts?

La caja de donuts estaba en el centro de la mesa, y Mouse tenía un papel delante.

—Qué agradable escribir a mano de vez en cuando, en lugar de teclear —dijo. Encabezó la página con las palabras Michael Fairfax y las subrayó—. ¿Alguna idea inicial?

—Mi intuición me dice que no era Michael, pero si no lo era, ¿quién era y por qué la suplantación? ¿Y por qué no hay fotos tuyas por ninguna parte? —Doris frunció el ceño—. ¿Volvemos?

—Creo que sí —dijo Mouse—. Pero esta vez lo haremos de forma diferente. No le avisaremos de que vamos. Me gustaría hacer una sesión de vigilancia en su casa. Podemos llegar temprano y ver quién sale para ir a trabajar, o podemos ir a media tarde y esperar a que vuelva a casa. ¿Qué prefieres, Nan?

—Por la mañana temprano. Así no estaremos dando vueltas sin hacer nada. Si salimos de casa sobre las cinco y media, tendremos tiempo de encontrar un buen sitio para aparcar donde podamos ver lo que pasa. Seguro que estará en el trabajo a las nueve y media como muy tarde, creo yo. Luego podemos decidir qué hacer.

—Vale —dijo Mouse—. ¿Te viene bien mañana?

—Sí. Kat, ¿puedes estar aquí?

—Sí. Quizás traiga a Martha. La echo de menos.

—Buena idea —dijo Doris—. Mouse, ¿quieres que empiece a buscar a Carla Blake?

—Por favor, Nan. Si todavía tiene esa foto de hace cincuenta años, será de gran ayuda.

—Mouse, ¿tienes un plan?

Mouse se encogió de hombros.

—Lo tengo, pero es un poco arriesgado. Básicamente voy a poner patas arriba Internet buscando a Michael Fairfax; no su nombre, su cara. Si la persona que vimos no es él, y creo que no lo era, debe haber una razón para ello. El verdadero Michael Fairfax no quiere que le encuentren, y el lunes nos dieron largas descaradamente. Aceptamos todo sin cuestionarlo, pero Ewan no, y como nuestro cliente le debemos una investigación a fondo de esto. Manos a la obra.

A Doris le llevó dos horas encontrar a Carla Blake, ahora casada con Luke Newton y viviendo en Chesterfield.

—¡Te pillé!

Mouse levantó la cabeza.

—¿La has encontrado?

—Eso creo, si todos los astros están alineados y en el orden correcto. He rastreado su vida, y estoy tan segura como puedo estarlo de que es ella. También tengo un número de teléfono... ¿Llamamos o vamos a visitarla? Si llamamos, podría cerrarse en banda.

—Estoy de acuerdo. Creo que necesitamos una visita. Pero ni una palabra a Ewan todavía, no queremos que tenga conocimiento previo de esto. Puede que no lleve a nada.

Doris asintió levemente y envió documentos a la impresora.

Mouse se sentía frustrada. ¿Cómo era posible que una empresa tan exitosa no tuviera fotos ni información sobre su director general? Lo único que había visto era que era el director general. Había buscado en periódicos, revistas, en todo lo que pudiera aparecer, pero parecía haber un apagón total sobre el hombre.

Se rindió con un suspiro.

—Nada. Es como la Pimpinela Escarlata.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Kat terminó el trabajo sobre los grupos sanguíneos y todo lo relacionado, guardándolo en la carpeta correspondiente. Se le pasó por la cabeza que estaba mejorando con la informática; no tanto en la parte de investigación, pero la gestión general del trabajo ya le resultaba casi natural, y sentía que tanto Mouse como Doris confiaban en que lo haría bien.

Se sorprendió cuando sonó la campanilla de la tienda y levantó la vista. Una joven estaba en la puerta y Kat le sonrió.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Kat.

—Yo... eh... no lo sé. ¿Dais consejos?

—Sí, los damos —dijo Kat con una sonrisa. La mujer parecía insegura, y Kat se movió alrededor del mostrador—. Pasa y dime qué necesitas.

La mujer de pelo oscuro, que parecía estar a finales de sus veinte o quizás principios de los treinta, echó un vistazo rápido hacia la puerta.

—¿Puede entrar mi pareja? Él me ha traído.

—Por supuesto. No puede quedarse fuera con el frío que hace.

Hizo un gesto y unos segundos después se les unió un joven que parecía tener más o menos la misma edad.

—Bien —dijo Kat—. Empecemos con los nombres. —Se acercó al escritorio de Doris y sacó un formulario de cliente.

La joven pareja se acercó al mostrador de recepción y se sentó en las dos sillas frente a Kat.

—Soy Alyson, Alyson Read.

—Y yo soy Ed Danvers.

—Gracias. —Kat sonrió de nuevo, a ambos. Parecían incómodos, incluso asustados. Les pasó los formularios—. Rellenad esto y luego veremos cómo podemos ayudaros.

—Tenemos dinero para pagar —dijo Alyson, las palabras saliendo atropelladamente, mientras entregaba su formulario. Aparte de su nombre, Ed no había hablado.

—Generalmente no cobramos por un simple consejo —respondió Kat—. Cobramos si requiere acciones adicionales. Así que contadme cuál es vuestro problema. ¿Os importa si lo grabo? Me ahorra tener que recordar todo cuando se lo explique a mis dos colegas más tarde. —Colocó la pequeña grabadora sobre el escritorio.

Alyson metió la mano en su bolso y sacó una carta.

—Por favor, haz lo que necesites hacer. Este es el problema. Ed ha estado investigando su historia familiar durante un par de años, y hemos logrado remontarnos hasta el siglo XVII, pero estamos un poco atascados. Para darnos un respiro, decidimos empezar con la mía.

Los ojos de Ed no se apartaron de Alyson mientras hablaba. Extendió la mano y tomó la de

ella.

—Solo tengo un progenitor, mi madre, y ningún abuelo, así que empezamos la mía sabiendo muy poco. Siento si esto suena un poco largo, pero no hay otra manera de que veas el panorama completo.

—No te preocupes, tómate tu tiempo. Prefiero tener todos los datos. Tratamos con bastantes casos que requieren ahondar en la historia familiar, y cuanto más panorama general tengamos para empezar, mejor.

Ed asintió ligeramente, obviamente de acuerdo con Kat.

—Empezamos con mamá. Me dio una caja de fotografías, tanto en blanco y negro como en color, y fotocopiamos sus certificados de nacimiento y matrimonio, y los certificados de defunción de mis cuatro abuelos. Los padres de mi padre habían muerto antes de que conociera a mamá, pero él trajo los certificados cuando se casaron. Murió en un accidente de moto dos años después de la boda, cuando yo acababa de nacer, así que ella no recuerda realmente nada sobre su familia. Y eso es todo lo que tenemos como punto de partida.

Alyson hizo una pausa por un momento, como si estuviera ordenando sus pensamientos.

—Hemos avanzado bastante, llegando hasta mi tatarabuelo materno... —Se volvió para mirar a Ed y él asintió—. Sí, mi tatarabuelo, pero luego nos estancamos. Estamos en un par de grupos de Facebook sobre genealogía, así que usamos su solicitud de información y pusimos Arthur Bennett de Chesterfield. En un par de días recibimos una respuesta, pero llegó por correo y no en línea.

—¿Disteis vuestra dirección?

—No, esa es la parte que da miedo. No lo hicimos, y ciertamente no está disponible en Facebook, al igual que nuestros números de teléfono. Nosotros... eh... ganamos algo de dinero hace seis meses, e inmediatamente pusimos nuestra configuración de privacidad al nivel más alto. Solo amigos cercanos, y obviamente nuestras familias, saben dónde vivimos.

Kat sintió como si se encendiera una luz en su cerebro.

—Ed Danvers. Ganasteis un buen premio en la lotería.

—Así es —dijo él—. Fue un premio conjunto, pero pedimos que mantuvieran el nombre de Alyson fuera de la publicidad, ella no se sentía cómoda con que todo el mundo lo supiera. Usamos la cuenta de Facebook de Alyson para unirnos al grupo de genealogía para que nadie relacionara su nombre con el premio de la lotería, por eso nos sentimos un poco incómodos con la llegada de esta carta. Solo llevamos un mes viviendo en esta dirección, ni siquiera estamos en el censo electoral ni nada todavía.

—¿Dónde vivíais antes?

Él se rio.

—En un pequeño estudio en el centro de Chesterfield. Ahora tenemos una casa de cuatro habitaciones en Ashford in the Water, y ya no cogemos el autobús para ir al Distrito de los Picos, vivimos en él. No le hemos dicho a nadie dónde vivimos, excepto a las personas que necesitan saberlo. Le hemos comprado a la madre de Alyson una pequeña casa de campo a unos cinco minutos de donde estamos, pero aún no se muda, pasarán un par de semanas más antes de que se complete. Mi madre y mi padre no querían mudarse, así que les dimos una buena suma de dinero, y actualmente están en un crucero por primera vez en sus vidas. Hemos sido tan cuidadosos, tan discretos... —Su frustración se notaba en su voz.

—Vale —dijo Kat en voz baja—. Déjame decirte que rastrear a la gente es una de las cosas más fáciles de hacer, siempre que tengas cierto grado de habilidad informática. Un alto grado, debo admitir. —Su mente se desvió hacia Mouse y Nan, que en ese momento trabajaban con sus

portátiles en la oficina trasera—. No hicisteis nada mal, os cubristeis las espaldas todo lo posible, pero si alguien quiere encontraros, creedme, lo hará. ¿Puedo ver la carta, por favor?

Alyson la empujó sobre el escritorio hacia Kat.

Estimada señorita Read:

Vi su solicitud de información sobre Arthur Bennett de Chesterfield, y creo que puedo ayudarla. Arthur es un pariente mío, el tío abuelo de mi padre, y tengo fotografías suyas con uniforme militar, junto con información de sus antepasados.

—Quizás podríamos quedar para tomar un café y hablar sobre los objetos que tengo, ¿o tal vez debería ir a su casa?

Espero su respuesta. Un cordial saludo,

Jeremy Peterson

Kat leyó la carta tres veces y luego la dejó sobre el escritorio.

—Supongo que nunca habíais oído hablar de él antes, ¿verdad? Ed, ¿nunca ha aparecido en tu propia búsqueda?

Ed frunció el ceño.

—No, y uso mucho esta página web. Normalmente sale algo de información cuando se busca un nombre. La he usado durante unos cinco años. Soy un poco maniático —dijo con una sonrisa.

—Entonces, dime qué es lo que os inquieta de esto.

—No es normal. Para empezar, la gente no escribe cartas, no cuando es tan sencillo responder dentro de la web. Y debe de haber sido un problema encontrar nuestra dirección. ¿Para qué? No hay posibilidad de que le dejemos entrar en nuestra casa, no le conocemos. Y estoy bastante seguro de que ninguno de los dos quiere quedar con él para tomar un café.

—¿Crees que se ha enterado del dinero?

—Sí, pero incluso si es así, ¿cómo le va a ayudar eso? No hay forma de que consiga nada. ¡No le conocemos!

—De acuerdo, ¿podéis dejarme esta carta? Os daré una fotocopia y un recibo, pero me gustaría que otra persona echara un vistazo al original. No os cobraré por el consejo, y me pondré en contacto con vosotros mañana. ¿Os parece bien?

Por primera vez, la sonrisa de Alyson fue genuina.

—Es como si me hubieran quitado un peso de encima. Y no hace falta que nos des una copia ni un recibo, sabemos que harás lo mejor que puedas con ella.

Alyson se levantó, y Ed le estrechó la mano a Kat.

—Gracias. Esperaremos tu llamada.

Les observó mientras cruzaban la calle cogidos de la mano hacia donde estaba aparcado un elegante Range Rover, y frunció el ceño. Claramente la carta les había puesto nerviosos, y se preguntó cómo Jeremy Peterson había conseguido encontrar su dirección cuando no la habían registrado en ningún sitio.

La puerta de la parte trasera de recepción se abrió y apareció la cara de Mouse.

—¿Ya han terminado?

—Sí, se han ido. Lo he grabado todo, así que podéis escucharlo. Han rellenado los formularios de cliente, pero no estoy segura de por dónde seguir a partir de aquí.

—Suena intrigante. Y también parece que has tenido una tarde más productiva que nosotros. No hemos encontrado ni una sola foto de Michael Fairfax, ni una. Vamos a cerrar la puerta y a escuchar tu grabación. Así me distraeré de este maldito hombre.

Tras una breve explicación, Kat encendió la máquina y se sentaron a escuchar la conversación. Al final, Mouse se volvió hacia Doris, y simultáneamente ambas dijeron:

—Agente immobiliare.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Andy Harrison abrió la puerta a Tessa y Hannah, y las invitó a entrar.

—¿Tenéis noticias? —preguntó.

Tessa negó con la cabeza.

—No realmente. Quería comprobar cómo estabais, asegurarme de que lo estáis llevando bien. Descubriremos quién le hizo esto a Orla, te lo prometo. Andy, ¿no estás trabajando?

—No, me han suspendido hasta que se aclare todo esto. De todas formas, prefiero estar aquí con Marnie. Lo está pasando fatal, como te puedes imaginar.

Marnie, vestida con pantalones de chándal y una camiseta manchada, miró hacia él pero no dijo nada. Era como si le hubieran arrancado toda emoción y no quisiera saber nada del resto del mundo.

—Marnie, ¿te ha mantenido Nadine informada de todo?

Su rostro no cambió.

—No tengo ni idea. No parece que tenga ninguna información nueva, si es eso a lo que te refieres. He perdido a mi hija, pero parece que soy la última en enterarme de algo.

—Sabemos que Orla iba a ver a alguien para hablar con ellos la noche que la mataron. ¿Alguno de vosotros tiene idea de quién podría ser?

Andy habló primero:

—¿Emily?

Casi al mismo tiempo, Marnie dijo:

—¿Paul?

—No, no tuvo contacto con ninguno de ellos. Orla salió del trabajo, y la siguiente vez que se la ve es cuando nuestro equipo de búsqueda la encontró. El tiempo hizo imposible determinar una hora de la muerte más precisa que entre las cuatro y las seis de esa tarde, así que no sabemos si de hecho habló con quien fuera que iba a ver, o si murió antes de que eso pudiera ocurrir. ¿Seguro que no os dijo nada a ninguno de los dos?

—No —la voz de Marnie era fría—. Y si no os importa, voy a descansar un rato. Nadie parece tener en cuenta que Orla podía ser un poco puta, ¿verdad? Tenedlo presente, inspectora Marsden.

Salió de la habitación y la oyeron subir las escaleras.

Andy suspiró.

—Lo siento mucho. Es como vivir al borde de un volcán en este momento. Sigo esperando que erupcione, pero hasta ahora solo ha habido frialdad. He vuelto a casa, pero dormimos en habitaciones separadas, hablamos cuando es necesario, y ella no está comiendo. No quería decir lo que ha dicho. Creo que necesita terapia... necesita algún tipo de ayuda. Nuestras vidas han

cambiado tanto desde aquella noche en que Orla murió. Tuvimos una cena encantadora, incluso tomamos una copa o dos de vino que salí a comprar mientras ella terminaba la cena, y fue una velada maravillosa. Una rara ocasión, porque no solemos estar solos.

Tessa suspiró.

—No sé qué decir. Nos estamos acercando, estoy segura, pero lo estamos haciendo descartando a personas. Marnie ha dicho que Orla podía ser un poco puta. ¿Lo era?

Andy negó con la cabeza.

—No, nunca en mi presencia. La única vez que la he visto discutir con nosotros fue cuando estábamos de luna de miel. Sugerí que fuéramos en el autobús turístico descapotable, y ella dijo que quería quedarse en la piscina. Se puso muy terca al respecto, así que la dejamos en el hotel y fuimos solos en el autobús. Cuando volvimos, estaba normal otra vez, nos sonrió y dijo que pensaba que necesitábamos tiempo a solas, y que sentía haber tenido que ponerse difícil para que fuéramos juntos. Así era ella realmente, no una puta.

—Entonces Marnie se refería a lo que vosotros dos hicisteis a sus espaldas.

—Probablemente. Me está matando, inspectora Marsden. Orla tenía un giratiempo de Harry Potter... ojalá funcionara.

Tessa esbozó una breve sonrisa.

—¿Le gustaban los libros?

—Los adoraba. No le importaban mucho las películas, pero era una lectora, no veía mucha televisión. Siempre podía responder preguntas sobre Harry Potter en los concursos, y si no sabía una respuesta, volvía a los libros hasta que encontraba la parte relevante.

Se dejó caer en el sofá y se cubrió la cara con las manos.

—Dios mío, la echo tanto de menos.

Kat colocó un pequeño trozo de papel frente a Mouse.

—Llamé a Alyson y me dijo que esta era la agencia que les buscó una casa.

Derbyshire Homes Estate Agency.

Mouse tecleó el nombre y observó cómo aparecía la página web en el portátil. Jeremy Peterson, en carne y hueso y dos veces más feo. Sonrió al recordar la frase que solía usar su padre cuando no le gustaba alguien. Kat se movió para ponerse detrás de ella, y ambas miraron fijamente la pequeña fotografía de Peterson.

—Parece... insulso —opinó Kat.

—El problema es —respondió Mouse— que en realidad no ha hecho nada ilegal. No se pueden mantener privadas las direcciones, no de la manera en que se puede hacer con un número de teléfono. Vale, él conoce su dirección porque trabaja para la empresa que encontró la propiedad para nuestros ganadores de la lotería, pero eso en sí mismo no es un delito.

Kat se sentó en el escritorio. Evidentemente era momento de discutirlo.

—Supongamos que es mentira —dijo—. Me refiero a lo de conocer al pariente de Alyson. ¿Eso lo convertiría en un delito? ¿Qué tipo de delito? No ha ofrecido vender la información ni nada parecido. ¿Por qué quiere conocerlos? Seguramente no es por ego... He conocido a Ed Danvers, el ganador de la lotería.

—Podría ser. Y aunque puede que no sea una actividad criminal, estoy bastante segura de que sus jefes no estarán nada contentos. ¿Confiarías en una agencia inmobiliaria que permitiera este tipo de actividades?

Kat frunció el ceño.

—Podría ser útil consultar a nuestro experto en fraudes. Ha visto y oído cosas que ni siquiera podríamos imaginar, así que tendría sentido preguntarle su opinión.

—Estoy de acuerdo. ¿Puedes hablar con él esta noche? Esperaremos hasta mañana, pero tenemos que discutirlo entonces. Da escalofríos, y si les pasara algo a esos dos chavales porque no actuamos con suficiente rapidez, nunca me lo perdonaría.

—Esos dos chavales son mayores que tú —dijo Kat.

—¿En serio? Vaya, últimamente me siento tan mayor. Pregúntale a Carl si deberíamos informar a los jefes de Peterson antes de que intente algo más. Carl podría aconsejarnos que dejemos que las cosas sigan su curso, pero no me siento cómoda haciéndolo sin que alguien nos lo indique. ¿Me entiendes?

Kat se rio.

—Te entiendo. Consultaremos a un policía. Entonces, mañana. ¿Vuelves temprano a Scarborough?

—Sí. Quiero ver quién sale de su casa y luego seguirle hasta el trabajo. Estoy convencida de que nos engañaron, pero no volverá a pasar. Lo que realmente quiero saber es por qué ocurrió. ¿Por qué tanto secretismo? Con suerte lo averiguaremos mañana.

—Sé que cambiaste de opinión sobre visitar a Carla Newton, pero ¿vas a llamarla antes de irte?

—He llamado antes, pero no contestó nadie —Mouse miró el reloj. Casi las cinco y media. Cogió el auricular—. Lo intentaré de nuevo, puede que ya haya vuelto del trabajo.

Kat asintió.

—Te dejo con ello —susurró, y se fue a su propio despacho.

Mouse asomó la cabeza por la puerta de Kat.

—Es hora de irse a casa. ¿Está Martha con los abuelos esta noche?

—Sí. Estás sonriendo. ❖❖ Has conseguido algo?

—Sí. Fue muy útil, dijo que el bebé era definitivamente un niño blanco de pelo rubio y que va a buscar la foto para enviármela. Y ahí es donde termina la sonrisa.

—¿Hora de hablar? ¿Necesitamos a la abuela? Le dijimos que se fuera temprano, pero podríamos pasarnos por casa.

—No, no necesitamos a la abuela. Esto, por el momento, tiene que quedar entre nosotras. Parece que Helen Fairfax se marchó por culpa de Ewan Barker. Él era violento con ella, extremadamente celoso, y antes de que ella dejara Sheffield, le dio un puñetazo en el estómago. Pasó unos días en el hospital porque empezó a sangrar. Salió y se fue inmediatamente a Scarborough y nunca volvió a ver a Ewan. Carla dijo que él la acosaba pidiendo noticias de Helen y ella le daba la menor información posible, pero finalmente le dijo que no volviera a contactar con ella porque había perdido el contacto con Helen.

—Pero...

—Lo sé —el tono de Mouse era sombrío—. ¿Cómo manejamos esto entonces?

CAPÍTULO VEINTICINCO

Kat apenas se percató del trayecto a casa, subiendo la colina desde el pueblo y dirigiéndose a la zona menos habitada de Eyam.

Las luces exteriores del camino de entrada se habían encendido automáticamente al anochecer y podía ver su resplandor a través del seto que rodeaba la casa. Aun así, estaba oscuro y sombrío, haciendo juego perfectamente con sus pensamientos. ¿Y si Ewan no hubiera cambiado con los años? ¿Y si hubiera usado la excusa de buscar a su hijo para encontrar una forma de llegar a Helen? ¿Por qué? ¿Qué podría ganar con ello, especialmente estando Helen tan enferma?

Kat redujo la velocidad para girar hacia el camino de entrada, y luego se quedó sentada en el coche durante unos minutos, su mente aún dando vueltas a tantos "y si". El más grande de todos era ¿y si no hubiera cambiado? ¿A cuánto peligro se exponía Doris, y cómo demonios se lo decían? Pero supongamos que Ewan ya no fuera el hombre violento que había sido en su adolescencia. Siempre existía la posibilidad de que ya no fuera la persona de la que Helen había huido, en su intento de escapar de la ira dentro de él. Podrían estar alejando a la abuela de una felicidad que no había buscado, pero que parecía haber caído en su regazo.

Los pensamientos de Kat se desviaron hacia la única vez que Leon la había golpeado, el único puñetazo que la envió al suelo, casi inconsciente y con sangre por todas partes por un corte en la cabeza. Durante meses había tenido miedo, durante meses había rezado para que Tessa lo atrapara y lo encerrara para siempre. Su muerte había permitido a Kat volver a vivir, pero no había borrado ese horrible recuerdo.

Kat necesitaba que Carl volviera a casa. Tenía que lidiar con los problemas relacionados con Alyson y Ed, pero más que nada deseaba desesperadamente hablar sobre el problema de Ewan Barker. Miró su reloj y suspiró. Al menos otra hora. Rebuscando entre toda la porquería de su bolso, encontró su teléfono.

—Te quiero.

Presionó enviar y sonrió. La respuesta fue rápida.

—Yo también te quiero. Acabo de salir del trabajo, estaré en casa pronto.

Respiró aliviada. Saliendo del coche y cruzando el camino de entrada para llegar a la puerta principal, se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos; se las limpió con rabia.

No más lágrimas, las cosas requerían acción.

Carl salió de la comisaría y escuchó a Tessa Marsden llamarlo por su nombre. Se detuvo.

—Más despacio —se quejó ella—. He estado intentando alcanzarte durante todo el camino.

—Tessa —dijo con una sonrisa—, yo mido un metro noventa y tú un metro cincuenta y cinco, así que adivina quién va a caminar más rápido. ¿Querías algo?

—No, no he visto a las súper tres en unos días, me preguntaba si todo estaba bien, especialmente Beth. Tenía mala pinta.

—Está bien. No creo que esté lista para salir de fiesta toda la noche todavía, pero ha vuelto al trabajo. La abuela y Kat están bien, no se han contagiado de Beth de todos modos. ¿Cómo va lo de Castleton?

Tessa negó con la cabeza.

—Lentamente. Parece que estamos descartando a gente en lugar de incluir a alguien. Seguiré dándole vueltas hasta que lo sepa. ¿Les dirás que pasaré mañana por la tarde? Es solo para charlar un rato, así que si no están, no importa. Es extraño, pero cuando hablo con ellas, especialmente con Kat, mi mente va en diferentes direcciones. Probablemente sea porque no son policías. No están limitadas por nada. Puedo hablar con Hannah, o con cualquiera de mi equipo, pero estamos entrenados para pensar de cierta manera. Kat, Beth y Doris están fuera de la red. Y además, hacen buen café y me dan galletas. ¿Qué más se puede pedir?

Él se rio.

—Se lo diré. Incluso traeré algunos bollos. Hasta mañana, Tessa.

Se dirigió a su coche y subió, observando cómo Tessa llegaba al suyo y comenzaba a alejarse, antes de arrancar su propio vehículo. Se le ocurrió brevemente lo sola que había parecido; quizás hubiera sido una buena idea, en retrospectiva, haberla invitado a volver a Eyam con él para cenar. A Kat no le habría importado...

Metió la primera marcha y comenzó el largo viaje de vuelta a casa.

Con las nubes cubriendo la luna, la noche era de un negro aterciopelado. Las farolas, nuevas instalaciones súper eficientes que en realidad no emitían un resplandor, ayudaron a dar cobertura a Jeremy, que se sentó fuera de la nueva casa de Ed Danver. Jeremy sentía que esto estaba destinado a ser. Había seguido la compra de la propiedad por el ganador de la lotería, pero luego se dio cuenta de que se estaba comprando a nombre conjunto, Ed Danvers y Alyson Read.

Cuando el nombre de Alyson Read apareció en el sitio de genealogía al que Jeremy acudía cada noche, revisó su perfil y supo que había tenido suerte. Estaba predestinado, escrito en las estrellas, y todos los demás tópicos existentes. Serían amigos, nombres que podría mencionar en las conversaciones; como los dos futbolistas que habían comprado casas a través de la agencia inmobiliaria Derbyshire Homes.

Se había conectado con sus nuevos amigos durante más de una hora. La lluvia empezaba a caer con fuerza y tenía frío, así que decidió que tal vez era hora de irse a casa.

Arrancó el motor y se alejó despacio del bordillo. Pensó que la noche siguiente podría traer algunas flores y dejarlas en la verja. Les haría saber que pensaba en ellos y que no les deseaba ningún mal.

Kat colocó los papeles sobre la mesa de centro y le entregó uno de los documentos, la carta de Jeremy Peterson, a Carl. Le había contado la historia, recalando que no había habido contacto, pero mencionó las preocupaciones de la joven pareja de que su dirección ya hubiera sido descubierta a pesar de sus precauciones.

Carl leyó la carta y suspiró.

—¿Quieres que lo haga oficial? —preguntó.

Kat negó con la cabeza.

—No, y creo que ellos tampoco lo quieren. Sin embargo, sabemos que trabaja para una inmobiliaria, la misma que les encontró la casa. ¿Qué opinas?

—Es un acosador. Probablemente colecciona famosos. Puedo hacer una visita extraoficial si quieres, pero creo que es importante que se lo digan a la inmobiliaria. Especialmente siendo esta

agencia. Encuentran casas para gente famosa: futbolistas, estrellas de la tele, y todas las propiedades con las que tratan son caras. Apuesto a que acosa a más gente que a tu joven pareja. Su error esta vez fue intentar contactarlos. Quizás pensó que podía llevar su acoso un paso más allá ya que son nuevos famosos, y realmente hacerse amigo de ellos.

—¿Puedes esperar un par de días? Lo que sugieres tiene mucho sentido, y realmente merece perder su trabajo, pero Ed y Alyson son nuestros clientes, y necesito mantenerlos informados. Les llamaré y les pediré que vengan a la oficina mañana. Estaré sola; Mouse y Nan se van a Scarborough otra vez. Y ahí llegamos a nuestro segundo problema. Sé que no puedes ayudar con eso, pero quiero hablarlo. ¿Te parece bien?

—¿Es una conversación de coñac o de chocolate caliente?

—De chocolate caliente, creo. Mi cerebro ya está bastante frito sin añadir alcohol a la mezcla.

Carl se dirigió hacia la cocina, pero se detuvo en la puerta.

—¿Quieres contarme cómo sabes dónde trabaja?

—No.

—Vale.

El chocolate caliente se enfrió. Carl notaba lo alterada que estaba Kat, y juntos repasaron todo.

—Entonces, ¿por qué crees que el hombre que Mouse y Nan conocieron se hizo pasar por el verdadero Michael Fairfax?

—Solo puedo adivinar, pero creo que fue para cerrar nuestra investigación. Y lo habría hecho. En nuestras mentes era impensable que Ewan pudiera ser el padre de Michael. Solo cuando Ewan habló de la fotografía de Carla, y el niño con pelo rubio, nos dimos cuenta de que alguien nos estaba desviando. Pero eso nos deja con un verdadero problema, porque Ewan es nuestro cliente. Nos ha encargado encontrar a su hijo y ha pagado una cantidad considerable para hacerlo. Tenemos esta nueva información de Carla Newton y estaba claro por la foto que el niño probablemente era de Ewan. Es una instantánea en blanco y negro con el bebé sostenido hacia la cara de Carla, así que no hay duda de eso.

—Pero todo esto es irrelevante, ¿no? —dijo Carl suavemente—. Lo único que te preocupa ahora mismo es Nan. Ha empezado a ver a un hombre que tiene tendencias violentas, y vosotras dos tenéis que decírselo. ¿Estoy en lo cierto?

—Lo estás. Y se va a Scarborough por la mañana, así que tendrá que ser mañana por la tarde. Tenemos que informarla lo antes posible, aunque quizás no seamos nosotras las que se lo digamos. Si encuentran al verdadero Michael Fairfax mañana, ella lo sabrá por él, si lo que nos han dicho es cierto. Helen Fairfax huyó de Ewan, Carl. Debía estar aterrorizada. Nunca le ha permitido acercarse a su bebé, ni siquiera ahora que ese bebé tiene cincuenta años. ¿Crees que se lo contó a Michael? Yo creo que sí, y como ella está cerca de la muerte, él está siguiendo sus deseos de que nunca vea a su padre.

—Probablemente tengas razón, tiene sentido. Pero, ¿qué pasa cuando ella muera?

—Ni idea. Ojalá nunca hubiéramos oído hablar de este maldito hombre. Parece tan agradable, pero ya sabes, el leopardo no cambia sus manchas...

Carl la atrajo hacia sí.

—Quizás deberíamos haber tomado coñac. ¿Quieres que vaya a ver a esa inmobiliaria mañana?

—No, necesito consultarlo con los demás primero. No los veré hasta mañana por la tarde, así que espera con eso hasta después de que hayamos tenido una reunión.

—Uy, casi se me olvida. Tessa pasará por Connection mañana por la tarde. Creo que necesita opiniones. Cada pista que sigue resulta ser un callejón sin salida. Se parece mucho a ti, hablar suele mostrar la solución.

—Eso está bien. Le mandaré un mensaje a Mouse por la mañana para avisarla. Quizás no se vayan a Scarborough a por fish and chips si saben que viene Tessa.

—¿Te sientes mejor después de la charla? —Carl se sentía preocupado por su prometida. Le parecía que se veía... atormentada.

—Estoy bien —esbozó una sonrisa—. Oír sobre Ewan y su violencia hacia Helen Fairfax me trajo toda la situación con Leon de vuelta. Solo me pegó una vez, pero ciertamente contó. De vez en cuando me abrume, pero lo supero. Y tú me ayudas, ya lo sabes.

Carl la atrajo hacia sus brazos una vez más y la besó.

—¿Ayudaría si nos mudáramos? Debe ser un recordatorio constante, vivir aquí.

—No quiero mudarme. Probablemente tendríamos que irnos de Eyam, y no quiero hacer eso. Me encanta este pueblo, su historia, la gente que vive aquí. Pero las casas que salen a la venta son más bien escasas, así que tendré que sacármelo de la cabeza. Puedo hacerlo.

—Lo que tú digas. Ten en cuenta que he aceptado una oferta por mi casa hoy, así que podríamos comprar algo más grande, o mudarnos solo por hacerlo, si quisiéramos. Necesito que seas feliz, que olvides todas las cosas malas.

—Las cosas malas se van quedando un poco más en el fondo cada día. Y la vida será mucho mejor cuando solucionemos esto con Nan. Apuesto a que Mouse no duerme muy bien esta noche. Quizás la llame más tarde, para ver si está bien.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Doris decidió conducir; Mouse optó por pensar. Su mente se negaba a cerrarse a todo lo que habían descubierto sobre Ewan, pero de una cosa estaba segura: era mejor esperar hasta que terminara la expedición de hoy antes de abordar el tema con los tres presentes.

Después de quince minutos de silencio, Doris lo rompió.

—¿Estás bien, cariño? —dijo.

—Estoy bien, abuela. Es un poco temprano. Creo que aún no he terminado de despertarme. Y no tenemos ni idea de cómo va a salir lo de hoy, mi mente está barajando todo tipo de posibilidades.

—Entonces cierra los ojos un rato. No hace falta que las dos conduzcamos este coche. Y soy mejor conductora que tú.

—No, no lo eres.

—Sí que lo soy.

—Abuela, si cierro los ojos, en diez segundos estarás yendo a ciento treinta.

—¿Y qué? No tendrás que preocuparte, estarás dormida.

—Me quedaré despierta, gracias —Mouse se giró para mirar por la ventanilla—. Bonito paisaje, ¿verdad?

—Mouse, vivimos rodeadas de bonitos paisajes. Coge ese cojín de atrás y apoya la cabeza. Llegaremos en un periquete.

—Eso es lo que me preocupa —Mouse alargó el brazo para coger el cojín—. Nada de exceso de velocidad —le advirtió a su abuela, y se acomodó el cojín detrás de la cabeza.

Doris sonrió.

Entraron en el callejón sin salida y Doris apagó el motor.

—Ahora a esperar —dijo, y miró el reloj del coche—. Calculo que se pondrá en marcha en unos treinta minutos. ¿Sigues queriendo abordarlo aquí y no en el trabajo?

—Sí. Creo que aquí le pillaremos por sorpresa y eso es lo que necesitamos. Si le pillamos en el trabajo tendrá seguridad a su alrededor, y sospecho que no nos dejarían entrar una segunda vez. Voy a levantar el capó.

Se inclinó y presionó el botón para abrir el capó, luego salió del coche y estiró el cuerpo antes de caminar hacia el frente y fijar el capó levantado en su sitio. Se agachó y recogió el cojín que se había caído al abrir la puerta, y lo tiró al asiento trasero.

—Estoy despierta —anunció.

Doris le sonrió.

—Bien. ¿Necesitamos repasar lo que vamos a hacer?

—Podríamos, si realmente supiéramos lo que vamos a hacer, pero yo creo que si un hombre

diferente al que ya hemos conocido sale de esa propiedad —señaló—, salimos y cruzamos la calle. Necesita oírnos llamar a Michael, eso nos dirá si hemos acertado.

Se acomodaron a esperar, y cuando llegó el golpe en la ventanilla lateral, Doris ni se inmutó. No habían conducido todo este camino para que les distrajera un vecino queriendo saber si eran ladronas. Mouse se encargó de él.

Sonrió dulcemente y bajó la ventanilla del coche.

—¿Necesitan ayuda? —El pequeño perro al que iba atado soltó un gruñido bajo.

—No, estamos bien, gracias. Nos metimos en este callejón sin salida para no molestar a otros coches en la carretera principal. Está dando saltos como un canguro, así que hemos llamado al AA. Han dicho que estarán aquí en los próximos diez minutos —volvió a sonreír.

—Ah, vale... Entonces las dejo en paz. Nunca se es demasiado precavido hoy en día —dijo, y dejó que el perrito lo arrastrara.

Dos minutos después, la puerta que vigilaban se abrió. Un hombre con el pelo gris claro apareció en el umbral.

Doris y Mouse se movieron rápido. Doris, que estaba más cerca de él, se dirigió inmediatamente al otro lado de la calle, y Mouse bajó el capó. Alcanzó a Doris, y observaron cómo el hombre caminaba hacia su garaje.

—¡Michael! —llamó Mouse, y él se detuvo y se giró para mirarlas. Bajó la cabeza como rindiéndose, y no hizo más movimientos hacia sacar su coche del garaje.

Doris le mostró su identificación, y él negó con la cabeza.

—No necesito ver eso. Las vi a las dos en las cámaras de seguridad el otro día en Fairfax.

—¿Es usted Michael Fairfax? —preguntó Mouse.

—Lo soy.

—Entonces, ¿con quién hablamos el lunes?

—Mi hermanastro. Mi madre se casó con un hombre llamado Walter North. Patrice era su hijo.

—Realmente necesitamos hablar con usted, señor Fairfax. Podemos ir a sus oficinas si le resulta más fácil.

—No, llamaré para que cancelen mis citas de hoy. Tengo la sensación de que quizás no quiera ir a trabajar. Por favor, pasen —se dirigió hacia su puerta, con la derrota escrita en su rostro.

Tenía una casa preciosa, y pasaron al salón. ♦♦l se dirigió a la cocina para preparar bebidas.

Mouse recorrió la habitación, cogiendo fotografías de vez en cuando. Si la que estaba en el alféizar era Helen Fairfax, era una mujer muy atractiva. Cuando Michael entró llevando una bandeja, Mouse se volvió hacia él.

—¿Esta es Helen? —preguntó.

—Sí, es ella. Es preciosa, ¿verdad?

Mouse se sentó y le sonrió.

—No hemos venido aquí para causar problemas ni molestar. Estamos aquí para darle algunos datos y luego le dejaremos decidir qué quiere hacer. Si no quiere hacer nada, está bien.

—Quizás debería daros algunos datos como punto de partida. Cuando llamasteis a la oficina el lunes, Patrice y yo nos asustamos. De alguna manera sabíamos que esto pasaría algún día y, para ser sincero, si hubiera ocurrido dentro de unos seis meses, no habría habido necesidad de engaños. Pensamos que podríamos detener vuestra investigación si Patrice decía que él era Michael Fairfax. ¿Dónde nos equivocamos?

—Tu madre tenía una amiga y, poco después de que nacieras, se hizo una fotografía tuya en brazos de Carla. Carla aún conservaba la foto —Mouse sacó su móvil y encontró la imagen. Se la entregó a Michael.

Él la miró fijamente.

—Nunca había visto esto antes. Supongo que mamá le envió la única copia. Pero no hay forma de que este bebé se parezca en algo a Patrice —dijo con una expresión de pesar en su rostro—. Como dije, fue algo improvisado el lunes, y realmente pensamos que lo habíamos logrado. Fue un shock veros en mi puerta esta mañana.

—Lo siento, no queremos causarte ningún malestar ni pena, pero tenemos un cliente, tu padre.

—Ewan Barker —dijo en voz baja.

Mouse notó que Doris se ponía tensa y se volvió para comprobar si estaba bien.

—¿Te han contado sobre tu nacimiento? —preguntó Mouse a Michael.

—Sí. ¿Sabes? Mi madre está cerca del final de su vida y aún le tiene terror. Es por eso que ninguno de los dos tenemos presencia visual en Internet. El trato que le dio cuando estaban juntos fue horrible, y aunque por un lado me gustaría encontrarme con él y darle una paliza, sería inútil. Mamá está llegando al final de su vida, no quiero alterar las cosas de ninguna manera. Todavía se mueve bastante bien, aunque cada día parece un poco más frágil.

Se oyó el sonido de una llave en la cerradura seguido de una puerta abriéndose en la parte trasera de la casa, y la voz de una mujer llamó:

—¿Michael? ¿Estás bien? He visto que tu coche no se había ido...

El suspiro de Michael lo decía todo.

—Estoy en el salón, mamá.

Helen Fairfax entró en la habitación y, incluso a una hora tan temprana, se veía hermosa. Michael se levantó y caminó hacia ella.

—Mamá...

Mouse se puso de pie y extendió su mano.

—Señora Fairfax. Me alegro mucho de conocerla.

Helen miró primero a Mouse, luego a Doris.

—¿Quiénes sois? —Su cuerpo se tensó, y Mouse supo que Helen estaba atando cabos.

Nadie habló, y Mouse miró a Michael en busca de ayuda.

—Mamá, ven y siéntate. ¿Necesitas algo? ¿Has tomado tu medicación para el dolor?

—Sí. ¿Esto tiene que ver con... él? ¿Ewan, verdad? ¿Le habéis buscado?

—Mamá, tranquilízate y te contaré lo que sé, que no es mucho porque apenas hemos empezado a hablar. Estas señoras han sido contratadas por... él... para encontrarme. No a ti, a mí. No tienes que temer nada. Él no puede hacerte daño.

Mouse lanzó una mirada rápida hacia su abuela, pero el rostro de Doris era como de piedra. Continuar siendo profesional era imperativo, pero la abuela no estaba reaccionando muy bien a lo que veía, eso estaba claro.

—Abuela —dijo en voz baja—, ¿quieres ir al coche? Yo puedo ocuparme de esto.

Michael se giró al oír las palabras de Mouse.

—¿Estás bien? —preguntó, pero una mirada a la cara de Doris le indicó que estaba lejos de estar bien.

Doris respiró hondo. Tenía que saber qué había ocurrido todos aquellos años atrás para causar tanto miedo en esta mujer, un miedo con el que presumiblemente había vivido toda su vida y que se llevaría a la tumba.

—Estoy bien —anunció—. Señora Fairfax, venga y siéntese, por favor, y podemos hablar. Luego nos iremos de la casa de su hijo. Espero que se quede más tranquila cuando hayamos terminado.

Helen miró fijamente a la mujer que suponía de una edad similar a la suya, y asintió.

—Té, por favor, Michael —dijo, y se sentó al lado de Doris.

Michael llevó la taza de té de su madre y la colocó en la mesa de centro frente a ella.

—Bien —dijo ella—, vamos a escuchar lo que tenéis que decir. Michael, cuéntame cómo conociste a estas dos señoras.

Michael soltó una breve carcajada.

—Me llamaron desde el otro lado de la calle esta mañana, cuando salía hacia la oficina.

—¿Y esto está relacionado con Ewan Barker?

—Así es, señora Fairfax —interrumpió Mouse—. Pero él no tiene ni idea de que estamos aquí, y no sabe que la hemos localizado. Le doy mi palabra de que no le diremos que nos hemos reunido con usted. Nos ha pagado para encontrar a su hijo. Sin embargo, depende de Michael si quiere verle o no. No revelaremos dónde vive si dice que no quiere que el señor Barker lo sepa.

—Ese hombre —Helen Fairfax casi gruñó— estuvo a punto de matarnos a Michael y a mí. Era la persona más controladora que he conocido jamás. No me dejaba hablar con nadie, y si otro hombre me miraba siquiera, lo pagaba con una buena paliza. Estaba de siete meses, asustada hasta de mi sombra, y él insistió en que fuera a su casa donde vivía con su madre. Dijo que quería hablar sobre nuestra boda. Yo no quería casarme con él, pero no podía hacérselo entender. Cogí el autobús, y él me estaba esperando en la parada cuando me bajé.

Hizo una pausa, con lágrimas evidentes en los ojos.

—Le di las gracias al conductor que me ayudó a bajar cuando el autobús se detuvo. Era obvio, por supuesto, que estaba embarazada. Pagué por dar las gracias con la paliza de mi vida. Estaba casi inconsciente cuando me dio una patada en el estómago. Por suerte, su madre volvió de donde quiera que hubiera estado y llamó a una ambulancia. Me tuvieron en el hospital más de una semana, y rezaba todos los días para que mi bebé estuviera bien. Le salvaron la vida, pero nadie sabía si quedaría dañado por la patada.

Helen dio un sorbo a su bebida, con las manos temblorosas.

—Mamá —dijo Michael, pasándole un brazo por los hombros—. No tienes que hablar de esto.

—Oh, pero tengo que hacerlo. Tengo que asegurarme de que ese hombre horrible no esté engañando a estas dos señoras. Estaba lleno de encanto cuando le conocí, pero en un mes mostró su verdadera cara. ¿Se casó?

Mouse asintió.

—Sí, lo hizo. Creo que su mujer murió hace cinco años.

Doris no habló. No podía.

—Entonces espero que investigaran si hubo juego sucio —dijo Helen—. Ese hombre es capaz de cualquier cosa. Me dieron el alta del hospital y la policía me llevó a casa de mi tía en Scarborough. Le encerraron, pero yo estaba demasiado asustada para presentar cargos. Pensé que vendría a por mí otra vez cuando le soltaran, así que me eché atrás. Tuvieron que soltarle, pero molestó continuamente a mi amiga, intentando averiguar dónde estaba yo. Al final le hicimos una foto a ella sosteniendo al bebé, pensando que dejaría de molestarla si veía una foto de él. Nunca volví a saber de Ewan, pero sabía que algún día querría conocer a Michael.

—¿Y por eso se mantuvo bajo el radar? ¿Sin redes sociales, sin fotos en su página web...? —Mouse sonaba pensativa.

Doris finalmente habló.

—Y por eso vino a nosotras. No sabía por dónde empezar, pero conocía nuestra reputación. Sabía que os encontraríamos.

CAPÍTULO VEINTISIETE

Marnie miró fijamente a su marido.

—No puedo dejar de pensar en ello. No creo que podamos recuperarnos de esto. Confié en ti con el resto de mi vida, con mi hija, con todo, y te acostaste con ella.

—Ya te he explicado todo: cómo ocurrió, que fue solo una vez...

—Pero lo que no entiendo es cómo pudo acostarse contigo aquí —Marnie hizo un gesto de desprecio con el brazo—, luego no volver a mencionarlo nunca y seguir comportándose contigo como siempre. Eso es lo más difícil, Andy. Parece que nunca os conocí, ni a ti ni a ella.

Él intentó abrazarla para consolarla, pero ella se apartó.

—Lo siento, Andy, no quiero que te me acerques.

—¿Quieres que me vaya de casa?

—Claro que no. No quiero que todo el pueblo hable de nosotros, y eso es lo que pasaría si te fueras. Y tendremos que organizar un funeral dentro de poco, así que te necesitaré aquí entonces.

—¿Y después?

Ella suspiró.

—No lo sé. Quizás si fuéramos a terapia...

—Así que estás dispuesta a hablar con otra persona, pero no conmigo, ¿es eso?

Las lágrimas que parecían haberse vuelto parte permanente de su vida estos días volvieron a aparecer.

—No lo sé —sollozó—. Ya no sé nada. Ya no.

—¿Quién crees que la mató? —Los ojos de Ruby se elevaron hacia el rostro de su marido y lo vio fruncir el ceño.

—No tengo ni idea, Ruby, pero no fui yo.

—Soy consciente de eso —A pesar de su dolor, su voz sonaba clara y cortante—. Imagino que tu coartada era la mejor de todas. No puedo evitar sentir lástima por ella, perder la vida tan joven. Y tampoco puedo evitar sentir que hay una conexión entre que te acostaras con ella y su muerte. Quizás una conexión indirecta, pero está ahí en alguna parte.

Por fin la miró.

—¿Y cuál demonios podría ser esa conexión?

—Aún no lo sé, pero si llega el día en que descubro que la hay, será nuestro último día juntos. Ya es bastante duro para mí saber que te acostaste con ella, aunque en parte lo entiendo porque no te soy de mucha utilidad, pero si hay algo que te vincule de alguna manera con la razón por la que murió, no podré perdonarte.

Steve se puso de pie.

—Te quiero, Ruby. Si pudiera retroceder un par de meses, lo haría sin dudarlo, pero no

puedo. Me destrozaría perderte. No me ha destrozado perder a Orla. Quizás eso sea algo en lo que deberías pensar.

Ruby lo vio salir de la habitación y levantó un dedo hacia su espalda mientras se alejaba. No pudo evitar una pequeña sonrisa al pensar si estaría bien que la mujer de un vicario hiciera ese gesto a su marido, y decidió que no solo estaba bien, sino que era lo más apropiado.

Helen Fairfax se volvió hacia Doris.

—Y ahora que nos has encontrado, ¿qué vas a hacer? ¿Has conocido a Ewan? Seguro que fue encantador. Recuerdo la primera vez que lo vi. Era el decimoctavo cumpleaños de ambos, y habíamos elegido pasar la noche en el mismo pub. No nos conocíamos, fue pura coincidencia. En aquella época el decimoctavo cumpleaños no era tan importante como ahora; no, el grande era el veintiuno. El dieciocho era básicamente poder beber legalmente. Nos juntaron cuando nuestros amigos descubrieron que era el cumpleaños de ambos, y él me acompañó a casa. Fue absolutamente encantador. Al final del primer mes de vernos, estaba locamente enamorada. Al final del tercer mes, estaba embarazada y él se había convertido en un monstruo. La primera vez que me pegó fue porque estaba enferma. No sabía que estaba embarazada, pero sí que me encontraba mal. Me llevó a tomar un café y el olor me revolvió el estómago. Cogí todas las servilletas que pude y vomité hasta que no me quedó nada dentro. Me llevó a casa, muy considerado en el autobús, me ayudó a entrar en casa de mi madre, y luego me tiró al suelo. Me dejó llena de moratones, pero fue tan encantador cuando se disculpaba, prometiendo que nunca volvería a hacerlo, que solo había sido porque le había avergonzado en la cafetería, y cosas así.

Aguanté mucho. Dejé de salir a cualquier sitio que no fuera el trabajo, dejé de hablar con mis compañeros hombres por si Ewan aparecía, y estaba a un par de días de irme para tener a mi bebé cuando llegó el ataque final. Ese revisor del autobús no tenía ni idea de lo que hizo cuando extendió un brazo para sujetarme. Cuando desperté en el hospital, el hombre sentado junto a mi cama era un policía, un hombre encantador que me dijo que hiciera una declaración y luego buscara un lugar para quedarme fuera de Sheffield por un tiempo. Y así llegué a Scarborough. He estado aquí desde entonces, aún muerta de miedo de que me encuentre y sabiendo que podría hacerlo a través de Michael. Les hice conscientes desde pequeños de que yo tenía un problema, y sabían que nunca debían hablar con extraños, especialmente hombres de pelo claro.

—Y por eso —interrumpió Michael— intentamos engañarte el lunes. Patrice y yo siempre hemos protegido a mamá, y de eso se trataba. Pensamos que te echarías atrás cuando te dieras cuenta de que Michael Fairfax no podía ser el hijo de Barker, pero no sabíamos de la foto que me has enseñado.

—¿Foto? —preguntó Helen.

Mouse sacó la imagen en su móvil y se lo pasó a Helen.

Helen sonrió y tocó la pantalla.

—Carla. Esta es la foto que mencioné. Fuimos a Chesterfield para hacerla, con la Torre Torcida de fondo, pensando que él podría creer que vivía allí. Nunca volví a verle, pero nunca ha estado a más de unos pasos de mí durante toda mi vida.

Doris le cogió la mano a Helen.

—Lo siento mucho. Debe de haber sido una pesadilla. No le pasaremos tus datos, de ninguna manera. Sin embargo, nos ha contratado para encontrar a Michael y negociar un encuentro con él si lo encontramos.

—¿Michael? —dijo Mouse, y sonrió.

—No quiero saber nada de ese hombre. Alguien que puede seguir afectando así a mi madre después de cincuenta años nunca formará parte de mi vida. ¿Se lo comunicaréis?

—Lo haré. Gracias por tu tiempo. Me gustaría dejarte mi tarjeta, si te parece bien. Puedes contactar conmigo en cualquier momento si tienes alguna pregunta. Informaré al señor Barker de tu decisión mañana por la mañana. No le diremos nada más allá de eso.

—¿Y si acude a otra agencia para que le ayuden a encontrarme? Vosotras dos habéis sido muy comprensivas y habéis aceptado lo que he dicho como lo que quiero que ocurra, pero eso no tiene por qué ser el caso con otra empresa.

—Deberías consultar a tu abogado si eso sucede. Siempre puedes solicitar una orden de alejamiento para evitar que se te acerque. Te escribiré para que tengas nuestros datos de contacto, por si nos necesitas para algo, pero no volveremos a molestarte más allá de enviar esa carta.

Los cuatro se levantaron y se dirigieron a la puerta principal. Helen abrazó a ambas mujeres; su fragilidad era evidente. Michael estrechó la mano de Mouse y Doris, y les despidieron con la mano mientras se alejaban en coche.

Mouse decidió conducir de vuelta, y pasaron casi quince minutos antes de que hablara.

—Tienes que librarte de él, abuela.

—Es historia —dijo Doris—. No quiero hablar de ello, pero después de reunirnos con él mañana por la mañana, necesito que me dejes en la recepción con él. Se lo diré entonces.

—Estaremos escuchando desde el despacho de Kat con un vaso en la pared. Bueno, quizás no tanto, pero las cámaras de seguridad estarán encendidas y enfocadas en ti.

—No lo dudo —dijo Doris—. Pero no nos interrumpas. Puedo manejarlo. Recuerdo haber volado la mano de Leon, así que los hombres no me asustan precisamente. Y Ewan Barker tampoco lo hará. Así que deja de preocuparte. Cualquier sentimiento que pudiera estar creciendo por él se ha esfumado, te lo prometo. Los hombres que pegan a las mujeres son lo más bajo, y puede que se lo mencione.

—¿Eso antes o después de darle una patada en los huevos?

Doris lo pensó un momento.

—Después.

Cuando cayó la noche, Jeremy Peterson salió de su casa y se dirigió al coche aparcado. Dejó el ramo de flores en el asiento trasero, comprobó que su linterna funcionaba perfectamente y se marchó.

Había tenido un buen día; uno de los jugadores importantes del Manchester United había ido a hablar con el señor Kenwright, buscando comprar una casa más grande. Jeremy había rondado lo más cerca posible de la puerta del despacho de Kenwright, intentando escuchar detalles de las zonas donde le mostrarían propiedades disponibles.

Hubo muchas risas; Kenwright estaba en su salsa cuando venían las celebridades. Jeremy esperaba ascender y ser un agente inmobiliario de famosos algún día, pronto.

Tuvo que moverse rápidamente cuando el futbolista y su esposa salieron del despacho, y sintió una envidia casi abrumadora cuando Leo Kenwright acompañó a la pareja hasta su Audi. Algún día, pensó Jeremy, algún día.

Mientras tanto, cuidaría de las celebridades menores que se encontrara por el camino, gente como Alyson Read y Ed Danvers. Cuatro millones, trescientas ochenta y dos mil sesenta y tres libras. No recordaba si había algún penique implicado.

Condujo por el campo de Derbyshire vigilando las ovejas despistadas que no se habían dado cuenta de que era hora de dormir y que solían quedarse paradas en medio de la carretera, esperando detener a todos los coches que pudieran. La luna era una ayuda; no estaba tan terriblemente oscuro.

Peterson llegó a Ashford in the Water y aparcó junto al río. En la guantera guardaba un

suministro de bridas, y sacó tres, listas para atar las flores a las puertas de hierro forjado de la entrada. Ya había escrito una pequeña tarjeta para acompañar las flores, que simplemente decía "Con mis mejores deseos, JP". Pensó que recordarían quién era.

No pretendía hacerles daño, pero esperaba que olvidaran que les había hablado del familiar ficticio. Esa fue una idea del momento que no había sido acertada. Esta, mucho más sutil, enviar pequeños regalos, sería más apropiada.

Quizás incluso compartirían un café o una cerveza algún día. Le gustaría eso. Salió del coche, caminó hasta la esquina de la gran casa independiente y se dirigió a las puertas.

Fue un poco difícil atar la primera brida, porque tenía que sujetar las flores con una mano mientras envolvía la brida alrededor con la otra, pero una vez que la primera estaba atada, las otras dos fueron mucho más fáciles. Tuvo que meter la tarjeta dentro de las flores; no había pensado en graparla al papel que las sujetaba cuando estaba en casa.

Finalmente, dio un paso atrás y admiró su ofrenda. Rosas rojas. Esperaba que apreciaran que no había comprado flores baratas. Volvió a su coche, se quedó un momento mirando el río que fluía hacia donde fuera que fluyera, y luego tomó asiento tras el volante.

Un trabajo excelente, estaba satisfecho de que hubiera salido tan bien. Se removió hasta que estuvo cómodo y luego giró la llave de contacto. Al principio el coche no arrancaba, pero después de una suave persuasión se encendió y se puso en marcha hacia casa. La luna había desaparecido casi por completo detrás de las nubes, y antes de llegar a casa, la lluvia había comenzado a caer. A medianoche, sus rosas eran un desastre empapado, con agua acumulándose en el fondo del envoltorio de papel que las sujetaba firmemente. Sin embargo, la escritura en la tarjeta de regalo estaba protegida por la cinta adhesiva que había puesto encima.

A la mañana siguiente, Ed y Alyson se la entregaron a Carl Heaton.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Carl fue su primera visita de la mañana. Se unió a su prometida y sus dos colegas en el despacho de Kat y dejó el ramo de flores empapado sobre una toalla que Kat había colocado apresuradamente en el escritorio.

—¿Y de qué gasolinera habrá sacado estas? —reflexionó ella—. Desde luego tienen un aspecto lamentable.

—La lluvia intensa puede hacer eso con las flores —dijo Carl con una sonrisa—, pero os puedo asegurar que ha alterado a nuestros ganadores de la lotería. Les he dicho que se solucionará antes de que acabe el día, pero como es vuestro caso y, estrictamente hablando, no es asunto mío, pensé en traerlos primero las pruebas. Mi propuesta es llevar estas flores y la tarjeta a sus jefes, junto con la carta que os trajo Alyson Read. Sospecho que se horrorizarán al saber que está acosando a sus clientes, pero también creo que Alyson y Ed no son los primeros a los que ha molestado. Luego hablaré con él, espero que aún en sus oficinas, y se lo explicaré con palabras sencillas: una acción más de este tipo y será detenido. ¿Qué os parece? ¿O preferís ocuparos vosotras?

—Normalmente diría que nos encargaremos nosotras, pero creo que le asustará más si aparece el inspector Carl Heaton para hablar con él —Doris y Mouse asintieron ante las palabras de Kat.

—De acuerdo, iré a verle y os informaré del resultado. No creo que sea bueno para nuestro Jeremy. ¿Y puedo llevarme esa toalla, por favor? Estas flores están muy mojadas.

—Sírvete tú mismo —dijo Doris. Sonaba cansada. Estaba cansada.

Una noche sin dormir no había ayudado en absoluto, y se sentía enferma ante la idea de ver a Ewan Barker de nuevo. ¿Cómo pudo haberse equivocado tanto con él? Su encanto la había engañado por completo, como había engañado a Helen Fairfax todos esos años atrás. Helen había pasado toda su vida adulta sintiéndose asustada por su culpa.

Doris reconocía que no le tenía miedo, pero atacar brutalmente a mujeres le provocaba una inmensa ira. Ver a Kat tumbada en el suelo con sangre brotando de una herida en la cabeza después de que su marido la golpeará había despertado sentimientos similares. A Leon le costó su mano izquierda, y Doris sabía que a Ewan le costaría, como mínimo, su dignidad. Sus palabras eran tan letales como sus habilidades con las armas.

Observó cómo Carl enrollaba las flores dentro de la toalla, y le dedicó una breve sonrisa cuando salió del despacho.

Ewan llegó a las diez, sin mostrarse en absoluto desconcertado por la petición de una reunión. Su suposición de que tendrían algún tipo de noticia para él estaba escrita por toda su cara cuando Doris lo acompañó al despacho de Kat.

Pareció sorprendido de que Doris no se quedara, pero se sentó y esperó a que Mouse y Kat organizaran algunos papeles, y a que Kat sacara la grabadora de su cajón. Ella la señaló.

—Sí, por supuesto, sé que ayuda si grabáis las reuniones.

—Gracias —dijo Kat, y la encendió.

—Ewan —dijo Mouse—. Ayer conocimos a su hijo. Tenía razón en que el hombre que nos presentaron como Michael Fairfax no podía ser el niño al que Helen dio a luz hace tantos años, de hecho era su medio hermano. Hablamos extensamente con Michael, y como resultado hemos preparado nuestro informe final junto con un cheque por el saldo del dinero restante de su depósito.

El rostro de Ewan estaba pétreo.

—¿No quiere verme?

—No. Le dejamos nuestra tarjeta por si cambia de opinión, pero seré sincera, Ewan, no creo que haya ninguna posibilidad de que eso ocurra —confirmó Mouse.

—¿Por qué?

Mouse dudó.

—También nos reunimos con Helen.

—¿Y? —Había ira deslizándose en su voz, y Kat miró a Mouse.

—Y Michael ha sabido durante muchos años cómo trató usted a Helen, casi provocando que perdiera al bebé que ahora quiere reclamar como su hijo. También lo sabe su medio hermano. Ella nunca lo ha ocultado, y considero que tuvo suerte de escapar de una acusación por lo que le hizo.

—¿Eso crees?

—Sí, lo creo. Ella pasó una semana en el hospital después de la última paliza que le dio, y la policía la llevó a un lugar seguro para asegurarse de que no pudiera encontrarla. Tenía demasiado miedo de usted como para dejar que lo acusaran.

Las mejillas de Ewan se enrojecieron a medida que aumentaba su ira.

—¿Así que está rechazando la oportunidad de heredar mi dinero?

Mouse pensó en el bolso por el que había dejado de pujar cuando alcanzó las cuatrocientas libras.

—Realmente no necesita su dinero, Ewan. Estaba bastante seguro de que no se reuniría con usted, así que lo único que pudimos hacer fue dejar la puerta abierta para el futuro. Le escribiremos para confirmar esto, pero también dejó muy claro que solicitaría una orden de alejamiento si usted busca ayuda de alguien más para encontrarlo. Creo que tiene que aceptar que no va a conocerlo y hacer otros arreglos para sus bienes cuando muera.

Ewan se puso de pie. Agarró el sobre que contenía el informe y su cheque, y se giró para salir de la habitación.

—Gracias por nada —gruñó.

Kat rápidamente cambió su pantalla al área de recepción. Doris les había dado instrucciones específicas de no interrumpir mientras ella lo sacaba de su vida, pero podían monitorear la situación en la oficina de recepción.

Observaron cómo se dirigía hacia donde Doris estaba sentada en su escritorio.

—¿Lo sabías?

—Por supuesto. Estuve allí con Mouse. Escuché la historia de Helen, y eso acabó con cualquier esperanza de que volviéramos a vernos. ¿Kat te ha dado tu reembolso?

—Lo ha hecho. Pero eso no es lo que quiero. Quiero ver a mi hijo. Y a su madre tramposa y manipuladora.

—Así que realmente se trataba de eso. ¿Ver a Helen Fairfax y posiblemente terminar lo que empezaste?

Ewan la miró fijamente durante varios segundos y luego se movió hacia ella. Ella se puso de pie.

—No soy Helen Fairfax —le advirtió.

—No eres jodidamente diferente. Dos zorras. Ambas huyendo de mí. Pensé que teníamos algo, pero no eres diferente a ella, o a mi difunta esposa. Ella también era una zorra.

—¿Por qué? ¿Tampoco te obedecía en todo? —Doris sabía que lo estaba provocando. También sabía que sus chicas tenían las cámaras de seguridad grabándolo todo.

—No te hagas la lista conmigo, Doris Lester... —Dio otro paso hacia ella y ella se alejó de su escritorio para enfrentarlo.

—Pero lo sé todo, Ewan. Vi el miedo en los ojos de Helen, incluso ayer mismo. Cincuenta años de terror le diste a esa mujer, aterrorizada de que aparecieras y la golpearas de nuevo. Y debió estar constantemente en su mente, porque sabía exactamente por qué estábamos allí. Para traerte a la vida de su hijo. Y a la suya. Pero él ha crecido, Ewan, y no le gustan los hombres que pegan a las mujeres más de lo que me gustan a mí, así que llévate tus puños y tu cerebro malvado, desagradable y mezquino fuera de mi vida. No queremos volver a verte.

Soltó un rugido, casi de dolor, y se abalanzó sobre Doris con la mano levantada para agarrarla. Ella esperó hasta que él le cogió el pelo, y entonces le propinó un puñetazo en la garganta. Los ojos se le salieron de las órbitas mientras intentaba respirar, y ella le asestó un rodillazo.

Ni siquiera su grito hizo salir a Kat y Mouse del despacho de Kat. Observaron cómo le fallaban las piernas y se desplomaba en el suelo.

—Dios, cómo adoro a esta mujer —suspiró Kat.

—Y yo —dijo Mouse, incapaz de apartar la mirada de la pantalla—. ¿Crees que necesitamos una ambulancia?

—Ya lo pensaremos si deja de respirar.

Doris lo miró fijamente, con los ojos fuertemente cerrados. Podía ver que el dolor lo estaba sobrepasando; un rodillazo en los testículos no entraba en sus planes. Su respiración seguía siendo entrecortada, y ella se arrodilló para comprobar su pulso.

—Por desgracia vivirás, Ewan —dijo. Tienes dos minutos para recuperarte, luego te largas de mi vida, te mantienes alejado de Helen Fairfax y sus hijos, y no vuelves a pisar este lugar jamás.

Abrió un ojo. —Zorra. Te demandaré —su voz era ronca.

—Vale, me aseguraré de que una copia de la grabación... —señaló la cámara de seguridad que apuntaba a su zona— esté disponible para tus abogados. Seguro que podrán ver quién golpeó a quién primero. Tu error fue atacar a alguien con cinturón negro en kárate. Esta vez no era una chica embarazada de siete meses que no habría podido defenderse.

Se agarró al respaldo de una silla e intentó ponerse de pie. Doris se acercó a él, y retrocedió, doblado por el dolor que emanaba de su entrepierna.

—Lárgate, Ewan —dijo en voz baja—. Lárgate y no vuelvas nunca. Es agradable saber que el dicho "quien la hace, la paga" es realmente cierto. Cierra la puerta al salir —y le dio la espalda.

Esperaba a medias que se moviera hacia ella, y se mantuvo preparada, pero no lo hizo; el timbre de la tienda sonó y él cerró la puerta con cierta violencia antes de arrastrar los pies hasta su coche.

Kat y Mouse permanecieron en silencio, esperando ver qué pasaría después. Vieron a Doris sentarse en su escritorio y luego mirar por la gran ventana de la oficina. Siguieron esperando.

Finalmente, Doris miró a la cámara y les lanzó un beso.

Caminó hacia la puerta de la tienda, la cerró con llave, volvió sobre sus pasos y entró en la oficina de Kat.

—Eso ha sido divertido —dijo Doris.

—¿Cinturón negro? —preguntó Mouse con una sonrisa—. Está bien que te hayas ascendido a ti misma, pero tienes que hacer realmente el grado para poder reclamarlo.

—Bethan Walters —dijo Doris—, yo no miento. Hice el grado hace seis meses mientras tú y Kat estabais ocupadas con Martha. No tenía intención de decíroslo, porque como sabéis me he contenido de hacerlo porque estoy muy orgullosa de que tú lo hayas alcanzado. Estaba muy contenta con el cinturón marrón, pero un día supe que tenía que hacerlo. Así que lo hice. ¿Vale?

Kat fue la primera en abrazar a Doris. —Enhorabuena, abuela. ¿Le dolió más a Ewan ser derribado por un cinturón negro de lo que le habría dolido que le dieran una patada en los huevos un cinturón marrón?

—No, duele igual, sin importar el color del cinturón.

Mouse rodeó el escritorio y abrazó a su abuela. —Enhorabuena, vieja. Estoy muy orgullosa de ti. Tenemos que celebrarlo.

Doris se rio. —Sin problema. Vamos a salir a cenar o algo el fin de semana. Decidid entre vosotras quién va a ser la conductora designada, porque yo desde luego voy a disfrutar de una copa o dos. Y traed Ferrero Rocher.

Había una ligereza en el paso de Doris cuando volvió a su escritorio, y se sintió bien mirar por la ventana y no ver el coche de Ewan. ¿Para qué quería un novio a su edad de todos modos? Aunque, si Tom Hardy estuviera libre y sin compromiso...

Carl se reclinó en su silla y esperó a que Leo Kenwright hablara. En su lugar, suspiró.

—Sabía que algo estaba pasando. Hemos tenido un par de quejas menores que no eran realmente quejas oficiales, sobre Jeremy Peterson. Suelta nombres. Sé que eso no es nada en sí mismo, pero es constante. Y hace cosas tontas como enviar tarjetas de nueva casa a famosos. Tenemos muchos en nuestros libros, pero a él le gustan especialmente los futbolistas. Ahora parece que también le gusta el dinero.

—Tendré unas palabras con él, señor Kenwright, pero en realidad no ha cometido ningún delito, así que no lo llevaré más allá. Sin embargo, creo que usted tal vez necesite tomar medidas.

Los dos hombres se pusieron de pie y se estrecharon la mano.

—Hablaré con él —dijo Carl—, y luego puede tener sus cinco minutos con él.

Carl acompañó a Peterson fuera hasta su coche, y mantuvo la puerta abierta mientras el tembloroso hombre subía.

El inspector habló entonces durante un tiempo considerable, contándole a Peterson lo que sabían, las pruebas que tenían, y le advirtió en términos inequívocos que estaba recibiendo una advertencia, pero que si salía a la luz cualquier otro acoso, sería arrestado.

Las palabras de Peterson salieron atropelladamente; sus promesas eran amplias pero no variadas. Nunca más se acercaría a los ganadores de la lotería, olvidaría que alguna vez había oído hablar del Manchester United y sus jugadores, y nunca volvería a hacer nada parecido sin importar lo que oyera o viera en la oficina.

Carl lo dejó ir, y Peterson volvió a entrar en el trabajo.

Cinco minutos después, estaba sin trabajo y dirigiéndose a su coche, antes de conducir a casa.

Más tarde ese día, llegó un enorme ramo de flores a la oficina de Connection, con una tarjeta

que llevaba las inmortales palabras "¡Gracias! ¡Solucionado!". Tuvieron que asaltar el piso de Mouse para encontrar un jarrón lo suficientemente grande para acomodar el impresionante arreglo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Zoe Williamson miraba por la ventana la lluvia torrencial, aunque sin verla realmente. El día que tanto había temido había llegado, y despedirse definitivamente de Mandy iba a ser muy doloroso. Demasiado doloroso.

Había perdido todo lo que alguna vez había significado algo para ella. El hombre que había engendrado a Mandy se había ido... y ella lo había amado intensamente. Había sido difícil no poder hablar de ello cuando murió; enterarse por casualidad, como lo hizo, había sido lo peor que le había pasado. Hablaban cada mes el primer día desde que habían decidido separarse, y llamar ese primero de octubre y escuchar la voz de su esposa había sido traumático.

Su mujer le había explicado entre lágrimas que había muerto dos días antes; un derrame cerebral se lo había llevado. Incluso ahora, dos años después, se sentía enferma al pensar en esa llamada telefónica. Todo era insoportable; Mandy también la había dejado, y eso era lo más duro de todo.

Zoe sintió que le ponían una taza en la mano, y se giró con una sonrisa agradecida. Era Kat Rowe.

—No sabía si podrías venir —dijo Zoe.

—Claro que puedo venir. Te lo dije, estoy aquí siempre que quieras hablar, o llorar, o lo que sea. Superarás este día, Zoe, y se hará más fácil.

Se quedaron de pie una al lado de la otra, cada una sosteniendo una taza de té, mirando la lluvia.

—Un día de mierda en todos los sentidos —murmuró Zoe, con los ojos empañados de lágrimas y no por primera vez esa mañana.

—Lo es, pero mira cuánta gente está aquí apoyándote. Tu casa está a reventar. Mantente fuerte, Zoe. ¿Alguien se quedará contigo esta noche?

—Mi hermana. Dice que se quedará todo el tiempo que la necesite, pero tiene marido y familia propia, no puede estar conmigo, por mucho que diga.

—Bien. Deja que se quede unos días, hasta que empieces a recuperar algo de normalidad. De todos modos, con el tiempo querrás estar sola, es una progresión natural.

—Eres una mujer sabia, reverenda Rowe —Su suspiro fue profundo—. Será mejor que me ponga el abrigo. Mandy llegará en cualquier momento.

El coche fúnebre partió para el corto trayecto de dos minutos hasta la iglesia, con una serpiente de amigos y familiares siguiéndolo por detrás. Un mar de paraguas cubría las cabezas, pero Zoe caminaba sin uno. Sabía que sus lágrimas eran más pesadas que cualquier lluvia.

Tessa Marsden y Hannah Granger estaban de pie junto a la puerta de la iglesia cuando llegó la procesión, y ambas se deslizaron hacia la parte trasera de la iglesia, junto a Kat.

La iglesia estaba llena, con dolientes que tenían que permanecer de pie en la parte de atrás. Steve Barksworth habló. El servicio fue cálido, abarcador, y el coro rindió su propio tributo especial a Mandy cantando su himno favorito, "Quédate quieto, pues la presencia del Señor". Fue casi demasiado para Zoe cuando las últimas notas del himno se apagaron, y su hermana la abrazó fuertemente y le susurró al oído.

El ataúd fue llevado alrededor de la tumba recién cavada, y diez minutos después todo había terminado. Una Zoe desconsolada fue ayudada a volver a casa, y Kat, después de intercambiar unas palabras con Tessa y Hannah, regresó a Eyam.

—Vaya mañana de mierda —dijo Kat mientras atravesaba la recepción y entraba de golpe en su propio despacho.

Doris se levantó a medias, luego volvió a sentarse. Le daría unos minutos para calmarse, luego le llevaría un café. Tal vez entonces estaría lista para hablar.

Andy Harrison vio a la inspectora Marsden y a la sargento Hannah Granger mientras caminaba a casa después de ir a recoger el periódico de la mañana. Pasaron conduciendo por Castleton, así que esperaba que significara que iban a la iglesia para el funeral de Mandy, y no que iban a visitarlo a él y a Marnie. Su esposa estaba frágil, demasiado agotada para soportar mucho más.

Casi sintió celos de que Zoe Williamson tuviera sus respuestas. Ellos parecían estar siempre en el limbo, cada llamada telefónica era un sobresalto para el sistema, un grito dentro de su cabeza, porque esa llamada podría ser la que dijera que habían encontrado al responsable.

Marnie dormía profundamente todas las noches gracias a los cuidados de su médico, pero Andy no tenía nada que le ayudara a desconectar su mente. Y su mente derivaba continuamente hacia la noche que finalmente había resultado en la muerte de Orla – no tenía duda de que su embarazo había sido la razón de su muerte. ¿Alguien habría sospechado que era el padre del bebé? ¿O era que alguien hubiera querido ser el padre y se sintió decepcionado por Orla?

No era solo durante las horas de la noche que la mente de Andy no podía desconectar, era todo el tiempo. No tenía idea de si Orla sabía quién era el padre. Si se había acostado con el hombre con quien tenía la intención de acostarse, ¿cuán rápido después de su noche de pasión había sucedido? Si solo habían sido un par de días, entonces tal vez ella habría pensado que su amante era el padre...

Su corazón le dolía por ella. No habría sabido a quién recurrir, y cuando recurrió a la persona que esperaba que fuera comprensiva, la había estrangulado. Él. Tenía que haber sido un él, no había razón para que hubiera sido una de sus amigas, ninguna razón en absoluto.

Andy entró en el vestíbulo, se quitó el abrigo y sacó el periódico empapado de su bolsillo interior. Si las cosas hubieran sido diferentes, ellos, los tres, habrían asistido al funeral de Mandy Williamson. Se secó el pelo con una toalla y entró en el salón esperando ver a Marnie mirando con la mirada perdida la televisión diurna. Ella no estaba allí.

Subió corriendo las escaleras hacia el dormitorio, el que ella se negaba a compartir con él, pero la habitación estaba vacía. Echó un vistazo por la ventana y la vio. Estaba abajo en el jardín, en camión, de pie junto al columpio que Orla se había negado a quitar, empujando suavemente el asiento. Marnie estaba empapada.

Andy cogió su bata, bajó corriendo las escaleras y salió por la puerta trasera. Ella ni se inmutó, ni siquiera le miró cuando le puso la bata sobre los hombros.

Dejó que la llevara por el camino hasta la cocina. La sentó a la mesa, asqueado de que su rostro estuviera tan carente de expresión. Ella tiritó y él encendió el hervidor. Necesitaba calentarla, secarla.

En su pánico por subir a buscarle ropa seca, tropezó en el último escalón y cayó en el descansillo. Le dolió. Se le haría un moratón. Igual que sentía magullado el corazón.

Levantándose y frotándose la espinilla, entró en el dormitorio y cogió un camisón limpio y dos toallas del cálido armario de la ropa.

Ella le dejó secarla y cambiarle el camisón, luego se sentó de nuevo a la mesa, todo sin decir palabra. Él le puso una taza de té delante.

—Bébetelo en cuanto puedas, cariño —dijo—. Necesitas entrar en calor.

Ella asintió ligeramente y cogió la taza. Rodeándola con las manos, dio pequeños sorbos.

Cuando iba por la mitad de la bebida, su cerebro se descongeló. Lloró, repitiendo el nombre de su hija una y otra vez. Andy se movió para sentarse a su lado y la atrajo hacia sí.

Ella se hundió en su fuerza y él la abrazó. Lloraron juntos, y supo que las cosas habían cambiado. Por fin podían afrontar esta tragedia unidos, no como dos mitades separadas.

Kat esbozó una débil sonrisa acuosa cuando Doris le entregó una taza de café.

—Y me has dado la taza grande. ¿Tan mala pinta tengo?

—Parecía que necesitabas un cubo entero —dijo Doris—. ¿Quieres hablar?

—Sí, pero de nada demasiado profundo. Creo que me va a estallar la cabeza. Cuéntame algo bueno.

—Vale. Mouse se ha ido a Mánchester. Anoche recibió una llamada de un amigo de un amigo de un amigo —creo que lo he dicho bien— que dirige una de las grandes empresas de jugadores. Su sede está en Mánchester. Están buscando contratar a mucha gente nueva, y el puesto principal será en informática. Nos recomendaron Connection como excelentes para comprobaciones de antecedentes y recomendaciones, especializados en informática, así que ella quedó en ir a verle hoy. Si esto sale adelante, puede que tengamos que poner a Mouse exclusivamente en eso, y nosotras nos quedemos con la parte de investigación. Sé que el caso de Ewan fue bastante grande, pero cogemos muchos casos menores como nuestros ganadores de lotería. Me sabría mal perder ese tipo de trabajo, y creo que realmente podemos manejar esa parte del negocio entre nosotras. Incluso puede que te libere un poco más, para que tengas algo de tiempo con Martha entre semana, y no solo los fines de semana.

—¿Crees que podemos hacerlo? —Kat parecía un poco más animada—. Ya sabes lo torpe que soy con todo lo de Internet.

—Deja de menospreciarte, Kat Rowe. Has mejorado muchísimo desde que empecé a ponerte las pilas. Pero no tienes que preocuparte por eso, tú eres nuestra sensata, la que ve cosas que nosotras no vemos, la cabeza fría que necesitamos. Yo soy la experta en informática, ¿recuerdas? Estoy segura de que podemos apañármolas y dejar que Mouse traiga el dinero gordo. Puede que necesitemos contratar a una recepcionista si tengo que empezar a salir más, pero el negocio va sorprendentemente bien, así que podría mantener a un miembro extra. Nos aseguraremos de tener reuniones semanales para que todas estemos al tanto de lo que está pasando en general, y por supuesto Mouse tiene que volver con un contrato para que algo de lo que hemos hablado sea viable de todos modos.

—Tienes razón, pero confío plenamente en nuestra Mouse —dijo Kat, con una sonrisa un poco más brillante que antes—. No tenemos ni idea de a qué hora volverá, supongo.

—No, dijo que nos vería cuando nos viera.

Kat bebió pensativamente su café.

—Tessa dijo que podría pasarse esta tarde para charlar un rato.

—Entonces prepararé las porterías —dijo Doris con una carcajada—. Supongo que no viene a jugar al fútbol.

—No, no me imagino a Tessa entendiendo la regla del fuera de juego. Puede que ni siquiera entienda el principio detrás de una red, un balón y once tíos en forma. Aunque parece que saca algo de hablar con nosotras, es como si lo soltara todo, nosotras lo miráramos con ojos civiles e hiciéramos lo que probablemente consideramos comentarios poco entusiastas, pero ella los digiere, piensa en ellos y algo se activa en su cerebro. Es una chica lista, Tessa, y Hannah la mira con total admiración.

—Lo sé, bendita sea. No importa lo que Tessa le pida que haga, ella lo hace. Puede que refunfuñe un poco, pero siempre lo hará.

—¿Tenemos galletas de chocolate? Se llevarán una decepción si solo podemos ofrecerles Dedos de Té Rico.

La sonrisa en el rostro de Doris flaqueó.

—Andamos bastante escasas de galletas en general. Por favor, no traigas Garibaldi, ya no las tendremos más.

Kat se levantó, caminó hasta donde estaba sentada Doris y le dio un beso en la cabeza.

—Nada de Garibaldi —susurró—. Y borraremos a ese hombre de nuestras vidas. ¿No se ha puesto en contacto contigo?

Doris negó con la cabeza.

—No, puede que aún no pueda andar o hablar. Yo... le pegué bastante fuerte.

Kat abrazó a Doris.

—Lo sé. Lo vimos pasar. Y lo hemos visto unas seis veces desde entonces, estuviste increíble. El control... Yo habría ido a por un golpe mortal, lo sé, pero tú no, tú le golpeaste la garganta perfectamente, y la rodilla en sus partes fue perfección. ¿Crees que se pondrá en contacto contigo?

—Creo que captó el mensaje, pero ¿dejará que su ego lo supere? Fue apaleado por una mujer, una mujer que no sabía que era cinturón negro en kárate. Le dije que iba a un dojo, pero creo que pensó que a la mujercita le gusta hacer ejercicio. Ni por un momento se le ocurrió que esta mujercita podría matarle de un solo golpe bien colocado. Eso no le va a sentar bien, te lo aseguro. Creo que tendré que estar en guardia durante bastante tiempo, pero mereció la pena. Arruinó los últimos cincuenta años de la vida de Helen Fairfax, afectó a la vida y el negocio de su hijo... Es un mal bicho, y no quiero saber nada más de él.

CAPÍTULO TREINTA

A la hora del almuerzo, los suministros habían sido repuestos en los armarios de Connection, sin una sola galleta Garibaldi a la vista.

Kat redactó el informe completo sobre Alyson Read y Ed Danvers, pero no lo archivó en el cajón de casos cerrados; quería que Carl lo revisase primero, asegurándose de que tenía todos los datos sobre la parte que él había desempeñado.

Era consciente de lo callada que había estado Doris, y sabía que la razón tenía que ser Ewan Barker. Kat esperaba que no estuviera asustada, sino más bien enfadada por haberse dejado engañar por él. Había empezado a dejar la puerta de su despacho abierta cuando no tenían clientes. No esperaba que Ewan tuviera el valor de volver a sus oficinas, pero eso no significaba que no lo fuera a hacer. Supuso que en el futuro sería más cuidadoso con sus partes nobles.

Estaba dándole vueltas a la dificultad, y preguntándose cómo podrían encontrar a la verdadera Doris de nuevo, cuando escuchó el timbre de la puerta de la tienda, seguido de la voz de Tessa Marsden.

—Tenemos que hablar.

—¡Cielos! ¿Has venido a detenernos? —Doris no parecía muy preocupada.

—¿Por qué? ¿Habéis hecho algo malo?

—Más o menos. Un poquito malo. Quizás un pelín.

—¡Doris Lester! Cuéntame más.

Tessa llevaba tiempo sospechando que Doris era el músculo detrás de las tres señoras de Connection, y no se creía su negativa de que la mano ausente de Leon Rowe tuviera algo que ver con ellas.

—¿Qué habéis hecho?

—Defensa propia —dijo—. Totalmente defensa propia, y está todo grabado, así que si alguna vez llega a vuestra comisaría un hombre extraño diciendo que le he dado una paliza, puedo demostrar dos cosas. La primera es que lo hice, la segunda es que él me atacó primero. Le paré los pies. De forma efectiva. Pero no creo que haya ido a veros porque dudo que pueda andar todavía —terminó con una sonrisa.

—¿Podemos ver la grabación? —preguntó Hannah.

—No si vais a detenerme.

—Si prometemos no detenerte, ¿podemos verla?

—Quizás. Más tarde. Es la hora del café. ¿Queréis pasar al despacho de Kat?

Kat intentó contener la risa al oír la conversación, y fue a la puerta de su despacho para hacerlas pasar.

—¿Habéis hecho algo por lo que podamos deteneros? —dijo Tessa, guiñando

exageradamente un ojo a Kat.

—Qué va —respondió Kat—. Soy diácona de la iglesia.

—¿Y Mouse? ¿Ha hecho algo ella?

Simultáneamente, tanto Kat como Doris se dieron cuenta de que hasta Tessa había empezado a llamar Mouse a Beth.

—Está en Manchester, podría estar haciendo cualquier cosa en ese antro de perdición.

—Entonces podemos dejarla tranquilamente en manos de los chicos de Manchester. Lo que pasa en Lancashire, se queda en Lancashire. ¿Tenemos galletas de chocolate?

Doris repartió cuatro cafés y colocó un plato de galletas en la mesa.

—¿Has venido por alguna razón en concreto? ¿O es una visita de amigas?

—Amigas que pasan a por una galleta —dijo Tessa—. Y a hablar.

—¿Orla French?

—Orla French. Hemos interrogado a todo el mundo al menos una vez, a algunos dos veces, a otros incluso tres, pero me inclino por la teoría del desconocido al azar. Quizás fue simplemente un caso de Orla estando en el lugar equivocado en el momento equivocado. ¿Creo que sería tan ingenua como para aceptar que un desconocido la llevara en coche bajo la lluvia torrencial? Sí, puedo imaginar esa situación con ella. Sin embargo, hemos cubierto todas las casas a lo largo de ese tramo de carretera entre Castleton y Hope —y no hay muchas—, comprobando las cámaras de CCTV y ni una sola ha mostrado una imagen de una chica joven caminando bajo la lluvia. O bien nunca empezó ese viaje, o bien le ofrecieron llevarla en Castleton, pero desde que salió del trabajo parece que desapareció. Nadie la vio una vez que salió por la puerta de esa cafetería.

Absortas en la explicación de Tessa, todas actuaron como si fueran hipopótamos hambrientos, estirando una mano hacia el plato de galletas y cogiendo una. Nadie habló, esperando a que Tessa continuara.

—Tiene que ser alguien a quien no conocía, o al menos alguien que conocía pero que nadie en su círculo sabía que conocía. Y me doy cuenta de que son demasiados "conocía", pero ya me entendéis. Estoy pensando en voz alta, pero si tengo razón en eso, ¿dónde diablos empezamos a buscar a un desconocido? No quiero estar sacando el nombre de Orla dentro de diez años y trabajando en ello como un caso sin resolver. Así que, vamos a darle vueltas. ¿Quién quiere empezar?

El silencio era sólido hasta que lo rompió el timbre de la puerta. Doris se levantó y se dirigió hacia la puerta, pero Kat la bloqueó.

—Ya voy yo —dijo.

—Estoy en recepción, Kat —y Doris salió. Mouse se estaba quitando el abrigo.

—Hola, cariño. ¿Buen día?

Mouse miró a su abuela.

—Pensabas que era Ewan, ¿verdad?

—Si lo fuera no me habría preocupado —dijo Doris con una ligera sonrisa—. Ahí dentro tengo a Kat, Tessa y Hannah. Habría salido corriendo. ¿Te unes a nosotras o ya has tenido suficiente?

—Dejaré mis cosas en mi despacho y me uniré a vosotras. Pero cerraré la puerta principal con llave.

Mouse observaba con expresión pensativa mientras Doris volvía a entrar en el despacho de Kat. Su abuela no estaba bien y se notaba.

Tessa puso rápidamente a Mouse al día sobre lo que ya había tratado, y Mouse replicó:

—No crees que sea un asesinato cometido por un desconocido, ¿verdad?

—La verdad es que no —suspiró Tessa.

—¿Qué te hace pensar eso? —intervino Kat.

—En primer lugar, creo que el embarazo está detrás de todo esto. Sabemos que se acostó con Andy Harrison una vez, pero solo tenemos su palabra de que fue una vez, no lo olvidemos. Se acostó con Steve Barksworth varias veces... ¿podría haberse liado con alguien más? ¿Por voluntad propia o no? Paul Carr dice que definitivamente no habían llegado a ese punto, que solo estaban en la fase del café, nada más, así que eso nos lleva a otras personas de la iglesia, porque no hacía mucho más en su vida. Tiene conexiones con las iglesias de Hope y Bradwell, pero su principal lugar de culto era Castleton.

—Vale —dijo Kat—. Has entrevistado a todos los miembros habituales de la congregación de la iglesia de Castleton, y sé que son como cualquier otra congregación, mayores. Pero, ¿tienen hijos o nietos que tengan más o menos la edad de Orla? ¿Podría haber conocido a alguno de ellos en alguna función de la iglesia? Tenemos muchas actividades en el pueblo aquí en Eyam, como sabes, y estoy segura de que los demás también las tendrán. Podría merecer la pena investigarlo. Habla específicamente con Steve, quizás él pueda orientarte. Pero estoy segura de que tienes razón, ese bebé está detrás de todo esto.

—De hecho, tenemos otra vía que seguir sobre el bebé —dijo Tessa—. Aún no sé mucho al respecto, porque cuando llamé para concertar una cita, el mensaje del contestador decía que hoy estaban cerrados. Iré a verlos mañana.

—¿Quiénes? —preguntó Mouse.

—Ah, perdona, tengo la cabeza en las nubes. Pasamos a recoger un bocadillo en la cafetería donde trabajaba Orla, y la dueña sacó esto de al lado de la caja —Tessa sacó una carta de su bolso y la puso sobre la mesa. Le dio la vuelta para que pudieran ver el nombre del remitente en el reverso.

—Clínica M B. ¿No hacen ecografías de bebés?

—Así es —confirmó Tessa—. Lo extraño es que Orla no usó su dirección de casa, dio la dirección de la cafetería. Esta carta llegó hace dos días. Supongo que nunca la habría conseguido si no hubiéramos decidido pasar por allí.

—¿Y de qué se trata?

—Según la carta, les dio un número de móvil equivocado, y los correos electrónicos a su dirección de email están rebotando, así que han tenido que recurrir a una carta. Es una cita para una ecografía de sexo. Parece que la primera parte de su embarazo se estaba llevando a cabo fuera de la Seguridad Social, con Orla pagando sus ecografías.

—¿Os da la impresión de que esta chica estaba asustada? —dijo Doris en voz baja—. Nada de esto es normal. Nadie, ni siquiera su mejor amiga, sabía lo que estaba pasando. Me parece extraño. También creo que estamos dando vueltas en círculos con esto, y siento que no os estamos siendo de mucha ayuda. Creo que posiblemente tendréis que volver al principio. Volved a comprobar todas las coartadas, porque si no es un desconocido quien la ha matado, es alguien de su círculo de amigos o familia. Y eso significa que alguien está mintiendo, o manipulando a alguien para que mienta por ellos. ¿Llegasteis a encontrar dónde la echaron al agua?

—No —Tessa negó con la cabeza frustrada—. El tiempo esa noche fue horrible, una lluvia torrencial que borró cualquier cosa que pudiera parecerse a una pista. No teníamos huellas de neumáticos en lugares donde debería haberlas, nada que nos indicara dónde la arrojaron, ningún candidato para la persona que la tiró... nada. Creo que necesito otra galleta para calmar mis nervios destrozados.

Doris empujó el plato hacia ella.

—Sírvete. Creo que ha sido una de esas semanas para todas nosotras. Aunque, ¿lo ha sido? Mouse, ¿cómo te fue?

—Conseguimos el contrato. Quedó impresionado. Me invitó a comer, y la semana que viene iré para repasar mis sugerencias sobre lo que creo que necesitan con los cuestionarios. Le dije que pasaría esta semana preparando un paquete completo. Hablé con propiedad, y creo que quedé impresionado. Se llama Joel Masters, y probablemente me quedará en Manchester porque me va a llevar a cenar.

—¿Tendrás cuidado?

Mouse se sorprendió de que fuera Tessa quien hiciera la pregunta, y no su abuela.

—Lo tendré. La última vez que no tuve cuidado me pegaron un tiro. Esta vez llevaré la pistola —sonrió.

Tessa negó con la cabeza.

—No me sorprendería nada. En fin, señoras, gracias por vuestra aportación esta tarde. Mañana por la mañana estaré en esa clínica de ecografías, y luego en mi escritorio el resto del día. Creo que tenéis razón cuando decís que alguien está mintiendo. Necesito averiguar quién es. Ese es el plan para mañana.

Tessa y Hannah se marcharon, y Mouse se hundió en su silla.

—Ha estado bien. Me gusta cuando se pasan por aquí, y siempre siento que agudizan mi mente. Le preocupa estar dando vueltas en círculos. Cuando resuelva este caso, y estoy segura de que lo hará, saldremos todas a cenar, ¿vale?

—Yo siempre estoy dispuesta —dijo Kat. Doris permaneció en silencio.

—¿Abuela?

—Creo que os dejaré ir a vosotras, las jóvenes —dijo, y salió a la recepción.

Doris sabía que sus chicas estaban preocupadas por ella, inquietas porque estaba demasiado callada, pero también reconocía que necesitaba tiempo para recuperarse. Ewan no había sido bueno para ella y nunca habría aceptado que estuviera bien pegar a una mujer, pero le había gustado el Ewan que realmente no había conocido.

Se sentó en su escritorio y abrió su portátil. Trabajo. Eso era lo que necesitaba. Podía sumergirse en él y no tener que volver a pensar en el maldito Ewan Barker.

Quizás.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

El avión aterrizó en el aeropuerto de Manchester a las siete y media. Para cuando había pasado por la aduana y arrastrado su maleta entre el gentío que se arremolinaba en las salidas y llegadas, habría besado al hombre que vio sosteniendo un cartel con su nombre.

—No estamos lejos —dijo él, y la condujo por una carretera secundaria hasta un Peugeot que les esperaba.

El tráfico de la hora punta les retrasó, así que eran casi las diez cuando llegaron a su hotel, uno pequeño en Bakewell donde ya se había alojado antes. Se registró y luego atendió a la mujer de la empresa de alquiler de coches, que esperaba para entregarle las llaves del vehículo.

A las once, ya había deshecho el equipaje y estaba terminando una reconfortante taza de café.

El día gris no le molestaba, no estaba allí para unas vacaciones al sol. Durante la próxima semana más o menos, tenía la intención de tachar algunas cosas de su lista de deseos.



Había tranquilidad en la oficina. Doris se había tomado el día libre para supervisar unas obras en Little Mouse Cottage, y Kat había traído a Martha con ella, sabiendo que sería un día tranquilo y podría pasar algo de tiempo con su hija mientras vigilaba la recepción.

Kat estaba a punto de desabrochar el arnés que sujetaba a Martha en el cochecito cuando sonó el timbre de la puerta de la tienda.

—Un momento, cariño —le dijo a la bebé, y se giró para ver quién era el visitante.

—¿Es esa mi preciosa nieta? —dijo Sue Rowe.

—Inspectora Marsden, y este es mi compañero, el sargento detective Granger —Tessa mostró su identificación a la recepcionista—. Nos gustaría hablar con quien esté al mando, por favor.

El lugar era impresionante, blanco con sillones de color púrpura oscuro en la zona de espera.

La recepcionista sonrió.

—Si quieren tomar asiento, haré que el señor Ingham les atienda lo antes posible. Está haciendo una ecografía en este momento, pero no debería tardar mucho. ¿Les apetece un café mientras esperan?

—No, gracias, estamos bien —dijo Tessa, para decepción de Hannah. Se sentaron una al lado de la otra en los asientos púrpura y esperaron.

Y esperaron.

Pasó media hora, y entonces la puerta al lado de la recepción se abrió, un hombre salió y se

dirigi❖❖ hacia ellas. Extendió la mano para saludarlas.

—Lamento mucho haberlas hecho esperar. La ecografía que estaba haciendo resultó ser de gemelos, lo que obviamente lleva más tiempo. Sin embargo, todo salió bien y los padres están un poco conmocionados. Por favor, síganme, iremos a mi despacho.

Una vez sentados, y rechazando de nuevo la oferta de una bebida, Tessa sacó la carta que había sido enviada a Orla French.

—Usted le hizo una ecografía a esta chica recientemente, y luego le escribió a su lugar de trabajo.

Él echó un vistazo al contenido de la carta y asintió.

—Sí, pero esta era la dirección que nos dio. Supuse que vivía en ese lugar. Y para que conste, no hacemos ecografías a chicas, o mujeres, hacemos ecografías de embarazos. Todo estaba bien, pudimos darle lo que quería, y le dije que me pondría en contacto con ella para darle una fecha para la ecografía de determinación del sexo. ¿Hay algún problema? No puedo entrar en detalles, por supuesto; su embarazo es asunto suyo.

—El día después de que le hiciera la ecografía, Orla French murió. Así que nos gustaría ver su expediente, por favor. Es una investigación de asesinato, y podemos conseguir una orden judicial...

—Eso no será necesario —Habló por el intercomunicador y un par de minutos después el expediente estaba sobre su escritorio. Lo abrió y echó un vistazo dentro—. Ahora lo recuerdo. Fue bastante específica en lo que quería de esta ecografía. Quería la fecha de concepción del bebé, casi al minuto, me pareció. Supuse que había alguna duda sobre la paternidad, pero ella no lo dijo, fue pura especulación mía.

Le pasó el expediente a Tessa y quedó claro por la fecha que le habían dado a Orla que ella debió saber inmediatamente que Andy Harrison era el padre. Tessa solo podía empezar a entender cómo debió sentirse Orla. Había sido lo suficientemente ingenua como para quitarse de encima la cuestión de su virginidad, pero ¿había sido tan ingenua como para no saber que la primera vez que se tienen relaciones sexuales puede resultar en un embarazo?

—¿Recuerda cómo reaccionó cuando le dio esta fecha?

—No reaccionó. Parecía una persona callada, me dio las gracias, preguntó sobre la ecografía de determinación del sexo, y le dije que me pondría en contacto con ella para darle una fecha. Sin embargo, cuando intentamos contactarla por mensaje de texto y correo electrónico, y finalmente por teléfono, quedó claro que nos habían dado información incorrecta. Esa carta fue realmente un último recurso.

—¿Y no relacionó a la chica asesinada en Castleton con esta clienta?

Él negó con la cabeza.

—No, no lo hice. Mucha gente nos da nombres falsos de todos modos, así que realmente no se me quedan grabados. Ahora sé de quién me están hablando, pero hace media hora no lo sabía. Lo siento.

Tessa asintió levemente.

—Nos vamos a llevar el expediente, pero el sargento detective Granger le dará un recibo. Se lo devolveremos después del juicio.

Él pareció sobresaltado.

—¿Me necesitarán?

—Oh, sí, cada día nos acercamos un poco más a saber quién estranguló a Orla y luego la arrojó al Peakshole Water. Es probable que se le llame a testificar.

Hannah escribió el recibo y tomó el expediente. Keith Ingham no dijo nada más.

Tessa y Hannah permanecieron inmóviles en el coche.

—Pobrecilla —dijo Hannah.

—Sé exactamente a qué te refieres. Me pregunto qué habría hecho Orla si no le hubiera ocurrido esta terrible desgracia. Y qué habrían hecho Andy y Marnie. Andy habría sido el padre y el abuelo del bebé al mismo tiempo. Estuvieron a punto de separarse hace poco, y Andy quedó destrozado. No creo que ese matrimonio hubiera sobrevivido si el bebé hubiera nacido.

—¿Crees que Orla ya había perdido el interés por el vicario desenfrenado cuando murió? —Hannah habló despacio, pensando en voz alta.

—Él no dijo que lo hubiera hecho.

—Estoy pensando que quizás empezaba a interesarse por Paul Carr, un chico más de su edad. Se tomaba su fe bastante en serio, y me pregunto si empezaba a darse cuenta de lo equivocado que era acostarse con Andy, y luego con Steve Barksworth. Tal vez estaba madurando y se daba cuenta de que Paul sería bueno para ella.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad? Es un caso frustrante, y siento que estamos dando vueltas en círculos. Tenemos una imagen muy clara de ella, su vida, sus actividades, su vida sexual, su vida familiar... toda su puñetera vida, y aun así nadie es un sospechoso obvio. Era muy cercana a su madre y su padrastro, incluso se fue de luna de miel con ellos, así que no hay conflicto en casa. Tenía un trabajo agradable que le gustaba, tampoco hay problema ahí. Su vida en la iglesia era complicada, pero solo por el vicario, y él estaba con un maldito obispo la noche que Orla murió.

—Y parece que no había nada más sobre Orla. Una chica de pueblo, no salía de fiesta, una amiga cercana pero otros amigos en la periferia... esto debería ser fácil, ¿no? Cuando volvamos —dijo Tessa ahora despacio, ordenando sus pensamientos—, nos sentaremos las dos por separado y haremos listas de todos los que tienen alguna conexión con Orla French. No será un trabajo rápido, porque luego vamos a volver a entrevistar a todos los que confirmaron coartadas, a comprobarlo todo de nuevo, a buscar hasta el más mínimo detalle. Tú te puedes encargar del obispo.

—Vaya, gracias. ¿Tengo que hacer una reverencia?

—Puedes hacer lo que quieras, siempre que consigas la verdad.

—Vale, hagámoslo. ¿Nuestra charla en Connection ha desencadenado todo esto?

—Así es. Porque en algún lugar de esa lista hay una mentira. Puede que sea pequeña, pero va a condenar a alguien cuando la encontremos.

Hannah se inclinó hacia delante y giró la llave de contacto.

—Vamos allá —dijo, y se incorporó al tráfico.

• • ♦♦♦

Martha miró a la mujer delgada de rostro muy negro y sonrió. La mujer delgada de rostro muy negro miró a su nieta y sonrió. Se hicieron amigas.

Kat se quedó de piedra. En primer lugar, no tenía ni idea de que Sue planeaba una visita, y en segundo lugar, no la había ♦♦a reconocido. La última vez que la vio estaba bien rellenita y tenía un rostro sonriente y hermoso. La sonrisa seguía ahí, pero había perdido una cantidad considerable de peso.

—Estás increíble —dijo Kat, y abrió los brazos.

Sue la abrazó y se quedaron un momento así, sumidas en los recuerdos.

—¿Puedo cogerla?

—Claro —dijo Kat riendo—. Estaba a punto de sacarla del cochecito, se despertó hace un minuto. Buena sincronización.

La puerta de Mouse se abrió y asomó la cabeza por la zona de recepción.

—¿Todo bien?

—Está bien, Mouse. ¿Puedo presentarte a Sue Rowe, la niñera canadiense de Martha? —Se abstuvo de decir la madre de Leon. No podía, todavía no. Ya habría tiempo de hablar de él antes de que Sue volviera a Canadá.

—¡Vaya! Encantada de conocerte, Sue. Soy Beth Walters, la socia de Kat. Supongo que esta es una visita sorpresa.

—Lo es. No quería decírselo a Kat porque se habría sentido obligada a alojarme en su casa, y no es lo que quiero. Me estoy quedando en un hotelito agradable en Bakewell, y he alquilado un coche, así que estoy organizada. Esperaba que pudiéramos salir a comer, pero estáis trabajando, así que ¿sería posible cenar juntas esta noche?

Kat se rio.

—Si quieres que Martha esté con nosotras, tendrá que ser una comida. Se acuesta a las siete y odio sacarla de su rutina. Mi madre y yo seguimos el mismo horario; ella tiene a Martha la mayor parte de la semana. Solo la tengo hoy porque no estamos desbordadas de trabajo en este momento. Estaremos encantadas de ir a comer. Mouse puede cerrar la puerta, si alguien nos necesita urgentemente llamará y dejará un mensaje. Tenemos un sistema —dijo Kat sonriendo.

Sue se volvió hacia Mouse.

—¿Tu nombre es Mouse? ¿Te gustaría venir con nosotras?

—Estoy bien, gracias. Tengo un trabajo importante entre manos, así que aprovecharé la paz y la tranquilidad para avanzar con él. Y sí, Mouse es mi apodo. Mi verdadero nombre es Beth, por favor, usa cualquiera de los dos. Es un placer conocerte por fin. Id y disfrutad de vuestro tiempo juntas Kat y Martha.

Kat cambió rápidamente a Martha y le puso el abrigo, luego se marcharon, cogiendo el coche de Kat ya que tenía la silla para el bebé.

En ningún momento se mencionó a Leon, ni tampoco a su padre, Alan, pero Kat sabía que llegaría el momento en que hablarían de ambos. Evitó cuidadosamente conducir cerca del lugar donde Leon había encontrado la muerte, pero no pudo evitar hablar de Carl. El anillo de compromiso en el dedo anular de su mano izquierda lo delataba.

Sue recibió la noticia con elegancia; dijo lo contenta que estaba, que esperaba que fuera un buen padre para Martha, y que le gustaría conocerlo.

—Por supuesto que lo conocerás. Es maravilloso con Martha, lo ha sido desde el primer día. Fui tonta al no contártelo cuando hemos hablado por teléfono, pero no quería disgustarte. No estaba buscando a nadie, nos conocimos por casualidad a través de uno de nuestros casos: él es inspector de policía y acabamos conectando por eso. Me hace reír, me hace sentir segura. Y sí, le quiero.

Sue alargó la mano por encima de la mesa y tomó la de Kat.

—Entonces me alegro por ti, Kat, de verdad. Ni siquiera estaba segura de que quisieras verme, pero eres exactamente la misma que cuando te conocí. Bueno, ¿vamos a tomar un postre?

Y así se evitó eficazmente el tema de Leon.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

—¿Me estás diciendo que tengo un día libre y aparece la madre de Leon? ¿Y de repente? —La preocupación se notaba en la voz de Doris.

—Sí, pero todo parecía cordial —Mouse intentó calmar los temores de su abuela—. Creo que está aquí para conocer por fin a Martha, y quizás para hacer las paces con el pasado. Parecía muy agradable.

—Bah. Ruth Ellis también parecía muy agradable. Y la ahorcaron.

—Ay, abuela.

—No me vengas con "ay abuela". Sabes que tengo razón. ¿Y por qué ha venido sin avisar a nadie?

—Dice que no quería molestar, reservó un hotel y un coche, y que es libre de hacer lo que quiera sin tener que consultarlo con nadie.

—Exacto. Y apuesto a que quiere ver dónde murió su condenado hijo; hará que Kat la lleve allí.

—No digas palabrotas, abuela —Mouse intentó contener la risa.

Se oyó un gruñido al otro lado del teléfono.

—Puedes apostar a que estaré allí mañana. Quiero ver a esta mujer con mis propios ojos. ¿Cómo es?

—Elegante. Y bastante guapa, desde luego no aparenta tener sesenta años, pero debe de tenerlos. Me cayó bien.

—Pero también te cayó bien Anthony Jackson, así que eso no me inspira confianza en tu juicio sobre Sue Rowe. Esto pinta mal, Mouse, lo presiento.

—Abuela, deja de preocuparte. Kat sabe cuidarse sola, es una mujer hecha y derecha. Y tiene a Carl. Voy a comerme mi bocadillo de queso. Ese es el sustituto del almuerzo elegante al que Sue me invitó, luego trabajaré otra hora aquí antes de subir. Transferiré la línea telefónica a mí, por si alguien nos necesita urgentemente.

—¿Me estás diciendo que te invitó a ti también? ¿Por qué no fuiste? ¡Podrías haber protegido a nuestra Kat y a Martha!

—Abuela, no necesitan protección. Sue es la abuela de Martha, no va a hacerle daño. Ni a Kat.

Hubo un momento de silencio, y luego Doris dijo:

—Vale, nos vemos mañana.

Mouse colgó, sintiendo los carámbanos que bajaban por la línea. Nunca había visto a su abuela así antes, ni siquiera en lo peor de sus propios problemas con el asesinato de Anthony Jackson. Se encogió de hombros, esperando tener razón al no darle importancia.

Connection ya estaba cerrada cuando Kat llevó a todos de vuelta a la oficina, así que Sue se dirigió hacia su coche después de prometer llamar a Kat a la mañana siguiente.

Kat declinó la invitación que Sue le hizo para que cenara con ellos esa noche; el largo vuelo la había agotado, así que tenía la intención de acostarse temprano.

Kat le dio un beso.

—Es un placer verte, Sue, de verdad. Me mantendré disponible todo lo que pueda durante la semana que estés aquí para que Martha te conozca bien, y quizás puedas tenerla para ti sola hacia el final de la semana, llevarla de paseo o algo así. Una vez que se sienta cómoda contigo, estará bien.

—Eso sería maravilloso —Sue sonrió. Acarició la mejilla de Martha—. Es tan hermosa, una bebé de la que estar orgullosa.

Sue puso el coche en marcha y se despidió con la mano mientras se alejaba.

Kat se dio la vuelta y caminó hacia su propio coche, luego condujo a casa. Había sido un día inquietante; se había llevado muy bien con su ex suegra, pero había estado presente una incomodidad todo el tiempo. Quizás tendrían que hablar de Leon más pronto que tarde, para quitarse el tema de encima.

Ni siquiera habían mencionado la muerte de Alan el día que habían enterrado a Leon en Canadá. Se maldijo a sí misma: eso debería haber sido una prioridad, hacerle saber a Sue cuánto había querido a Alan.

Llegó a casa y sacó del maletero las flores que había planeado poner en la tumba de Craig Adams, pero ¿cómo podría haberle explicado a Sue que Craig era posiblemente la primera de las víctimas de asesinato de Leon? No podía.

Carl no estaba en casa, y ella se sentó en el suelo con Martha, jugando con juguetes. Martha estaba gateando, pero de una manera extraña en la que la mayor parte de su peso estaba en una rodilla. Hizo reír a carcajadas a Kat, pero Martha continuó practicando, sin hacer caso a su insensible mamá.

Kat bañó a Martha, le dio su último biberón y la acostó.

Luego llamó a su madre.

Era obvio por la conversación forzada que Enid no sabía qué decir, hasta que al final, Kat le dio las buenas noches y le dijo que la llamaría al día siguiente.

Tessa y Hannah se fueron a casa alrededor de las cinco, pero se llevaron trabajo. Habían hecho listas de personas que tenían algún tipo de vínculo, por mínimo que fuera, con Orla, y se llevaron las compilaciones para elaborar su estrategia para las nuevas entrevistas.

Trabajaron hasta tarde en la noche, cada una alimentada por una botella de vino. Pero ambas tenían un plan exhaustivo que esperaban que revelara algo, por pequeño que fuera, que no hubieran captado la primera vez.

Sue llegó a Connection antes de las once y se decepcionó al ver que Martha no estaba allí.

Kat sonrió ante la mirada abatida en el rostro de Sue.

—Rara vez viene a trabajar conmigo. Mamá y papá la tienen la mayoría de los días por ahora, pero cuando empiece a caminar irá a la guardería durante el día. No puedo esperar que dediquen su jubilación a criar a una niña, no sería justo. En fin, ¿puedo presentarte a la abuela, también conocida como Doris Lester? Es la abuela de Mouse, pero yo la he adoptado como mía. No podríamos arreglárnoslas sin ella.

Sue dio un paso adelante, con la mano extendida.

—Encantada de conocerte, Doris. Kat te ha mencionado cuando hemos hablado por teléfono.

Doris sonrió y esperó que no se notara en su rostro que era una sonrisa forzada. Las chicas

siempre le decían que algunas de las cosas que decía y hacía no se reflejaban en sus ojos y en su cara. Doris estrechó la mano que le ofrecían, pero luego se sintió culpable. Sabía que estaba juzgando a esta mujer injustamente; Leon había resultado ser malvado, pero no por culpa de ella.

—Lamento mucho la muerte de tu marido, Sue —dijo—. Yo también soy viuda, y ese sentimiento de vacío puede durar mucho tiempo.

—Es una de las razones por las que decidí venir aquí —Sue se sentó en el asiento frente a Doris—. Su muerte no fue inesperada. Sufría insuficiencia cardíaca, necesitaba un triple bypass, pero su salud no le permitía operarse. Sabíamos que no le quedaba mucho, así que le conseguí una silla de ruedas y disfrutamos nuestros últimos meses saliendo a dar largos paseos, viendo amigos y cosas así. Creo que enterrar a Leon fue demasiado para él, pero se fue en paz, durante una siesta. Se sintió extraño viajar sola hasta aquí, porque nunca había pasado por un aeropuerto yo sola, pero lo logré.

—No recuerdo la última vez que fui a un aeropuerto —dijo Kat—. Creo que es hora de que me tome unas vacaciones, en algún lugar muy cálido.

—Hace frío en Canadá ahora, pero serás bienvenida en verano, cuando puedas broncearte.

Doris se sintió un poco más cómoda mientras charlaban, y reconoció que había juzgado a Sue injustamente. Esta mujer debió haber pasado por un infierno, sabiendo que Leon era un asesino, un traficante de drogas y todo lo demás que la ley le habría echado en cara si lo hubieran atrapado vivo; pero no lo hicieron. Morir por una bala de la policía había sido su final, y Sue había tenido que lidiar con eso también, seguido de la muerte de su marido.

Kat decidió terminar por el día y llevar a Sue a ver a sus padres, junto con Martha. Esperaba que Sue aún estuviera con ella cuando regresara a casa, y conociera a Carl.

Era importante que Sue conociera a Carl; Kat sentía que su ex suegra tenía que saber que Martha sería querida y cuidada por su nuevo padre.

Hannah y Tessa se encerraron en el despacho de Tessa y compararon listas. Hannah añadió el nombre de Lucie Davison, el único que era extra en el registro de Tessa al suyo propio.

Planearon la ruta que tomarían para poder entrevistar a todos, junto con las personas que realmente habían proporcionado coartadas para ellos. Iban a ser unos días largos, sin duda.

Decidieron que Andy Harrison tenía que ser el punto de partida. Significaba un viaje a Manchester para hablar con su jefe y compañeros de trabajo; su coartada había sido confirmada por teléfono la primera vez, pero sabían que todo tenía que ser en persona, y no se podía pasar nada por alto. Pero primero tenían que ver al propio Andy.

No estaba contento de ver a las dos mujeres en la puerta, pero las dejó entrar en el salón y se sentó. No hubo ofrecimiento de bebida; Tessa y Hannah se dieron cuenta de que estaba de mal humor, que empeoró cuando se dio cuenta de que una vez más estaban comprobando su paradero la noche del asesinato de Orla.

—¿Cuántas veces más tengo que decirles que estaba en mi oficina? Salí alrededor de las seis, vine a casa con mi mujer, salí cinco minutos para comprar una botella de vino para cenar, y luego me fui a la cama. Tuvimos sexo, si es que necesitáis saberlo. Pensábamos que Orla estaba a salvo con Emily en Hope, porque la tonta chica no quiso esperar a que yo volviera a casa para llevarla. Por lo que sabemos, fue directamente del trabajo, para caminar por la carretera principal. Yo no estaba aquí, se tarda una buena hora en llegar aquí desde Manchester a esa hora de la noche, como bien sabéis, y todos mis colegas pueden dar fe de ello.

—¿Dónde está tu mujer, Andy?

—Dormida. Aún no se ha despertado. Parece que no puede enfrentarse al mundo en este momento.

—Nos gustaría verla.

—Haré lo que pueda —dijo, y subió las escaleras furioso. Realmente estaba de muy mal humor.

El pelo de Marnie estaba alborotado, y sus ojos apenas abiertos.

Andy la ayudó a sentarse y le preguntó si quería un café. Ella asintió sin hablar.

—Marnie —dijo Tessa suavemente—, cuando Andy llegó a casa la noche que mataron a Orla, ¿qué llevaba puesto?

—Su traje gris claro —dijo, tras pensarlo un momento.

—¿Estaba mojado? ¿Embarrado?

—No, tenía algunas gotas de lluvia en los hombros por correr desde el coche hasta aquí, pero eso era todo. ¿Por qué?

—Estamos intentando descartarlo de una vez por todas —dijo Tessa—. ¿No tenía barro encima?

—No —Marnie sonaba más despierta—. No, no lo tenía. Me habría dado cuenta, porque Andy siempre va impecable. Por eso noté las salpicaduras de lluvia en sus hombros, normalmente va perfectamente vestido. Definitivamente no estaba cubierto de barro por asesinar a mi hija y tirarla a un río desbordado. Por Dios... —Y rompió a llorar.

Andy volvió con un café para su mujer y las miró con furia.

—¿Ya estáis contentas? Por favor, marchaos. Si me necesitáis de nuevo, iré yo a veros. Solo tenéis que llamar. No quiero que estéis aquí alterando más a Marnie. Tened un poco de consideración con nuestros sentimientos, por Dios. Acabamos de perder a nuestra hija.

Se levantaron y Tessa dijo un suave "Gracias por vuestro tiempo" antes de irse.

Llegaron al coche sin hablar, subieron y se recostaron, suspirando.

—Eso ha ido bien, ¿no? —dijo Hannah, y giró la llave de contacto.

—Conduce, Hannah, conduce —dijo Tessa, sabiendo que Andy Harrison no era más culpable que ella. Sentía que siempre lo había sabido, simplemente estaba creando un perpetrador estereotípico: el padrastro siempre era el culpable.

—Vamos a terminar con Manchester —dijo—, y tachemos a Andy Harrison de nuestra lista. Las dos sabemos que no lo hizo, ¿verdad?

—Nunca pensé que lo hubiera hecho, pero tenemos que seguir todas las pistas. Estaba realmente cabreado con nosotras, ¿no?

—Un poco.

—Desde mi punto de vista —dijo Hannah—, estaba muchísimo más que un poco.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

—Cuando Andy nos dijo que iba a casarse, todos lo tomamos a broma. Dijimos que era porque la novia tenía una dama de honor preciosa, e hicimos todos los chistes típicos sobre padrastros e hijastras, pero todos podíamos ver lo que sentía por Marnie —Dan Egerton, el jefe de Andy, negó con la cabeza—. Era un hombre que disfrutaba de su propia compañía, no se relacionaba con los demás a menos que no tuviera elección —me refiero a cosas como la cena de Navidad y las actividades de formación de equipo que hacemos de vez en cuando—, así que cuando conoció a Marnie y se volvieron inseparables, nos sorprendió a todos. Pero, inspector Marsden, no es un asesino. No conozco a muchos hombres que sean demasiado decentes para su propio bien, pero Andy lo es. Se había incorporado recientemente a nuestra empresa cuando se finalizó su divorcio, pero se lo había guardado para sí. Solo me lo contó porque había puesto a su hermana como contacto de emergencia, en lugar de a su mujer. Dijo que su esposa había encontrado a alguien nuevo, alguien que no trabajaba a todas horas.

—¿Y él sigue trabajando muchas horas? —preguntó Tessa.

—Lo hace, pero sale de aquí a las seis todas las noches. Nunca antes, pero le gusta estar en casa entre las siete y las siete y media. No tiene intención de perder a esta esposa por demasiadas horas en el trabajo. Por supuesto, no ha venido a trabajar desde que murió su hijastra.

—Entonces, la noche que mataron a su hijastra, ¿se fue a su hora habitual?

—Así es. Fue al día siguiente cuando hizo lo impensable: se marchó de una reunión crucial alrededor de las cuatro, y salió disparado hacia casa. Fue cuando Marnie le llamó para decirle que Orla había desaparecido.

Hannah estaba tomando notas, pero era consciente de que eran palabras repetidas de su primer contacto telefónico con los compañeros de trabajo. Esperó hasta que Tessa se puso de pie, y luego la siguió. Agradecieron a Dan Egerton y pidieron indicaciones para llegar al escritorio de Andy. Parecía que tenía un rincón en la zona de planta abierta; solo Egerton tenía un despacho y secretaria propios.

Era una sala grande, y pasaron tiempo hablando con todos los hombres y mujeres, pero cada uno les contó la misma historia: Andy era un hombre de familia devoto, salía a la misma hora todas las noches y parecía vivir solo para su esposa e hijastra.

Una vez de vuelta en el coche, Tessa y Hannah se detuvieron unos minutos para comentar lo que habían escuchado. La opinión general era que Andy Harrison debería ser eliminado de la lista de sospechosos, su coartada nunca se rompería ni en un millón de años. Simplemente no tenía tiempo para matar a Orla French, ni siquiera cuando salió a buscar la botella de vino.

Hannah arrancó el coche.

—¿Adónde vamos ahora, jefa?

—Lo dejaremos por hoy, pero creo que nuestra próxima parada tiene que ser el reverendo Barksworth, ¿no crees? Luego veremos si Emily está en casa, y con suerte Paul. Eso se encargará de mañana. Al menos hemos terminado con la parte de Manchester. El resto de las entrevistas son bastante locales en Castleton.

—Excepto por el obispo —le recordó Hannah con una sonrisa.

—Creo que podemos prescindir de él. Debe haber habido otros clérigos allí que puedan dar fe de la asistencia de Steve y confirmar su llegada y salida. Él es otro del que sé que no la mató, pero eso no puede influirnos. Tenemos que hacer esto exactamente bien, Hannah, y para ser honesta, si eso significa entrevistar a un obispo, que así sea —Tessa hizo una pausa—. Preferiría no hacerlo, eso es todo. Lo confirmamos con un vicario, pero necesitamos más que eso.

—¿Te da miedo el obispo?

—Claro que no. Me da miedo hacer lo incorrecto, no conocer el funcionamiento de la iglesia y cosas así, pero no le temo al cargo. Después de que hayamos completado nuestras comprobaciones en este caso, el resto será pan comido.

—Sí, eso esperas —Hannah se rio—. Alguien está mintiendo, no lo olvides. Y no tenemos ni idea de quién demonios es.

Sue estaba abrazando a Martha antes de que la bebé fuera llevada rápidamente a su habitación cuando Carl entró por la puerta principal. Colgó su abrigo y entró en el salón.

—Hola —dijo—, supongo que eres Sue —se inclinó para besar su mejilla a modo de saludo y luego besó la cabeza de Martha mientras estaba cerca, porque le gustaba besar la cabeza de Martha—. Obviamente tienes el toque mágico, está casi dormida.

Sue sonrió a Carl.

—Kat está en la cocina metiendo algo en el horno. Yo pude acurrucar a esta encantadora. Es un placer conocerte, Carl. Kat me ha contado mucho sobre ti.

Carl la miró y pensó en lo hermosa que era. No era de extrañar que Leon tuviera ese aspecto tan atractivo y oscuro.

—Siempre cuidaré de ambas, ¿sabes? —dijo—. Nunca tendrás que preocuparte por eso.

Ella inclinó la cabeza en reconocimiento.

—Lo sé. Carl, no debe haber ninguna incomodidad en esto. Kat y Leon ya no están juntos, y aprecio totalmente que ella esté siguiendo adelante con su vida. Leon era un hombre complejo, malvado en muchos aspectos, pero amaba a Kat y ella lo amaba a él. Él destruyó eso, no Kat. Les deseo mucha felicidad a ambos, y espero con ansias mi invitación a vuestra boda.

—La enviaré personalmente —sonrió—. ¿Estás bien con Martha o debería llevarla a la cama?

Sue miró a su nieta.

—Oh, dejémosla diez minutos más, ¿vale? Ve a ayudar a Kat, yo estaré bien con la pequeña.

Doris estaba bastante parecida a Martha. Los ojos casi cerrados, su bebida de elección casi vacía. La principal diferencia era que su bebida era un agradable Châteauneuf du Pape. Doris no tenía energía para rellenar la copa, así que permaneció relajada, con el libro resbalando de su rodilla. La chimenea emitía mucho calor, y a pesar del contratiempo de Ewan Barker, se sentía en paz.

El buzón sonó y lo ignoró. No quería otro folleto de un restaurante chino para llevar en Matlock; pensó que probablemente sería una comida fría para cuando llegara a su casa. El libro cayó al suelo y lo dejó ahí. Sus ojos se cerraron y no volvieron a abrirse durante una hora.

Cuando lo hicieron, se fijaron en el reloj, y supo que tendría dificultades para conciliar el sueño cuando se fuera a la cama. Quizás otra copa de vino ayudaría... Cogió la copa casi vacía y

se levantó, dirigiéndose a la cocina.

Para llegar a la botella de vino tenía que atravesar el pasillo y vio un sobre blanco en la alfombrilla. Aún no era finales de noviembre, pero las felicitaciones navideñas parecían estar llegando. Se agachó para recogerlo y continuó hacia la botella de vino.

Se sirvió una generosa copa, luego abrió la puerta de la nevera, contemplando su contenido. Nada exótico. Suspiró. Empezaba a parecerse a la nevera de Mouse. Claramente necesitaba hacer una buena compra, pero mientras tanto Doris se conformaría con queso y galletas para su tentempié de la cena.

Puso todo, incluido el sobre, en una bandeja y lo llevó al salón, colocándolo en la mesita auxiliar. Echó un poco más de leña en la chimenea, comprobó en qué página se había quedado de su libro y se acomodó de nuevo en el sofá.

Leyó mientras daba cuenta de su sabroso tentempié nocturno, y cuando fue a coger la copa de vino para acompañar las galletas, se acordó del sobre. Solo ponía Doris en el anverso, con una letra que no reconocía.

Lo cogió con una sonrisa. Intentó adivinar cuál de sus amigas amantes de la Navidad habría estado repartiendo sus tarjetas a estas horas de la noche, ansiosa por que comenzara la temporada festiva. ¿Quizás Frances? No la conocía desde hacía mucho, solo desde que se mudó a Little Mouse Cottage, pero charlaban casi todos los días ya que vivía a tres puertas y siempre se cruzaban. Además, Doris no sabía cómo era su letra... Sí, Doris Lester, pensó, esas cualificaciones y cursos están dando sus frutos.

Excepto que no lo estaban haciendo.

No era una felicitación navideña. En el anverso ponía Te echo de menos y dentro decía mucho más. Estaba firmado por Ewan, y debajo de su nombre había escrito Por favor, no me apartes. Me encantaría volver a verte.

Sintió un escalofrío recorrerla mientras leía las palabras, y se inclinó para tirarlo al fuego. En ese momento el miedo desapareció y se detuvo. Volvió a meter la tarjeta en el sobre y lo guardó en su bolso. Sus dos compañeras necesitaban verlo; esto era el resultado de un caso de Connection, y como tal tenían que ser informadas.

Le preocupaba más que Ewan hubiera estado frente a su puerta, a tan solo tres o cuatro metros de ella, y no lo hubiera percibido, ni lo hubiera sabido. Se movió rápidamente hacia el pasillo y echó el cerrojo.

Hizo lo mismo con la puerta trasera, y recorrió la planta baja, cerrando todas las cortinas y bajando todas las persianas. Por fin se sintió segura.

Doris se dejó caer de nuevo en el sofá, bebió la mitad de la copa de vino y cogió su teléfono.

—Hola, Kat. ¿Estás ocupada? —dijo.

—No realmente. Sue está aquí, y estoy preparándonos algo de comer. Está en el salón con Carl, y están charlando como si se conocieran de toda la vida. ¿Pasa algo? —respondió Kat.

—No estoy segura. ¿Estarás en la oficina mañana? Sé que querías mantener el trabajo al mínimo con Sue aquí, pero pensé en comprobarlo...

Kat conocía a Doris lo suficiente como para percibir problemas.

—Estaré allí. Le preguntaré a Sue si puede cuidar a Martha. Les di unos días libres a mamá y papá porque Sue estaba aquí, así que no están disponibles. Se han ido al Distrito de los Lagos para descansar. Si Sue tiene algo planeado, llevaré a Martha conmigo. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Es algo que necesito comentar con las dos, y con Martha si va a estar allí.

—Entonces te veré mañana. Nan... si hay algún problema...

—Estoy bien, Kat. De verdad. Buenas noches, que Dios te bendiga. Ah, no voy a llamar a

Mouse esta noche. Sé que estará allí por la mañana, tendrá que dejar de lado este plan de Manchester durante media hora.

Colgaron y Kat llevó las bebidas al salón, con una expresión preocupada en todo su rostro.

—¿Algún problema? —preguntó Carl.

—No estoy segura —admitió. Colocó la bandeja en la mesa de centro y repartió las copas de vino—. Era Nan. Quería saber si estaría en la oficina mañana. Algo va mal, lo sé. Lo siento, Sue, tendré que ocuparme de esto antes de que podamos ir a ninguna parte.

—¿Qué pasa con Martha? —preguntó Sue—. Me encantaría sacarla, pero eso depende de ti. Si hay un problema en Connection, puedes quedarte todo el tiempo que necesites sin preocuparte por nada.

—¿Estás segura de que estarás bien con ella? —Kat parecía preocupada.

—Por supuesto que sí. Incluso he dominado el cochecito. Probablemente la llevaré a Bakewell, daremos un paseo por el parque. Mientras tenga comida para ella y pañales, estaremos bien. Este será mi agradecimiento, Kat, por todo lo que has hecho por mí.

Kat sonrió.

—No he hecho nada que no hiciera de buena gana. Eres bienvenida aquí cuando quieras, lo sabes. Y la próxima vez tienes que quedarte con nosotros, no en un hotel. Le prepararé una bolsa, y muchas gracias. Necesito estar en el trabajo sobre las nueve...

—Kat, deja de preocuparte —dijo Sue—. Estaré aquí sobre las ocho y media, puedes darme todas las instrucciones entonces. Estoy deseando que llegue, es mucho más de lo que podría haber esperado.

—Pero eres su abuela. Por supuesto que habría fomentado que la conocieras mejor. Y estoy segura de que os llevaréis de maravilla mañana. ¿Puedes traerla de vuelta sobre las cinco, para que pueda bañarla y acostarla para dormir a las siete?

—Ni un minuto más tarde —prometió Sue.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

A la mañana siguiente, el sol asomaba tímidamente. Sue cargó el cochecito en el maletero y observó cómo Carl trasladaba la sillita del bebé de su coche al de ella. Metió la bolsa del bebé, que rebosaba, junto al cochecito, y luego cogió a Martha de los brazos de una Kat inquieta, que se esforzaba por no mostrar cómo se sentía.

Con la bebé y ella misma abrochadas, Sue se despidió con la mano y salió del camino de entrada a la carretera que bajaba por Eyam.

Carl rodeó a Kat con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Deja de preocuparte. Estarán perfectamente bien las dos, ya lo sabes. No te pones nerviosa cada vez que tus padres se la llevan, así que no hay motivo para hacerlo con Sue.

—Pero Martha conoce muy bien a papá y mamá, probablemente mejor que a mí. Solo ha visto a Sue un par de veces. En fin —se encogió de hombros—. No puedo hacer nada al respecto.

Levantó la cabeza y Carl la besó.

—Vamos a trabajar —dijo ella—, y a esperar con ganas a las cinco de esta tarde.



Doris ya estaba en la oficina cuando llegó Kat, con una cafetera llena esperando. Notó que Kat estaba de mal humor.

—¿No está Martha?

—No, no está Martha. Ha salido con Sue para pasar el día.

—Eso explica tu cara de pena. ¿No estás contenta con eso?

—Estoy perfectamente contenta con Sue, es por Martha. No conoce realmente a Sue, y no quiero que se porte mal. Estoy siendo tonta, ¿verdad?

—Estás siendo madre. Deja de preocuparte. Sue crió a Leon en sus primeros años sin llegar a matarlo, y me imagino que era un buen chico hasta que descubrió lo que el dinero podía hacer por ti. Pero esa parte no fue culpa de Sue, fue todo cosa de Leon. Así que confía en ella, pasarán un día estupendo.

Kat agitó la mano como si estuviera irritada consigo misma.

—Oh, sé que tienes razón, mi sabia amiga. Lo dejaré en un segundo plano. ¿Está Mouse aquí?

—Todavía no. Esperaremos, o tendré que repasar todo dos veces.

Se sentaron en el mostrador de recepción, y Doris preparó algunas bebidas.

—¿Galleta?

—No, gracias, Nan. Estoy intentando perder algo de peso antes de Navidad para poder darme un atracón.

—¿Es eso sensato?

—Eminentemente.

—Vale. Entonces no querrás el bizcocho de café y nueces que he hecho para que te lleves a casa.

—¡Nan! Eso no es justo. Estaré gorda como una vaca para Navidad en lugar de esbelta y preciosa.

Doris sonrió.

—Me lo llevaré de vuelta a casa...

—¡No! Está bien. Me las apañaré. Y Carl también. Nos las arreglaremos.

—Bien —el tono de Doris era seco—. Me lo imaginaba.

La campana sonó cuando Mouse entró, llevando un vaso de viaje con café.

—¿Habéis empezado sin mí?

—Solo en la discusión sobre el bizcocho de café y nueces —dijo su abuela—. ¿Tú también vas a decir que no?

—Ni de coña. Me comeré también el de Kat si ella ha dicho que no.

—¡Eh, he dicho que sí!

—Vale. Hay uno para cada una, no más peleas, niñas.

Mouse se detuvo en la puerta de su despacho.

—¿Estamos aquí a esta hora indecente por alguna razón?

—Sí. Necesito mostraros algo a las dos. ¿Podemos ir al despacho de Kat y cerrar la puerta exterior un momento?

Doris colocó el sobre blanco en el centro del escritorio de Kat. Todas lo miraron fijamente, incluida Doris.

—Pone Doris —dijo Mouse.

—Es porque lo metieron por debajo de mi puerta anoche. Creo que sobre las ocho y media, pero no puedo estar segura. Podría haber sido un poco antes. Me quedé dormida antes de ir a recogerlo. Cuando lo oí llegar, supuse que era un menú de comida para llevar. Cuando fui a por él, pensé que era una tarjeta de Navidad adelantada, aunque no reconocí la letra.

Kat se acercó y cogió el sobre. Sacó la tarjeta y la leyó. Sin decir nada, se la pasó a Mouse.

—Antes que nada, tengo que deciros que no me asusta —dijo Doris—. Me inquietó que estuviera fuera de mi casa sin que yo lo supiera, y sí, me ha mantenido despierta casi toda la noche, pero me preocupa más que pueda acercarse a vosotras dos también, y Kat no tiene un cinturón negro.

—No necesito un cinturón negro para darle una patada en los huevos.

Doris se rió.

—Ya lo sé, cariño, pero ¿por qué deberías tener que hacerlo? Su conexión es conmigo, no con vosotras dos, pero necesitáis estar en guardia. Iba a ocuparme de esto yo sola, pero me di cuenta de que sería una tontería. Vosotras dos necesitáis saber que se ha puesto en contacto, para que estéis alerta todo el tiempo.

—¿Cuál es tu próximo movimiento, abuela? —Mouse habló en voz baja, mostrando la ira en su rostro.

—Pensé en enviarle un correo electrónico, explicarle con palabras de una sílaba que no tengo contacto a sabiendas con hombres que golpean a mujeres, y pedirle que no vuelva a ponerse en

contacto conmigo. Ese es el primer disparo. Si vuelve a ponerse en contacto, si llega un correo electrónico en el que sigue queriendo verme, en lugar de tirar la toalla y retirarse, entonces iré por la vía legal de las órdenes de alejamiento y cualquier otra cosa que pueda encontrar. Tal vez incluso preguntarle a Tessa qué pueden hacer, si es que pueden hacer algo. Supongo que en realidad no ha cometido ningún delito.

Mouse se volvió hacia Kat.

—Ese hombre de la iglesia que cambió las cerraduras de tu casa después de que Leon entrase... ¿podemos traerlo aquí? Necesitamos mejor seguridad en la puerta principal, del tipo en que quien entre tenga que tocar un timbre y nosotros abramos la puerta desde recepción. Si puede ser muy eficiente y tener un lector de tarjetas, los tres podremos entrar fácilmente, pero nadie más. ¿Qué te parece? Tenemos que dar más protección a la abuela. Y no es solo por Ewan Barker, podría ser cualquiera entrando por esa puerta.

—Me encargo —dijo Kat—. Le diré a George exactamente lo que queremos. Esperemos que pueda hacerlo rápido. Iré a verle cuando terminemos.

—¿Qué hiciste, abuela, después de abrirla? —Mouse estaba claramente preocupada.

—Comprobé que todo estaba cerrado y atrancado, bajé las persianas, corrí las cortinas. Básicamente me atrincheré, terminé mi vino y me llevé el libro a la cama.

—¿Pusiste una silla bajo el pomo de la puerta del dormitorio?

Doris sonrió.

—Lo hice. Sé que era una tontería, pero pensé que si me sentía totalmente segura dormiría. No lo hice, pero en parte fue porque había dormido una hora o así durante la tarde. Mi mente no se apagaba. Intentaba pensar cómo detenerle, pero no se me ocurría nada. Al final me quedé dormida sobre las seis, y mi despertador sonó a las siete y media, así que si hoy me quedo dormida, dejadme —añadió con una risa.

—Abuela —Mouse sonaba seria—. Quédate conmigo esta noche, por favor. Sin discusiones, sin decir que estarás bien, sin mencionarme el cinturón negro. Insisto en que te quedes en el piso donde es seguro.

Doris sonrió.

—Ya lo había decidido. La bolsa de viaje está al lado de mi escritorio.

Kat paró en la pequeña tienda de comestibles y compró unas flores, luego se dirigió hacia el cementerio. Fue sin dudar a la tumba de Craig Adams, sacó las toallitas húmedas y limpió la lápida. Rezó una oración y colocó las flores en el pequeño jarrón que había bajado. Las flores no duraban mucho cuando las dejaba en un ramo sobre la lápida, así que ahora las ponía en agua.

Siempre sentía que debía disculparse con el joven; Leon lo había matado por una deuda de doscientas libras, y Kat sabía que cuidaría del lugar de descanso final de Craig por el resto de su vida. Su madre, sin coche propio, solo podía visitar de vez en cuando, y Kat había prometido que siempre tendría flores.

Se quedó un momento y luego se alejó, dirigiéndose hacia la iglesia. Entró y se arrodilló para rezar. Doris estaba en primer plano en su conversación con Dios.

Quince minutos después, Kat estaba llamando a la puerta roja brillante de la cabaña de George Mears, casi la última casa del pueblo.

—¡Kat! Qué agradable sorpresa. ¿Pasas?

—Si no estás ocupado, George, sí, por favor.

—Estoy limpiando la jaula del hámster. ¿Te van bien los hámsters?

Ella se rio.

—No tengo ni idea. Nunca he estado tan cerca de uno. ¿De qué tipo es? ¿Me comerá?

—No creo, mide unos quince centímetros de la cabeza a la cola. Come semillas, no Kats —bromeó.

La llevó a la sala de estar y ella vio al hámster en una jaula vacía que estaba al lado de lo que presumiblemente era su hogar habitual.

—Vaya. Es bastante extraño. Espero que Martha nunca quiera uno, se parece demasiado a una ratita. Me quedo con Tibby. ¿Tienes cinco minutos para charlar?

—Tengo todo el tiempo que necesites. ¿Qué ocurre?

Ella le explicó lo que querían, pero no mencionó nada sobre Ewan Barker, diciendo que preferían que los clientes pidieran permiso para entrar, en lugar de que entraran sin más.

—Puedo hacerlo por vosotros. ¿Y querréis tres tarjetas para que podáis entrar? ¿Es correcto?

—Así es. ¿Cuándo podrías hacerlo?

—¿Mañana por la mañana? ¿Habrá alguien allí?

—Sí. Probablemente serán Doris y Beth, no yo.

—Sin problema. Si no puedo conseguir uno hoy, os mantendré informados.

Ella se levantó.

—Muchas gracias, George. ¿Puedes hacer la factura a nombre de Connection, y no a mí? Te dejaré terminar con la limpieza del hámster. ¿Tiene nombre?

—Lo tiene. Se llama Héctor.

—Adiós, Héctor —dijo Kat al salir de la casa.

Era un buen paseo mientras volvía por el pueblo, y aunque hacía frío, disfrutó del ejercicio. Su mente estaba en Martha y Sue, y esperaba que estuvieran pasando un día estupendo. No se dio cuenta del pequeño Fiesta rojo de Ewan Barker que estaba aparcado en una calle lateral, con una vista clara de Connection más adelante.

Mouse estaba en su propio despacho, continuando con el papeleo que era una parte esencial del negocio con el que esperaba deslumbrar la semana siguiente. Doris estaba en recepción, incapaz de concentrarse en el trabajo. Estaba sentada leyendo su libro cuando Kat entró por la puerta.

—Una mañana perfecta —dijo—. Llevé unas flores a la tumba de Craig, luego fui un cuarto de hora a la iglesia. Necesitaba algo de paz. Finalmente subí a la cabaña de George donde conocí a un hámster llamado Héctor, pero lo más importante es que viene mañana por la mañana a instalar el nuevo sistema para nosotros. Si no puede conseguir uno tan rápido, me lo hará saber.

—Tiene un hámster que viene a instalar el nuevo sistema de cerraduras. Vaya, estoy impresionada.

—Vale, quizás no lo he expresado del todo bien.

—Me gustan los hámsters —dijo Doris—. Deberíamos tener uno en la oficina, como mascota.

—¿Podemos conformarnos con un pez de colores? Estoy segura de que dan mucho menos trabajo, y no parecen ratitas. George parecía estar tomándose muchas molestias limpiando la jaula. Nah, un pez es mucho más fácil.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

Tessa y Hannah pasaron la mañana repitiendo cada pregunta que le habían hecho a Steve Barksworth la primera vez.

No pudo decirles nada nuevo, aparte de dar los nombres de tres clérigos que podían confirmar que había estado en la Catedral de Sheffield desde las dos de la tarde hasta bien entrada la noche.

Fue un alivio tener los nombres; no serían necesarios viajes para ver a un obispo. Habían hablado con un vicario, el Reverendo Ashton, mientras intentaban averiguar si la coartada de Barksworth era sólida. Ashton había ratificado lo que Steve les había dicho, pero necesitaban más confirmación que la de una sola persona. Ahora tenían al Reverendo Kieran Michaels y al Reverendo Isaac Reece.

También habían hablado con Ruby Barksworth, quien había corroborado las palabras de su marido, pero añadió que podían creerla por encima de todos los demás, porque le encantaría verlo retorcerse mientras lo acusaban del asesinato de Orla. Sin embargo, había añadido, simplemente no lo hizo. No había estado allí en las horas que decían eran cruciales.

Volviéron al coche y Hannah se giró hacia Tessa.

—Una mujer infeliz, ¿verdad? —dijo Hannah.

—Desde luego. Creo que Steve Barksworth debería estar agradecido de que esté postrada en cama y dependa de él para pasar cada día, porque si estuviera en plena forma, se quedaría sin matrimonio y sin trabajo. Estaba hecha una furia, ¿no? ¿Te sentiste así con David?

—No, pero eso fue diferente. Yo había dejado de amar a David. Ella no ha dejado de amar a Steve Barksworth. Está dolida y no puede contener ese dolor.

Tessa suspiró.

—Probablemente tengas razón. Somos raros, ¿verdad?, los seres humanos.

Hannah sonrió y arrancó el coche.

—¿Hope? ¿Para los hermanos Carr?

—No, tenemos que entrevistarlos en el trabajo, creo. No estarán en casa hasta dentro de unas cuatro horas. Vamos a comer algo y luego vamos primero a por Emily Carr.

Emily miró fijamente a las dos policías, con expresión en blanco.

—Pero ya os he dicho todo lo que sé. ¿Qué más podéis querer?

—Estamos comprobando todo de nuevo. ¿Puedes conseguir que alguien te cubra, por favor?

—En realidad, es inconveniente. Mi relevo está en su descanso para comer.

—De acuerdo. Cierra todo como lo harías cuando te vas a casa por la noche. Coge tu abrigo, te llevaremos a la comisaría.

El tono de Tessa no admitía discusión, y Emily la miró fijamente.

—Veré si Lindsey está en el local.

En un minuto, Lindsey se había unido a ellas, y Tessa, Hannah y Emily se trasladaron a la pequeña habitación donde habían realizado la primera entrevista, antes de que la investigación realmente comenzara.

—Gracias por tu cooperación, Emily —comenzó Tessa.

—¿De verdad me habríais llevado a la comisaría? —Emily miró a las dos mujeres, con incredulidad grabada en su rostro.

—S?? —la respuesta no podía haber sido más clara—. Estoy aquí para repasar tu declaración, asegurarme de que no hay nada que hayas olvidado. Algo en lo que hayas pensado después. Sargento detective Granger, ¿puedes leerle a Emily su declaración, por favor?

Hannah lo hizo, mientras Tessa observaba a Emily en busca de cualquier reacción. Solo cuando Hannah llegó a la parte donde Emily decía que no conocía a ningún hombre con el que Orla estuviera saliendo, hubo una reacción. Muy leve, pero ahí estaba. Esperó hasta que Hannah terminó.

—¿Mentiste u omitiste decirnos algo, Emily? —dijo Tessa.

—No.

—¿Estás segura?

—No.

Hannah levantó la vista, sobresaltada.

—¿No estás segura? —Tessa presionó a la chica.

Un ligero encogimiento de hombros de Emily habló por sí solo.

—Cuéntamelo —instó a la joven—. No puede haber secretos en una investigación de asesinato. ¿Qué sabes que no nos has dicho?

—No es lo que sé, es más lo que vi —todavía había vacilación—. Fue verlos juntos, en la iglesia. Vi a Orla cambiar, solía vestirse bastante... recatadamente. Sé que es una palabra extraña, pero quiero decir que llevaba vaqueros y jerséis, vaqueros y camisetas, no era ostentosa, más bien... normal. ¿Sabes a qué me refiero?

Tessa asintió, pero no habló. No quería detener el flujo de palabras por si alguna pepita salía de Emily Carr.

—Orla empezó a llevar camisetas escotadas, vaqueros de tiro bajo, el vientre al aire, cosas así, durante todo el verano. Y él no podía quitarle los ojos de encima, el señor Todopoderoso Barksworth. La seguía a todas partes, pero ella lo alentaba. Está casado, y con una esposa muy enferma. ¿Cómo pudo hacerlo? —Salió casi como un lamento—. Nunca me dijo que estaba saliendo con él, pero era obvio. Desaparecían en la sacristía y salían con un aspecto... diferente. No sé cómo explicarlo. Un día le pregunté si se estaba acostando con él.

—¿Y? —dijo Tessa.

—Lo admitió. Hice algún comentario sobre que estaba tirando su virginidad por un hombre casado, y ella se rio y dijo que me había equivocado completamente. Ya había perdido su virginidad antes de acostarse con el vicario salido.

—¿No te cae bien? —preguntó Tessa—. ??? Es por su aventura con Orla, o por alguna otra razón?

Hubo una larga pausa.

—Me quitó la virginidad. Eso fue antes de que Orla empezara a perseguirlo. Me sedujo durante unos seis meses y al final cedí. Caí en sus bonitas palabras, me imaginé que realmente me quería. Ocurrió dos veces, y le dije que parara. Vi cómo Ruby me miraba y supe que ella lo sabía. No pude soportarlo. Orla no lo sabía, yo no se lo dije, y estoy bastante segura de que Steve

tampoco. Steve inmediatamente se pasó a Orla, y yo quedé en el olvido. Y antes de que preguntas, sí, dolió, pero no lo suficiente como para hacerme matar a mi mejor amiga. Y sé que estoy siendo hipócrita al criticarla por acostarse con un hombre casado cuando yo había hecho lo mismo con el mismo hombre casado, pero yo reconocí lo que era: algo malo y sórdido.

Emily negó con la cabeza.

—Aún seguiría pasando ahora, si... —Se secó una lágrima del ojo.

Hannah escribía frenéticamente, intentando seguir el ritmo de las palabras que brotaban a borbotones.

—¿Por qué no nos lo contaste antes, Emily? —preguntó Tessa con voz suave.

—Me daba vergüenza. Yo no maté a Orla, estaba en casa de mi madre esperando a que ella llegara esa noche terrible, no ahí fuera asesinandola. Deciros que me había acostado con Steve Barksworth no habría ayudado a nadie.

La puerta se abrió y una mujer alta de pelo oscuro se quedó en el umbral.

—¿Vais a tardar mucho más, Emily?

Tessa mostró su placa.

—Emily tardará lo que sea necesario, señora...

—Cartwright, Yolande Cartwright. Necesito que Emily vuelva a recepción para que Lindsey pueda hacer algo de archivo.

—De acuerdo, señora Cartwright —dijo Tessa—. Manténgase disponible porque cuando termine de hablar con Emily, que nos está ayudando a reconstruir lo que ocurrió antes de que una joven fuera brutalmente asesinada, también necesitaré hablar con usted.

—Me voy en diez minutos, así que tendrá que volver mañana.

Tessa suspiró.

—Sargento Granger, por favor, meta a la señora Cartwright en la parte trasera del coche y llévela a la comisaría de Chesterfield. Iré más tarde a tomarle declaración. Tendrás que volver a buscarme una vez que la hayas dejado en la sala de interrogatorios.

Cartwright palideció y empezó a balbucear. El resultado fue que volvi♦♦ a su despacho, Lindsey se quedó en recepción y terminaron su entrevista con Emily, sabiendo por fin que tenían la historia completa.

Yolande Cartwright, llena de aprensión por lo que esta mujer imponente diría a continuación, confirmó que Emily nunca se iba antes de las cinco, y después de consultar sus horarios dijo que había estado en el trabajo el día que Orla French fue asesinada. Añadió que Emily era recogida todos los días por su hermano, así que en realidad nunca salía del trabajo a las cinco, solía ser diez minutos más tarde ya que él terminaba a las cinco y tenía que lavarse antes de recoger a su hermana. Tessa le dio las gracias y se puso de pie.

—Su cooperación ha sido útil; estamos corroborando coartadas y usted ha sido muy informativa respecto a Emily. Confío en que esto no tendrá repercusiones para ella, no ha hecho nada malo y no tuvo elección sobre si hablar con nosotras o no. ¿Queda claro?

—Por supuesto —el tono de Yolande Cartwright era forzado, pero Tessa supuso que había captado el mensaje.

Tessa y Hannah salieron y se despidieron de Emily, diciéndole que iban a pasar a hablar con Paul.

—Por favor, no le llares, Emily —dijo Hannah—. No queremos que se ponga nervioso pensando en una segunda entrevista.

Emily sonrió.

—No lo haré. Y me alegro de habérselo contado. Según vuestra petición... instrucciones...

Paul y yo estaremos en Chesterfield mañana por la mañana para modificar nuestras declaraciones. Aunque la suya no necesitará modificaciones porque no sabe nada de Steve y de mí. Cogeré un autobús, haré un día de ello. Así solo uno de nosotros perderá un día de sueldo.

Tessa se rio.

—Vaya, no creo que pierdas sueldo por esto, pero avísame si lo haces.

Paul Carr no tenía nada que añadir a su primera declaración, y no le pidieron que se presentara en la comisaría. Sin embargo, decidió que pediría un día libre y llevaría a Emily a hacer su declaración. Hasta que atraparan a quien había matado a Orla French, no quería que su hermana saliera sola.

Tessa y Hannah comentaron los acontecimientos mientras estaban sentadas en el coche, ambas sintiendo que habían hecho suficiente. Habían hablado con las personas principales en la vida de Orla, confirmado horas y fechas, y ambas sentían que era hora de pasar a los personajes secundarios.

—Desde luego consigues que cooperen amenazándoles con llevarlos a Chesterfield —dijo Hannah con una risa—. Todo el mundo te tiene miedo. Menos mal que no te ven como yo, con la cara manchada de donut, o media botella de vinagre en una bandeja de patatas fritas.

—No seas descarada, jovencita. Llévanos de vuelta a la comisaría mientras yo organizo que envíen un coche a buscar a Steve Barksworth. Para ser un vicario, es un mentiroso bastante bueno, ¿no? Si no fuera por su mujer, me aseguraría de que lo retuviéramos toda la noche.

Y así el día pasó hacia la tarde, acercándose al éxodo general de oficinistas y trabajadores de fábrica a la hora mágica de las cinco. Connection había cerrado sus puertas a las cuatro y media, y Kat llegó a casa diez minutos después, lista para dar la bienvenida a Martha y Sue de vuelta de su aventura.

A las seis en punto, estaba completamente desquiciada.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

—¿Y si ha tenido un accidente? —dijo Kat, luchando por mantener la compostura. Carl había llegado a casa y la estaba abrazando. Esperaba que Martha y Sue hubieran vuelto cuando él llegó, pero no había rastro del coche de alquiler de Sue. Kat sonaba frenética a las cinco y media, y al principio Carl se había reído suavemente, pero pronto se dio cuenta de lo seria que estaba.

—¿Sigue apagado su teléfono?

—Sí, va directo al buzón de voz. ¿Qué hacemos, Carl?

Él se acercó al teléfono y marcó la central de Chesterfield. Habían recibido el aviso de un accidente de tráfico, pero no estaban involucradas una mujer negra mayor y un bebé. Carl llamó entonces a todos los hospitales, incluido el Hospital Infantil de Sheffield, pero no había ingresos de ninguna Susan o Martha Rowe.

—Vale —dijo—. Quédate aquí. Iré a Bakewell, al Parkside, a ver si está allí. Si no está, llamaremos a los refuerzos. Avisa a Doris y a Mouse, por si ven su coche por algún sitio.

El Parkside era un pequeño hotel de unas veinte habitaciones, y Carl subió los escalones de la entrada y entró en recepción. Había revisado el aparcamiento situado a un lado y detrás del edificio, pero no había visto rastro del coche de alquiler.

La recepcionista sonrió cuando se acercó al mostrador.

—¿Puedo ayudarle, señor?

Él mostró su identificación, y la sonrisa casi desapareció cuando ella se dio cuenta de que no estaba allí para reservar una habitación.

—¿Tienen alojada aquí a una señora Susan Rowe?

—Sí, se alojó con nosotros, pero se marchó esta mañana. Tengo entendido que regresaba a Canadá antes de lo previsto. Dijo que se encargaría de devolver el coche de alquiler a Jameson's.

Sintió que la sangre se le iba de la cara.

—Gracias —dijo, se dio la vuelta y corrió de vuelta a su coche.

Habló con Tessa de camino a Eyam, y ella llegó dos minutos después de que él llegara a casa. Ya había puesto en marcha los controles en los aeropuertos, y Dave Irwin, Ray Charlton y Fiona Ainsworth estaban todos volviendo al trabajo para monitorizar la información.

Mouse y Doris estaban allí, ambas con sus portátiles. Mouse estaba en la mesa de la cocina, sus dedos volando sobre el teclado. Doris estaba en el salón, tratando de apoyar a una Kat desconsolada.

Carl entró, y Kat se levantó, moviéndose rápidamente hacia él. La abrazó, le acarició el pelo, pero no pudo decir nada. Quería matar a Sue Rowe.

Tessa llegó con la noticia de que Sue no tenía reserva en ningún vuelo a ninguna parte del mundo, y mucho menos a Canadá.

—Está en algún lugar de este país, y hemos contactado con la empresa de alquiler de coches para ver si lo ha devuelto. No lo ha hecho, así que al menos podemos difundir esa matrícula por todas partes. Kat, puedes consolarte con el hecho de que no puede sacar a Martha del país, ya que Martha aún no tiene pasaporte. Todos los puertos están alertados, y las estaciones de tren hasta donde podemos. Desde luego no llegará al continente en tren, porque hemos bloqueado esa vía.

—¿Y si se fue en cuanto salió con Martha esta mañana? —El rostro lloroso de Kat se volvió hacia Tessa—. Ya podría estar en el continente.

—Kat, en estos gloriosos días del Brexit, no va a ir a ninguna parte sin un pasaporte para ese bebé. La encontraremos por ti. ¿Tiene suficiente leche para Martha?

—Eso no importa, ¿verdad? Ella sabe lo que tiene, y puede comprar más.

—Piensa en esto, Kat. ¿Te está haciendo pagar por haber expuesto a Leon?

La habitación quedó en silencio.

El labio inferior de Kat tembló. No podía concentrar sus pensamientos.

—Yo... supongo que sí. Nunca ha dicho nada, nunca, sobre culparme, pero eso no significa que no lo esté pensando. Pero ¡Leon está muerto! Seguramente no está planeando lo mismo para Martha. —Sus ojos se abrieron de par en par cuando las implicaciones de la pregunta de Tessa se hicieron evidentes.

—No, claro que no —Tessa intentó calmar a su amiga—. Es la abuela de Martha. No le hará daño. Probablemente sea a ti a quien quiere herir.

Sue estaba sentada en el banco del parque, observando a la bebé mientras dormía en su cochecito. Dedicó un breve pensamiento a Kat, que sabía que debía estar frenética a estas alturas, y sonrió. Gracias a Kat, ella había pasado meses preguntándose dónde estaba Leon, sin saber si volvería a verlo. Kat solo llevaba dos horas sintiéndose asustada, ni de lejos el tiempo suficiente.

Sue sacó su teléfono y lo miró. Destrozado, la pantalla un sinfín de pequeñas grietas. Se alegraba de haber traído el viejo, sabía que en algún momento tendría que romperlo, y su reluciente teléfono nuevo no podía ser parte del sacrificio. Había llamado a la empresa de alquiler de coches para decir que el coche no arrancaba, y luego en medio de decir dónde estaba, había dejado caer deliberadamente el teléfono y cortado la llamada. La pequeña roca había destruido la pantalla. Les llevaría tiempo encontrarla, incluso con el localizador del coche activado.

Había reservado un día para hacer pagar a Kat, para hacerla temer por la vida de su hija, pero Sue no tenía intención de que se presentaran cargos contra ella. Tenía una historia de retraso, de no poder contactar con Kat para decírselo porque el número de Kat estaba en el teléfono estropeado y ya no podía acceder a . Oh, qué tonta, diría, nunca pensé en usar las páginas amarillas para el número fijo.

Sue se puso de pie, levantó con cuidado a Martha del cochecito y la colocó suavemente en el asiento del coche. Se movió y agitó los brazos, y luego volvió a dormirse. Estaba alimentada y cambiada, y Sue sabía que la niña estaría bien. La envolvería con la manta del cochecito para mantenerla caliente, y Martha dormiría hasta que finalmente fuera devuelta a su llorosa mamá.

Sue calculó que si la gente del alquiler de coches aparecía en los próximos quince minutos, podría tener a Martha en casa antes de las diez. Para entonces, Kat estaría a punto de gritar, como lo había estado Sue cuando alguien pensó en llamarla para decirle que Leon estaba muerto, dos días después del hecho.

Abriendo su bolso, Sue sacó dos de las pastillas que su médico había insistido en que necesitaba. Al borde de una crisis nerviosa habían sido sus palabras al escribir la receta. Se las

tragó usando el resto de su agua, y luego observó cómo el coche se detenía frente a ella.

A los empleados del alquiler de coches solo les llevó un minuto reconectar el cable de la batería que se había aflojado, lo que a ella solo le había llevado un minuto aflojar, y le preguntaron por qué la policía se había puesto en contacto con ellos por el coche. Ella dijo que debería haber vuelto a las cinco, y que su hija estaba preocupada por ella, pero que ya se había puesto en contacto, así que todas las preocupaciones se habían resuelto.

Le sorprendió bastante que la creyeran, pero le desearon alegremente buenas noches, dijeron que se iban a casa y no volvían a la oficina, y ella les dio diez libras a cada uno por las molestias.

Eran las diez y diez cuando entró en el portal de Kat, y enseguida se vio rodeada por agentes de policía.

Las lágrimas brotaron con facilidad. Les mostró su móvil, cuya pantalla rota contaba su propia historia de ser un objeto inservible.

Finalmente, Tessa despidió a todos los agentes, aliviada de que todo fuera un malentendido y que la pequeña Martha estuviera de vuelta donde debía estar, en los brazos de su madre. Sentía que debía reprender duramente a Sue Rowe, pero podía ver lo alterada que estaba, y reconocía el día horrible que debía haber tenido desde que anocheció, con un coche averiado y un teléfono destrozado, sin acceso a números de teléfono y dependiendo de que una empresa de alquiler de coches la encontrara.

Al final, todos se marcharon, dejando a Sue con Kat y Carl. Martha debería haber estado en la cama, pero Kat la llevaba en brazos, sin querer soltarla. Su miedo a no volver a ver a su hija había sido demasiado intenso.

Sue no paraba de disculparse.

—No pude hacer nada —dijo.

—Entonces, ¿por qué no pediste a los del alquiler de coches que nos llamaran? Sé que dijeron que se iban a casa, pero estoy seguro de que te habrían prestado un teléfono o nos habrían llamado si se lo hubieras pedido —espetó Carl.

—Tenía frío, estaba preocupada por mantener a Martha caliente porque en ese momento no podía arrancar el motor para calentarnos, y no pensaba con claridad. Quería volver aquí.

—Vale, otra pregunta, Sue —Carl sintió que no podía dejarlo pasar. Kat estaba en un estado terrible y él quería respuestas—. ¿Por qué te fuiste del hotel en Bakewell?

—Porque no me gustó. Reservé una habitación en el hotel del aeropuerto, donde me alojaré la noche antes de volver a casa. Les llamé y les expliqué que necesitaba dos noches extra, y me lo solucionaron. Lo hice anoche, y pensé que os lo contaría todo cuando trajera a Martha a casa esta noche. Esperaba que fuera a las cinco, no a las diez. Debéis saber que nunca dejaría que le pasara nada malo a esa niña, es la hija de mi Leon. Mi nieta.

—Vale, esto es lo que va a pasar, Sue. Te vas de aquí esta noche y no vuelves. Martha está fuera de tu alcance. Voy a subirla y acostarla, así que puedes darle un último beso antes de que lo haga. Luego puedes despedirte de Kat mientras yo hago eso. Depende de ella lo que te diga.

Carl cogió a la bebé dormida de los brazos de Kat, que se frotó los ojos enrojecidos.

—Gracias —susurró a Carl.

Kat salió con Sue y esperó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Buen viaje, Sue —dijo Kat—. No puedo perdonarte, aún no. Sé que algo no está bien. Puede que hayas engañado a la policía, pero a mí no me has engañado más de lo que engañaste a Doris y a Mouse. Y tampoco engañaste a Carl, ni por un momento. Hoy has hecho algo malvado. Vuelve a Canadá. Buenas noches, Sue —y se dio la vuelta para volver a la casa.

—¡Katerina! —llamó Sue. Ahora sabes exactamente lo que se siente al esperar noticias

de tu hijo, al tener la esperanza de que el niño siga vivo y lidiar con el dolor constante de no tener noticias. Tú me hiciste sentir ese dolor, y yo te lo he devuelto con creces. Necesitaba que tú también lo sintieras. No volveremos a vernos, Kat, voy a volver con mi marido y mi hijo. Te traje a Martha viva, tú me enviaste a mi hijo en un ataúd —escupió y salió del camino a toda velocidad.

Kat, aturdida por la ira y el horror de las palabras que Sue había vomitado, sintió que le daba vueltas la cabeza y se tambaleó de vuelta al interior.

—¡Carl! —gritó antes de que la oscuridad la envolviera.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Doris y Mouse escuchaban horrorizadas mientras Kat les contaba lo sucedido la noche anterior.

—Menuda arpía —dijo Mouse—, y parecía tan dulce y agradable. ¿Siempre ha tenido este lado desagradable?

—Antes pensaba que era un poco rara —dijo Kat—. A la semana de casarnos Leon y yo, se mudaron a Canadá. Bromeábamos con que no soportaba perder a Leon, pero ahora creo que quizás no era broma. En lugar de ver cómo construíamos una relación que se suponía duraría toda la vida, se llevó a Alan lejos. Él me dijo en la boda que le hubiera gustado conocerme mejor antes de hacer un cambio tan grande, pero Sue quería irse, y eso fue todo. Luego Alan tuvo el infarto poco después de llegar a Canadá, y ella se quedó sola, cuidándolo.

—Se merece todo lo que le pase —dijo Doris—. ¿Vas a tomar medidas ahora que sabes que todo estaba planeado?

Kat negó con la cabeza.

—No. Quiero que vuelva a Canadá, lejos de nosotros. Sabes, nunca entendí cómo Leon pudo volverse así, su actitud despreocupada hacia la ley, los asesinatos que cometió... pero supongo que esta semana ha mostrado exactamente de dónde venía. Pensaba que sus padres eran encantadores, qué equivocada estaba.

Martha, sentada en su silla de paseo y mordisqueando una galleta con sus cuatro dientes, sonrió a las tres mujeres, ajena al drama en el que había protagonizado un papel estelar. Levantó los brazos hacia su madre, y Kat la desabrochó.

—No puedo dejarla ahora mismo. Voy a tomarme el resto del día libre, pasarlo con Martha. Solo estaré en casa porque hace un tiempo horrible, pero me aseguraré de que todas las puertas estén cerradas, así que no os preocupéis.

—¿Puedo conseguir tu firma en este asunto de Manchester antes de que te vayas? —preguntó Mouse—. Está completo, así que puedo tomarme un par de días libres si me necesitas.

—Yo también —dijo Doris—. Avísame si hay algún problema, lo que sea.

Kat sonrió. Quería tanto a estas dos mujeres; la tenían totalmente cubierta.

—Estaremos bien, de verdad. Tengo la sensación de que Carl llegará temprano a casa, realmente no quería irse esta mañana. Sue no volverá, no tenemos que preocuparnos.

—¿Vuela de vuelta el lunes?

—Así es. Y si quiere algún tipo de acceso a Martha antes de entonces, la respuesta será no.

Las otras dos asintieron. La tranquila y callada Kat se había convertido en una especie de sargento, y sentían ganas de aplaudir.

—¿Crees que puedes deshacerte de Ewan por mí? —dijo Doris.

—Indícame la dirección correcta y llámame San Jorge, asesino de dragones —dijo Kat,

cogiendo un bolígrafo para practicar—. ¿Ewan te ha molestado de nuevo?

—No, no... No creo. Tal vez.

—¿Abuela? —Mouse y Kat dijeron la palabra al unísono.

—¿Sabes cuando tienes la sensación de que las cosas no están del todo bien, que están un poco desajustadas? Así es como me siento. Quizás sea por esa maldita tarjeta, es posible que el malestar se haya arrastrado desde entonces, pero...

—¿Pero no lo crees? —preguntó Mouse—. ¿Crees que te está siguiendo o algo así?

—Estaría loco 🐞🐞🐞 dijo Doris—. Solo se me acercó la última vez y acabó cojeando. Y la próxima vez usaría ambos pies. Seguramente no creyó que simplemente tuve suerte, ¿verdad?

—Abuela, esto no me gusta nada. La próxima vez podría tener un cuchillo o, Dios no lo quiera, una pistola. Entonces, ¿qué es lo que sientes? —preguntó Mouse.

Doris suspiró.

—No lo sé. Tal vez no sienta nada, tal vez solo sea una reacción. Me siento... invadida, como si estuviera ahí fuera observándome. Probablemente esté siendo una vieja tonta. —Su risa fue temblorosa—. Sabes, este acoso demuestra que Helen decía la verdad cuando dijo que sus acciones no son normales, y no lo eran hace tantos años. Estoy bien fuera de esto, ¿verdad?

—Vale —dijo Kat—, su coche es un Freelander gris metalizado, ¿no? Tenemos que estar atentas a él. Abuela, no te le acerques si lo ves, hablaremos con Tessa y veremos qué podemos hacer. 🐞🐞 Me estás escuchando?

—Sí, sí. Pero siguiendo con eso, no quiero que ninguna de vosotras se le acerque si lo veis. ¿Entendido? Sabemos lo violento que puede ser, y sabemos que el leopardo no cambia sus manchas, así que esta es una instrucción de que no os acerquéis a él. El triste hecho es que incluso si me está siguiendo —y se siente así— no está cometiendo un delito. No quiero tener que pedirle a Carl que le advierta, pero tal vez deberíamos hacerlo oficial esta vez.

Kat abrochó a Martha en la sillita y salió de Eyam en coche, esperando que Mouse y Doris no se dieran cuenta de que iba en dirección opuesta a su casa. Le apetecía dar una vuelta hasta Bradwell, quizás parar cerca de una pequeña vivienda llamada Little Mouse Cottage. No estaba segura de qué podría hacer si avistaba el Freelander, pero al menos sabrían que los presentimientos inquietantes de Doris eran acertados y podrían tomar las medidas adecuadas.

A los pocos minutos de partir, Martha se quedó dormida, así que cuando Kat llegó a Bradwell, giró a la derecha en la plaza del pueblo y subió por la carretera hacia la casita. Entró en el aparcamiento del Ye Old Bowling Green Inn, dio la vuelta con el coche y se quedó mirando hacia la carretera que pasaba junto a Little Mouse Cottage. Allí se sentía segura; si el coche de Ewan pasaba por la casita lo vería, pero él no miraría hacia arriba en dirección al aparcamiento, estaría demasiado ocupado negociando la curva cerrada de la carretera.

Pulsó el botón de reproducción y se acomodó para escuchar su audiolibro, vigilando la carretera. Martha seguía durmiendo, y Kat casi deseaba poder unirse a ella. No había sido una buena noche y se sentía cansada. La temperatura empezó a bajar y cubrió a Martha con una manta del cochecito. Rebuscando en la guantera encontró un gorro de lana y se lo puso, tirando de él bien hacia abajo sobre las orejas. El audiolibro sonaba algo amortiguado, pero no importaba. Se quedaría otra media hora y luego volvería a casa. No creía que fuera a morir congelada en treinta minutos.

El libro era bueno, y decidió que en realidad era bastante agradable hacer vigilancia. Solo un coche pasó por delante de la casita, un pequeño Fiesta rojo, y sonrió. Definitivamente ni siquiera emparentado con un Freelander.

Veinte minutos después, Kat se inclinó hacia delante para arrancar el coche y vio otro coche,

un pequeño Fiesta rojo, entrar en el aparcamiento.

—Vaya por Dios —dijo en voz baja, para no despertar al bebé que seguía durmiendo en la parte de atrás—, dos Fiesta rojos pasando por la casa de la abuela en una hora. Y son los únicos dos coches que he visto. Venga, Kat, espabila, hay algo raro en esto.

El coche se dirigió a la parte alta del aparcamiento, dio la vuelta y bajó de nuevo. Se detuvo a unos diez metros del coche de Kat, y el conductor apagó el motor y las luces.

En ese mismo instante, en la creciente penumbra del anochecer, las luces del aparcamiento parpadearon y se encendieron. Ewan salió del coche y Kat ahogó un grito. Subió por la cuesta y entró en el pub, que acababa de abrir sus puertas. Desapareció en el interior.

Kat se subió la capucha y se cubrió el gorro de lana, el pelo y buena parte de la cara. Luego sacó su móvil.

—Mouse, ¿dónde está la abuela?

—Poniéndose el abrigo. Estamos cerrando.

—Joder. ¿Puedes entretenerla un rato? Llévala al piso o algo así.

—Kat... ¿dónde estás? ¿Qué estás haciendo?

—Investigando. Está en mi descripción del trabajo.

—No has respondido a la primera parte. ¿Dónde estás?

—En el Bowling Green.

—¿Y?

—Y estoy en el aparcamiento. Solo hay dos coches, el mío y un pequeño Fiesta rojo. El otro conductor es Ewan Barker. Ha visto mi coche, pero no me ha reconocido, y en realidad no conoce mi coche. Espero que no, al menos. Puede que todo sea perfectamente inocente, quizás le guste comer aquí porque no olvidemos que solía vivir en Bradwell, pero parece raro que no esté en su propio coche. Estoy haciendo vigilancia.

—Estaremos allí en diez minutos.

Kat se quedó mirando el móvil que aún tenía en la mano.

—Qué maleducada —se dijo a sí misma—. Ha colgado.

Casi se sintió aliviada de que fueran a unirse a ella, porque en realidad no esperaba obtener ningún resultado, y simplemente no quería ir a casa. Su propia casa casi se sentía mancillada por las acciones de Sue, y Kat había disfrutado bastante escuchando el libro mientras Martha dormía.

Mantuvo la capucha puesta y esperó a que llegara la caballería.

Doris aparcó su coche al pie de la colina, lo cerró y cruzó la carretera para subir junto a Mouse.

Mouse subió la colina en coche y aparcó a cien metros de Little Mouse Cottage. Volvieron caminando hacia el pub, pasando por delante de la casita y luego se movieron lo más rápido que pudieron hacia el coche de Kat. Mouse se sentó en el asiento del copiloto y Doris en el asiento trasero. Ambas mujeres imitaron a Kat, subiéndose las capuchas para ocultar quiénes eran.

Mouse miró alrededor.

—Kat, cuando salga del pub y vuelva a su coche tenemos que actuar. Arranca el motor, pero deja todas las luces apagadas. Cuando se mueva quiero que pises a fondo y llegues a la entrada antes que él, y la bloques. No podrá rodear este coche tan grande, sin importar lo que tenga. Entonces saldremos la abuela y yo, y tú te quedas en este coche con nuestra pequeña. ¿Vale?

—Pero este es mi caso —protestó Kat.

—Tu caso es un pequeño collar blanco que te rodea el cuello, junto con tu cruz y tu cadena. Deja de ser cabezota y deja la pelea a los mayores.

Observaron cómo salía del pub y caminaba de vuelta a su coche, esquivando media docena

de otros vehículos que habían llegado mientras esperaban. Martha se había despertado y todos intentaban mantenerla entretenida cuando Kat divisó a Ewan en la puerta iluminada del viejo pub. Le dio un codazo a Mouse.

—Está caminando hacia su coche —dijo Kat.

Vieron cómo sus faros iluminaban la escena, y entonces Kat condujo lentamente por el aparcamiento en pendiente. Él también arrancó y ella aceleró, girando el coche hacia la izquierda al llegar al final de la cuesta, bloqueando efectivamente la entrada. A ambos lados de la abertura había un muro de piedra seca. No tenía escapatoria.

Doris se inclinó en la puerta del conductor y lo miró.

—¿Me estabas esperando, Ewan?

—Por supuesto que no —gruñó él.

—Pero has estado dando vueltas por aquí hoy, seguro que toda la tarde. ¿Buscando venganza? —Lanzó su puño dentro del coche, deteniéndolo a dos centímetros de su nariz. Él se echó hacia atrás mientras Mouse abría la puerta del copiloto.

—¿Está molestando a mi abuela, señor Barker?

—No, no, claro que no, Beth.

—Señorita Walters.

Parecía aterrorizado. Sus ojos saltaban entre las dos mujeres y era evidente que sabía que estaba derrotado.

—Moved el coche, por favor.

—¿Es este un coche de alquiler? —preguntó Doris, con tono conversacional y agradable.

—¿Y qué si lo es?

—¿Por qué necesitas alquilar uno? ¿O mentiste sobre que el Freelander era tuyo? ¿Qué pasa, Ewan? ¿Pensaste que sería más fácil seguirme si tenías un coche diferente?

Se removió en su asiento, y ella supo que había dado en el clavo.

—Vale, Ewan. Aquí tienes la información que necesitas. Me has visto en acción. Cuando quiero hacer daño a la gente, me resulta bastante terapéutico. Tengo talento para ello, además de mi cinturón negro. Mi sensei me enseñó bien. Sin embargo, eso no es nada, palidece en comparación con Bethan, que no solo consiguió su cinturón negro hace bastante tiempo, sino que ahora es quinto dan.

Sus ojos se movían de un lado a otro como si no supiera a qué cinturón negro mirar primero. Y estaba profundamente asustado.

—¿Me entiendes, Ewan? Si alguna vez te veo a menos de veinte metros de mí, lo pagarás. Dolorosamente. Piérdete de mi vista, antes de que le pida a Bethan que nos haga una demostración. El inspector Marsden está al tanto de todo esto, al igual que el inspector Heaton, el prometido de Kat. De verdad que no quieres volver a meterte con nosotras —cerró de golpe la puerta de Ewan al mismo tiempo que Mouse cerraba la del copiloto, y el sonido resonó por todo el aparcamiento.

Kat retrocedió con su propio coche para dejar paso, y pudieron ver cómo él forcejeaba para abrocharse el cinturón. Salió disparado, y ellas aguantaron la risa hasta que subieron de nuevo al coche de Kat.

Incluso Martha se unió a las carcajadas.

—¿Crees que ya está? —dijo Kat.

—Vaya, seguro que sí. Estaba muerto de miedo —Mouse sonrió en la oscuridad—. Pero para estar seguras, me quedaré con la abuela una semana o así. Quinto dan, nada menos, abuela. ¿En qué pensabas?

—¿Cuántos son? —Doris frunció el ceño—. Cuarto.

—Ah, entonces vale. Lo tendré en cuenta para la próxima vez.

Martha se acostó un poco tarde por segunda noche consecutiva, y Mouse y Doris bebieron una botella y media de vino antes de irse a dormir. Kat se acurrucó en los brazos de Carl, sintiéndose mucho más feliz que veinticuatro horas antes, y el silencio reinaba en todos los dormitorios a medianoche.

Ewan Barker estaba navegando por Internet buscando unas vacaciones de dos semanas en Canarias. A ver si podía encontrar una viuda agradable allí, que no fuera una maldita cinturón negro en nada. Pensó que había tenido bastante suerte al recibir una patada en los huevos de Doris, y no de su sabelotodo nieta con su quinto dan.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Tessa dirigió la reunión informativa y lo hizo muy bien. Hubo comentarios sobre los proveedores de coartadas, los confirmadores de coartadas y el caso en general. Empezaba a parecer que todos los cabos sueltos se atarían pronto; todos habían proporcionado declaraciones detalladas para adjuntar a las originales, y sin embargo nada había avanzado más.

Tessa se había mudado a su propio despacho y podía ver que la oficina principal estaba llena de personal. Estaba tratando de decidir si terminar la ronda final de verificación de declaraciones con Hannah o si delegarlo y concentrarse en preparar el informe. Podría enviar a Hannah y Fiona...

Pero eso significaba renunciar al café y a los pasteles en el salón de té. Los **??**nicos entrevistados que quedaban por ver eran el dueño y los empleados de dicho salón de té, y su bizcocho de limón era para morir.

Tessa estaba dándole vueltas al asunto cuando Hannah asomó la cabeza por la puerta.

—¿Est**??**s bien?

Tessa asintió.

—Lo estoy. ¿Vamos a por un café y un pastel?

—Suenan bien. Y una vez que hayamos tomado su segunda declaración, habremos terminado con nuestra lista. Todavía no hemos encontrado a ningún mentiroso.

—Si no obtenemos ningún resultado de los del salón de té, siempre podemos poner todos estos nombres en un sombrero y sacar uno.

—Vaya, qué buena idea, Hannah. Llegarás a comisaria en nada con ideas así **???**dijo Tessa mirando su reloj—. Coge tu abrigo, vamos a terminar con esto, y luego esta tarde quiero que Irwin, Charlton y nosotras dos nos metamos en una de las salas donde no nos molesten y repasemos todo esto de nuevo.

—¿Qué sala quieres para eso? ¿Una celda?

Tessa le tiró un clip.

—Si es necesario. Pero probemos primero con la sala de conferencias. Necesitamos una mesa grande, así que ¿puedes comprobar si ya está reservada para algo? Si no lo está, la usaremos. ¿Qué opinas del lío en casa de Kat por el secuestro de Martha?

—Estaba mintiendo. Sue Rowe, quiero decir, no Kat. Cuanto más lo pensaba después de irnos, más veía los agujeros en su historia. Podría haber llamado a Kat en cualquier momento usando un teléfono fijo. No, definitivamente lo hizo para hacer daño a Kat. Y funcionó. ¿Vamos a hacer algo al respecto?

—Sería difícil probar el secuestro, cuando es su nieta y la llevó de vuelta a casa. La Fiscalía se reiría de nosotros. No, no creo que haya nada que podamos perseguir, pero me encantaría

media hora en una habitación con ella donde no pudiera salir, y poder detallarle cada transgresión que hizo su maldito hijo, cada asesinato, cada paliza, todas las drogas que vendió. Me gustaría que viera las declaraciones de sus cómplices cuando todos empezaron a hablar; quizás entonces vería que no tenía nada que ver con Kat, que solo lo conoció durante cinco años como mucho, y que él ciertamente mantuvo su negocio alejado de ella.

—¿Así que lo olvidamos?

—Así es. Se va volando al amanecer mañana temprano, así que deseémosle buen viaje y esperemos que pronto vuelva a visitar la tumba de su hijo. A veces, Hannah, hay que saber cuándo dejar algo, cuándo es el momento adecuado para ignorar algo porque no vale la pena el lío que causaría. Algo como la mano izquierda desaparecida de Leon Rowe.

—¿Tú crees...?

Tessa levantó su propia mano izquierda.

—Prefiero no pensar. Pero Danny McLoughlin estaría vivo hoy si quien le disparó a esa mano lo hubiera hecho en la cabeza. Venga, vamos.

Encontraron mesa fácilmente, y Tessa le explicó a la dueña lo que estaban haciendo. Empezaron con ella para que pudiera liberar a su personal uno por uno, hasta que terminaran.

Lucie Davison fue la última en ser entrevistada. Se sentó y sonrió.

—Me alegro de verlas de nuevo. ¿Pueden decirme cómo está Marnie? Solía venir aquí con bastante regularidad, pero desde aquel horrible día no se ha acercado. Supongo que es demasiado doloroso.

—Creo que no sale en absoluto —dijo Tessa—. Le ha afectado mucho.

—Entonces me tomaré el tiempo de ir a verla. Podemos hablar de Orla, quizás eso es lo que necesita. Debe ser una sensación horrible saber que las últimas palabras que escuchó de su hija fueron "Nos vemos después de las cuatro, mamá", y que en realidad no sucedió.

Hannah hizo una anotación en el bloc.

—¿Podemos volver a eso? ¿Orla realmente dijo eso? En tu declaración original no lo mencionaste. Dijiste que se fue de aquí después de las cuatro, y que sus planes eran caminar hasta Hope.

Lucie cerró los ojos como si estuviera recordando aquella tarde oscura, lluviosa y ventosa. Ninguna de las dos policías habló. Esperaron.

—Orla definitivamente le dijo a su madre "Te veré después de las cuatro" —confirmó finalmente Lucie—. Luego Marnie dijo que iba a casa a hacer algo de repostería. Quería hacer una tarta de manzana de postre porque iba a preparar una cena especial para ella y Andy. Eso fue todo lo que escuché de ellas, y solo lo oí porque estaba atendiendo a alguien cerca de la puerta cuando Marnie se iba. Asintió hacia Orla y se fue.

—Lucie —dijo Tessa—, voy a dejarte con Hannah mientras firmas esta adición a tu declaración anterior. Gracias por tu ayuda. Voy a hablar con tu jefa para ver si ella escuchó a Orla decirlo, y luego te dejaremos seguir con tu trabajo. ¿Hay algo más que no hayas recordado antes? Y no te preocupes por no haber mencionado esto en tu declaración anterior, para esto hacemos segundas visitas. La mente humana es caprichosa.

—Realmente no puedo pensar en nada más relacionado con su madre —dijo Lucie—, pero estoy segura de que fue esa tarde cuando llamó a su padre. No a su padre, a Andy, quiero decir.

—¿Dijo por qué lo llamaba?

—No, pero habló con él, no dejó un mensaje de voz. Era obvio que era una conversación, no un rápido "Hola, soy yo. Te llamo luego" o algo así. Solo duró un minuto o así, e hizo la llamada fuera, no se nos permite usar nuestros teléfonos aquí dentro.

—Gracias, Lucie —Tessa se levantó y se acercó a donde la dueña estaba atendiendo a un cliente. Tuvieron una breve conversación en la que confirmó que no había oído a Orla decirle nada a su madre, pero que había visto a Orla hacer la llamada fuera del café.

De vuelta en el coche, las dos mujeres se miraron. Tessa habló primero.

—Ahora solo tenemos que averiguar si Orla volvió a casa antes de que se le ocurriera la idea de caminar hasta Hope, si el motivo para volver a casa fue su embarazo, y qué demonios le dijo a Andy por teléfono. Volvamos a la sala de reuniones. Sin duda hemos guardado lo mejor para el final.

—Y estos eran los que estaban realmente en la periferia extrema de la vida de Orla, y sin embargo han sido los que han aportado algo nuevo —Hannah meneó la cabeza—. Vamos a por unos donuts, podría ser una tarde larga.

—Acabamos de dejar una cafetería que vende donuts. ¿Por qué siempre complicamos las cosas? Tessa, conduciendo por una vez, arrancó el motor y atravesó Castleton con cuidado. Compraron los donuts en el Café Hathersage y los llevaron a la sala de reuniones.

Efectivamente, fue una tarde larga. El termo de agua caliente estaba listo para usar, con provisiones de té y café a su lado, junto con botellas de agua y los preciados donuts.

Todos estaban presentes a la hora indicada, y Hannah repartió montones de papeles que había estado fotocopiando durante su descanso para comer.

—Gracias por llegar puntuales —dijo Tessa—. Trabajaremos hasta las dos y media, luego haremos un descanso de media hora. Esto va a ser mucho trabajo y no quiero que nadie se queme las pestañas por ello. Además, tenemos donuts. En vuestros paquetes tenéis copias de cada nueva entrevista. Debemos de haber tenido algunos agentes muy entusiastas en este trabajo, porque algunas de las notas son extensas, pero hay que leerlas con atención. Ha sido una tarea enorme que ahora está completa, así que no debemos perdernos nada. Espero que Hannah las haya puesto en el mismo orden, así que leeremos la declaración y la comentaremos. Hannah tomará nota de cualquier cosa que consideremos digna de mención, y luego pasaremos a la siguiente. ¿Os parece bien a los tres?

Hannah, Dave y Ray dijeron "sí, jefa" al unísono y abrieron sus carpetas. Hannah señaló que había un orden en la forma en que las había organizado: solo había tres que no habían tenido cambios, y las había colocado en la parte superior.

Hubo silencio mientras leían la declaración de Clarice Travers.

—Vale Tessa—, ¿ideas? ¿Comentarios?

—Sin cambios —dijo Dave—. Creo que Clarice tiene bastante con Ernie como para fijarse en nada, la verdad. Es una señora encantadora, pero en mi opinión no vio nada y no sabe nada.

Estuvieron de acuerdo con sus palabras y pasaron a la siguiente. Tessa se alegró de ver a los tres tomando notas, y después de comentar seis de las declaraciones, hizo una pausa.

—Vale, vamos a tomar algo y a hablar de otra cosa un rato. Necesitamos dar un paso atrás durante unos minutos.

—De acuerdo, jefa, yo los traigo —dijo Ray—. ¿Todos queréis café?

Los tres asintieron. Preparó las bebidas, las repartió y colocó la pila de donuts en el centro de la mesa.

—Necesitamos el azúcar —dijo con una sonrisa.

—Gracias, Ray. ¿Cómo está tu chico? —preguntó Tessa. El hijo de Ray, Ben, había sido quien encontró el escondite de Leon Rowe, lo que finalmente llevó a la muerte del asesino.

—Está bien. Una vez que superó el susto, creo que se sintió bastante orgulloso en realidad. Y nunca les ha contado a sus amigos sobre su papel en ello. Lo bueno que ha salido de esto es que

quiere unirse a la policía en cuanto tenga la edad suficiente. No sé cómo sentirme al respecto, en el fondo, pero es su decisión sin ninguna sugerencia mía, así que creo que lo hará. No es un trabajo fácil ser policía, no con el aumento del crimen con armas blancas y las bandas de jóvenes vagando por las calles, pero parece decidido a hacerlo.

Siguieron hablando de cualquier cosa menos del trabajo en cuestión durante diez minutos más, luego volvieron a los archivos.

—Vale, para comprobar que estamos en lo mismo, este es... —echó un vistazo a la parte superior de la página—. Rory McIver. Ese sí que es un buen nombre escocés. Entrevistado por ti, Dave.

—Sí, jefa. Y puede sonar como un nombre escocés, pero es definitivamente un chico de Derbyshire, nacido en la casa en la que todavía vive, y tiene ochenta y dos años. Agudo como una navaja. No lo conocerás porque no estaba en la iglesia el día que hicimos las entrevistas iniciales después del servicio, pero estaba en la lista de feligreses habituales. Hablé con él por primera vez en la semana siguiente, pero estaba un poco distraído. Su mujer se había caído y él tenía que hacerlo todo: cocinar, limpiar, cuidarla. Por eso no estaba en la iglesia ese día, ella se había caído mientras se preparaba para ir.

Tessa echó un vistazo a la nueva sección de la declaración del anciano.

—¿Vio un coche? —preguntó.

—Así es. Empecé diciéndole lo fantástica que era la ubicación de su casa. Tiene vistas a las colinas y es prácticamente la última de Castleton, la última antes de la casa adosada del final. Después no hay nada más que ladera. Le pregunté adónde lleva la carretera después de que terminan las casas, y me dijo que a ninguna parte; se acaba unos cien metros más adelante, en el punto donde el Peakshole Water se convierte en algo más que un arroyo. Se ensancha en ese punto y siempre fluye rápido, lo que él llamó «agitado», antes de calmarse al llegar al centro de Castleton y volverse más plácido.

—¿No tenía ninguna descripción de este coche?

—Le dejé pensando en ello. Dijo que llamaría si lograba recordar la marca. Sabe que fue la misma noche que Orla desapareció, por el tiempo atroz. Tienen un perro, un chucho ladrón que no paró en todo el tiempo que estuve allí, y normalmente lo saca a pasear por el pueblo sobre las cinco de la tarde, pero esa tarde solo lo llevó hasta el jardín delantero, bajo la lluvia torrencial, y lo dejó hacer sus necesidades allí. Mientras intentaba resguardarse bajo un árbol, oyó el coche. Pasó de largo por delante de su casa, y en ese momento pensó que debían de ser forasteros que no sabían que iban a tener un problema del demonio para dar la vuelta, porque tendrían que volver por donde habían venido. Era un coche pequeño, de color claro, y con dos personas dentro. Eso es toda la información que pudo darme porque volvió a entrar antes de que el coche reapareciera.

Ella lo miró.

—¿Por qué no me lo dijiste anoche?

—No volví aquí a por el coche hasta las nueve. Vi la nota sobre esta reunión de esta tarde y esperaba que Rory nos diera la marca del coche antes de empezar, para tener algo más concreto que examinar. Y estaba hecho polvo, jefa.

Ella suspiró.

—Lo siento, Dave. Lo hiciste todo bien. Soy yo la que se está aferrando a cada detalle. ¿No te ha vuelto a llamar entonces?

—No, pero fui desde su casa hasta el final de esa carretera, y por eso llegué tan tarde, jefa.

La segunda vez que la llamaba jefa y no boss. Interiormente, Tessa se estremeció. Se sentiría

mejor cuando volviera a llamarla boss. Todo su equipo sabía que no le gustaba que la llamaran jefa, y sabía que solo la llamaban así delante de oficiales superiores o cuando estaban enfadados con ella.

No había oficiales superiores presentes...

—Creo que deberíamos llevar allí a los forenses —continuó Dave—, pero tenemos que tener en cuenta que ha estado lloviendo casi sin parar desde que esta pobre chica murió, así que no hay huellas de neumáticos. Sin embargo, se me ha ocurrido una idea. Y esto es solo una idea.

Los demás se inclinaron hacia delante.

—No creo que un forastero conociera esta carretera tan rara. Rory dice que solo yo he subido por allí y, desde luego, yo no sabía de su existencia. No me había dado cuenta de que era una carretera sin terminar. Así es como la describió Rory, y es una buena descripción. Cuando llegas allí, se acaba de repente y se convierte en ladera. A la derecha está el agua, y anoche iba muy crecida. El lado de la carretera baja hacia el agua, así que sería muy fácil arrojar un cuerpo, pero no hay garantía de adónde iría el cuerpo después, hay mucha agua en ese punto. Creo que el equipo de búsqueda la encontró antes de subir tan alto, así que no conocían este posible lugar para deshacerse de ella.

—Dame un minuto para pensar —dijo Tessa.

Los demás permanecieron en silencio. Hannah garabateó una nota en su bloc, pero no dijo nada.

Finalmente, Tessa colocó las manos sobre la mesa y echó hacia atrás su silla.

—Vamos ahora mismo. Dave, consíguenos un coche, ¿quieres? Hannah, reserva esta sala para mañana si podemos, y guardaré los donuts en mi despacho. Ray, ¿puedes imprimir rápidamente media docena de coches pequeños, todos de color claro? Por ejemplo, un C1, un Aygo, un Fiat 500, un Fiesta y un par más. Asegúrate de que sean pequeños, y veremos si algo le refresca la memoria al señor McIver.

Hannah empujó su bloc hacia Tessa.

—He predicho tus siguientes palabras, jefa —dijo con una risa. Escrito en mayúsculas en el bloc estaba VAMOS AHORA MISMO.

—Listilla —dijo Tessa.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

Noventa minutos después, con Dave al volante porque conocía la ubicación de la pequeña carretera, llegaron a la casa de Rory McIver.

Dave se detuvo para señalarles cuál era, pero luego sugirió que siguieran hasta el final del camino, ya que estaba empezando a anochecer.

Aparcaron donde era posible dar la vuelta al coche con facilidad, y luego recorrieron el resto del trayecto a pie. No había acera; a treinta centímetros del borde de la carretera, a ambos lados, se alzaba un muro de piedra seca. Donde terminaban estos muros, terminaba la carretera. El terreno descendía en pendiente hacia las aguas crecidas de Peakshole Water.

—Un sitio perfecto —dijo Tessa—. Qué fácil sería sacar un cuerpo de un coche y simplemente dejarlo rodar hasta que cayera al agua. Trabajo hecho, de vuelta al coche, dar la vuelta e irse a casa. Viendo esto, imaginando aquella noche, me parece que se cuestiona la coartada de Andy Harrison.

—Sabemos que habló con Orla esa tarde, y podría haber quedado con ella. Solo le llevaría cinco minutos matarla, era menuda, y tirarla aquí antes de volver a casa con su mujer.

—¿Lo sabemos? ¿La llamada telefónica? —preguntó Dave.

—Lo sabemos —dijo Tessa.

—¿Nos lo han dicho, Ray?

—Oh, callaos los dos. Dave, me disculpo por ser un imbécil. Ahora, ¿podemos volver a lo importante? Quiero que los forenses vengan aquí a primera hora de mañana. No creo que encuentren nada; la lluvia se habrá llevado cualquier cosa que pudiera ser útil, pero tenemos que seguir el procedimiento. Hannah, ¿puedes llamar y organizarlo? Dave, ¿puedes coordinarte con ellos, por favor? Muéstrales dónde aparcar los vehículos con seguridad, no queremos que ninguna furgoneta caiga a este maldito río.

Dave sonrió. —Sin problema, jefa —y le guiñó un ojo.

—Y deja de guiñarme el ojo. Vamos a ver a nuestro señor McIver. Nos está esperando.

—Apuesto a que nos dan bollos —dijo Dave.

—¿Así que eso es lo que te entretuvo anoche? ¿Bollos en casa de los McIver?

Levantó las manos. —Culpable.

Dave dio la vuelta al coche en cinco maniobras, y los demás aplaudieron. No fue necesario que tomara un curso rápido de construcción de muros de piedra seca.

—Esperad a que lleguen todas las furgonetas forenses y de la policía científica mañana. Me alegro de no estar aquí —dijo—. Es bastante fácil frente a la casa de McIver, pero aquí no lo es.

McIver los esperaba en la puerta. —Os estaba observando desde la ventana del dormitorio.

—¿Puede ver tan lejos?

—Oh, sí. No hay nada malo en mi vista, son mis piernas las que no funcionan tan bien estos días. Entrad, os presentaré a mi esposa, Eileen.

Hechas las presentaciones, los cuatro agentes se sentaron a la mesa de la cocina y colocaron las seis fotografías de coches pequeños sobre ella. Eileen estaba ocupada preparándoles bebidas y untando mantequilla en los bollos.

Rory acercó las imágenes hacia sí una por una, luego se reclinó pensativo. ??? Dadme un minuto. Quiero recordar esa noche. Vi la parte trasera y lateral del coche, y estoy tratando de recordar algo más.

Eileen trajo los dos té que Dave y Ray habían pedido, luego se detuvo y señaló el Aygo. —He estado en uno de esos —sonrió—. No tiene mucho espacio y nos costó meter las cajas de cosas en su pequeño maletero, pero no se quedaba atrás al conducir. Un cochecito agradable. Es de ese color también.

Rory la miró. —Es el coche de Marnie Harrison, ¿verdad?

—Sí —dijo Eileen, y se dio la vuelta para traer los dos cafés que Tessa y Hannah habían pedido—. Ha subido aquí un par de veces, siempre se quejaba de lo difícil que era dar la vuelta al coche, incluso siendo tan pequeño el suyo.

—¿Señor McIver? —dijo Tessa.

—Mira, fue una noche terrible, una de las peores que hemos tenido en mucho tiempo, y yo estaba refugiándome bajo el árbol así que no lo vi bien. Vi a dos personas en los asientos delanteros, vi solo el lateral y la parte trasera del coche, pero de todos estos, diría que ese —y señaló el Aygo— es prácticamente idéntico a lo que vi. Tiene un juego de luces traseras distintivo, con forma de bumerán. Sí, era un Aygo.

Esa noche recogieron el Aygo de la casa de los Harrison para una inspección forense detallada. Marsden ordenó a un equipo SOCO que entrara en la casa, con instrucciones de prestar especial atención a la cocina y retirar cualquier objeto que pudiera haberse usado como arma contundente.

Detuvieron a Marnie y Andy Harrison y los mantuvieron durante la noche en celdas separadas hasta que pudieran interrogarles al día siguiente.

Tessa estaba completamente despejada, con los niveles de energía por las nubes. A las once, cuando pensaba en intentar dormir, la llamó Phil Anderton, el responsable del equipo SOCO que estaba registrando la casa de los Harrison. Habían encontrado una mochila Nike escondida en una bolsa de plástico vacía y cubierta con otras bolsas, colgada en la despensa. Contenía un teléfono móvil, una ecografía de un feto y varias tarjetas dentro de un monedero que confirmaban que la bolsa pertenecía a Orla French. Su nombre también estaba escrito en la solapa delantera.

Añadió que el rodillo de madera encontrado en el armario parecía tener manchas oscuras, y que si era sangre se confirmaría lo antes posible a la mañana siguiente.

Ella le dio las gracias y se dirigió a su propia cocina. Sopesó llamar a Hannah, pero decidió no hacerlo. ¿Por qué iban a pasar las dos una noche en vela?

Tessa se sentía fatal por haber pasado por alto todo durante tanto tiempo.

Marnie Harrison había actuado como una campeona desde el principio. La madre desconsolada, engañando a todo el mundo. Nadine Bond estaría furiosa. Había dedicado todo su cuidado y atención a la familia, cuidando de Marnie cuando parecía estar en su punto más bajo... ¿Por qué esta mujer, esta madre, mataría a su única hija?

Y entonces Tessa lo comprendió. Todo se trataba de Andy. El amor y la necesidad que Marnie sentía por él se habían notado desde el principio, e incluso cuando le había dicho que se

marchara, solo había estado fuera un par de días antes de que le dijera que volviera a casa. No podía vivir sin él, y Orla había supuesto una amenaza. Si Orla vivía y tenía el bebé, Marnie habría tenido que hacer que Andy se fuera. Para siempre.

El hecho de que la bolsa estuviera en la casa demostraba que Orla había ido primero a casa, antes de tener la intención de emprender la caminata hacia Hope. Para completar el cuadro correctamente, Tessa sabía que tenía que hacer hablar a Marnie, que confesara. Eso significaba tener tantos datos como fuera posible a su alcance antes de entrar en esa sala de interrogatorios. Necesitaba confirmación de que era sangre lo que había en ese rodillo, y aún más imperativo que fuera de Orla.

Tessa se sentó a la mesa de la cocina y acercó un bloc de notas hacia ella. Era hora de poner su cerebro en marcha y planificar los interrogatorios del día siguiente. Empezaría con Andy Harrison.

Se detuvo un momento y se preguntó qué estaría pensando él. Probablemente esperaba ser detenido por el asesinato de su hijastra y estaría al borde de un colapso sabiendo que no lo había hecho. ¿Se le habría ocurrido alguna vez que Marnie podría ser una candidata principal para una acusación de filicidio? ¿Lo estaría pensando ahora?

Tessa sabía que probablemente liberarían a Andy Harrison después de su interrogatorio; habían sabido desde el principio que su coartada era irrefutable, pero no se le permitiría volver a casa. La casa era una escena del crimen y seguiría siéndolo durante unos días.

Se centró de nuevo en la lista y anotó preguntas que requerían respuestas. Y Castleton podía prepararse para una invasión de periodistas y equipos de televisión una vez que esta noticia saliera a la luz.

Tessa logró dormir dos horas, luego se duchó, cogió un par de tostadas y un vaso de café para llevar, y se dirigió a Chesterfield. Iba a ser un día largo.

CAPÍTULO CUARENTA

A las diez, Tessa ya tenía la información que necesitaba. Dentro del Aygo, habían encontrado las huellas dactilares de Orla, lo cual era de esperar ya que era el coche de su madre. También habían hallado pequeños rastros de su sangre en el respaldo del asiento del copiloto, presumiblemente donde su cabeza había reposado durante el transporte al vertedero. La herida causada por el rodillo había manchado el respaldo del asiento.

El rodillo tenía rastros de la misma sangre; lo habían frotado, pero la mancha permanecía. Tessa reunió todo lo que necesitaba y se dirigió a la sala de interrogatorios, donde Andy Harrison estaba sentado en silencio.

Se le revolvía el estómago; se sentía mal. ¿Qué demonios podría tener Marsden que pudiera señalarle como el asesino de Orla? Absolutamente nada, él no lo había hecho. Y sin embargo, había pasado la noche en una celda, y le preocupaba seriamente que fuera la primera de muchas por venir.

Y Marnie... la habían traído al mismo tiempo. Esperaba que ella estuviera de vuelta en casa, su fragilidad era evidente, y no quería ver un colapso total. Se removió en la silla, no era el asiento más cómodo que había usado nunca. La puerta se abrió.

Tessa cruzó hacia la mesa, colocó un par de carpetas sobre ella y encendió la grabadora.

—Andrew Harrison, inspectora Tessa Marsden, sargento detective Hannah Granger y abogada de oficio Ursula Pentland. Sala de interrogatorios tres, 10:05 —Tessa comprobó su teléfono y añadió la fecha.

Tessa miró su carpeta y luego levantó la vista para encontrarse con el rostro pálido de Harrison.

—Andy, quiero volver a la noche del asesinato de Orla. Quiero que me hables de Marnie. Dime cómo estaba.

—¿Marnie? —Frunció el ceño—. Estaba ocupada con nuestra cena. Acababa de meter la tarta de manzana en el horno y estaba nerviosa porque no había tenido tiempo de salir a comprar el vino rosado que nos gusta a los dos. Dijo que tenía dolor de cabeza y cerró los ojos durante media hora, que se alargó a una hora, lo que la hizo retrasarse. La dejé con su tarta y salí directamente a por el vino.

—¿De dónde sacaste el vino?

—Del pub. Fui en el coche de Marnie, porque tenía pensado ir rápidamente a la tienda de vinos en Hope, pero el tiempo era tan malo que solo llegué hasta el pub y volví directamente a casa. Tuve una breve charla con la camarera, así que debí estar fuera diez minutos como mucho.

—¿Usaste el Aygo?

—Sí.

—¿Por qué?

—Mi coche es demasiado grande para moverse por los pueblos. Está bien para mis viajes diarios a Manchester, pero si necesitamos ir por Castleton, solemos usar el Aygo.

—¿Notaste algo en el interior del coche?

—Solo que los dos asientos delanteros estaban húmedos, pero supuse que Marnie había estado haciendo sus obras de buena samaritana y le había dado un aventón a alguien por la fuerte lluvia. No habría sido la primera vez.

Hannah estaba tomando notas y miró a su jefa, esperando la siguiente pregunta.

—¿No se te ocurrió que podría haber sido Orla en ese asiento del copiloto?

—Por supuesto que no, ella había dicho que iba a ir caminando... —su voz se apagó al darse cuenta de la implicación en la pregunta de Tessa.

—Entonces, Andy —Tessa continuó, sin darle tiempo a procesar sus pensamientos—, ¿para qué te llamó Orla esa tarde?

—No me llamó...

—Sí lo hizo. Tenemos los registros de tu teléfono y la confirmación de testigos. Orla les dijo que te estaba llamando. Entonces, ¿qué?

Hubo un largo silencio y miró a Ursula Pentland, casi suplicándole que interviniera para evitar que tuviera que responder. No recibió más apoyo que una sonrisa alentadora.

—Me dijo que iba a hablar con su madre antes de salir hacia Hope, a menos que el tiempo empeorara. Si empeoraba, lo pospondría hasta el día siguiente, cuando Marnie y Orla habían planeado un día de compras. Le pregunté de qué iba a hablar, y me dijo que había habido novedades en su vida. Esas fueron sus palabras exactas. Ahora sabemos que se refería al embarazo, pero entonces pensé que hablaba de esa persona de la iglesia, la que había usado como excusa para seducirme. El tiempo empeoró, así que simplemente supuse por la falta de conversación de Marnie, que Orla había pospuesto la gran revelación hasta el día siguiente.

—Gracias, Andy. Ahora déjame darte un escenario diferente. Creemos que Orla no estaba hablando del hombre de la iglesia, creemos que estaba hablando del embarazo, y debido a la ecografía detallada que se hizo esa mañana, ya sabía quién era el padre. Solo podías ser tú. Creo que se dio cuenta de lo que esto le haría a tu matrimonio, y necesitaba intentar explicarle a su madre cómo había sucedido.

Los ojos de Harrison estaban clavados en el rostro de la inspectora Marsden.

—Pero Marnie se quedó tan impactada como yo cuando se enteró de cómo había sucedido todo. Ella no lo sabía de antemano.

—Exactamente. No lo sabía. No creo que Orla lograra contárselo todo. Sospecho que le dijo que estaba embarazada y que lo sentía mucho, pero que tú eras el padre. Marnie estaba horneando esa tarde, y creo que en su dolor y angustia, cogió el primer objeto pesado que encontró y golpeó a Orla en la cabeza con el rodillo. Se ha encontrado sangre de Orla en él.

—No —dijo Andy Harrison—. No, Marnie no...

—Marnie sabía que estaba a punto de perderte. Con ese bebé en escena, no había forma de que vuestro matrimonio sobreviviera, y creo que te puso a ti por delante de su hija y su nieto —Tessa fue implacable. Podía ver lo cerca que estaba Andy del colapso. Vio que Ursula empezaba a abrir la boca y dijo—: ¡No!

—Marnie mató a su hija. La estranguló y luego la metió en ese pequeño Aygo. Para entonces ambas estaban empapadas, y aunque Orla era muy menuda, debió de ser una lucha meterla en ese coche tan pequeño. Marnie condujo por el pueblo y subió a las colinas, a un lugar que conocía porque lo visitaba con Eileen McIver, un camino sin salida donde nadie vería lo que estaba

haciendo. Desafortunadamente, la vieron conducir cerca de la casa de los McIver y el coche fue identificado. Tú ni siquiera habías salido de Manchester en ese momento, Andy.

Andy dejó caer la cabeza sobre sus brazos, ahora apoyados en la mesa, y la habitación quedó en silencio. Estaba ahogando sollozos; sus hombros temblaban, y finalmente levantó la cabeza.

—¿Marnie ha confirmado esto?

—No, estoy a punto de ir a interrogarla. Tenemos pruebas de que Orla estuvo en el Aygo, Andy. Su sangre estaba en el respaldo del asiento donde Marnie puso su cuerpo para que pareciera que era una pasajera. Creemos que condujo más allá de la casa de los McIver hasta que no pudo ir más lejos, y luego arrojó el cuerpo de Orla al agua. También encontramos la mochila Nike de Orla escondida bajo bolsas de plástico vacías en vuestra despensa, lo que demuestra que Orla estuvo allí esa tarde y no se fue directamente a Hope después de terminar el trabajo. Tu casa es una escena del crimen y tenemos equipos allí recogiendo pruebas. Voy a liberarte, Andy, y te agradezco tu cooperación. No podrás volver a casa durante unos días, pero necesitaré saber dónde vas a estar por si necesitamos hablar contigo de nuevo.

—¿Puedo ver a Marnie? ♦♦♦Dudó por un momento—. Por favor.

—Lo siento, Andy, no puedes. La sargento Granger te llevará al sargento de custodia y se encargará de tu puesta en libertad —dijo Tessa mientras se ponía de pie, dando por terminada la entrevista y saliendo de la habitación.

Marnie se sobresaltó cuando se abrió la puerta de la celda. Por fin, quizás podría ver a Andy ahora. La escoltaron por un largo pasillo hasta la sala de interrogatorios y le pidieron que se sentara a la mesa. Un joven agente de policía se quedó con ella, y Marnie miró alrededor, asimilando la tristeza de la habitación, el grueso cristal de pequeños cuadrados en las ventanas, el sonido que hizo la llave cuando la encerraron.

La inspectora Marsden entró, su rostro impassible.

—¿Dónde está Andy?

—Ha sido puesto en libertad, Marnie —dijo Tessa.

Hannah entró en la habitación llevando una bolsa de lona que colocó entre las dos sillas que usarían las agentes de policía, y Tessa registró a los presentes.

—Entiendo que no quieres un abogado de oficio.

—Así es —confirmó Marnie—. No he hecho nada, así que no lo necesito.

Tessa le dirigió una larga mirada, luego bajó la vista al expediente que había traído consigo.

—Marnie, estamos investigando los sucesos de la noche de noviembre cuando tu hija, Orla, falleció.

—Ya era hora —respondió Marnie—. Habéis hecho muy poco hasta ahora.

—¿A qué hora llegó Orla a tu casa ese día?

—No llegó. Sabes que dijo que iba directamente a Hope.

—Vayamos paso a paso, Marnie. Saliste de la cafetería de Orla alrededor de la una, luego fuiste a casa. ¿Qué hiciste después de llegar a tu casa?

—Hice algo de repostería. Preparé un bizcocho de limón y una tarta de manzana para el postre de esa noche.

—¿Seguías horneando cuando Orla llegó a casa?

—Orla no vino a casa.

Tessa suspiró.

—De acuerdo. Aunque tenemos esto en tu declaración, me gustaría que repitieras para la grabación qué llevaba puesto Orla cuando salió a trabajar por la mañana.

Hubo el primer signo de duda en Marnie.

—Eh... llevaba un abrigo rojo acolchado hasta los pies, mis botas negras hasta la rodilla y su uniforme de camarera debajo.

—¿Y su bolsa? Supongo que llevó un cambio de ropa para su pijamada en casa de Emily.

—Llevó su mochila Nike —dijo Marnie entrelazando los dedos.

—Entonces, si no vino a casa, presumiblemente la bolsa estaba con ella cuando fue atacada.

—Así es —dijo ahora desafiante.

Tessa y Hannah intercambiaron una breve mirada, y Hannah se agachó para sacar una bolsa de pruebas de la bolsa de lona. La puso sobre la mesa.

—¿Puedes mirar esta bolsa, Marnie, y decirme si es la de Orla?

Se removió incómoda.

—¿Cómo voy a saberlo? Debe de haber miles de estas bolsas.

Tessa se inclinó hacia delante, sacó la mochila de la bolsa de pruebas y la colocó sobre la mesa. Abrió la solapa delantera y en el interior estaba escrito el nombre de Orla French.

—¿Podemos ahora estar de acuerdo en que esta es la mochila de Orla? Para la grabación, le estoy mostrando a Harrison el nombre en el interior de la solapa delantera de la mochila. Marnie, ¿es esta la mochila de Orla?

Marnie asintió.

—Para la grabación, por favor, Marnie.

—Sí, lo es —dijo casi gruñendo.

Hannah sacó entonces otra bolsa de pruebas del bolso y la colocó sobre la mesa. Contenía un teléfono móvil, un monedero y una fotografía.

—Este es el teléfono y el monedero de Orla, y esta es una ecografía de tu nieto. Tenemos otra bolsa de pruebas con un camisón, unas bragas y un jersey limpio, presumiblemente ropa que habría necesitado para el día siguiente.

Marnie se quedó mirando fijamente.

—¿Cómo... dónde...? —Pareció recuperarse por un momento—. ¿Los encontrasteis en el río con ella?

Tessa soltó una pequeña risa.

—Difícilmente estarían en tan buen estado si así fuera, Marnie. No, los encontramos en tu despensa, dentro de una bolsa de plástico que contenía otras bolsas arrugadas. También encontramos esto.

Hannah se agachó y sacó otra bolsa de pruebas, esta vez conteniendo un rodillo de amasar.

Tessa lo colocó sobre la mesa, y Marnie se adelantó para tocar la bolsa.

—¿Reconoces este rodillo, Marnie?

—Sí, era de mi abuela —dijo Marnie.

—Hay evidencia de sangre en este rodillo que ha sido identificada como perteneciente a Orla. Lo sacamos de tu cocina, Marnie. Creemos que tu cocina fue el lugar donde Orla murió como resultado de que tú la golpearas en la cabeza para inmovilizarla, y luego la estrangularas. Después fue trasladada en tu coche a la ladera sobre Castleton y arrojada al Peakshole Water. También tenemos pruebas concretas de eso.

Marnie permaneció en silencio.

—¿Tienes algo que decir, Marnie?

—¿Puedo ver a Andy?

—Marnie, te recomiendo encarecidamente que ahora te pongas en contacto con un abogado de oficio, o consigas uno propio. Pasará algún tiempo antes de que vuelvas a ver a Andy.



Incluso con Oliver Waring a su lado, Marnie siguió negando tener conocimiento alguno de la muerte de su hija. Hizo varias peticiones para ver a Andy, todas las cuales fueron ignoradas. Finalmente, Waring pidió consultar con su cliente.

Cuando se le leyó a Marnie su confesión del asesinato de su hija, lloró constantemente durante todo el proceso. Lloró durante la parte de los cargos y lloró aún más fuerte cuando le dijeron que no había posibilidad de que viera a Andy.

Cuando Tessa y Hannah entraron en la sala de reuniones, hubo vítores y aplausos de todos, pero Tessa los acalló.

—No puedo celebrar esto, ha sido simplemente una tragedia sangrienta que se transforma en otra. Sí, tenemos resultados sobre dos chicas muertas, pero dejamos familias de luto, una madre que probablemente tendrá que pasar la mayor parte de su vida en prisión, y Andy Harrison... quién sabe qué será de él —Tessa dejó algo de dinero sobre la mesa—. Id a tomar algo esta noche, chicos, pero si no os importa, yo no me uniré a vosotros.

CAPÍTULO EPÍLOGO

LIBRO 4 DE LA SERIE KAT Y MOUSE: ASESINATO INOPORTUNO

El funeral de Orla French había terminado y Andy Harrison había abandonado el pueblo, incapaz de afrontar las consecuencias de las acciones de su esposa. La casa se vendería en un abrir y cerrar de ojos y Castleton volvería a la normalidad, como antes de que asesinaran a dos chicas.

Kat se detuvo frente a la iglesia y examinó el árbol. Con la Navidad a solo tres semanas, la emoción empezaba a crecer. Se acercó al puesto de velas y encendió una por Mandy Williamson y otra por Orla French. Luego se arrodilló ante el altar y rezó oraciones individuales por todos los que habían pasado por su vida durante las últimas semanas. Le llevó mucho tiempo.

Finalmente se levantó y se frotó las rodillas.

—La vejez —refunfuñó para sí misma, y salió hacia su coche. En el maletero había cinco coronas navideñas, todas con nombres y mensajes: Craig Adams, Danny McLoughlin, Mandy Williamson, Orla French y una que simplemente decía "Descansa en paz". Se las colgó del brazo izquierdo, soltando un "¡ay!" cada vez que una hoja de acebo la pinchaba, y emprendió su caminata hacia todas las tumbas que más le importaban. Metió el cordel de jardín y las tijeras en el bolsillo.

En cada una, ató la corona navideña a la lápida, dijo una pequeña oración y se quedó un momento recordando a la persona que había sido. Su última parada fue la tumba profanada por Jacob Thorne cuando enterró a Mandy Williamson. Habían retirado el barro y nivelado el terreno, aunque hasta la primavera el césped de alrededor no se recuperaría.

Kat repitió sus acciones anteriores y luego volvió a su coche.

Doris sostenía a Martha frente a la ventana de la oficina, ambas buscando a Kat que volvía de sus asuntos en la iglesia.

—Mira, Martha, ¿es ese el coche de mamá bajando la colina? ¡Sí! Es ella —Martha le dio un puñetazo en la nariz—. Ay, pequeña traviesa. ¿No sabes que tengo cinturón negro?

Vieron cómo Kat aparcaba fuera, y Martha soltó un gritito al verla. Doris abrió la puerta y Martha se lanzó para llegar hasta su mamá.

—Eh, tú —dijo Kat riendo, y agarró a la inquieta niña—. Yo también te quiero.

La puerta de la oficina de Mouse se abrió y salió con el móvil en la oreja. Hablaba en voz baja:

—Estaré allí, lo prometo. Y por supuesto invitaré a mis dos socias. Es una fusión brillante y estaremos encantadas de compartir la celebración. Adiós, Joel Escuchó un momento más y luego soltó una risita antes de colgar.

—¿Algo que debemos saber? —preguntó Doris.

—Oh, era Joel. Quiere que las tres vayamos a Manchester la semana que viene. Van a hacer una gran presentación para celebrar la fusión de Connection con ellos. Dijo que queda bien si

todas las socias estamos allí, para que podamos repartirnos y hablar con la gente. Podríamos conseguir más negocios con esto, porque asistirán las empresas más importantes.

Doris sonrió.

—¿Puedo recordaros de nuevo a vosotras dos, cabezas huecas, que no soy socia, ni siquiera empleada?

Kat y Mouse se miraron y sonrieron.

—Vale, abuela, hay algo de lo que queremos hablarte —dijo Mouse.

—Sobre que no eres socia... —continuó Kat.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Hay muchas personas a las que agradecer por haber participado de alguna manera en la producción de este libro. En primer lugar, tengo que dar las gracias a Bloodhound Books, especialmente a Fred y Betsy Freeman por su continua confianza en mí, y también a los miembros del personal que nunca dejan de encontrar respuestas a mis preguntas: Sumaira Wilson, Alexina Golding, Heather Fitt y Tara Lyons. Gracias a todos.

Durante la vida literaria de "Murder Unearthed", organicé varios concursos en los que los ganadores tenían la oportunidad de ser mencionados en el libro. Mi más sincero agradecimiento a Marnie Harrison, Nadine Bond, Mandy Williamson, Alyson Read y, por accidente, Sue Rowe. Sue Rowe no ganó nada, simplemente resultó tener el mismo nombre que un personaje que ha estado en los tres libros de Kat y Mouse, ¡así que no pude cambiar el nombre! Me puse en contacto con ella, le expliqué la situación y estuvo encantada de aparecer en el libro. ¡Problema resuelto!

Además de los ganadores de los concursos, también necesito agradecer a otros que me permitieron usar sus nombres: Siân Dawson y Lucie Davison.

El nombre de Little Mouse Cottage fue otro concurso ganado por Kim Howell. Gracias, Kim, era perfecto.

Los miembros del grupo ARC, que leen mi manuscrito antes de que se publique en Amazon, son una parte esencial del lanzamiento de mi libro. Muchísimas gracias, señoras y señores, vuestras reseñas durante los dos primeros días son fundamentales y maravillosas.

Sarah Hodgson es mi única lectora beta. Ella ve el libro antes que nadie, pero con este causó algo de estrés, lo que me provocó risa a mí pero no a Sarah. Le envié el libro hasta el final del capítulo treinta y siete, y le pregunté si sabía quién era el asesino. No lo sabía (que era el objetivo del ejercicio), pero tampoco tenía el resto del libro. Gracias, Sarah, eres una estrella.

Mi editora, Morgen Bailey, merece más que mi agradecimiento. Coge mi manuscrito, lo desmonta y lo vuelve a montar con suma facilidad, me envía montones de notas explicando por qué lo ha hecho, y luego pone pequeñas marcas donde he acertado, para hacerme sentir mejor. La adoro. Gracias, Morgen con e.

Y finalmente, un enorme agradecimiento a todos los que han leído "Murder Undeniable", "Murder Unexpected" y ahora "Murder Unearthed". Este es el final de mi trilogía, pero... habrá un cuarto y último libro para Kat, Mouse y Doris. Está previsto para octubre de 2019. Vuestra respuesta a mi cambio de género ha sido abrumadora, pero no he olvidado a los aficionados al thriller psicológico: ¡habrá un nuevo libro a principios de 2020!

Anita Waller

Marzo de 2019